



SG-13

7-18

Biblioteca Pública de Soria



61047378 SS 860-1 SER p0e

SS
860-1
BON
P0E





POESÍAS

POESÍAS

DE

DON GASPAR BONO SERRANO.

MADRID.

IMPRESA DE D. MARTÍN DE ALFARO

CALLE DE LA CÁMARA, 17.

1884.

POESIAS

DOZ CASPAR DOZO SERRANO

R - 24.464

POESÍAS

DE

DON GASPAR BONO SERRANO.

Gratia, Musa, tibi; nam tu solatia præbes;
Tu curæ requies, tu medicina mali.
Ovino.

MADRID.

IMPRESA DE D. SANTIAGO SAUNAQUE,
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 11.

1850.

Despacho.

Án. 1.º de Mayo 2.º N.º 9

MADRID.
IMPRENTA DE D. SANTIAGO SALAS.
CALLE DE LA CALZADA, N.º 11.

1850.

AL EXCMO. SEÑOR

Duque de Valencia.

X- 19

Y_A que el indulgente Duque,
Por quien se envanece Loja,
De llegar á su presencia
Te ha concedido la honra ;

Y el tocador concluiste,
Vistiéndote á la española
Con traje honesto y sencillo,
Que dá realce á tus formas ;

Parte ya, querida Musa,
Sin temor y sin zozobra,
No dudando, que te espera
Acogida bondadosa.

Con la alegría en los ojos,
 Y la sonrisa en la boca,
 Y aquel acendrado afecto,
 De que tú leal blasonas ;

Al Prócer esclarecido
 Saluda en palabras pocas,
 Sin que á tus labios asome
 La mentira, ó la lisonja :

Que el incienso á nobles almas
 No es en verdad grato aroma,
 Ni aun cuando amables lo ofrecen
 Las bellezas de Helicon.

Si abismado tal vez le hallas
 En meditaciones hondas
 Sobre negocios de Estado,
 Que tanto á la patria importan ;

Guárdate de interrumpirle
 Con elegias, ni odas ;
 Pues no son tales momentos
 La coyuntura mas propia.

Aguarda sin impaciencia,
 Aguada mejores horas,
 Considerando, que el tiempo
 Corre veloz como sombra.

Al fin llegará el instante,
 Cual tras la noche la aurora,
 En que ansie dar descanso
 Á sus fatigas penosas.

Entonces, por distraerse,
 Te llamará sin demora,
 La afabilidad mostrando,
 Que le distingue y le adorna.

Cual á benéfico padre
 Acércate respetuosa,
 Con la modestia en la frente,
 Que es la mejor aureóla.

No bien indique deseos
 De escuchar tu voz sonora,
 En acentos de armonía
 Tu Lira los aires rompa.

Al recordarle los nombres
 De Bilbao y Zaragoza,
 Verás latir de entusiasmo
 Su corazón de patriota.

Después de escenas de luto,
 En que retumbe la trompa,
 Los valientes convocando
 Á las lides horrorosas ;

Condúcele al grato asilo
 De la paz encantadora ;
 Al campo , cuyo silencio
 El aura interrumpe sola.

Pintale allí la alegría
 De las gentes candorosas ,
 Que , tranquilas y felices ,
 En pobre cabaña moran.

Sobre todo , cantos llenos
 De magestad y de pompa
 Á la Religion consagra ,
 Á la Religion entona :

Hija sublime del Cielo ,
 Á quien sus lauros de gloria ,
 Con envidia de dos mundos ,
 Debe nuestra patria heroica.

En fin , varía el estilo ,
 Y tras castellana trova ,
 Habla en metros que recuerden
 El gusto de Grecia y Roma.

Asi de diversas flores
 Tegiendò grata corona ,
 Al protector de las letras
 Ofrecela cariñosa.



SONETOS.

En la proclamacion de Doña Isabel II.

SONETO I.

De negro mármol en capilla oscura
 Isabela yacia solitaria,
 Su mansión presidiendo funeraria
 Del dulce Redentor sacra figura:

Cuando hieren la regia sepultura
 Acentos de alegría extraordinaria,
 En lugar de la mística plegaria,
 Con que sonaba en torno el aura pura.

« ¡Quién la paz y el silencio no respeta
 De mudo panteon! » — Dijo, y la frente
 Alzó la Reina de inmortal memoria:

Mas coronada contempló á su Nieta,
 Y enternecida exclama: — « Dios clemente,
 Cercad su trono de ventura y gloria. »



A Zaragoza.

SONETO II.

Modelo de valor y de constancia,
 Otro tiempo ciudad, ruinas ahora,
 Tu diestra no domada aterradora
 Aun extremece á la potente Francia.

Sus inclitas victorias, su arrogancia
 Á tu planta enmudecen triunfadora,
 Al ver tu nombre, que el laurel decora,
 Á par del de Sagunto y de Numancia.

Eclipsados el prez y nombradía
 Yazgan de bravos pueblos y naciones
 Por tu héroismo, Augusta, sin segundo:

Pues la fiera pujanza y osadía
 Estrellándose aquí de cien legiones,
 Tú sola hollaste al Opressor del mundo.



A la publicación de la Poética de Hon
El deseo frustrado.

SONETO III.

Mandarte la aleluya en un soneto.
 Esta mañana resolví galante,
 Mas como soy poeta principiante,
 Combinar no he logrado ni un cuarteto.

En vano, amiga, en tan cruel aprieto
 Con el Rengifo me brindó mi estante,
 Pues encontrar no supe un consonante,
 Que pudiera servir para mi objeto.

Acometí la superior empresa
 Por milésima vez, y digo poco,
 Y el éxito fue tal, que estoy en ascuas.

Desisto á mi pesar. Perdon, Marquesa,
 Si á tu grandeza, aunque me vuelva loco,
 No puedo en un soneto dar las Pascuas.



**A la publicacion de la Poética de Don
Francisco Martínez de la Rosa.**

SONETO IV.

Ó, tú, que extraviado hasta el presente
Buscaste en vano la mansion de Apolo,
Tras la hiedra inmortal, que halaga solo
Del Permeso la diáfana corriente;

Sigue constante la áspera pendiente
Y lograrás un préz de polo á polo,
Mas digno que la arena del Pactolo,
Adornando por fin tu docta frente.

Pues el vate del Dauro cristalino
Sentado con el Dios en su alta cumbre,
Á la par de Luzan y Garcilaso,

Porque no vagues mas, perdido el tino,
Con mil destellos de celeste lumbre
Te ilumina la senda del Parnaso.



A la muerte de Porcia.

SONETO V.

Oye Porcia tranquila, que su esposo
 Feneció herido por su propia mano,
 Por no sufrir del Vencedor tirano
 El yugo de opresion ignominioso.

Del consorte queriendo generoso
 Imitar el ejemplo sobrehumano,
 Pide mil veces el puñal en vano,
 Que le oculta liberto cariñoso.

« Vivir esclava la mujer de Bruto!
 « La sangre de Caton! Jamás! Primero
 « Que servidumbre, funeraria pira.»

Calla, ruega otra vez, busca sin fruto
 La daga por do quier; corre al brasero,
 Come sus ascuas, y con calma espira.



En loor de Meléndez.

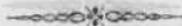
SONETO VI.

Con mal seguro y vacilante paso
 En vano el Español ciego corria
 Tras el délfico lauro, que algun dia
 Decoraba la sien de Garcilaso.

Las huellas, que su planta en el Parnaso
 Impresas nos dejó, borrado habia
 De la torpe ignorancia la osadia,
 Lanzando al Genio en su fatal ocaso.

Cubrieron desde entonces el camino,
 Que brota sin cesar laurina rama,
 Con su lóbrego horror nieblas confusas:

Disipalas Meléndez el divino;
 Orna Cintio su frente, y lo proclama
 «Restaurador de las iberas Musas.»



En un infortunio.

SONETO VII.

Coronado de nubes el Moneayo,
 Descubre apenas la erizada frente,
 Do el peso grave de la nieve siente,
 Que resiste del Sol al tibio rayo.

El austro proceloso, haciendo ensayo
 De su fiero poder, brama inclemente,
 La campiña talando floreciente,
 Que matizó con sus pinceles mayo.

El Ebro yace sepultado en hielo;
 Filomena en los bosques enmudece,
 Y solo el buho plañidero llora.

Todo es tristeza y aflicción y duelo:
 Todo á mi enferma fantasía ofrece
 La imágen del dolor, que me devora.



**A Zaragoza, en la proclamacion de
Doña Isabel II.**

SONETO VIII.

Es terror el leon de la campaña,
Cuando, al herirle volador acero,
Sacude su melena, ruge fiero,
Y la sangre se lame, que le baña.

Olvida empero su violenta saña,
Ya transformado en cándido cordero,
Si al quejido respónde lastimero
Su leona asomando en la montaña.

Zaragoza inmortal, no de otra suerte
El audaz triunfador tembló de Jena,
Al querer domeñarte á su coyunda:

Mas tu ruda fiera se convierte
En ternura y amor, desde que suena
El dulce nombre de Isabel Segunda.



El consuelo.

SONETO IX.

Cuando el ángel del sueño á la natura
 Rocía con su bálsamo divino ,
 Lloraba yo el rigor de mi destino ,
 Sin esperar alivio en la amargura.

Cual fluctuante en la tormenta oscura ,
 Solo abismos encuentra frágil pino ,
 Á mis ojos mostraba de continuo
 Mi mortal ansiedad la sepultura.

Al deplorar mi próxima ruina ,
 Desciende un paraninfo en raudo vuelo ,
 Que mi sombrío espíritu ilumina ;

Y señalando con su diestra al cielo ,
 «Allí, dijo su boca peregrina ,
 «Allí, infeliz, encontrarás consuelo.»



A mi Musa.

SONETO X.

Á la sombra dichosa de la paz,
Bajo cielo mas puro que la luz,
En el eden bellissimo andaluz,
De trovadores tantos á la faz;

Dulce Musa, mi gloria, mi solaz,
Mas grata que en desierto el arcaduz,
Que me digas, te ruego por la Cruz,
Por qué en silencio duermes pertinaz.

Mis penas calme tu sonora voz,
En que se cifran mi delicia y prez :
Basta por fin de tu modorra atroz.

¿No bien despiertas, roncas ya pardiez?
Si he de sufrir, villana, tanta coz,
Cargue contigo el diablo de una vez.



Al sepulcro de un jóven poeta.

SONETO XI.

Por la Parca inmolido aqui reposa
 El amable doncel, que feneciera
 En el brillo de verde primavera,
 Como cortada en flor muere la rosa.

Ni el amor triste, ni amistad llorosa,
 Ni súplica de Cintio lastimera,
 Ni raro ingenio, ni virtud sincera
 Bastaron á templar la impia Diosa.

Desde Edeta á los montes mas lejanos
 La muerte de su Cisne prematura
 Anuncia el Turia en funeral acento.

Solloza el padre, gimen los hermanos;
 Y á su memoria en prueba de ternura
 Consagran este negro monumento.



Al Ebro.

SONETO XII.

Magestüoso y celebrado rio,
 Que diste nombre á la inmortal España,
 Y riegas hoy ufano la campaña,
 Tumba inmensa del galo poderío:

Las lágrimas que vierte el dolor mio
 Con plañideras voces acompaña:
 Así perpetuas flores y espadaña
 Solemnicen tu regio señorío.

Muévate á compasion mi triste duelo,
 Que de tu márgen van por la espesura
 Publicando los ecos de mi avena.

Solo á ti es dado dispensar consuelo
 Al infeliz, que en tanta desventura
 No tiene á quien fiar su ruda pena.



A los terremotos de Orihucla.

SONETO XIII.

Cielos, qué horror! La vista inquieta gira,
 Por no ver de rüinas tal conjunto,
 Pues do quiera se fija, el fiel trasunto
 De la desolacion tan solo mira.

Á una seña de Dios, abrió con ira
 Sus abismos el bátrato, y al punto
 Lares, templos, vivientes, todo junto,
 Se ha confundido en desastrosa pira.

De los pueblos, que fueron hermosura
 De esta llanada convertida en lago,
 Mañana apenas quedará ni el nombre.

Y ante el cuadro de tétrica negrura,
 Que sobrevive al funeral estrago,
 ; Su fama eternizar espera el hombre!



La bonanza.

SONETO XIV.

Rebramando no ha mucho turbulento
 El hondo mar con impetu sañudo,
 Estremecer en sus furores pudo
 Las bóvedas del alto firmamento.

Calmado ya su raudó movimiento,
 Sobre la arena se adormece mudo,
 Y tras del huracan el silbo agudo,
 Riza las olas apacible viento.

No de otra suerte la fortuna mia,
 Templada de sus iras la violencia,
 De un infeliz no acrece la amargura;

Y en pos de negra noche, luce el día
 De júbilo y placer, que á mi existencia
 Restituyó la paz y la ventura.



A Don Juan Guillén Buzarán.*La suplica.*

SONETO XV.

Guillén querido , mi terrible apuro
 Á piedad mueva tu sensible pecho ,
 Pues yace mi caballo en tal estrecho ,
 Que en vano agujonearle yo procuro.

Por la amistad mas tierna te conjuro ,
 Á nombre del amor , por aquel techo ,
 Donde , al nacer en venturoso lecho ,
 Apolo te infundió su aliento puro.

Un soneto me piden ; y es preciso ,
 Ya que á bureo se marchó mi Musa ,
 Que tú me libres del cruel aprieto.

Para poder salir del compromiso ,
 (Guillén , me matas alegando escusa ,)
 Préstame copia de cualquier soneto.



A la tranquilidad del justo.

SONETO XVI.

Ya tranquila reposa la natura
 En el regazo de la paz divina,
 Mientras derrama fúlgida Lucina
 Destellos gratos de su lumbre pura.

Yace el leon en su caverna oscura,
 El cáرابо enmudece en la colina,
 Cobija el sueño la ciudad vecina,
 Y el mar adormecido no murmura.

Recogidas las alas de los vientos,
 No se mueven las hojas de la palma,
 Ni las flexibles ramas del arbusto.

¡Ó noche, á quien los mudos elementos
 Halagan á la par con dulce calma!
 Tú eres imágen fiel del varon justo.



Objeto de mis versos.

SONETO XVII.

Hallar es fácil clásicos poetas,
Con hidrópica sed de plata y oro,
Que el favor piden del castalio coro
Para henchar sus bolsillos y gavetas.

No codicia el romántico pesetas,
Mas pulsa flébil su laud sonoro
Para ablandar el pecho con su lloro
Á la mayor quizá de las coquetas.

Cuantos copleros hay de polo á polo,
Sueñan despiertos gratas ilusiones,
Que desaparecen como sombra vana.

Escepcion de la regla yo tan solo,
Olvidando el amor, gloria y doblones,
Quiero escribir porque me dá la gana.



La Religión.

(IMITACION DE GIANI.)

SONETO XVIII.

Arbol, que del Jordan en la ribera
 Brotaste un dia entre borrascas ciento,
 Despues de alzarte á la region del viento,
 Perdiste tu pomposa cabellera.

Como tu tronco empero recibiera
 De eterno manantial su nutrimento,
 Resistes hoy al huracan violento,
 Tus ramas estendiendo por la esfera.

¿Y qué mucho, que llegue al alto cielo
 Tu copa de verdor, si hasta el profundo
 Se arraigó tu raiz acá en el suelo?

Luzbel en vano contra ti iracundo
 Levanta su segur de ruina y duelo:
 Tú vivirás mientras exista el mundo.



El paso del Pó.

(TRADUCCION DEL BONDI.)

SONETO XIX.

Del Pó surcaba la corriente fria
 En humilde batél el marinero,
 Y yo, en la travesía compañero,
 Así al río mi acento dirigia:

« Tú resonaste venturoso un dia
 Con dos inclitos Cisnes altanero;
 Aquí cantaba el ferrarés Homero,
 Allí Virgilio de alta nombradía. »

Con tan nobles ejemplos la esperanza
 Me escitaba y el dulce amor de gloria
 Á remontarme á la inmortal estanza.

De Faeton empero enmudecida
 Vi la sombra fatal, que á la memoria
 Me recordó su vuelo y su caída.



A la muerte de Jesus.

(IMITACION DE MINZONI.)

SONETO XX.

Del Redentor el postrimer lamento
Abre las tumbas, y estremece el mundo,
Mientras el astro, manantial fecundo
De vida y luz, se apaga macilento.

Adan en su olvidado monumento
Alza los ojos con horror profundo,
Y, víctima del báratro iracundo,
Vé á Jesus en patíbulo sangriento.

El padre de la raza pecadora
Gime de compuncion, no de otra suerte
Que al dejar del Eden la mansion pura ;

Y á Eva, que tambien su culpa llora,
Mira y dice: « Mujer de desventura,
« Yo por ti á mi Señor he dado muerte. »



La Lira de Caracas.

Trahit sua quemque voluptas.

VIRGILIO.

ODA I.

Batilo enamorado
 Cantó con voz sonora
 De su dulce morena
 La nevada paloma.
 La paloma festiva,
 La paloma donosa,
 Embeleso de Filis
 Y del Poeta gloria.
 Iglesias, inspirado
 Por Musa juguetona,
 Del rastro los laureles
 Celebró con sus loas.
 Loas, que á cien maridos
 Levantaron ampollas,
 Sin que á los buenos hombres
 Se les diese una jota.
 Pero yo, que no gusto
 De bichos, que retozan,
 Travesean y saltan,

Hasta aburrir de sobra ;
 Ni renovar me place
 De Medellin memorias ,
 Aunque aumentar pudiera
 Sus páginas honrosas ;
 Cual asunto mas digno
 De mis fáciles trovas ,
 Cantaré el chocolate ,
 Que es mi delicia toda.

ODA II.

Tambien es fuerte cosa ,
 Que al vino y los amores ,
 Por haber consagrado
 Su lira Anacreonte ,
 Servil imitar deba
 Sus números acordes
 Todo jóven , que aspira
 De poeta al renombre.
 Al anciano de Teos
 Enhorabuena invoque
 Quien sus dias divide
 Entre Baco y Dione.
 En el mar de la vida
 Mientras yo feliz bogue ,
 La Musa de Caracas
 Me servirá de norte.
 Así el objeto solo
 De todas mis canciones
 Será del chocolate
 Celebrar los loores.

ODA III.

Vamos, Marina, vamos,
 Que ya con impaciencia
 Ese bálsamo espero,
 Que las almas alegra.
 Sabes en qué hora vives?
 Pues son las ocho y media,
 Si no me engaña Febo,
 Reloj de los poetas.
 Dos horas en llamarte
 Se ha cansado mi lengua,
 Y tú, sorda que sorda
 Á mis voces y quejas.
 De hoy mas, cuando sus luces
 Muestre el Alba primeras,
 Preséntame sin falta
 Ese precioso néctar:
 Pues desde luengos años
 Yo sé por esperiencia,
 Que antes del chocolate
 Nada sale á derechas.

ODA IV.

Cuando al pocillo mio
 Doy el último sorbo,
 Es mi suerte bien digna
 De que la envidien todos.
 Asoman de repente
 (En verdad no sé cómo)

La sonrisa á mis labios ,
 La alegría á mis ojos .
 Despiertan mis sentidos ,
 Anímase mi rostro ,
 Y el corazon del pecho
 Me salta presuroso .
 Mi paz es inefable ,
 Indecible mi gozo ;
 Soy , en una palabra ,
 El mortal mas dichoso .

ODA V.

Abatido y enfermo
 Por el fin prematuro
 Del bondadoso amigo ,
 Que mas amé en el mundo ;
 Sucumbi á la violencia
 De tamaño infortunio ,
 Cayendo en un letargo ,
 Présago del sepulcro .
 La sensible Marina ,
 Casi muerta de susto ,
 De Hipócrates acude
 Al mas famoso alumno .
 Y al ver tantos remedios
 Propinarme sin fruto ,
 De la médica ciencia
 Maldijo los recursos .
 Al fin , desatentada ,
 Aplica soconusco
 Á mis labios , y vuelvo

Del parasismo al punto.
 El doctor se santigua,
 Y dice algo confuso,
 Que acaba el chocolate
 De dar vida á un difunto.

ODA VI.

Ya que copiar deseas
 El rostro de tu amigo,
 Tú, que feliz imitas
 De Goya los caprichos;
 Me parece oportuno
 Darte algunos avisos,
 Á fin de que me saques
 Un retrato cumplido.
 Á mi lado no pongas
 Mucho estante con libros,
 Honor á literatos
 Solamente debido:
 Ni en mi diestra la pluma,
 Inequivoco indicio
 De laborioso ingenio,
 Que jamás he tenido:
 Ni el préz de los poetas,
 Con verde hiedra y mirto
 Cítara laureada,
 Palomas y cupidos:
 Ni mi nombre aparezca
 Al pié, según estilo;
 Pues que nada me importa
 Lo sepan mis vecinos.

Tan solo , noble artista ,
 Tan solo te suplico ,
 Que no olvides ninguno
 De los blasones mios.
 Traslada lo primero
 Con bello colorido
 Mi gran chocolatera
 De luengo molinillo.
 Al par un azafate
 De jícaras henchido ,
 Tan grandes como tazas ,
 Será adorno preciso.
 No falten , por supuesto ,
 Numerosos ladrillos
 De grato chocolate ,
 Aquí y allí esparcidos.
 Coronarás la obra ,
 Pintando muy al vivo
 La Lira de Caracas ,
 En que mi dicha cifro.
 En mis labios la risa ,
 Y el dulce regocijo
 En mis ojos , mirando
 El grupo embebecidos.

ODA VII.

Las reñidas contiendas ,
 Que suelen suscitarse ,
 Cuando mas las pasiones
 En el Congreso arden ,
 Son hielo comparadas

Al terrible combate,
 De que casual teatro
 Fué mi casa ayer tarde.
 La cuestion ciertamente
 No era de las mas graves:
 ¿Mas quién modera al hombre,
 Si llega á acalorarse?
 Quisieron mis amigos
 Probar á todo trance,
 Cuál de los vinos era
 Mas grato y saludable.
 Y no vaya un maligno
 Por eso á imaginarse,
 Que yo vivo en taberna
 De suizos ó alemanes.
 Ni menos (Dios me libre)
 Que estaban como zaques
 Los que con su visita
 Se dignaron honrarme.
 Desde luego trabóse
 La lucha formidable
 Con tal fuego y pujanza,
 Que de pintar no es fácil.
 Dos hijos de Castilla
 Sostenian formales,
 Que el seco Valdepeñas
 Es el mas agradable.
 El malagueño mosto
 Preferian tenaces
 Algunos, que del Betis
 Nacieron en la márgen.
 Otros les contestaban
 Con palabras picantes,

Probando que al Canarias
 No hay otro comparable.
 Por aquí repetían,
 Que el Jerez mas les place;
 Y al rancio de Peralta
 Allí la palma danle.
 Al ver que la disputa
 Se hacia interminable,
 Pidiendo la palabra,
 Expuse mi dictámen:
 «Tan delicados vinos
 «Para mí son iguales,
 «Y superior á ellos
 «El rico chocolate.»
 Dije, y conformes todos
 Con mi segunda parte,
 Las jicaras Marina
 Sirviónos al instante.

ODA VIII.

Del apacible Tormes (1)
 El cantor hechicero
 Cada dia entonaba
 Mil himnos á Liëo;
 Sin que nunca á sus labios
 Aplicára sedientos
 Una copa tan solo
 De licor malagueño.
 Pero yo de Batilo

(1) Sabido es que Melendez apenas probaba el vino, sin embargo de haberlo celebrado tanto en sus versos.

Despreciando el ejemplo,
 Con mis dulces cantares
 Consecuente ser quiero.
 Así todos los días,
 Dos veces á lo menos,
 Apuro mi pocillo,
 Que es grande como un templo.

ODA IX.

Que las Musas me nieguen
 Su celestial influjo,
 Ó que por mal poeta
 Me tenga todo el mundo;
 No son, Marina mía,
 Penas de tanto bulto,
 Que arrebatarme puedan
 La dicha que disfruto.
 El golpe irresistible,
 El golpe, que presumo
 Seria cual saeta
 Contra pecho desnudo;
 El dolor que estos lares
 Cubriria de luto,
 Pues al mentarlo solo
 Quedo frio y sin pulsos;
 La terrible desgracia,
 El sin par infortunio,
 Fuera ver mi alacena
 Sin grato soconusco.

ODA X.

Dulce es el tierno fruto,
 Que en la estacion florida
 Ofrecen los almendros
 De temprana campiña.
 Dulce en el seco estío
 La manzana esquisita,
 Que la esfera embalsama
 Y al paladar convida.
 Dulce cuando su peso
 Igual nos muestra Libra,
 Sazonado racimo
 Al pié de hermosa viña.
 Y dulce, si redobla
 El diciembre sus iras,
 Vino añejo y castañas
 En amigable trisca.
 Mas oh! el chocolate
 Es cosa peregrina,
 Por ser en todo tiempo
 De los hombres delicia.

ODA XI.

¿Dónde tienes los ojos,
 Marina desdichada,
 Que no advirtieron antes
 Cómo viene el Caracas?
 ¿Ignoras por ventura

Cuanto siente mi alma
 Recordar á esta hora
 Mi abuela Doña Clara?
 Que á la comida ó cena
 Presentes la vianda,
 Fria ó lanzando chispas,
 Sosa ó tal vez salada;
 Que acaso por descuido,
 En fin cualquiera falta,
 Por grave que ella sea,
 Sufiré con cachaza;
 Con tal que el chocolate
 Sirvas desde mañana
 En su punto debido,
 Cual tú sabes me agrada.

ODA XII.

Vengan, vengan pesares:
 Lluevan, lluevan trabajos
 Sobre mí, cual granizo
 Que destroza los campos.
 Mis esperanzas todas
 Disipe el desengaño,
 Y los deudos y amigos
 Abandónenme falsos.
 Víctima de la suerte,
 Apure en fin mi labio
 Hasta las heces mismas
 De su caliz amargo.
 Con estóica firmeza
 Sabré todo llevarlo;

Si feliz no me falta
Soconusco entretanto.

ODA XIII.

Marina, no me aflijas,
Marina, no me mates
Con la noticia infausta,
Que en mal hora me traes.
¡Con que ya el soconusco
Acabóse ayer tarde!
Cielos! llegó sin duda
Mi postrimer instante.
Marcha, Marina, corre,
Vuela por esas calles,
Y mi citara vende
Al primero que atrapes.
Si, lo que es muy posible,
No sacas ni dos reales,
Para salir airosa
Del apurado lance:
Convida á cuantos veas
Con versos á millares,
El único tesoro
Que poseen los vates.
En fin haz imposibles,
Hazlos, jóven amable,
Hasta lograr dichosa
Venir con chocolate.
Mas ay! si malogrados
Ves todos tus afanes,
Antes que á casa vuelvas,
Dispon mis funerales.

ODA XIV.

Cabe esa fuente, amigos,
 Que sonante murmura,
 Cuando desde alta roca
 Al valle se derrumba;
 Aquí, do fresca sombra
 Ofrece la espesura,
 La jicara apuremos
 En armonía mútua.
 Parece que el Caracas
 Mas halagüeño adula
 Al paladar en donde
 Sonríe la natura.
 La canela süave
 La atmósfera perfuma
 Al par de la fragancia
 De jazmines y murtas:
 Pues venga el chocolate;
 Que mis ojos deslumbra
 La alegría mirando
 Su rebotante espuma.
 Y en la mano el pocillo,
 Con mas juicio y cordura
 Que los hijos de Baco
 En la orgía acostumbran,
 Por el natal de Anfriso
 Brindaremos á una,
 Realzando cordiales
 Su júbilo y ventura.

ODA XV.

Al fin uno por uno (1)
 Vimos los parapetos
 Y endeble torreones
 Del bilbaino pueblo.
 Del pueblo denodado,
 Que por sus altos hechos
 Envanece á la Patria
 Y asombra al Universo.
 Descansar es muy justo
 De tan largo paseo
 En el café del Suizo,
 Que próximo tenemos.
 El grato soconusco
 Es todo tu recreo,
 Y á mí me place tanto,
 Que en vano es hablar de ello.
 ¿Oyes del molinillo
 El armónico estruendo,
 Mientras que la canela
 Aromatiza el viento?
 Ea pues, dulce amigo,
 ¿Por qué nos detenemos?
 Apresura tu paso,
 Imitando mi ejemplo.
 Mira aquellos beodos
 Cual piden copas ciento

(1) El autor compuso la mayor parte de estos juguetes poéticos en Bilbao poco después del memorable sitio, que sufrió aquella heroica villa á fines de 1836.

De líquidos ardientes,
 Que abrasan con su fuego.
 Apuremos nosotros,
 Mas prudentes y cuerdos,
 De rico chocolate
 Gran pocillo chinesco:
 De consuno brindando
 Con vítores y versos
 De la nueva Numancia
 Por los nobles trofeos.

ODA XVI.

En vano, mi Marina,
 En vano es el que intentes
 De nuevo aconsejarme
 Que el chocolate deje.
 Primero sorprendida
 Verás quemar la nieve,
 Y las llamas de Sirio
 Sufrirás en diciembre.
 De alegría infable
 Es venero perenne,
 Delicia de los sanos,
 Alivio de dolientes.
 Al jóven vigoriza,
 Al anciano sostiene,
 Y hasta del mamoncillo
 Es nutridora leche.
 Calla, Marina, calla:
 ¿Todavía pretendes,
 Que á este don de los cielos

Renuncie para siempre?
 Ay! cuantas mas razones
 Aglomerarme quieres,
 Mas y mas al Caracas
 Mi tierna aficion crece.

ODA XVII.

Al quedar agotado
 De mi pocillo el fondo,
 Mi corazon dirige
 Al cielo ardientes votos.
 Y no pido, cual suelen
 Algunos hombres locos,
 Enemigos por cierto
 De su dicha y reposo,
 El poder del magnate,
 Del rico los tesoros,
 Las glorias del guerrero,
 Ó el renombre de docto.
 La merced que ferviente
 De su bondad imploro,
 Ambas palmas juntando,
 Y con llanto en los ojos,
 Es que del chocolate
 Mas grato y aromoso
 Perfumado esté siempre
 Mi cómodo escritorio:
 Y tambien, que defienda
 De maldicientes Zoilos
 Mi Lira de Caracas,
 Dándole nuevos tonos;

Hasta que el brillo débil
 De mis instantes cortos
 Se apague de la Parca
 Al mortífero soplo,

ODA XVIII.

Corre, Marina, en busca
 De la dulce ambrosia,
 Que acalora mi mente,
 Que mi pecho electriza.
 Venga el licor del cielo,
 A quien la frente humillan

Los raudales, que brota
 La fuente Cabalina.

El bálsamo inefable,
 Que el entusiasmo inspira;

Pues á cantar las glorias
 Voy de la Patria mía.

Las glorias, que otro tiempo
 A su pesar veian

Cien rivales naciones
 Con asombro y envidia.

Los bravos de Sagunto,
 El hijo de Fabila,

De Gonzalo el renombre,
 Los lauros de Payá;

¡Cuántos hechos heroicos,
 Y lides y conquistas,

Inflaman de consuno
 Mi ardiente fantasía!

Qué esperas? Al momento

*como melante
 para el fuerte
 mi corazón ardiente*

Dame una taza henchida
 Del mejor chocolate,
 Que la América envía,
 Y atónita y pasmada
 Verás luego, Marina,
 Las apacibles cuerdas
 De mi modesta Lira,
 Elevarse grandiosas
 Á la noble armonía,
 Patética, sublime,
 Del heroísmo digna.

ODA XIX.

Ven, Musa de Caracas,
 Alivio de mis males,
 Tú que nunca abandonas
 Á tu querido vate.
 Por cañadas y riscos,
 Por montes y breñales
 Compañía y consuelo
 Ofrécesme constante.
 Jamás del lado mio
 Pudieron alejarte
 Ni mis tristes dolencias,
 Ni mis negros pesares;
 Ni con su bronco ruido
 Populosas ciudades,
 Ni del mar la bravura,
 Ni el estruendo de Marte.
 Prosigue, Musa mia,
 En sonreirme afable,

Y sonarán festivos
 Mis plácidos cantares.
 Por mas que la desgracia
 Se empeñe en angustiarme,
 Celebraré de nuevo
 Contigo el chocolate.

ODA XX.

Quando el esplin britano
 Sin piedad me acomete,
 Y me incita á que busque
 Por mi mano la muerte,
 Pido convulso á voces,
 Que á Marina ensordecen,
 El chocolate, alivio
 De mis penas crueles.
 Dando á todo de mano
 Ella al momento viene,
 Y pálida de susto
 Me sirve deligente.
 La jicara de un golpe
 (Sin reparar que hierva)
 Apuro, y la tormenta
 Del pecho desaparece.
 Pues señor, por mi parte
 Mátese quien quisiere,
 Que yo con el Caracas
 He de vivir alegre.

ODA XXI.

Celebran los viajeros ,
 Tranquilos ya en sus lares ,
 La ciudad cuyas plantas
 Humilde el Tiber lame :
 Amberes guarnecida
 • De insignes baluartes ,
 A cuyo pié murieron
 Cien galos capitanes :
 Del Támesis la reina ,
 Señora de mil naves ,
 Que á porfia enriquecen
 Las minas orientales :
 Del Sena en fin la corte ,
 Que reúne triunfantes
 En su felice seno
 Las ciencias y las artes.
 Mas yo ensalzo á Caracas ,
 La ciudad de ciudades ,
 Porque de allí nos viene
 El rico chocolate.

ODA XXII.

Aunque parece cuento ,
 Es verdadera historia
 Un suceso admirable ,
 Que al Caracas abona.
 Quien lo dude , que lea

Respetables memorias,
 Que para luz del mundo
 Dejaron plumas doctas.
 Gemia en triste lecho
 La desolada Rosa,
 Americana virgen,
 De quien Lima blasona.
 Mas, en debido premio
 De su virtud heróica,
 Un regalo inefable
 Recibió de la Gloria.
 Alado paraninfo,
 Mas bello que la aurora,
 Cuando sale de mayo
 Dorando las alfombras,
 Le sirvió chocolate
 De tan subido aroma,
 Que á los muertos haría
 Levantar de sus hoyas.
 El don del cielo apenas
 Libó su pura boca,
 Sus arraigados males
 Huyeron como sombra.
 Para alivio y consuelo
 De una doliente monja,
 ¿ Los ángeles podian
 Traerle mejor cosa?
 Basta de repetirme,
 Defensores del vino,

Que las copas endulzan
 Del alma los martirios:
 Que es el jugo de parras
 Del amor fiel amigo,
 Fomento de las risas,
 Imán del regocijo.
 Que en el abril consuela,
 Y refresca en estío,
 Y templada en el otoño,
 Y en invierno dá abrigo.
 Que á los vates inspira
 Entusiasmo divino,
 Á sublimes regiones
 Para alzarse atrevidos.
 Os fatigais en vano:
 ¿No veis, vosotros mismos,
 Que debo al chocolate
 Iguales beneficios?

ODA XXIV.

Pues ha rato contemplas
 Embebida los cuadros,
 Que recuerdan las lides
 Del suelo americano;
 ¿Sabes, Marina mia,
 Por qué fué derrotado
 De Méjico el monarca
 Por el invicto Hernando?
 Tan curiosa noticia
 Escucha con cuidado,
 Y advierte, que muy pocos

Saben como yo el caso.
 Lo cuentan largamente
 Antiguos comentarios,
 Que pardiez no leyeron
 Todos los literatos.
 Antes del gran combate,
 Al estarse mirando
 Á tiro de ballesta
 Los ejércitos bravos,
 Quiso el buen Motezuma
 Mostrar á sus soldados
 De su brillante mesa
 El pomposo aparato.
 Sentóse pues en medio
 Del campamento vasto
 Á comer, cual pudiera
 En su regio palacio.
 El español caudillo,
 Mejor aconsejado,
 Tomó de pié una taza
 De soconusco grato:
 Estendiendo en seguida
 De la batalla el plano,
 Con la calma serena,
 Propia del hombre parco.
 En tanto retumbaban
 En el real contrario
 La algazara, la risa
 Y el ruido de los vasos.
 Así, cuando las huestes
 Vinieron á las manos,
 De licor y manjares
 Motezuma embotado,

Los infelices indios
 Debelados quedaron ;
 Que al faltar la cabeza,
 Desfallecen los brazos.
 ¡ Y podrá el chocolate
 Encontrar adversarios ,
 Cuando la madre España
 Le debe el mayor lauro !

ODA XXV.

Cuantas mas y mas veces
 Suena mi blanda Lira ,
 Mi pasion al Caracas
 Tanto es mas decidida :
 Y cuantos mas pocillos
 Apuro cada dia ,
 Su sabor inefable
 Con mas versos me brinda.
 Lejos, pues , los negocios
 Y estudiosas fatigas ,
 Que al propósito mio
 Oponerse podrian.
 Desde hoy el afan solo
 Ha de ser de mi vida ,
 El tomar chocolate ,
 Y cantar sus delicias.

ODA XXVI.

Cuando Venus yacia
 Entre angustias mortales ,

Despues que vió de Adonis
 El lastimoso trance ;
 Del espléndido Olimpo
 En la cumbre radiante
 Llamó Jove á congreso
 Á todas las deidades.
 De los medios trataron
 Mas pronto y eficaces ,
 Para el completo alivio
 De la infeliz amante.
 Mas al fin de Esculapio
 Prevaleció el dictámen ,
 Que á la paciente Diosa
 Propinó chocolate.
 Aliviada Ciprina ,
 Con gratitud amable
 Al médico dichoso
 Dió un beso tan süave ,
 Que aun hoy dia lo envidian
 Los Dioses inmortales ,
 Segun me dijo Apolo
 En sueños esta tarde .

ODA XXVII.

Constándote , Marina ,
 Por tan larga esperiencia ,
 Lo mucho que me place
 De Caracas el néctar ;
 ¿Á servirme te atreves
 Jícara tan pequeña ,
 Que á juguete de niñas

En lo chica asemeja?
 ¿Soy yo algun mamoncillo,
 Que por la vez primera
 Con ojos medio abiertos
 Ayer vió la luz bella?
 Sin haber por mi parte
 Precedido advertencias,
 Precaver tal descuido
 Tu buen juicio debiera.
 De una vez para siempre
 Es preciso que sepas,
 Á cuál de mis pocillos
 Yo doy la preferencia.
 ¿No has visto aquel de China,
 Que adorna mi alacena,
 Por su primor llamado
 De esta casa la perla?
 Pues él es justamente
 Donde mas me recrea
 La delicia, que á España
 De América viniera.
 Pocillo, que me ofrece
 Memorias dulces, tiernas,
 Cual regalo postrero
 De mi difunta abuela.
 Pocillo, sobre todo,
 Que tan solo se llena
 Del mejor chocolate
 Con dos onzas y media.

ODA XXVIII.

¿Por qué fatal desgracia

En dos muy largas horas
 No me ha sido posible
 Comenzar una oda?
 Ni fáciles me vienen
 Las imágenes propias,
 Ni un solo pensamiento,
 Ni una sílaba sola.
 Mi pulmon ya se cansa,
 Y está mi lengua ronca
 De llamar á la Musa,
 Y ella sorda que sorda.
 Pero Señor, ¡qué mucho,
 Si el pocillo no asoma,
 El pocillo, que versos
 En mí á raudales brota.
 Vamos, Marina, vamos;
 Despacha, remolona,
 Si eclipsar no pretendes
 Mis poéticas glorias.

ODA XXIX.

Ya que estan apuradas
 Las jicaras, amigos,
 Que con asco tanto
 Mi Marina ha servido,
 ¿No parece oportuno
 Entonar gratos himnos
 Al néctar de los cielos
 En elogio debido?
 Venga al instante, venga
 El instrumento mio,

La citara sonora,
 Mi prez, y regocijo.
 La que solo celebra
 En afectuosos trinos
 Las glorias y loores
 Del chocolate rico.
 Si mis dulces cantares
 Oir quereis benignos,
 Vereis que del Caracas
 Tales encomios digo,
 Que os inflamen á todos
 Los deseos mas vivos,
 De que sirva officiosa
 Marina otro pocillo.

ODA XXX.

Queriendo esta mañana
 Con festivo alborozó
 Del grato soconusco
 Modular los encomios;
 Adverti sorprendido
 Presentarse á mis ojos
 La Musa de Caracas
 Con encendido rostro.
 La Lira de mis manos
 Arrancó, y, hecha trozos,
 Los arrojó en el suelo,
 Diciendo con enojo:
 « Tal castigo merece
 « El ignorante mozo,
 « Que nunca al chocolate

«Hará el debido elogio.»

Dice; y cruel me deja

Tan turbado y absorto,

Cual beata, que en sueños

Creyó ver al demonio.

Mas apurando al punto

Un pocillo tras otro,

Calmó la angustia mia,

Se disipó mi asombro.

Y pues ya no me es dado

Consagrarte mis ocios,

Placer del universo,

Chocolate precioso;

Contigo á saborearme

Dedicaréme solo,

Mientras mejores Cisnes

Te celebran sonoros.



A Nuestra Señora al pié de la Cruz.

ELEGÍA SACRA,

DEDICADA AL EXCMO. SR. DUQUE DE FERIA.

Ya que desamparada de los hombres
 Y hasta del mismo Cielo,
 Llorais vuestra orfandad y desconsuelo,
 Desolada Señora;
 Permitid compasiva os acompañe
 El triste pecador que tambien llora.
 Dadme que vuestros pies humilde bañe
 Con emociones de filial ternura,
 Sin rechazar, benéfica María,
 Mi torpe indignidad, mi boca impura.
 Dadme, sí, que, en el polvo prosternado,
 Considere el martirio, la agonía
 De vuestro corazon despedazado,
 Y arderá en vuestro amor el alma mia.

El Cordero inocente,
 Que del seno del Padre á lavar vino
 De su costado en el raudal divino
 Al humano linage delicuyente:
 El inefable Verbo,
 Que para abrir las puertas eternas,
 Escogió, al humanarse como siervo,

Vuestras castas entrañas virginales ;
 De la Cruz inmolado ya en el ara ,
 Yace ahora sangriento
 En vuestro dulce maternal regazo ,
 Y al estrecharle en entrañable abrazo ,
 Acreceis mas y mas vuestro tormento.

En un mar anegada de amargura
 Contemplais, oh Maria ,
 Esa victima pura :
 Mas al ver el estrago ,
 Con que la rabia de Israel impía
 Lastimó su inocencia ,
 Desviais de sus miembros destrozados
 Los ojos con violencia :
 Los ojos inflamados ,
 Que fijos en el cielo justiciero
 Con silencio profundo ,
 De un ay ! interrumpido lastimero ;
 Cúlpanle al parecer el abandono
 En que espirára el Salvador á manos
 De seres inhumanos ,
 Ciegos de saña y de implacable encono.

El áspero madero
 Con la reciente sangre matizado ,
 Que el cándido Cordero
 Por la estirpe de Adan ha derramado ;
 Es de vuestra cabeza el solo apoyo
 En el frio letargo ,
 Que os hiela los espíritus vitales ,
 Y en vez de dar alivio á vuestros males ,
 Fomenta ; oh Dios ! vuestro dolor amargo .

La corona de espinas
 Que taladró las fibras delicadas
 De sus sienas divinas ;
 Los clavos penetrantes
 Que rasgáran las manos , creadoras
 De la tierra y los Cielos rutilantes ;
 La despiadada lanza
 Que en su costado santo abrió la herida ,
 Origen de salud , fuente de vida ,
 Que restituye al mundo la esperanza ;
 Todos cuantos despojos
 Á su pasión sirvieron este día ,
 Todos á vuestros ojos
 Ahora están patentes :
 Y todos á porfía
 Vuestro pecho traspasan inclementes .

A los umbríos pálidos reflejos ,
 Que el macilento sol despide apenas ,
 La corte de David allá á lo lejos
 Solitarias descubre sus almenas .
 Mirais , afligidísima Señora ,
 Aquel horrible y fúnebre recinto ,
 Y os embisten crueles nuevas penas .
 Qué mucho empero ! Recordais ahora ,
 Que en la ciudad un tiempo de los justos ,
 Para absolver la raza pecadora ,
 En inicua sentencia
 Ha sido condenada la inocencia .

De alados paraninfos esos coros ,
 Que del dulce Jesus el nacimiento
 Celebraron sonoros

Con cánticos de júbilo y contento ;
 Hoy su rostro cubierto con las alas ,
 Por no ver horror tanto ,
 Del divino cadáver sin consuelo
 Vagan en torno derramando llanto :
 Y su amoroso duelo ,
 Y su dolor prolijo ,
 Las lágrimas sin término acrecientan
 Con que el cuerpo bañais de vuestro Hijo .

Madre del infortunio ,
 De la inmortal Sion Virgen sagrada ,
 Todo arrecia la horrisona tormenta
 Do fluctuar os veo consternada .
 La creacion lamenta
 La muerte de Jesus. El sol fallece ,
 Y la noche enlutada se presenta .
 La tierra con espanto se estremece ;
 Reluchan los furiosos aquilones ,
 Sacudiendo en su empuje las montañas ,
 Que servian de techo á sus prisiones .
 Brama el mar iracundo :
 Ábrense los sepulcros : los peñascos
 Con fragor se quebrantan : hoy el mundo
 Á su caos primero
 De grado volver quiere ,
 El gemido escuchando postrimero
 Del Redentor, que por el hombre muere .

Enmudece de espanto , oh lira mia ,
 Cuando naturaleza
 Pregona en plañideros alaridos
 Su sombrío terror y su tristeza .

En flores de sepulcro convertidos
 Tus adornos de rosa y azahares,
 El acento suspende melodioso:
 Que con silencio humilde y religioso
 Mas que en dulces cantares,
 Plugo al cielo benigno concederte
 Acompañar en tan funesto día
 Del buen Jesus la dolorosa muerte,
 La soledad y angustias de Maria.



Al sepulcro de un niño.

EPITAFIO.

Dos esposos, modelo de ternura,
 Esta lápida triste han erigido
 Al hijo de su amor: flor bella y pura
 Que en su primer albor ha fenecido.
 Niño feliz, que muerte prematura
 Á los coros angélicos ha unido,
 Y entre cantos de gloria al Dios del cielo:
 Pide para sus padres un consuelo.



Safo.

ELEGIA ANTIGUA.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

Allá en risco fatal, que el sol naciente
 Comenzaba á dorar, de pié se via
 La miserable Safo, y prosternadas
 A su lado las virgenes de Lesbos,
 Hácia el mar inclinadas, contemplando
 Las ondas con terror. Entre sollozos
 Asi dijo la amante desdeñada:

«Roca de maldicion, profundo abismo,
 Pavor no me inspirais. Por causa vuestra
 Su víctima perdida verá Venus:
 Desconoci el amor, y él me castiga.
 Tus ondas para mí serán mas gratas,
 Oh piadoso Neptuno. ¿ Ves las flores,
 Que coronan mi sien? Pues esta frente,
 Oprimida hace tiempo de pesares,
 Con las sagradas vendas hoy se muestra,
 Ornada para el triste sacrificio,
 Como para una fiesta. Tus escollos
 Es fama (pero ; oh Dios, cómo creerlo!)
 Que libran de un amor desesperado.
 Dicen, que los que ilesos de allí salen

Olvidan su pasión. Sea el que quiera
 Tu celeste poder, Dios de las aguas,
 No conserves mi vida te suplico.
 Un olvido fugaz, vano remedio
 De mis rudos martirios, en tus ondas
 Á buscar yo no vengo. Solo ansio
 Del sepulcro la paz. Rey de los mares,
 Acepta bondadoso mi holocausto.
 Mas ¿por qué tantos lloros y gemidos?
 Cantad himnos, cantad, hijas de Lesbos.»

«Recuerdos de dolor, ¿por qué crueles
 Me perseguís do quier? Entre los mirtos,
 Que sombrean el templo de Ciprina,
 Cual fiel sacerdotisa de la diosa,
 Yo estaba con mi lira celebrando
 Su divino poder, cuando muy cerca
 Del altar *yo le vi*. ¿Cómo es posible
 Mi transporte pintar? El pecho mio
 Ardíó como un volcan. Mi lengua helada
 No pudo proseguir, y de mi mano
 Llena de agitacion cayó la lira.
 Á los ojos de Dafne la insensible
 No se mostró tan bello el rubio Apolo;
 Ni contempló Erigóne tan brillante
 Al jóven Baco, en triunfo conducido
 Con el tirso en la mano, y en la frente
 El pámpano luciendo. Verle, amarle,
 Amarle ¡ay! con furor, fué todo uno.
 Haciendo ostentacion de mi locura,
 De sus lares en torno triste y sola
 Vagaba sin cesar, á sus encantos
 Impelida por fuerza irresistible.

¡Cuánto gustaba verle, mereciendo
 En el gimnasio la atención de todos,
 Cuando el disco lanzando con pujanza,
 Era entre mil rivales aclamado
 Por vencedor de los olímpicos juegos!
 ¡Cuánto gustaba verle un veloz potro,
 De los céfiros hijo, manejando,
 El primero lanzarse á la carrera,
 Y tornar con su lauro á paso lento!
 ¡Cuán ufana sus triunfos yo veía!
 ¡Y por qué de sus sienes empapadas
 De abundante sudor limpiar el polvo
 No podían mis manos! Por la gloria
 De ser su hermana ó madre un solo instante,
 Todo.... hasta mi belleza hubiera dado.
 Y vosotras, celestes moradoras
 Del Helicon, inútiles deidades,
 Cuyo favor en vano he demandado;
 Vosotras no ignorais, que en vuestra ciencia
 Yo misma le instruí. Por él compuse
 Esos divinos versos, que pasmada
 Á la Grecia dejaron. Esos versos,
 Capaces de ablandar las mismas Furias,
 Y que su duro pecho no ablandaron,
 Infortunada Safo. Al amor tuyo
 Tan ingrato y cruel Faon ha sido.
 Redoblad vuestros ayes y sollozos:
 Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.»

« Si á mis tiernos afanes, si á mi lira,
 Si á mis débiles gracias atraerle
 Dado hubiera el destino: si su pecho
 No hubiera sido bronce al llanto mio,

Ningun otro mortal gozado hubiera
 Dias tan llenos de placer y gloria.
 ¡Qué realce mi amor no hubiera dado
 Á su vida feliz! Vida envidiada
 Por los númenes mismos. El amante
 De Safo, celebrado en todo el mundo,
 Hubiera sido entonces en mis versos
 Inmortal cual un Dios. Por él yo hubiera
 En tus aras quemado, ó alma Venus,
 Del sacrificio el perennal incienso.
 ¡Qué ofrendas en el templo de Cupido
 No hubiera presentado á todas horas!
 ¡Qué votos dirigido por su vida
 Á las Parcas crueles cada noche!
 ¡Cuántas veces mi citara armoniosa
 Hubiera repetido los acentos
 Mas gratos á su oido! Á cien rivales
 En los juegos de Jonia disputado
 Hubiera yo las palmas del ingenio;
 Y los laureles, prez de mis victorias,
 Mas dulces á mi orgullo hubieran sido,
 Por mi mano arrojados á sus plantas,
 Al ver su orlada sien resplandeciendo
 Con los brillantes rayos de mi gloria. »

« ¡Cuántas veces, Faon, la altivez mia
 En bajeza trocando, tus umbrales
 Á besar iba yo! Si el dulce nombre
 De tierna esposa tu rigor me niega,
 Permite al menos (te decia humilde),
 Permite al menos, mi adorado amante,
 Sea Safo tu esclava, y á tu lado
 Y á tus órdenes viva. ¿Qué me importan

De ignominia ú honor los vanos nombres ,
 Viviendo junto á tí, pudiendo verte,
 Pudiendo merecerte una mirada
 De compasion en mi postrer suspiro,
 Por premio á tanto amor! Mi sexo débil,
 Ni mis riesgos, Faon, no te acobarden.
 Mi fortaleza, igual á mi ternura
 Será por el favor de Citerea.
 ¡Cómo apartarme nunca de tu lado!
 Por la tierra, en el mar, en las batallas,
 Contigo me tendrás. De Marte mismo
 Afrontaré el furor, por libertarte
 De los golpes que amaguen tu existencia.
 Siempre estaré dispuesta á interponerme
 Entre la muerte y tu preciosa vida....
 ¡Por qué morir por él no he conseguido!»

«Cuando tras las fatigas de la guerra
 En la tienda te halague el dulce sueño,
 (Ese sueño que yo nunca disfruto),
 Yo velaré á tu lado, Faon mio;
 Y si negros cuidados te despiertan,
 Sabré yo adormecerlos hasta el alba,
 Haciendo resonar infatigable
 Mi tierno amor en las doradas cuerdas.»
 =Así decia yo, y el viento raudo
 Se llevaba mis súplicas, que solo
 Repetian los ecos: á mis ayes
 Solos ellos responden al presente.
 Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.

«Tú, que fuiste otro tiempo mi ventura
 Y mi gloria tambien, acorde lira;

Tú, que á Faon mil veces celebraste ,
 Hoy acreces mi pena con tus sones ,
 Que recuerdan mi amor y mi ignominia ,
 Y el nombre del cruel que me abandona.
 Instrumento fatal , hágante polvo
 Mis manos sin piedad. En los altares ,
 Ni en el atrio del templo de Ciprina ,
 Ya no te colgaré. Airado el cielo ,
 Haga que tus fragmentos arrebate
 El proceloso mar , porque no quede
 De mi acerbo dolor memoria alguna.
 ¡ Que no pueda en las ondas irritadas
 Sumergir asimismo mis cantares
 Y mi funesta fama ! ¡ Que no pueda
 De la tierra borrar las huellas mias !
 ¡ Que no pueda en la tumba hasta mi nombre
 Conmigo sepultar ! ¡ Que los escritos
 Do vivirá Faon , dando á las llamas ,
 Mi deshonor lavar sea imposible ! »

« Qué digo ! si los Dioses que él ofende
 Lo atragesen ahora hácia la playa ;
 Si á esa cumbre eminente se asomase ;
 Si en la roca fatal él viera á Safo ,
 Agitada , llorosa , destrenzada ,
 Lanzando lastimeros alaridos ,
 En su amor abrasada , perdonando
 Su negra ingratitud en el momento ,
 Que á la muerte se apresta la infelice ;
 De tan terrible escena conmovido ,
 Quizá se arrepintiera de su duro
 Y obstinado rigor. Quizá mi lloro
 Lográra enternecerle , y me digera :

«Vive, mi tierna Safo, para amarme.»
 Mas ¡qué espresion profiere el labio mio!
 Lejos idea tal. Acaso negros
 Remordimientos con furor le agitan,
 En lugar del amor. Tal vez los Dioses
 En su culpable huida le inspiraron.
 Él tiembla, él se detiene, él apresura
 Sus plantas hácia aquí para salvarme
 De ese abismo fatal. Ved cual me llama.
 Ya ha salvado su víctima. Qué escucho!
 Ois? ois? De Lesbos por la via
 Un lejano rumor ha resonado.
 Conozco, si, conozco los acentos
 De su meliflua voz. Por el camino
 El polvo veo, que sus pies levantan.
 Compañeras, mirad. ¿No le estais viendo
 Por el cerro bajar, y hácia este lado
 Sus brazos estender?... Ay! cuál me engaña
 La falaz ilusion! Do quiera reina
 El lúgubre silencio de la muerte.
 El camino está mudo y solitario,
 Y el turbulento mar suena tan solo.
 Llorad, llorad mi afrenta, hijas de Lesbos.»

«Mas ya el sol colorando el cielo puro
 Su curso precipita. Tú, que vienes
 Á alumbrar el postrero de mis dias,
 Á Dios, á Dios por siempre, astro radiante.
 El alba, mensajera de tu gloria,
 Ya no tornaré á ver. Mañana en triunfo
 Del fondo de la mar vertiendo luces
 Volverás á salir, y de mi vida
 El brillo débil muere para siempre!

Á Dios, paternos campos de mi alma ;
 Á Dios, Lesbos, mansion de Citerea.
 Á Dios, grata ribera, en que los cielos
 Á mi natal rieron. Templo augusto,
 Donde fui consagrada en mi puericia
 Por la mano materna al culto santo
 De la diosa de Pafos: sacro bosque,
 Do las Musas, mi cuna remeciendo,
 Con célica ambrosía me criaron ;
 Recibid mi llorosa despedida.
 Ay! sus vanos favores, que la plebe
 Mira tan envidiosa, no pudieron
 Ni del amor librarle, pobre Safo,
 Ni tu vida escudar contra el destino.
 En lágrimas viviste; y hoy sucumbes
 En la flor de tus dias; cual marchita
 Se desprende la rosa antes de tiempo:
 Ó cual fenece, Amor desapiadado,
 Al filo de la espada sacrosanta
 El blanco recental, que cuando nace,
 Te consagró el pastor. Víctima pura,
 Con su sangre tus aras enrojece. »

« Y vosotras, amigas venturosas,
 Que volvereis á ver al cruel jóven
 Que adoro todavía: cuando encubra
 Mis cenizas el túmulo sombrío,
 Dadle mi á Dios postrero: sí, decidle,
 Que su nombre al morir sonó en mis labios. »
 Dijo así la infeliz; y el mar undoso
 Las doncellas dejando por la tarde,
 Sin ella tristes y en fatal silencio
 Hacia Lesbos el paso dirigian.



**A mi amigo y paisano Don Miguel
Agustin Príncipe.**

SONETO.

Tú, cuya cuna defendió Maria
Con su augusta Columna protectora
Desde el feliz momento, que la aurora
Á tu primer vagido sonreía ;

Oye, querido amigo, la voz mia,
Al recordar con júbilo la hora,
En que del Cielo quiso la Señora
Visitar á sus hijos algun dia :

Pues al sublime trovador, que tanto
Con orlado laud al patrio Ebro
Envanece glorioso y alborozá,

Debe tan solo dedicarse el Canto,
En que con labio tímido celebro
El mas alto blason de Zaragoza.



Señor Don Gaspar Serrano. = Sevilla 7 de julio de 1846. = Muy Señor mio: recibí á su tiempo el Canto de *Nuestra Señora del Pilar*: pero mis numerosas ocupaciones me obligaron á remitir á las vacaciones de este verano la lectura de la composicion y la respuesta á su apreciable del 15 de mayo.

El tono de la obra es el que corresponde á la poesía cristiana, robusto y lleno de riqueza y de pensamientos bíblicos. Mucho me ha agradado ver que el harpa de Herrera y los acentos enérgicos de Argensola se oigan todavia en nuestro Parnaso profanado tanto tiempo por el furor del nuevo romanticismo, último regalo, que la Francia ha hecho á la Europa.

Deseo pues, y aconsejo á V. que continúe cultivando la musa de Sion, tan propia por otra parte de su estado de V. y del mio, y la mas noble de todas: y si valen algo los presagios de los vates, le prognostico una abundante cosecha de laureles, cuando emplee su rica vena en asuntos religiosos y morales. Queda suyo, aprovechando esta ocasion de ofrecerse á sus órdenes, afectisimo servidor y Capellan q. s. m. b. ALBERTO LISTA.



Nuestra Señora del Pilar.

CANTO SAGRADO.

Cæsaraugustam vocitamus urbem
Res cui tanta est.

AUREL. PRUDEN.

1.

Hijo de las cantábricas montañas (1),
Rio felice de la patria mia,
Tú, que apacible y magestuoso bañas
El pabellon augusto de María;
Ebro, cuyas humildes espadañas
El fértil Paraiso envidiaría,
Suspende tu raudal breves momentos,
Escuchando en silencio mis acentos.

(1) En 1854 publicó el autor en Zaragoza un Poemita á la venida de Nuestra Señora del Pilar, que comienza:

« Canto el arribo de la Madre Virgen : »

cuyo ensayo poético ha tenido á la vista en la composicion de este Canto sagrado.

2.

Sotos bellos de sombras y frescura,
 Ribera pintoresca, deliciosa,
 Campos de bendicion, verde llanura,
 Alameda pinifera y umbrosa;
 Vosotros sois, vergeles de ventura,
 Donde de Jericó brilla la rosa;
 La flor entre las flores escogida,
 Aroma del Edén, del mundo vida.

3.

Aquí se eleva el celestial sagrario,
 Que la perla mas lúcida atesora:
 Refugio de clemencia solitario,
 Donde calman las penas del que llora:
 Casa de Dios, augusto santuario,
 En que legion de paranifos mora,
 Desde que la bondosa Nazarena
 Su pié estampó de cándida azucena.

4.

Puerto de paz, albergue de esperanza,
 Asilo de llorosos pecadores,
 Si mísero mortal feliz alcanza
 A publicar al mundo tus loores,
 Hoy uniré mis himnos de alabanza
 Al coro de cristianos trovadores,
 Celebrando la dicha de que goza
 La ciudad de Maria.... Zaragoza.

5.

Espiritu de amor y de armonia,
 Que invocó el vate del Jordán sonoro,
 Cuando del alto Libano movia
 Los viejos cedros con el arpa de oro;
 Si no desdeñas la plegaria mia,
 En que tu fuego celestial imploro,
 Los reinos de la luz en gozo santo
 Suspendará mi religioso canto.

6.

Cual vivifica tras cruel invierno
 El ángel de las flores á natura,
 El Hijo de David, el Verbo eterno,
 Regocijaba de Sion la altura:
 Mientras el mónstruo que abortó el averno,
 Al pié de su vacía sepultura,
 Acrecentaba de Jesus la gloria,
 Pregonando á despecho su victoria.

7.

Jerusalem, de crímenes guarida,
 Que osó llenar con su postrer delito
 Del enojo divino la medida,
 Hasta colmar su término infinito;
 El reprobado pueblo deicida,
 Por Dios y por sus ángeles maldito,
 Crecer veia el fruto floreciente
 De la iglesia católica naciente.

El ejemplo imitando de Judea
 La cercana region de Samaria
 Y el rudo habitador de Galilea,
 Al Hijo veneraban de Maria.
 Los pueblos de Diána y Citerea,
 Y Atenas y la docta Alejandria,
 Sus númenes hollando tutelares,
 Alzaban á la Cruz sacros altares.

Á la diestra del Padre Omnipotente
 Glorificado el celestial Ungido,
 Contemplaba en las zonas del Oriente
 El árbol de salud brotar florido;
 Sin que pudiera la infernal serpiente
 Su pomposo verdor ver extinguido;
 Su verdor, que aumentándose fecundo,
 Cobijaría con el tiempo al mundo.

Cuando los ojos de bondad inclina
 A capital del Occidente bella,
 Reina de Celtiberia peregrina,
 Que del Ebro en las márgenes descuella:
 Alumna del error, á quien domina
 Influencia fatal de aciaga estrella,
 Oponiendo rebelde contumacia
 Á los dulces impulsos de la Gracia.

11.

En las sombras envuelta del abismo
 La mente, de los ángeles hermana,
 Las Deidades del falso Paganismo
 Adora allí con ceguedad insana.
 Á disipar el negro fanatismo
 Con luz vivificante y sobrehumana,
 El hijo primogénito del trueno
 Se lanzó en vano de esperanza lleno.

12.

De lámpara, que pálida fulgura,
 Á la fúnebre lumbré macilenta,
 Entre holocaustos mil de sangre impura
 Torvo el Númen del mal allí se ostenta.
 Así junto á infamada sepultura
 Se vislumbra padron de torpe afrenta,
 Cuando en la noche lóbrega se inflama
 De súbito relámpago la llama.

13.

Al pérfido raptor de la inocencia
 Aquí supersticion votos envía,
 Y á la diosa de lúbrica licencia
 Quema perfumes, que la Arabia cria.
 Ritos de horror, mortífera creencia,
 En que apoyada Religion impía,
 A los esclavos, que en su yugo gimen,
 En vez de la virtud, enseña el crimen.

14.

Émulo digno del caudillo hebreo,
 Al debelar su brazo extraordinario
 A tanto incircunciso Filisteo,
 Que á Israel combatia temerario ;
 El hijo acometió del Zebedeo
 Al infernal indómito adversario ,
 Que sostiene con ánimo inflexible
 El culto de los idolos horrible.

15.

Mas , oh estravio de la raza humana !
 Como el enfermo de febril demencia
 Al tierno amigo , que en su bien se afana ,
 Rechaza con frenética violencia ;
 No de otra suerte la ciudad pagana
 Opone incontrastable resistencia
 A las palabras de inefable vida ,
 Con que el Apostol santo la convida.

16.

El ángel tutelar, que al manso río
 Sirve de proteccion y fuerte escudo ,
 Lamentando tamaño desvario ,
 Ante el trono de Dios póstrase mudo ,
 Solicito implorando aquel rocío ,
 Que á Saulo pertinaz ablandar pudo ;
 La Gracia de los cielos fecundante ,
 Que liquida los pechos de diamante.

17.

Mover logrando á la eternal clemencia
 Los ayes del Custodio plañideros ;
 Ya mira con benéfica indulgencia
 A Torcuato y sus fieles compañeros ;
 De los divinos ojos la influencia
 Los convierte de tigres en corderos ;
 Y la luz de evangélica doctrina
 El caos de sus mentes ilumina.

18.

Del Ebro venturoso la corriente,
 Por el ministro del Señor bendita,
 Es ya nuevo Jordan y sacra fuente,
 Que lava el alma y sus pecados quita.
 Allí de Adán, el padre delincuente,
 La miseranda estirpe, antes precita,
 Recobra al punto la perdida herencia,
 Destinada por Dios á la inocencia.

19.

En el abrigo del redil cristiano
 El rebaño escogido ya seguro,
 Descansa ledo, aunque rugido insano
 En torno zumba del sagrado muro.
 Así á pesar del Faraon tirano,
 Moisés, apoyo de Judá futuro,
 Dormia el sueño de la paz tranquilo
 En pobre cuna, que mecía el Nilo.

20.

Como Josué, magnánimo guerrero,
 Ansiaba alcanzar nuevos blasones,
 Ante el brillo mirando de su acero
 Postradas las idólatras naciones ;
 El Apóstol su lauro al ver primero
 Sobre tan indomables corazones,
 De la santa verdad rendir quisiera
 Al blando yugo la ciudad entera.

21.

Bañada el alma en singular consuelo,
 Ofrece las primicias de victoria,
 Tributando entre lágrimas al Cielo
 Ayes de gratitud, cantos de gloria.
 El triunfo de la Cruz pide su anhelo,
 No alabanza del mundo transitoria ;
 Vano rüido, que los vientos hiere,
 Y entre los ecos fugitivo muere.

22.

Con celo santo y fortaleza santa
 Redobla sus esfuerzos ardoroso,
 A riesgos tantos y fatiga tanta
 Sin conceder momento de reposo.
 Ya como rayo, que tronando espanta,
 Á Jehová proclama poderoso,
 Ya tal vez al Cordero sin mancilla
 Anuncia con candor y fé sencilla.

23.

Allá en arengas de entusiasmo llenas ,
 Con que se estremecian los tiranos ,
 Menos fogoso el Orador de Atenas
 Gritaba á los indignos ciudadanos ;
 Cuando vil opresor con las cadenas
 Amenazando á sus cobardes manos ,
 Cual perfumada turba de mujeres ,
 Se entregaban á frívolos placeres.

24.

Así consagra en paternal porfia
 Sus afanes al sacro ministerio ,
 Sin doblarse la indócil rebeldía
 De su elocuencia mágica al imperio.
 Aletargada la ciudad impía
 En el seno de infando cautiverio ,
 Esclava criminal repele en tanto
 La libertad del Evangelio santo.

25.

Augusto libro , que al amor divino
 Plugo sellar del Gólgota en el ara
 Con el raudal precioso y purpurino ,
 Que del costado abierto derramára.
 Luz, guía fiel y celestial camino ,
 Que su bondad amable nos depara ,
 Para arribar por fin con rumbo cierto
 De la perdida Patria al dulce puerto.

26.

A Jacobo sorprende el Sol naciente
 Esplicando las páginas de vida;
 Cuando el cenit inflama refulgente,
 Ve su faz en sudor humedecida:
 Sumérgese en las aguas de Occidente,
 Dando la postrimera despedida
 Al Pastor de la iglesia celtibera,
 Que en su afan incansable persevera.

27.

Tras la huella del Héspero brillante,
 Astro bello de amor y poesía,
 Aparece cual tétrico gigante
 La noche melancólica y sombría.
 En la bóveda eterna de diamante,
 Alfombra del Señor, que argenta el día,
 Resplandecen antorchas con que el hombre
 Escrito admira su inefable nombre.

28.

Parece el Orbe panteon, que cierra
 La muerte ruda con su negra llave,
 Do las cenizas, que olvidó la tierra,
 La paz custodia y el silencio grave.
 Tan solo gime en solitaria sierra
 De los presagios fúnebres el ave,
 Con el Ebro alternando, que resbala,
 Como el ay! del dolor, que el pecho exhala.

29.

Los pesares, las cuitas lastimeras,
 Duermen en brazos de apacible sueño:
 Enmudeció el rugido de las fieras,
 Con que suele aterrar su adusto ceño.
 Las auras de los valles lisonjeras
 Cedieron al balsámico beleño;
 Mientras al santo Apóstol desvelado
 Los filos hieren de mortal cuidado.

30.

Abrevado en las aguas de amargura,
 Vedle buscar oculto apartamiento
 De retirada y lúgubre espesura,
 Do suele desahogar su sentimiento.
 Triste padre, modelo de ternura,
 Que en continuado y férvido lamento
 Ruega por la ciudad, que todavía
 Conserva pertinaz su idolatría.

31.

De caverna en caverna el monte umbrío
 Propaga condolido su quebranto:
 Las claras ondas del doliente río
 Reciben con piedad el tierno llanto;
 Llanto puro de amor, que al mundo impío
 La noche vela con su negro manto:
 Mas las lágrimas cuenta el Dios del Cielo,
 Que el bondoso varon vierte en el suelo.

32.

«¿Cuándo, Sumo Pastor, tu providencia
 «Ha de ahuyentar al lobo carnicero,
 «Que con sangrienta y bárbara violencia
 «Se ceba en tu rebaño celtibero?
 «¡Cuándo, movida Augusta á penitencia,
 «Adorará tu cándido Cordero,
 «Ante su altar despedazando el trono,
 «Donde ejerce Satán su fiero encono!

33.

«De la abominacion sobre las ruinas,
 «¡Cuándo, Señor, el jubiloso viento
 «Saludará por valles y colinas
 «De la sagrada Cruz el monumento!
 «Tú, que á la Hija de tu amor destinas
 «En esta márgen eternal asiento,
 «Cual piedra que en la mar súbito se hunde,
 «De las tinieblas el poder confunde.»

34.

«Así muestra Santiago la constancia
 De su paterno amor, y al cielo sube
 La oracion en suavísima fragancia,
 Cual del incienso la ondeante nube,
 Cuando en las cumbres de la etérea estancia
 Eleva su turibulo el querube:
 Perfume celestial, oblacion pura,
 Que rinde á su Hacedor la criatura.

35.

Menos complace en el pesar acerbo
 De compasion la voz consoladora,
 Que los oidos halagó del Verbo
 El fiel Apóstol, que piedad implora.
 Dichoso Jaime, de María siervo,
 Que al recordar su Madre y Mediadora,
 Vió al Angel abrazar de la esperanza
 Al Custodio del Ebro en santa alianza.

36.

El dulce Redentor, que entre dolores
 Por la vida murió de los humanos,
 Del Apóstol oyendo los clamores,
 Eleva al Padre sus filiales manos;
 Las manos, que de agudos pasadores
 Aún conservan los sulcos inhumanos:
 Mira el Padre benévolo á su Hijo,
 Y sonrie en su frente el regocijo.

37.

«Salud á la ciudad, en que Jacobo
 «La semilla evangélica derrama:»
 Dijo el Señor, y en delicioso arrobo
 «Salud» la hueste angelical exclama.
 Tiembla el infierno, el implacable lobo
 Al grito de salud airado brama,
 Pues la grey, al aprisco ya vecina,
 Salta gozosa y libre de rüina.

38.

Una mirada de Jehová potente,
 A que el suelto huracan sus alas pliega;
 Y las airadas ondas de repente
 Humillado el Océano sosiega;
 Grata brilló: y al ángel, que obediente
 Del Ebro guarda la dichosa vega,
 Descubria el recóndito misterio,
 Que ha de salvar al español imperio.

39.

Muy mas veloz que el pensamiento mismo,
 Cuando al impulso de la fé descende
 Desde el trono de Dios hasta el abismo,
 Que su justicia pavorosa enciende;
 El genio tutelar, que el Cristianismo
 En Zaragoza protector defiende,
 Al Cenáculo santo el raudo vuelo
 Apresuraba en alas de su celo.

40.

Casta paloma, que doliente gime
 Por la muerte del Hijo en fiel suspiro,
 Allí María su dolor sublime
 Con la quietud halaga del retiro.
 Para calmar la angustia, que la oprime,
 En vano vaga en compasado giro
 Ante sus ojos numerosa hueste,
 Vibrando luz de la region celeste.

41.

En los cristales del Cedron riela
 Silenciosa la luna y solitaria,
 Sensible amiga, que al mortal consuela,
 De sus penas y afan depositaria.
 Hora solemne y plácida, en que vela
 Dirigiendo al Señor tierna plegaria,
 La Madre del Dios Mártir, que benigna
 Por la Iberia infeliz rogar se digna.

42.

Apenas en los labios virginales
 Ha sonado tu nombre, Patria mia,
 Cuando el ángel, que ufano los raudales
 Mueve del Ebro, saludó á Maria.
 Sus purísimos ojos maternales
 Reflejan de los cielos la alegría,
 Al paraninfo viendo, que le lleva
 De parte del Señor tan grata nueva.

43.

Con modesto ademan y honda mesura,
 Que la profunda sumision retrata,
 Deslumbrante el Heraldo de hermosura
 A la heredera de David acata.
 Brillando en sus pupilas la ventura
 Y en su alma boca la sonrisa grata,
 Asi la alta mision á la Princesa
 En acentos dulcísimos expresa.

44.

«Oyó el Señor con plácido semblante
 «Vuestro gemido, vuestro ardiente ruego,
 «Acelerando el suspirado instante,
 «Que inflame á Iberia en sacrosanto fuego.
 «De su fé, cual aurora rutilante,
 «Os gozareis preconizada luego
 «Por aquellas regiones que propicia
 «Llamais, Madre de amor, vuestra delicia.

45.

—«Gloria eterna al Señor! Su indigna sierva
 «Reconoce la voz omnipotente.
 «Llor á su bondad, que me reserva
 «Para llevar su nombre al Occidente.
 «Gloria eterna al Señor!» Dijo, y cual cierva,
 Que herida corre á cristalina fuente,
 En brazos de los ángeles María
 Hacia el Ebro feliz se dirigia.

46.

Puro como la luz sublime coro
 Precediendo á su Reina espacio breve,
 El aire hiende en impetu sonoro,
 Sus alas al batir de pluma leve.
 Al eco grato de salterios de oro,
 Que tanto y tanto paraninfo mueve,
 Entre vivas de júbilo á María,
 Sonaba de este modo la armonia:

47.

«Inmarcesible honor y bendiciones
 «Del Cristo á la divina Precursora,
 «Que en el Ebro sus gracias y sus dones
 «Hoy derrama con mano bienhechora.
 «Oh tú, la mas feliz de las naciones,
 «Que el sol fecundo con sus luces dora;
 «Celebra, Iberia, la bondad inmensa,
 «Que tamañas mercedes te dispensa.»

48.

Mientras al santo Apóstol reanima
 El apacible cántico perenne,
 Que repiten el valle y alta cima,
 La blanca nube en que la Virgen viene
 Al asombrado rio se aproxima.
 La hueste angelical que la sostiene,
 En brillantéz y número supera
 A los fúlgidos astros de la esfera.

49.

A la radiosa muchedumbre bella,
 Que no desiste de entonar loores,
 Preside un paraninfo, que descuella
 En hermosura y gracia y resplandores,
 Como de amor la matutina estrella
 Suele cien lumbres eclipsar menores,
 Al descubrir su platéada frente
 Por las doradas puertas del Oriente.

50.

Él es: el ángel de la patria mia ;
 Nuestro custodio, la esperanza nuestra,
 Que las escuadras venturoso guia,
 La celestial Imágen en la diestra :
 La celestial Imágen de Maria ,
 De sus bondades inefable muestra ;
 Joya preciosa del hispano suelo ,
 Prez de la tierra , admiracion del Cielo.

51.

Otro espíritu fiel sigue cercano,
 De noble aspecto, de gentil figura,
 Que el divino Pilar lleva en su mano,
 Del sacro Paladion base futura.
 El bello grupo descendiendo ufano,
 El vuelo hácia su término apresura ;
 Hasta que en fin magestuoso llega
 A la risueña y envidiable vega.

52.

El Apóstol en pasmo sorprendente
 Mira inflamarse la azulada esfera,
 Como si ya la aurora refulgente
 Sus vivíficos rayos esparciera.
 Los cerros, las llanuras, la corriente,
 Todo cual claro prisma reverbera ;
 Del Ebro renovando en las orillas,
 Oh celestial Sion, tus maravillas.

53.

No admiró leda la infantil natura
 Tanto arrebol y espléndido cambiante,
 Tanto rio de luz serena y pura,
 Que el espacio inundaba relumbrante;
 Cuando el Sol, de los cielos hermosura,
 Nació de las tinieblas ya gigante,
 Ostentando su fúlgida aureola
 Del supremo Hacedor á la voz sola.

54.

Adoradla! ya próxima aparece
 De Israel la esperanza y alegría.
 Qué hermosa y halagüena resplandece
 Bajo rico dosel de argentería!
 Mi deslumbrada vista se oscurece
 Al recibir los brillos de Maria;
 Ante su trono de rubor confusa
 Cayendo humilde la cristiana Musa.

55.

Almo Gabriel, divino mensajero,
 Dulce consuelo de la especie humana,
 Ministro de salud, de paz lucero,
 Mas bello, que el albor de la mañana;
 Oh tú, que merecieras el primero
 Ver de Jacob la estrella soberana;
 En eco grato, que los aires rompa,
 Dí de tu Reina la brillante pompa.

Tú, si con vista contemplar serena
 Osas la Virgen, que á Luzbel quebranta,
 Mirala de esplendor y gracia llena,
 La Luna y Sol humildes á su planta.
 Al arribar á la dichosa arena,
 Su noble magestad y gloria canta;
 Pues tu célica voz modular puede
 Lo que á labio mortal no se concede.

El caudaloso celebrado rio
 Enfrenando sus líquidos cristales,
 Que en sosegado y regio señorío
 Estendia por campos y arenales;
 De tamaña grandeza y poderío
 Estático admirando las señales,
 Sobre el siniestro brazo se incorpora,
 Y besa el escabel de su Señora.

Las ateridas sierras de Pirene,
 Donde el invierno su glacial asiento
 Entre escarchas y horror ceñudo tiene,
 Saltan arrebatadas de contento.
 Moncayo altivo, la mansion perenne
 De oscuras nubes, que respeta el viento,
 Y cuantas cumbres la ciudad dominan,
 Su erguida frente saludando inclinan.

59.

Naturaleza en vitores exclama ;
 Despiertan de la selva los cantores ;
 Brota la playa estéril verde grama ;
 En el árido risco nacen flores ;
 Frutos produce la marchita rama ,
 Y al vergel reaniman sus colores :
 El bosque yerto , cual si abril riyera ,
 Recobra su frondosa cabellera .

60.

De la Cruz el discipulo respira ,
 Secos ya de su llanto los raudales ,
 Cuando la Reina de piedad le mira
 Con aquellos sus ojos maternales ,
 Que templan del Señor la justa ira
 En favor de los miseros mortales :
 Por fin su boca de carmin y rosa
 Le dice sonriendo cariñosa :

61.

« Salud y paz, Jacobo, mi alegría ,
 « Hijo de mis desvelos y ternura ,
 « Salud y paz ! El bonancible dia
 « Amaneció postrero á tu amargura .
 « A ese pueblo cadáver, que dormia
 « El sueño eterno de la tumba oscura ,
 « La voz de Dios, cual resonante rayo ,
 « Despertará de su mortal desmayo .

62.

« Mi Efigie y su Pilar de grado quiero
 « Dejar orillas del dichoso rio ,
 « Donde ya iluminado el Celtibero ,
 « Que opuso á tus palabras tal desvío ,
 « Invocará en el tiempo venidero
 « El nombre del Señor y el nombre mio :
 « Tierra de maldicion la que tu planta
 « Hoy pisa estremecida , será santa.

63.

« Ante la Imágen, que á tu amor entrego ,
 « De mi cariño maternal en prenda ,
 « Presenta al Padre con ardiente ruego
 « Hostia divina , de salud ofrenda :
 « Y el pueblo infiel, estraviado y ciego ,
 « Abandonando del error la senda ,
 « Tras de tu huella seguirá la via ,
 « Que á la inmortal Sion , Jacobo , guia.»

64.

Calló la Virgen ; y hácia el rubio Oriente
 Los aires corta en magestuoso vuelo ,
 Dejando en pos de si rastro luciente
 De albor süave , que ilumina el suelo.
 Halagadas las auras blandamente
 Con las acordes músicas del Cielo ,
 « Loor y bendiciones » á María ,
 « Loor , loor » el eco repetia.

65.

« Loor, loor » las cóncavas esferas
 Al prorumpir en gratas emociones,
 Vuelven á saludar las cordilleras
 Y el silencio á romper los aquilones.
 Los valles, los egidos, las praderas,
 Todo es fiesta, alborozo, aclamaciones:
 Homenaje debido á la Señora,
 Del memorable pueblo protectora.

66.

Lanza Satán horrisono gemido,
 Y el templo, que fundára la impostura,
 Se desploma con lúgubre estallido,
 Profanando sus ruinas la llanura.
 Cuando el cristiano vea estremecido
 De los deformes restos la negrura,
 En su respeto adorará profundo
 La bienhechora Cruz, que salvó al mundo.

67.

En éstasis de júbilo inefable
 Santiago embebecido todavía,
 La voz, mas que las arpas agradable,
 Escuchaba felice de María:
 Cuando alzando la Imágen venerable,
 Que la clemencia del Señor le envía,
 Sella su pié con humildosa boca,
 Y en altar sacrosanto la coloca.

68.

Arrodillado y levantando al cielo
 Sus castos ojos y sus manos puras,
 Entre efusiones tiernas de consuelo,
 Bendecia al Señor de las alturas:
 Y abriendo el ángel de mi patrio suelo
 El libro de las épocas futuras,
 Así del Zebedeo al santo hijo
 Recónditos arcanos le predijo:

69.

«El tiempo inexorable, que derroca
 «Los montes de granito en su carrera,
 «Respetará la efigie, que tu boca
 «Hoy adoró, Jacobo, la primera.
 «Vivo trasunto de la inmóvil roca,
 «Que desafía á la borrasca fiera,
 «Será el sacro Pilar, haciendo frente
 «De los siglos al rápido torrente.

70.

«Alzarse en esta márgen ya contemplo
 «La grandiosa basilica cristiana,
 «De fé sincera, de piedad ejemplo,
 «En sus principios y en la edad lejana:
 «Asilo de oracion, sagrado templo,
 «Que sostendrá la Diestra soberana,
 «Donde miras de Júpiter el solio,
 «Con que afrentó á la Iberia el capitolio.

71.

«El azóte de Dios, el Arrianismo,
 «Orgullosa y tenaz en sus errores ;
 «Los hijos del estúpido Islamismo,
 «Después de hollar al godo vencedores ;
 «La indiferencia, el bárbaro Ateismo,
 «Ebrio de sangre, mortandad y horrores ;
 «Aquí serán cual mar, que en vano ensaya
 «Su rabioso furor contra la playa.

72.

«Los trofeos y bélicas acciones,
 «Que mas pregone la falaz historia ;
 «Heróicos pueblos, inclitas naciones,
 «Ufanos con los lauros de su gloria ;
 «Las grandezas y pompas y blasones,
 «Las coronas del genio y su memoria :
 «Todo, en inmenso caos confundido ;
 «Morirá en las tinieblas del olvido.

73.

«Sobreviviendo empero á tal ruina
 «Ese privilegiado monumento,
 «Como el Sol, que magnífico domina,
 «Cual espléndido rey del firmamento ;
 «Su frente al Orbe ostentará divina
 «Hasta el postrer fatídico momento,
 «Cuando en cenizas desaparezca el mundo
 «De la nada en el piélago profundo.

74.

«Allá en siglo de crímenes lejano,
 «En que Luzbel sus esperanzas funda,
 «Después de sojuzgar cruel tirano
 «Un hemisferio con servil coyunda;
 «Querrá del pueblo fatigar hispano
 «La fé y la fortaleza sin segunda;
 «Mas llorará ante Augusta de despecho
 «En humo leve su poder deshecho»

75.

«Antes empero el paternal cayado
 «Regirá de solícitos pastores
 «Esa pequeña grey, Jacobo amado,
 «Que aumentarán tus dignos sucesores.
 «Verá el orbe católico pasmado
 «Mil de tu santo celo imitadores,
 «Fijos ante la imágen de María,
 «Velar por su rebaño noche y día»

76.

«Al Señor, que hoy revela á mi ternura
 «Sus nombres y piedad, humilde adoro;
 «Y de tantas virtudes y ventura
 «El pronto arribo de su amor imploro.»
 «Ven presurosa; ven, edad futura,
 «Que admirarás las dotes de Teodoro,
 «De Valerio, de Braulio y otros ciento,
 «Delicias de la Iglesia y ornamento.»

« Mas ya se ven arder en lontananza
 « Los negros pozos del abismo abiertos,
 « Y al humo denso que su cráter lanza,
 « El mar, la tierra y sol quedan cubiertos.
 « Con arroyos de sangre la venganza
 « Inunda las ciudades y desiertos,
 « Y el furor se acrecienta y los rugidos
 « Contra el Cristo y sus fieles escogidos.»

« Río infeliz, que reverente humillas
 « Coronada de olivo tu cabeza,
 « Al presenciar las altas maravillas,
 « Con que tu iglesia su periodo empieza;
 « ¿ Oyes, oyes zumbir en tus orillas,
 « Yertas de asombro, mudas de tristeza,
 « El roneo silbo de huracan tremendo,
 « Que está la sacra nave combatiendo?»

« Del averno las férreas compuertas
 « Arrojan de amargura sus corrientes,
 « Cual Dios las cataratas dejó abiertas,
 « Para anegar los hombres delincuentes.
 « ¿ Mas qué podrán las infernales puertas
 « Contra la piedra santa y sus creyentes,
 « Si del Señor la bondadosa mano
 « Su poder les prodiga soberano?»

«Entretanto, sin tregua, ni sosiego,
 «De la persecucion el mar se irrita,
 «Pues el Dragon de inestinguible fuego
 «Las turbias aguas con su cola agita,
 «Y de rencor desatentado y ciego,
 «Anima, impele á su legion maldita
 «De pálidos espectros, que crueles
 «Arrojan en las ondas á los fieles.

«Vano furor! Hermoso, radiante
 «El Iris de bonanza reverbera,
 «Apareciendo en tan feliz instante
 «El divino bajel en la ribera.
 «En su mastil ondea triünfante
 «Del Vencedor augusto la bandera,
 «Y encadenado á la sagrada quilla
 «Ruge Satán, doblada la rodilla.

«Sublime lauro! Singular victoria,
 «Que de Sion retumba allá en la cumbre,
 «Y en himnos gratos de eternal memoria
 «Repite la cristiana muchedumbre.
 «Decorados los mártires de gloria,
 «Ya vibran rayos de celeste lumbre.
 «Seres felices! Generosas almas,
 «Que merecieron tan ilustres palmas!

83.

« De tanto vencedor, ¿ qué inteligencia
 « Sabe los nombres y hechos singulares ?
 « Tan solo es dado á la increada ciencia,
 « Que las arenas cuenta de los mares.
 « De Jehová inefable ya en presencia
 « Entonan de su triunfo los cantares,
 « Del Verbo la divisa refulgente
 « Ostentando gallardos en la frente.

84.

« Desde la dulce Patria, donde moran,
 « Sonrien con amor á sus hermanos,
 « Que todavía desterrados lloran
 « Allá en los rios del gentil profanos.
 « Miseros, ay! Que compasion imploran,
 « Al cielo alzando las opresas manos,
 « Y no bien miran la region serena,
 « Sienten aligerada su cadena.

85.

« Oh mil veces dichosos campeones,
 « Que del trono de Dios vagando en torno,
 « De aquellas beatissimas mansiones
 « Sois la grata delicia y el adorno.
 « Émulos de los jóvenes varones,
 « Que ilesos vió de Babilonia el horno,
 « Embebecidos en sonoro canto
 « Repetis á porfia: « Santo, santo. »

86.

« En el cuadro de atletas aparece
 « Por la hebrea impiedad rotas sus venas
 « El niño Dominguito ; cual florece
 « De la rosa el capullo entre azucénas.
 « Mientras del Ebro atónito enrojece
 « Con su inocente sangre las arenas ;
 « Sonríe á su berdugo y le perdona ,
 « Jugando con la palma y la corona.

87.

« A la hueste inmortal , honor de España ,
 « Que afrontó del infierno los furores ,
 « La falange sin número acompaña
 « De los esclarecidos confesores.
 « Presídela Isabel , que en Lusitania
 « Con esfuerzos del cielo superiores ,
 « Holló , venciendo femenil flaqueza ,
 « Púrpura y cetro y mundanal grandeza.

88.

« Sigue el coro de vírgenes diviño ,
 « Ornado de candor y de hermosura ,
 « Con orientales perlas y oro fino ,
 « Recamada la blanca vestidura ,
 « La guirnalda en su sien , el niveo lino
 « Emblema son de su inocencia pura ,
 « Que aguardó del esposo la venida ,
 « Con la antorcha nupcial nunca estinguida.

89.

« De la estirpe admirados prodigiosa
 « Los pueblos todos, rendirán á una
 « Feudo de honor á la ciudad famosa,
 « De tales hijos envidiable cuna.
 « Y cuando allá en la Patria venturosa
 « El Padre de familias los reuna,
 « ¡Cuánto será, Jacobo, tu consuelo,
 « Que plantaste la Cruz en este suelo!

90.

« No bien pio tremole Constantino
 « El Lábaro feliz, la santa enseña,
 « Toda region y piélago y camino,
 « Ya protegidos por la paz risueña,
 « Fácil paso darán al peregrino
 « Hacia la ibera márgen halagüeña,
 « Do en cumplimiento de su voto sacro
 « Besarà de Maria el simulacro.

91.

« El derrotado y náufrago piloto,
 « Que al invocar la Estrella de los mares,
 « Vió enmudecer al irritado Noto,
 « Volará á consagrar en sus altares
 « El resto débil de navío róto,
 « Antes de saludar los patrios lares:
 « Ofrenda, que del templo en las paredes
 « Narrará de la Virgen las mercedes.

«Será la santa angelical capilla»
 «Manantial puro, inestinguible fuente,
 «Nuevo Hesebón de rara maravilla,
 «Para aliviar la humanidad paciente :
 «Desde el confin de contrapuesta orilla »
 «Vendrá gimiendo el infeliz doliente,
 «Encontrando en los vividos raudales
 «El dulce lenitivo de sus males.»

«Los principes del Ebro y sus guerreros,
 «De piedad llenos, ricos en laureles,
 «Rendirán á María sus aceros,
 «Al aprestar las armas y corceles.
 «En lid leones, en la paz corderos,
 «Después de sojuzgar á los infieles,
 «Le ofrecerán ¡oh Jaime! por su mano,
 «Los trofeos que lllore el africano.»

«Esa nacion, que con dolor ahora
 «Contemplas á tus ruegos indecisa,
 «Verás que luego tu favor implora,
 «Tu nombre apellidando por divisa.
 «Cuando «Santiago» en lid aterradora,
 «Santiago» anuncie la sonante brisa,
 «A pesar del averno y la fortuna,
 «Sucumbirá á su voz la media-luna.»

« Regio adalid , honor de esta comarca ,
 « Enlazado con inclita heroína ,
 « De Agar hollando al postrimer monarca ,
 « Verá triunfar la religion divina ;
 « Y en todo el radio que la España abarca ,
 « Deplorando los árabes su ruina ,
 « De pena y luto y confusion cubiertos ,
 « Volverán á sus áridos desiertos .

« De la encumbrada Ester bajo el amparo
 « Tendrá la religiosa monarquía ,
 « En sus tormentas luminoso faro ,
 « En sus peligros proteccion y guia ,
 « Así estendiendo su blason preclaro
 « La española nacion , será algun día
 « De los opuestos límites señora ,
 « Que al nacer y morir el sol colora .

« Tú , que anunciaste por la vez primera
 « El nombre de María sacrosanto
 « Al misero gentil de esta ribera ;
 « Ya defendida con su augusto manto ;
 « Feliz Apóstol de la gente ibera ,
 « Que debes á tu Reina favor tanto ,
 « Las glorias y ventura solemniza ,
 « Que mi labio á tu Iglesia profetiza .»

Dice el Custodio aligero; y festivas
 Numerosas legiones celestiales
 Aplaudieron en cánticos y vivas
 Tan dulces nuevas, profecías tales.
 Las márgenes del Ebro, que cautivas
 Gemian de las huestes infernales,
 Su libertad celebran elocuentes
 Con la sonora voz de sus torrentes.

Inmortal escuadron desde aquel dia
 En torno al tabernáculo fulgura,
 Luciendo con bizarra gallardía
 Su deslumbrante acero y su armadura.
 Guardia noble de honor, á quien confía
 El Dios, que reina en la sublime altura,
 La custodia del ara, en que bendita
 La soberana Emperatriz habita.

Ara privilegiada, que saluda
 Angelical melodiöso coro,
 Donde la Iberia, de respeto muda,
 Contempla ufana su mejor tesoro:
 Solio de gracias, que el Señor escuda,
 Prosternado en el polvo yo te adoro;
 Lleno de amor y fé la lira mia
 Ofreciendo á las plantas de María.



El Amor fugitivo.

(TRADUCCION DEL TASSO.)

Yo, que en el tercer cielo
 Presido como reina y como diosa,
 He descendido al suelo;
 Y con afan prolijo
 Busco al Amor, mi fugitivo hijo.
 Ayer mientras jugaba,
 En mi seno materno recostado,
 Sacando de su aljaba
 Agudo arpon dorado,
 (Ignoro si fué error ó fué malicia)
 Me traspasó el costado.
 Por temor del castigo,
 Huyó despues de la presencia mia,
 Y no sé todavía,
 Qué lugar de los orbes le dió abrigo.

Yo, su madre amorosa,
 Que soy tierna y sensible,
 Hice por encontrarle
 Cuanto me fué posible.
 Mi cielo recorrí de parte á parte.
 Le busqué diligente
 Por la esfera de Marte.
 ¿Qué planeta luciente

Escapó á mi anhelar? Mas ay! su huella
 No se halla en la region serena y bella.
 Por eso me dirijo
 A vosotros, pacíficos mortales,
 Entre quienes vivir suele mi hijo.
 Decidme pues, si ahora
 En esta tierra el fugitivo mora.

Seductoras mujeres,
 No entre vosotras encontrarle espero;
 Porque si bien fugaz volando en torno
 De vuestro rostro mágico, hechicero,
 Con los blondos cabellos jugar suele,
 Que vuestro orgullo son y vuestro adorno;
 Ó tal vez mas tranquilo,
 De vuestra compasion toca á la puerta,
 Demandando un asilo:
 No hay una, que acogida
 Quiera darle en su pecho,
 Donde solo el rigor tiene cabida.

Entre damas buscarle fuera en vano:
 Con hombres el rapaz sin duda vive;
 Que el sexo varonil es tan humano,
 Que en su casa al Amor siempre recibe.
 Decidme pues, amigos, dónde, dónde
 Mi Cupido se esconde?
 Al dichoso mortal que me lo diga,
 Un beso el mas süave,
 Que en mi ternura cabe,
 Mi boca en galardón á dar se obliga.
 Mas quien me le tragere
 Del destierro, que sufre voluntario,

Otra merced espere ,
 La mayor que dispensa
 El poder de Ciprina extraordinario.
 La libre posesion del reino mio
 Le fuera menos grata recompensa
 Escuchad mi solemne juramento
 Al prometeros por la negra Estigia,
 A mi palabra dar fiel cumplimiento.

Nadie empero responde?
 Nadie ha visto á Cupido!
 Acaso entre vosotros el taimado
 Vive desconocido,
 Sin alas en sus hombros,
 Sin las flechas fatales
 En que cifra su gloria;
 El careax ya depuesto
 Y el arco tan funesto;
 En fin, sin los arreos de victoria.
 Mas daré señas tales,
 Que podreis conocerle fácilmente,
 Aunque ocultarse con empeño intente.

Por su estatura y su infantil semblante,
 (Bien que en astucia y en edad ya viejo)
 Parece á un rapazuelo semejante.
 Con amable despejo
 Travesea cual niño bullicioso,
 Sin encontrar un sitio de reposo.
 Sus juegos y donaire y complacencia
 Parecen de la edad de la inocencia;
 Mas de su trisca nace y su contento
 El ingrato amargor del escarmiento.

Fácilmente se irrita,
 Fácilmente se aplaca, y en un punto
 En su cara bonita
 Se ven la risa y lloro, todo junto.
 Sus dorados, undivagos cabellos,
 Imágen son de aquellos,
 Con que suelen pintar á la Fortuna:
 Al coronar las sienes, largos, bellos;
 Mientras de la cabeza se presenta
 El opuesto confin sin crencha alguna.

De sus frescas mejillas
 La color sonrosada es fuego, que arde,
 Y en su frente domina la impudencia,
 De procaz osadía haciendo alarde,
 En sus vivaces ojos, animados
 De risa engañadora
 Cuando al soslayo mira,
 Se vé intencion traidora:
 Ni sus pupilas nunca
 Con hidalga franqueza en torno gira.
 Su boca ved, que la materna leche
 Al parecer ansiosa aun paladea,
 En voces prorumpir entrecortadas,
 Mucho mas dulces, que la miel hiblea.
 Lisonjas y caricias femeniles
 Las compañeras son de sus palabras,
 Tan claras y espresivas cual sutiles.
 Sus labios, cuando rien seductores,
 Fraude encubren indigno,
 Cual entre verdes hojas y entre flores
 Suele ocultarse el escorpion maligno.

Timido, suplicante,
 Con humilde semblante
 En la primer visita,
 Un albergue, cual pobre viandante,
 Por merced y por gracia solícita.
 No bien empero asilo se le ofrece,
 Tanto se ensoberbece,
 Que no sería dable
 Su orgullo tolerar insoportable.
 Con necio desvario,
 Del corazon las llaves solo él quiere
 Tener en absoluto señorío:
 Y tal dominio adquiere,
 Que despidiendo antiguos poseedores,
 Se empeña en fomentar nuevos amores.
 Á la razon oprime
 Bajo yugo inhumano,
 Imponiendo preceptos á la mente;
 Y cruel y tirano
 El que anuncióse huesped inocente,
 Persigue y mata impio
 Al misero, que intenta
 Contrariar su despótico alvedrío.

Ya que con tales señas de Cupido,
 Debe seros su rostro conocido,
 Y sabeis sus costumbres y sus juegos;
 Si aquí tal vez le alberga su malicia,
 Acceded á mis ruegos,
 Y dadme del rapaz puntual noticia.
 No respondeis empero? Por ventura
 Quereis oscurecerlo á mi ternura?
 Sabed pues, que al Amor tener oculto

Es estraña locura.
 Él mismo á conocer se dá muy luego
 Por la lengua y los ojos del amante,
 Despidiendo centellas de su fuego.
 Desde hoy os vaticino
 El infeliz destino
 Del insensato, que en su seno encubre
 Mortífera serpiente;
 Que al fin ensangrentado la descubre,
 Lanzando gritos de furor demente.

Puesto que Amor no habita en este suelo,
 Antes que de la luz á las mansiones
 Me vuelva en rauda vuelo,
 Recorreré del mundo otras regiones.

Arsenio á Fabio.

HEROÍDA.

Del mundo y de los hombres olvidado
 Tu fiel amigo, tu feliz Arsenio,
 A tí, querido Fabio, se dirige
 Seguro siempre de tu puro afecto.
 En estas asperezas donde vivo,
 Como el antiguo habitador del yermo,
 El hórrido clarín muerte y ruína
 Anunciando fatal sonó guerrero;
 Cuando las poblaciones y llanuras

Vencedor dominando el agareno,
 El español su libertad y culto
 Conservó entre los montes encubierto,
 Mis gemidos ardientes y plegarias
 Hoy tan solo interrumpen el sosiego
 De la muda mansion, que al desengaño
 Ofrece favorable acogimiento,
 Renunciando á las pompas mundanales,
 Visto sayal de penitencia austero,
 Y del cilicio sufre la aspereza
 A pesar suyo mi rebelde cuerpo.
 La veneranda cruz, emblema augusto
 De paz y de perdon, es mi consuelo,
 Los duros ejercicios mi delicia
 Y mi gloria el humilde abatimiento.
 Todos los dias mi afanosa diestra
 Abre la huesa fria, en cuyo seno
 Esperarán heladas mis cenizas
 De la final trompeta el llamamiento.
 Todo á loar á Dios aqui me mueve;
 El astro de la luz con sus reflejos,
 Y la noche sombría y tenebrosa
 Con su sagrado horror y alto silencio.
 Mil cánticos escitan en mi labio
 El trino de las aves lisonjero,
 El hórrido bramido de las fieras,
 Y el zumbido sutil de alado insecto.
 El abeto gigante, el arbolillo,
 El junco y el arbusto mas pigmeo,
 La matizada flor, la verde grama
 Elevan al Señor mis pensamientos.
 El rio de corriente impetuosa,
 Con su plácido curso el arroyuelo,

De nuestra frágil presurosa vida
 Presentan á mis ojos un remedo.
 En la leve arenilla, que conmueve
 El aura imperceptible con su aliento,
 No menos que en las altas cordilleras,
 Del Criador la omnipotencia veo.
 La deliciosa y apacible calma,
 La tempestad, el huracan violento,
 El bronco trueno y tremebundo rayo,
 Á la meditacion mueven mi pecho.
 Á Dios las diversiones y las risas,
 Á Dios los engañosos pasatiempos,
 Y vanas alegrías, que falaces
 El fruto del dolor me produgeron.
 No puedo dignamente, Fabio mio,
 Hacerte la pintura del suceso,
 Que á dejar obligóme para siempre
 Del mundo seductor los devaneos.
 Al tiempo que la noche pavorosa
 Ejerce de sus sombras el imperio,
 Por solitaria selva caminando,
 Llegué en fin á perder todo sendero.
 La luna plateada no lucía;
 Las estrellas velaban sus reflejos,
 Ni por todo aquel largo despoblado
 De choza pastoril brillaba el fuego.
 Auméntase el horror, al apiñarse
 Enormes grupos de nublados densos,
 Como fúnebre paño de tristeza,
 Que cubre un ataúd, quedando el cielo.
 En pos de luenga aterradora calma,
 Reluchan roncós los airados vientos,
 Y de llamas un mar semeja el éter,

Cruzándose relámpagos diversos.
 Irritado el Señor sobre las nubes,
 Con su diestra recibe justiciero
 Los encendidos rayos, que temblando
 Cien ángeles y cien le están sirviendo.
 Lánzalos con furor: al estallido
 Parece desquiciarse el firmamento,
 Y heridas de su llama abrasadora
 Se ven las cumbres cual volcan ardiendo.
 Despavoridas, en tropel confuso
 Dejan las fieras el oculto centro
 De sus cavernas cóncavas, y aullando
 Corren por todas partes con pié incierto.
 Mi corazon palpita de congoja;
 Mis plantas titubean con el miedo,
 Y la sobresaltada fantasía
 Á la muerte descubre en cada objeto.
 De asombro y ansiedad sobrecogido,
 Agobiado de tristes pensamientos,
 Ni bien oso alargar el tardo paso,
 Ni entre peligros tantos estar quedo.
 Entre dudas y angustias indeciso,
 Sin fuerzas ni valor ya desfallezco,
 Cuando pálida antorcha moribunda
 Á mi vista se ofrece allá á lo lejos.
 No tan activo al descubrir el faro,
 Sus afanes redobla el marinero,
 Como yo hacía la luz de mi esperanza
 No sin mortal zozobra mis pies nuevo.
 Receloso, bañado en sudor frio,
 Llego por fin al brillo macilento,
 Y en derredor mirando, los escombros
 Vislumbro de arruinado cementerio.

Su amortiguada lámpara presenta
 A mis ojos deformes esqueletos
 En mil y mil sepulcros derruidos,
 Que la mano profana abrió del tiempo.
 Esperando del alba deseada
 El dulce albor, á mi pesar me siento
 De cien generaciones fenecidas
 Sobre los frios hacinados restos:
 Y al punto me parece, que la tierra
 Se abre abortando colosal espectro,
 De espantadora faz, hundidos ojos,
 Piel arrugada y descarnados huesos.
 Su amenazante ensangrentada diestra
 En torno blande matador acero,
 Con orgulloso pié tiaras hollando,
 Bastones, lauros y quebrados cetros.
 Altanera señala hácia las tumbas,
 Y con el hondo y sepulcral acento,
 Que la sublime eternidad inspira,
 Así me dice el misterioso Genio:
 «Mira, ciego mortal, esas figuras,
 «Mira, ciego mortal, esos espejos,
 «Donde sin halagüeñas ilusiones
 «Hallarás tu retrato verdadero.
 «El poder, la opulencia, la hermosura,
 «Los honores, las glorias, el ingenio,
 «Todo yace en el polvo, todo es.... nada
 «En esos olvidados monumentos.
 «La grandeza y blasones de la tierra
 «Son aquí de una sombra el falaz sueño,
 «El fulgor de metéoro inflamado,
 «De lisonjera voz los vanos ecos.
 «Miserable mortal, que la esperanza

«En un brillo cifraste pasajero,
 «La virtud solamente es astro hermoso,
 «Que nunca extinguirá su lucimiento.
 «Todo sucumbe á la guadaña mia:
 «El justo solo triunfa, pues muriendo,
 «La fugitiva luz de su existencia
 «Nuevo esplendor adquiere sempiterno.
 «Así el gigante luminar del mundo
 «Parece de los mares en el centro
 «Sus rayos apagar, y los ostenta
 «Con toda brillantez á otro hemisferio.»
 Así dice la Muerte, y desaparece
 De la presencia mia: yo despierto
 De profundo letargo embebecido,
 En oír todavía sus consejos.
 Ya el Ángel que gobierna el sol radiante
 Sonreía en el puro firmamento,
 Y serenado el éter, la bonanza
 Con himnos aplaudía el Universo.
 Levántome del polvo, y divisando
 Este apacible páramo desierto,
 Consagro aquí mis postrimeros días
 Á la santa virtud, hija del Cielo.



Regimiento de Ingenieros. — El Excmo. Señor Ingeniero General con fecha 4 del actual me dice lo siguiente: — La muestra solemne que ha dado el Capellan del Regimiento D. Gaspar Serrano en la Oda dedicada al Cuerpo de Ingenieros, que ha compuesto con motivo de la concesion de las corbatas de San Fernando para nuestras banderas, no se limita á dar á conocer su ingenio, sino tambien el interés que toma en las glorias del Regimiento. La lectura de dicha Oda, que, segun lo dispuse, sirvió para terminar el acto importantísimo, que se verificó en la noche del 2 del corriente en la galería de ingenieros célebres de nuestra Academia, contribuyó grandemente á escitar el amor á las ciencias, las letras y las glorias militares, que nuestra profesion especial exige, y que aquella solemnidad debia promover. En este concepto dará V. S. en mi nombre al espresado Capellan las mas sinceras y espresivas gracias. Dios guarde á V. S. muchos años. Guadalajara 4 de enero de 1848. — Antonio Remon Zarco del Valle. — Sr. Coronel del Regimiento de Ingenieros. — Lo que traslado á V. cumpliendo con el mayor gusto el encargo que me hace el Excmo. Sr. Ingeniero General. Dios guarde á V. muchos años. Madrid 5 de enero de 1848. — Gabriel Gomez Lobo. — Sr. D. Gaspar Serrano, Capellan del tercer batallon del Regimiento de Ingenieros.



**A la condecoracion de las banderas
del regimiento de Ingenieros con las
corbatas de la real y militar órden de
San Fernando.**

ODA.

Laurel honroso,
Que orna del vencedor los estandartes.

DUQUE DE FRIAS.

Oh númen de la gloria, tus coronas,
Eterno prez con que la noble frente
Del artista, del sabio, del valiente
Afable galardonas,
Son al humano corazon mas gratas,
Que la esperanza al ánimo doliente.
Menos alegran de sonora fuente
Apacibles y líquidos cristales
Al viajero sediento, que perdido
Divaga por desiertos arenales:
Menos á mustias flores
Consuela blanda lluvia
Del abrasado agosto en los ardores:
Mas halagüeños son tus verdes lauros,
Que el dintel saludar de patrios lares
Al que gimió en las líbicas arenas,

Lanzado por la furia de los mares
 Á la oscura mazmorra y las cadenas.

Encendido en el fervido deseo
 De merecer tan célebre renombre,
 Que á los siglos atónitos asombre,
 El sobrehumano Apeles
 De la hechicera y mórbida Ciprina
 Realza con sus mágicos pinceles
 Las gracias, la belleza peregrina.
 Cual boreal aurora, que fulgura,
 Celeste inspiracion baña su mente;
 Y el divino Pintor de la hermosura
 Venturoso presiente,
 Que sus cuadros sublimes, inmortales,
 Al tiempo y al olvido superiores,
 Serán por sus primores
 De la sombría eternidad rivales.

De América en las playas apartadas
 Osa Cortés quemar sus galeones,
 Á vista de las ondas irritadas,
 Enfrente de selváticas legiones.
 Los Indios con su encono y su bravura,
 De infieles compañeros la falsía,
 Todo contra su esfuerzo se conjura,
 Todo, todo su empresa contraria.
 Mas la voz escuchando de la Fama,
 Que ha de llevar sus timbres
 Desde el ocaso al reino de la aurora,
 Su entusiasmo patriótico se inflama,
 Hasta ondear con su constancia suma
 La enseña de Castilla vencedora

En la regia mansion de Motezuma!

¿Veis del dolor en el amargo lecho
 Al mísero Cervantes, cuya cuna
 Las Musas arrullaron á despecho
 De su adversa fortuna?
 Aquel hidalgo pecho
 No creais rasgue con puñal agudo
 Despiadado pesar. Mirad sus ojos
 Radiantes de alegría,
 Al dejar á la tierra sus despojos;
 Previendo que algun dia
 Aclamarán ya justas las naciones
 Su ingenio sin igual, su nombradía.
 ;Tan gratas son á generosas almas
 De la gloria las bellas ilusiones,
 De la gloria los lauros y las palmas!

Decidlo, estasiados de alborozo
 Vosotros, ingenieros,
 Vosotros, que felices
 Veis por las puertas del rosado Oriente
 Sus resplandores desplegar primeros
 La antorcha de los cielos refulgente;
 Que acrecentó su brillo y su hermosura,
 Al sonreir al castellano imperio;
 Para solemnizar vuestra ventura,
 Para patentizar á un hemisferio
 La digna recompensa,
 Que á tanta lealtad y á tanta hazaña
 Benéfica dispensa
 La segunda ISABEL, Reina de España.

Por fin vuestros pendones
 Ornados aparecen
 Con nuevos nobilísimos blasones.
 Ese de adoracion Signo sagrado,
 Que entre verdes laureles
 Centellea esmaltado,
 Como la rosa, honor de los vergeles,
 Recuerda el alto nombre, los trofeos
 Del santo Vencedor de los infieles.
 Del heróico Fernando,
 Cuya fulminea espada
 A innumerables huestes arrollando,
 Arrojó á la morisma debelada
 De Córdoba y Jaen, Murcia y Sevilla,
 Hasta los torreones de Granada.

Aureola brillante,
 Que con rayos de gloria resplandeces,
 Cual en rico joyel bello diamante;
 Tú adornas dignamente esas banderas,
 Matizadas con sangre tantas veces.
 Sangre, que hoy enaltece el heroismo
 De invictos ingenieros,
 Mártires de civismo;
 Que despues de triunfar con sus aceros
 De mil contrarios fieros,
 En premio de sus dotes singulares,
 Ofrecieron la vida
 De su adorada patria en los altares
 Con levantado pecho y frente erguida.

Sobre las nobles venerandas ruinas,
 Que besan respetuosas

Del Ebro las corrientes cristalinas ;
 Tristes reliquias ¡ay! y dolorosas
 Del pueblo sin igual, que el mundo nombra
 «Émulo de Sagunto y de Numancia»;
 Alzarse veo la sublime sombra
 Del bravo Sanjenis, terror de Francia (1).
 Á su pié vencedor sirven de alfombra
 Enemigos cadáveres sin cuento,
 Que la ciudad heróica entusiasmada
 Por su voz y ardimiento
 Inmoló sin piedad. Grata mirada
 Dando el guerrero á su inmortal enseña
 De inmarcesible lauro decorada,
 La frente inclina con la faz risueña.

Del nevado Pirene allá en la cumbre,
 Mansion eterna del invierno triste,
 Que á la apacible y regalada lumbre
 Del benéfico sol tenaz resiste;
 Tus aplacados manes ya contemplo,
 Insigne Zorraquin; grandioso ejemplo
 De pericia, de honor, de bizarría,

(1) D. Antonio Sanjenis, natural de Albelda, pequeño pueblo del alto Aragón, fué uno de los héroes que mas se distinguieron en los sitios de Zaragoza. El Conde de Toreno hace en su Historia el siguiente elogio de tan benemérito ingeniero: «Tuvieron los españoles que llorar al siguiente día la dolorosa pérdida del comandante D. Antonio Sanjenis, que fué muerto en la batería, llamada *Palafox*, al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábasele todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza, que desde el primer sitio habia dicho. *No se me llame á consejo, si se trata de capitular; porque nunca será mi opinión, que no podamos defendernos.*»

Que remontarte conseguiste un día
 De la inmortalidad al sacro templo.
 La afligida Minerva
 Con un ¡ay! de dolor honró tu muerte
 Gloriosa y prematura;
 Mientras la Madre Patria en su amargura
 Todavía por tí lágrimas vierte.

En qué llano, en qué sierra,
 Do al combate marciales escitaron
 El ronco parche y el clarín de guerra;
 Al rumor de los bélicos clamores
 Sus flámulas los bravos ingenieros
 No tremolaron siempre vencedores?
 Desde el jardín florífero edetano
 Hasta la patria del cantor de Gama;
 Desde el cántabro monté mas lejano
 Al confín donde ostenta su riqueza
 El opulento emporio gaditano;
 No hay muro, bastión ni fortaleza,
 En donde no recuerde la memoria
 Mil indelebles huellas
 De su esplendente gloria:
 Flores brillantes de guirnaldas bellas,
 Que al genio merecieron de victoria.

De Gerona en las ínclitas murallas (1),
 Oprobio de las huestes imperiales,

(1) • Dirigió los ingenieros el coronel D. Guillermo Minoli, • que trabajó incansablemente y con acierto en mejorar las fortifi- • caciones de Gerona. Toreno, tomo 5.º, página 91. • Dicho Gefe • publicó posteriormente la historia circunstanciada de los sitios, • que sufrió aquella ciudad invicta.

Triunfadoras en cien y cien batallas;
 De Bailén en los campos inmortales (1),
 Do por la vez primera
 El águila altanera
 Dió de terror fatídicas señales;
 En Aranjuez, La Albuera,
 Chiclana y Alcañiz y Talavera (2),
 San Payo y Badajoz: por la campaña,
 Que delicioso baña
 El fecundante Llobregat: en suma,
 Do el ibero leon rugió con saña
 Erizando su indómita melena,
 Las vieron ondear los enemigos,
 Que servian al déspota del Sena,
 De su alta gloria con dolor testigos.

De la ibera nacion el vasto suelo
 No fué de su renombre el campo solo;
 Que en las zonas tambien del yerto polo,
 Siempre cubiertas de mármóreo hielo,
 Cuando ceñudo en su funesto carro
 Muerte y asolacion pregonó Marte,

(1) «En la memorable jornada de Bailén, una de las compañías de zapadores de nuestro ejército, encargada de la defensa de la artillería sobre el camino real, no solo rechazó los vigorosos ataques del enemigo, sino que saliendo en su persecucion, se apoderó bizarramente de uno de sus cañones, que trajo a nuestra linea.» Documentos relativos a las Corbatas, últimamente publicados, pág. 26.

(2) La batalla de Alcañiz, tan ventajosa a las armas españolas, se dió a las órdenes del Ingeniero General D. Joaquin Blake. La del Puente de San Payo fué ganada por el Conde de Noroña, tan distinguido militar, como célebre poeta. Todos saben que su oda a la Paz entre España y Francia en 1795 es una de las mejores joyas de nuestro Parnaso moderno. Fué Ingeniero General.

El ingeniero desplegó bizarro
 Su espléndido estandarte ;
 Despues que ante su audacia sobrehumana
 Y militar pericia sin segunda,
 Que dirigió el intrépido Romana,
 Los muros vacilaron de Stralsunda.

Mas luego que las víctimas de mayo
 Su gemido exhalaron lastimero,
 Como al rimbombe atronador del rayo
 Sorpréndese el viajero ;
 Atónitos del Cid los dignos hijos
 Allá del septentrion en las regiones,
 Oyeron de la España encadenada
 La suplicante voz del infortunio,
 Entre sollozos de dolor ahogada.
 ; Oh espectáculo bello y admirable !
 Langeland asombrada
 Los contempló del Báltico en la orilla
 Humillados de hinojos
 Ante el pendon morado de Castilla,
 Empapados en lágrimas los ojos ;
 Cuando al Dios de sus padres prometieron,
 Á pesar del rigor del hado infausto,
 Tornar al seno de la madre patria,
 Su existencia á ofrecer en holocausto.
 Juramento sagrado que bien pronto,
 Arrostrando las olas
 De enfurecido Ponto,
 Cumplieron en las playas españolas ;
 Derramando á torrentes
 Los patricios valientes
 Su sangre generosa

En los aciagos montes de Espinosa (1).

En los dias de luto y de miseria,
 Que aún recuerda llorosa
 La desgracia Hesperia;
 Cuando á estrañas legiones
 La discordia invitando rencorosa,
 El incendio cundió de las pasiones:
 ¿No admiró el Trocadero
 Serenos, impertérritos lidiando
 A uno y otro ingeniero,
 Las colosales fuerzas despreciando
 Del invasor ejército extranjero?
 Bendicion y loores
 A Hierro y á Parreño malogrados,
 De Eurialo y de Niso imitadores.
 A Hierro y á Parreño denodados:
 Mancebos dignos de mejor ventura,
 Que en merecido premio
 De su amistad y juvenil bravura,
 Cual tierna madre recibió en su gremio
 Abrazados y en flor la sepultura (2).

(1) • La fuerza del regimiento, que tomando parte en la gloriosa resolución de las tropas, que al mando del Marqués de la Romana (que fué Ingeniero General), volaron á España desde las islas del Báltico, se distinguió entre los valientes de la reñida batalla de Espinosa de los Monteros, donde murieron el capitán Aspiroz, y las dos partes de su oficialidad. Documentos citados, pág. 26.

(2) El subteniente de zapadores D. Felipe Martín del Hierro, después de haberse distinguido en la guerra de la Independencia y campaña de Cataluña, adquirió nuevos títulos de gloria en el sitio de Cadiz el año de 1823. Ayudado de los soldados de su compañía, puso en juego una pieza de artillería, hallada en la barbata de la flecha, situada delante de la línea enemiga. Di-

Oh! si el nùmen sublime,
 Que á los bardos inspira,
 Al cantar los horrores de la guerra,
 Diera á mi ruego su robusta lira,
 Admiracion del cielo y de la tierra;
 Solo entonces mi acento,
 Tronando cual retumba por la sierra
 El sordo silbo de huracan violento;
 Solo entonces podria en digno tono
 Cantar las lides, los asaltos fieros,
 Que dieron, ISABEL, los ingenieros,
 Por defender tu combatido trono.

rigieron allí sus fuegos con buen éxito, y se sostuvieron inmóviles, hasta que forzada la posición, retiraron á brazo el cañon, para colocarle á la entrada del caserío próximo á los muelles, á fin de proteger este único punto de retirada. Para imposibilitar esta operacion, redoblaron los franceses sus ataques, llegando el caso de batirse Hierro cuerpo á cuerpo con los soldados enemigos. Recibió entonces un balazo en el pecho. Los franceses admiraron un hecho tan heroico, permitiendo á los oficiales de zapadores hechos prisioneros, que recogiesen y llevasen en sus brazos al moribundo Hierro al hospital militar. Allí espiró poco despues con sentimiento de sus mismos enemigos, que le prodigaron sus cuidados, formando empeño por salvar, ó por lo menos prolongar tan preciosa existencia. Era natural de Madrid. Tenia veinte y seis años de edad.

Imitó su ejemplo y tuvo una muerte no menos gloriosa el cadete del mismo cuerpo D. José Parreño, que fué uno de los que mas se esforzaron en sostener la retirada de sus compañeros de armas.

Tambien merece aquí mencionarse el teniente D. Juan Tomás Vildósola, que fué destinado á dirigir la construccion de las lineas defensivas del Caño trocadero. Por su celo y actividad, se hizo de él mencion honorifica en Real orden de 28 de junio de 1825. Continúó no obstante con nuevo ardor en su noble propósito, y sucumbió en fin el 5 de agosto, á resultas de la grave enfermedad, que contrajo con las fatigas del sitio.

Al apacible resplandor del día
 Esas banderas desplegadas al viento;
 Esas banderas, que el honroso polvo
 Conservan todavía
 Del noble campo de la lid sangriento.
 En letreros terribles
 Con hierro y fuego escritos,
 Mirad, mirad visibles
 Los memorables nombres de Luchana,
 Bilbao, Mendigorria,
 Ulizarra, Maestu, Castrejana,
 Aliaga, Montalvan, Chiva, Ramales,
 Castellote, Segura, Gra, Morella;
 Y entre tantos recuerdos inmortales,
 Ved cuan graciosa y fúlgida descuella
 De una REINA de amor la cifra bella.

Traed á manos llenas
 Las flores del desierto solitarias,
 Emblema del dolor y de las penas,
 Para adornar las urnas cinerarias,
 En cuyo seno yacen silenciosos
 Rodriguez y Nevares y Clavijo (1).

(1) El comandante D. Valentin Rodriguez murió en Montegudo, persiguiendo al enemigo, despues de haberlo rechazado el 11 de febrero de 1840.

El teniente D. Ramon Felix Nevares murió en Castellote el 26 de marzo de 1840.

El capitan D. Tomás Clavijo, en el foso de Aliaga el 15 de abril de 1840.

El capitan D. Santiago Balzola fué herido en el puente de Asiain, y murió de sus resultas el 1.º de abril de 1838.

El capitan D. José Catalá murió en la accion de Ateca el 12 de diciembre de 1835.

En la misma murió el teniente capitan D. Ignacio de la Iglesia.

Balzola y Catalá ; nombres dichosos,
 Que en mármoles y bronce's duraderos
 Con caracteres de oro laurçados
 Respetarán los siglos venideros.
 No apague no su esclarecida fama
 En vuestros corazones
 De sensibilidad la ardiente llama ;
 Y una lágrima pura
 Sobre sus funerarias inscripciones
 Derramad , ingenieros , de ternura.

Quiera benigno el cielo
 Oir los votos de la patria mia ,
 Que en triste lloro y maternal porfia ,
 Tras tanto y tanto duelo ,
 Tras tanta sangre y destruccion impía ,
 Solo ferviente ansia
 El bálsamo divino del consuelo.
 De oro y azul y purpurina rosa
 Sus alas tienda leves
 El ángel bello de la paz hermosa ;
 Y cobijando á la infeliz España ,
 Como tierno cobija
 Amante padre á desolada hija ,
 Enmudezca por fin la adusta saña
 De la discordia atroz. Abra el averno
 Su mas horrible espantadora sima ,

El teniente D. Nicolás Martínez, herido en la defensa de Bilbao, murió de sus resultas el 25 de diciembre de 1837.

El teniente D. Laureano Guerra Robles murió en el sitio de Morella, junto al fuerte de S. Pedro Mártir, el 24 de mayo de 1840.

El subteniente D. Demetrio García, herido en el sitio de Rmales, murió de sus resultas el 13 de mayo de 1839.

Do entre cadenas aherrojado gima
El cruel mónstruo en alarido eterno.

El sólio entonces de la augusta Jóven,
Que la nacion con entusiasmo aclama,
Se ostentará magnífico, radiante,
Como brilla en mitad de su carrera,
Cuando luces vivificas derrama,
El astro rutilante,
Digno fanal de la celeste esfera.
Entonces.... Luzca luego
Tan suspirado, tan dichoso dia!
Entonces tornará la patria mia,
En el regazo del feliz sosiego,
A recobrar ufana su valia:
Aquel su poderío sin segundo,
Que mostró un tiempo con ventura tanta,
Cuando á su escelsa planta
Se prosternaba silencioso el mundo.



En los días de una niña,

MADRIGAL.

Crece, niña encantadora,
 En florecientes abriles,
 Como crece en los pensiles
 La rosa, timbre de Flora.
 Si desde su misma aurora
 Tu hermosura singular
 Así comienza á brillar,
 Por fin á las Gracias bellas,
 Como Febo á las estrellas,
 Conseguirás eclipsar.



**Traducción de la inscripción francesa
 grabada sobre el sepulcro del célebre
 poeta latino Commire.**

Aquí yace Commire, blando cisne
 Del Loira, que feliz tan claro nombre
 Lejos estenderá de sus riberas.
 Naturaleza y arte de consuno
 Hiciéronle poeta. Nunca vaga
 Corrió su vena fértil. Las delicias
 De todos fué su probidad. Su númen,
 Su modestia y costumbres, anunciaban
 La venerable antigüedad. De Augusto
 Nacer debiera en el dorado siglo,
 Á no determinar, mas justo el Cielo,
 Que naciera de Luis (1) bajo el reinado.

(1) Luis XIV.



Tarif.**ROMANCE I.**

Tarife vino, y comenzó los daños,
Que no tuvieron fin en tantos años.

LOPE DE VEGA.

Arde la real Toledo
En diversiones festivas,
Sin advertir que ya toca
Del precipicio la orilla.
Por las plazas y las calles
En juegos y dulce trisca
Engolfado el pueblo todo,
Su rudo afanar olvida.
En militar simulacro
La destreza y gallardía
Airosamente campean
De la nobleza aguerrida.
Llenos de sudor y polvo
Los alazanes, publican
De los bravos caballeros
La pujante bazarria.
En los fulgentes escudos,
Que el rayo del sol duplican,
Del amor y la esperanza
Se ven ingeniosas cifras.

La lid estan contemplando
Las damas embebecidas ,
Haciendo ufanás alarde
De sus gracias peregrinas.
Viene la noche , y al mundo
Con sus tinieblas cobija ,
Mas cien lumbradas brillantes
Su horror sombrío disipan.
En el nocturno silencio
Las músicas escogidas
Y los banquetes y bailes
Se suceden á porfia.
Con tales fiestas empero
El pueblo godo no alivia
Al rey , que victima yace
De mortal melancolía.
Qué mucho ! desde el momento
En que deshonró á Florinda ,
Remordimientos crueles
Su corazon martirizan.
Pues tales son los efectos
Y tan amargo el acibar ,
Que de un amor criminoso
Dejan las torpes delicias.
No bien cesan en la corte
Las públicas alegrías ,
Mil y mil tristes agüeros
A la Hesperia atemorizan.
El Tajo brama furioso ,
Y en diluvial avenida
Los afanes y esperanzas
Del labrador aniquila.
Cometa sombrío estiende

Su cabellera rojiza
 Hacia Toledo aterrada,
 Que presente mil desdichas.
 Una y otra vez la tierra
 Con violencia sacudida
 Retiembla, y por todas partes
 Ábrense profundas simas.
 Con fúnebre clamoreo,
 De oculta fuerza impelida,
 Suena la fatal campana
 De Julia-Celsa la antigua.
 Ensangrentados espectros
 Cruzan la region vacia,
 Fieros entre sí lidiando,
 Cuando Febe opaca brilla;
 Mientras en gótico alcázar
 Férreas cadenas rechinan,
 Arrastradas por fantasmas,
 Que á la aurora se disipan.
 En misterioso palacio,
 Con sangre reciente escritas,
 Cien fatídicas leyendas
 Luto y muerte vaticinan.
 Cuando rara vez el sueño
 Los ojos del rey visita,
 Lúgubres visiones turban
 Su exaltada fantasia;
 Y al saltar del muelle lecho,
 Le persiguen y horrorizan,
 Gimiendo por los salones,
 Mil voces desconocidas.
 « ¡Qué fatal ¡ay! es mi estrella!
 « Dios mio, ¡qué pronostican

« Tan portentosos prodigios
 « Repetidos cada día!
 « ¡Triste de mí! ; Por qué al trono
 « Me alzó mi suerte enemiga,
 « Para ser el rey postrero
 « De la goda monarquía!
 « Antes de verte mis ojos,
 « Dulce patria, destruida,
 « Sepúlteme bondadosa
 « La Parca en la tumba fría. »
 En tanto á solas Rodrigo
 Así abatido suspira,
 Retumba el clarín guerrero
 En el Asia y en la Libia.
 Al rumor bélico se arman
 Cuantas naciones vencidas
 Se prosternan en silencio
 Ante el supremo califa.
 En la industriosa Damasco
 Ardiendo cien herrerías,
 Del Mongibelo humeante
 El cuadro sombrío imitan.
 Cuantos lucientes arados
 Del mar helado á la India
 Rompian la dura tierra,
 Se convierten en cuchillas.
 Los montes, antes poblados
 De altos abetos y encinas,
 Son llanos, do hacer su nido
 No pueden lasavecillas.
 Nada la segur perdona:
 En las venerandas cimas
 Del Libano ya se ceba,

Asilo del Maronita.
 Mil cedros, que de los hombres
 Vieron la edad primitiva,
 Como vencidos gigantes
 Yacen, la copa abatida.
 Las pomposas arboledas,
 Que ayer con su sombra amiga
 Al viajero convidaron,
 Hoy son ya flotantes quillas.
 Por el líquido elemento
 Blandamente se deslizan,
 Siguiendo á Tarif el bravo,
 Que en la capitana guía.
 Bajo la armada las ondas
 Desparecen á la vista,
 Y entre las naos se descubre
 La espuma leve movida.
 Vuelan á favor del viento,
 Que los linos manso hincha,
 Sin que el esclavo robusto
 Del grave remo se sirva.
 La estacion de primavera,
 La serenidad tranquila,
 El sol, que fúlgido asoma,
 Todo á navegar convida.
 Desde la elevada gavia
 Ya el grumete no divisa
 Del abandonado puerto
 Las atalayas erguidas.
 De Ismael los fieros hijos
 Saludan la alta colina,
 En que de Caton descansan
 Las apagadas cenizas.

No lejos de su sepulcro
 La vasta llanada admiran,
 Donde floreció de Roma
 La poderosa enemiga.
 Hacia las costas iberas
 El árabe se aproxima,
 La coyunda preparando,
 Que degrada y esclaviza.
 Por fin con grato alborozo
 No bien descubren la cima
 Del magestüoso Calpe,
 Que el horizonte domina,
 ; Iberia, Iberia! en la armada
 Clama bronca vocería;
 ; Iberia, Iberia! repiten
 Las playas circunvecinas.
 Asi cuando Dios el rayo
 Con mano candente vibra,
 Sigue el horrisono trueno,
 Que retumbando horroriza.
 Como de voraz langosta
 Nube apiñada y nociva,
 Que al luminar de los cielos
 Encubre la luz benigna,
 Entre confusa algazara
 De aclamaciones y vivas,
 A la deseada arena
 Arrójase la morisma.
 Treme conmovido el suelo.
 ; Mas quién podrá, patria mia,
 Recordar sin congojarse
 Tus posteriores desdichas!



La cabaña.**ROMANCE II.**

Delectent alios urbisque aulæque tumultus:
Me juvat in vita simplice grata quies.

COMMIS.

Dulce retiro del campo,
Tú eres puerto de bonanza
Para el que deja el estruendo
De la ciudad agitada.
Llegué feliz á mi aldea,
Cual á suspirada playa,
Bañándose de ternura
Mis ojos al saludarla.
« A Dios, bulliciosa corte,
« Mar, donde tantos naufragan,
« Sin que de escarmiento sirvan
« Las incesantes desgracias.
« De sus turbulentas ondas
« Despues de sufrir la saña,
« Entre zozobras mortales
« Luchando sin esperanza,
« Hoy reconocido al cielo,
« Le consagraré en las aras
« Mis empapados vestidos
« Y del naufragio la tabla.
« Oh soledad apacible!
« Oh deliciosas cañadas!
« Cuántos dias de ventura
« En vuestro seno me aguardan!»

Dije, y de verde colina
 En la pintoresca falda
 Edifiqué por mis manos
 Una pajiza cabaña.
 Los abetos, que sombrean
 La negra selva cercana,
 Me ofrecieron materiales,
 Alargándome sus ramas.
 Hacia el despejado Oriente
 Abrí cómoda ventana,
 Que el sol benéfico dora
 Apenas del mar se alza.
 No ostenta el humilde techo
 Labores artesonadas,
 Ni en sus paredes campea
 De Corinto la elegancia.
 Adornen tales primores
 Del potentado el alcázar,
 Donde, cual funesto enjambre,
 Las cuitas en tropel vagan.
 Todos los días el himno
 De gratitud y alabanza
 Ofrezco al piadoso Cielo,
 Apenas asoma el alba;
 Y llevo mi ganadillo
 Á la pradera inmediata,
 Con el rústico instrumento
 Ensayando mil tonadas.
 El retozon cabritillo
 Alegre al oirlo salta,
 Y el mastin despierta, corre,
 Sube á los cerros y ladra.
 Melodioso el coro alado

Con sus trinos me acompaña,
Al astro, que le dá vida,
Entonando la alborada.
El hambriento corderillo
Buscando á su madre, bala,
Y á despuntar el madroño
Trepando la golosa cabra.
Aquí de fragoso risco
Con blando murmullo baja
El fugitivo arroyuelo,
Que el valle cubre de plata.
Allí de cumbre eminente
Audaz al hondo se lanza
Arrollando cuanto encuentra
La estrepitosa cascada.
Allá magestuoso el Ebro
Tiende su corriente mansa,
Que serpentea vistosa
Por la llanura lejana.
Su pegujar cultivando,
Festivo el colono canta,
Y á sus acentos responden
Los ecos de la montaña.
Por la ribera los bueyes
Pacen ansiosos la grama,
Mientras mueven dulce trisca
Los baqueros, que los guardan.
Cabe la fuente del pino,
De un zagal suena la flauta,
Y en torno bullen los coros
De las pastoriles danzas.
Este gozo, estos placeres,
Esta agradable algazara,

Son la muerte de las penas,
 Son la música del alma.
 ¡Cuándo esta dicha inefable,
 Que solo da la campaña,
 Sonríe á los cortesanos
 En sus mentidas holganzas!
 Todo aquí es paz y embeleso:
 Ofrecen solaz las aguas,
 Recreo los pajarillos,
 Sombra los árboles grata.
 Aunque estremecido el orbe
 En lides sangrientas arda,
 Este mágico sosiego
 Solo interrumpen las auras:
 Que el retiro y medianía
 Son, cual firmísima valla,
 Donde se estrella el empuje
 De pasiones irritadas.
 Por eso Amiclas del sueño
 En los brazos reposaba,
 Sordo al estrépido horrible
 De combatientes escuadras.
 Feliz barquero mil veces,
 Que en tan deshecha borrasca,
 De huracanes y bajíos
 Salvar su esquiife lograra.
 Y feliz yo desde el día
 En que dejé la morada
 De confusión y discordia
 Por mi tranquila cabaña.



Al Garona.**ROMANCE III.**

Salve, cristalino rio,
 Salve, famoso Garona,
 El de las verdes orillas,
 El de las flores y trovás.
 El que produjo otro tiempo
 Las guirnaldas de victoria,
 Que de cantores ilustres
 Orlando las sienes doctas,
 Hicieron de la Occitania
 El alcázar de la gloria,
 La mansion de los amores,
 El edén de las hermosas.
 Enmudezcan otros rios,
 Si envanecidos blasonan
 De sus amenos jardines,
 Que mayo perenne borda:
 Pues desaparece cual niebla
 Toda su rústica pompa,
 Convirtiendo un sol en polvo
 Sus tulipanes y rosas.
 ¿De qué les vale adornarse
 De junco, espadaña y ovas,
 Cuando tú muestras ufano
 Tu singular aureóla?
 El mismo Sena, que ciñe
 Regia espléndida corona,
 Inclina por saludarte
 Su frente magestüosa;

Como á la cuna del Genio ,
 Que civilizó á la Europa ,
 Con cántigas ensayadas
 En tus márgenes dichosas.
 Así un mortal sobrehumano
 En la antigüedad remota ,
 De los degradados hombres
 Viendo las errantes hordas ,
 Las detuvo con la magia
 De su lira encantadora ,
 Y en seres dulces , sociables ,
 Prodigioso las transforma.
 De gratitud impelidas ,
 Ellas al punto se postran
 Ante el bienhechor humildes ,
 Y le consagran aromas.
 Del mismo modo los vates
 Con filial respeto invocan
 ; Oh rio ! tu bello nombre ,
 Al ofrecerte sus loas.
 No aparece por tu vega
 Árbol , collado , ni roca ,
 Que no recuerde á la mente
 Una poética historia.
 Por ese bosque de mirtos
 Vaga de Isaura la sombra ,
 Cuya muerte los amores
 Todavía tristes lloran.
 Aquellos negros cipreses
 Cubren la fúnebre losa
 Del Conde , que inmortalizan
 La lanza y arpa sonora.
 Enternecido ese risco

Oyó sólozar á solas
 Al trovador , que penaba
 Lejos de adorada esposa.
 El que despues desterrado
 Murió en extranjera costa,
 Á su patria y su querida
 Llamando en voz dolorosa ;
 Celebraba su ventura
 Sin recelos , ni zozobras ,
 En aquella alta colina ,
 Que sobre el agua se encorva.
 Con su murmullo remeda
 Esa fuente bullidora
 Las quejas , que daba Arnaldo
 A su bella desdeñosa.
 Al que con la gaya ciencia
 Ennoblecíó á Barcelona ,
 Tú ofreciste , añoso roble ,
 Asilo bajo tu copa.
 Aquí Guillermo gemia ;
 El que , tras muerte alevosa ,
 Yace unido con su amada
 Bajo una lápida sola.
 Allí cantaba halagado
 De esperanzas ilusorias
 El muy apuesto mancebo ,
 Nacido en infausta hora ;
 Que atraído por el nombre
 De una princesa famosa ,
 Arrostró en frágil esquife
 Del airado mar las olas :
 Y apenas halló á la dama
 Tan linda , como amorosa ,

Dijo, « te adoro » ; y la Muerte
 Selló al infeliz la boca.
 Allí á Vidal inflamaba
 La inspiracion religiosa
 De celebrar á la Virgen,
 Que el cielo y la tierra adoran ;
 Mereciendo en recompensa
 La apetecida viöla,
 Por la que dieran los reyes
 Sus mas estimadas joyas.
 En fin, do quier se descubren
 Restos y dulces memorias,
 Que resisten de los siglos
 Á la lima destructora.
 Y es fama, que por la noche,
 Cuando con rubor asoma
 La luna mostrando apenas
 Su faz entre negras tocas,
 Resuenan tristes y lentos
 Por esta comarea toda
 Blandos preludios de un arpa,
 Que el eco en gemidos torna.
 Recibe, plácido rio,
 El batél, que me transporta
 Á las llanuras opuestas
 De tu márgen deliciosa ;
 Donde, cual feudal palacio
 Domina entre humildes chozas,
 De torreones ceñida
 Altiva se alza Tolosa.
 Si benigno me concedes
 Fácil paso por tus ondas,
 Veré en los juegos florales

Reproducirse tus glorias.
 Y escuchando á los poetas,
 Que tu orgullo son ahora,
 Tal vez elevar su canto
 Podrá mi lira española.
 Entonces, agradecido
 Á tu acogida bondosa,
 Himnos de honor y alabanza
 Te consagraré, oh Garona.

A Don José Mor de Fuentes.

ROMANCE IV.

(Barbastro, mayo de 1830.)

¿Por qué en el polvo, Fileno,
 Tu plectro olvidado yace
 Orillas del patrio Cinca,
 Que tanto ansía escucharte
 Algun dia embebecido
 Paró sus raudos cristales,
 Á la par que sus zagalas
 Te sonrieron amables;
 Cuando, del divino Thómpson
 Émulo digno, cantaste
 Por las florestas y egidos
 De esta deliciosa márgen
 Las galas de primavera,

La mies de estio abundante,
 Los racimos del octubre,
 De invierno los vendabales.
 Sigue, sigue, dulce amigo,
 En tu canto infatigable,
 Y legarás nuevas glorias
 Á las futuras edades.
 Sigue feliz renovando
 Por estos amenos valles,
 De mil cisnes armoniosos
 Los acentos agradables.
 Todavía esa cañada,
 Que las ondas puras lamen,
 De los cultos Argensolas
 Hoy repite los cantares:
 De Luzán magestüoso
 ¿Oyes los tonos marciales,
 Que anuncian de Orán vencida
 Caidos los balüartes?
 Ea pues, ¿qué te detiene?
 Toma tu lira sonante,
 Y el eco de su entusiasmo
 Salga rompiendo los aires.
 ¿Qué importa que la ignorancia
 Del negro caos imágen,
 Al resplandeciente Genio
 Por oscurecer se afane?
 Sus sombras de horror y luto
 Luego verás disiparse,
 Cual de la noche las larvas
 El sol ahuyenta y esparce.
 Entonces desde Pirene
 Hasta el apartado Calpe,

De la poesía el astro
 Se mostrará radiante.
 Oh! luzca luego la aurora,
 En que, sin pardos celages,
 En el hispano hemisferio
 Toda su lumbre derrame.
 Luzca! y volará en triünfo
 El idioma de Cervantes,
 Desde las patrias riberas
 Hasta mas allá del Ganges.
 No temas, no, que la Muerte
 Con sus alas funerales,
 De la tumba en el ocaso
 Nuble tus lauros brillantes.
 La verdad perenne luce
 En las urnas sepulcrales,
 Y á sus destellos campean
 Los blasones de los vates.
 Allí hiedra vividora
 Y rama delfica nacen,
 Una guirnalda formando
 Con sus hojas inmortales.
 Pasan rápidos los siglos,
 Y todo á su impulso cae,
 Mientras el prez del poeta
 Queda cual roca inmutable.
 ¿Y enmudecerás mas tiempo?
 Fileno, en cantar no tardes;
 Así á tu ya orlada frente
 Darás un nuevo realce.



**Al nacimiento de la hija primogénita
del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli.**

ROMANCE V.

Florece, bástago hermoso,
 En los valles de la vida,
 Como la pomposa palma,
 Reina de la selva umbría.
 Crece, flor de grato aroma,
 Halagada por las brisas,
 Con que al aterido prado
 Primavera reanima.
 Despliega tu albor naciente,
 Luz apacible, que brillas
 Con los dulces resplandores
 De la estrella matutina.
 Rosa de Medinaceli,
 Jamás el aura nociva
 Con su aliento descolore
 Tu verdor y lozania,
 Del amor y la hermosura
 Amable, preciosa hija,
 Tú eres gloria de tus deudos,
 Y de tus padres delicia.
 Dichosos padres, que ufanos
 En tí su ventura cifran,
 Mirándote cual aurora
 De la paz y la alegría,
 En tus inocentes gracias,
 En tu angelical sonrisa,
 Embebecidos contemplan

Sus esperanzas cumplidas.
Tú el embeleso y adorno
Serás de tu sexo un día,
La madre del desvalido,
El solaz de las desdichas.
Los ángeles tus hermanos
Benévolos te sonrían
En esos dorados sueños,
Que encantan hoy tu puericia.
El alígero Custodio,
Que será siempre tu guía
Hasta que el Dios de clemencia
En su seno te reciba,
Con sus protectoras alas
De escudo firme te sirva,
El candor, que te embellece,
Conservando sin mancilla.
Así una voz sobrehumana
Dichosa lo vaticina
Desde la azulada esfera
En acentos de armonía;
Cuando tu piadosa madre
Coloca con mano amiga
La feliz cuna en que duermes
Bajo el manto de María.
Bajo aquel manto divino,
De los mortales egida,
Ante el cual en mudo pasmo
Los querubines se humillan.
Vive, Angelita donosa,
Vive, encantadora niña,
Sin que nunca el infortunio
Con ruda mano te aflija.

Vive feliz tantos años,
 Como lágrimas y cuitas
 Benéfica aliviar suele
 Tu generosa familia.



Despedida de Boabdil.

ROMANCE VI.

- Y sobre todo Granada,
- La mas bella, la escogida,
- De los árabes querida,
- De los árabes llorada.

AROLAS.

Las campanas de Granada
 Convocan á los cristianos,
 Para dar gracias al Cielo,
 Que á Ismael ha derrocado.
 Ya el ángel de negras alas
 Calmó su furor insano,
 Despues que por siete lunas
 Rugió en los montes del Darro.
 Á sus horribles clamores,
 Nuncios de sangre y estragos,
 Han sucedido las arpas
 Y los jubilosos cantos.
 Aquí de Isabel el nombre,
 Allá el del Quinto Fernando,
 Vuelan sonoros en alas
 Del patriótico entusiasmo.

El imperio granadino
 Yace por fin eclipsado,
 Cnal meteóro brillante,
 Que de luz no deja rastro.
 Tras un silencio de muerte,
 El monarca destronado
 Contempla su antigua corte,
 Y así prorumpen sus labios:
 «Á Dios, á Dios para siempre,
 «Dulce patria: nombre aciago
 «Para el proscrito, que el Cielo
 «Arranca de tu regazo.
 «Con su valor mis mayores
 «Felices te conquistaron:
 «Mas hoy ¡oh mengua! te pierde
 «Boabdil infortunado.
 «Ni tus bravos campeones,
 «Ni los fieros africanos,
 «Ni ocho siglos de proezas
 «Para escudarte bastaron.
 «¿Por qué en su feroz audacia
 «Alboardil el sanguinario
 «No sació en mí los furores
 «De su fratricida mano?
 «Sucumbiendo entonces libre,
 «No me viera hoy degradado,
 «Al vencedor dando gloria
 «Entre la turba de esclavos.
 «En vano, Granada, imitas
 «Un hermoso anfiteatro,
 «Coronada de jardines
 «Por entre montes nevados.
 «El Generalife ameno,

« Vergél de placeres grato ,
 « Al nuevo señor convida
 « Con sus delicias y encantos.
 « En Biba—Rambla no suenan
 « Estrepitosos aplausos
 « Á la destreza y bravura
 « De los Zegries gallardos.
 « El blason del Nazareno
 « Corona el real palacio ,
 « En donde la media—luna
 « Del sol reflejó los rayos.
 « Alhamar! no levantaste
 « Para el enemigo bando
 « Esa Alhambra, honor del moro,
 « Y de las naciones pasmo.
 « Oh muros, soberbios muros,
 « Do mil veces estrellado
 « Sucumbió el valor de España,
 « Ya no sereis nuestro amparo.
 « En la torre de la Vela
 « Veo el pendon castellano,
 « Que mil veces el Creyente
 « Holló de Marte en los campos.
 « Musulmanes que morir
 « Conseguisteis como bravos,
 « Despues de teñir la lanza
 « En sangre de los contrarios,
 « Vengad la patria infelice,
 « Que aherrojada está clamando,
 « Sin que rompan los aceros
 « De su esclavitud los lazos.
 « Mas ¡oh delirio! yo invoco
 « Á los que ya del descanso

«Gozan eterno en las tumbas
«De aquel bosque solitario:
«Dichosos ellos mil veces,
«Que al espirar saludaron
«La enseña del Islamismo,
«Como sus dignos soldados.
«Dichosos ellos mil veces,
«Que con la muerte evitaron
«La ignominiosa cadena,
«Que hoy arrastran sus hermanos.
«Dichosos!... Estaba escrito,
«Que tan vigorosos brazos
«La patria no salvarían
«De su precipicio infando.
«Dichosos ¡ ay! Ofreciendo
«Sus vidas en holocausto,
«Á los restos de sus padres
«Los juntó piadosa mano.
«Alá me diera igual suerte
«Bajo las ruinas quedando,
«Que del árabe publican
«El esfuerzo malogrado.
«Mas ahora en el destierro,
«De yermo en yermo vagando,
«Tal vez mi cuerpo insepulto
«Será al fin de hienas pasto.
«De mis piadosos mayores
«Monumentos venerandos,
«¿Quién humilde ante vosotros
«Rogará al Profeta santo?
«Llegó la funesta hora:
«Granada, al África parto:
«Para siempre á Dios, Granada;

«A Dios, no olvides mi llanto.»

Dice, y «Granada» repiten

El monte y valle cercano:

Dá un suspiro, y á la Libia

Dirige en silencio el paso.

✻

A Dalmiro.

ROMANCE VII.

Por todas partes, Dalmiro,
 Se ven señales funestas
 Del temporal riguroso,
 Que nos amaga de cerca.
 ¿Oyes allá en las vertientes
 De las cumbres pirineas,
 Cuál combatidos los fresnos
 Con bronco murmullo suenan?
 Las mas elevadas cimas
 Se visten de oscuras nieblas,
 En cuyo sombrío seno
 El relámpago flamea.
 Asombrados los novillos
 Que vagan por la dehesa,
 Ceñudos alzan la frente
 Y el valle mugiendo atruenan.
 Melancólicos graznando
 Miles de cuervos revuelan
 En derredor de las rocas,

Do á guarecerse no aciertan.
 En el hueco de la encina
 Gime la fatal corneja,
 Y el eco flébil repite
 Su voz triste y agorera.
 Del mas apartado bosque
 En las ocultas cavernas,
 El ronco aullido retumba
 De las montaraces fieras.
 Con tan siniestros presagios
 De la próxima tormenta,
 Huye del campo el labriego
 Á refugiarse en la aldea.
 Apresuradas las yuntas
 Descienden por la ladera
 En busca de algun asilo,
 Que seguro las defienda.
 Su fiel compañero el perro,
 Inclinada la cabeza
 Y la cola meneando,
 Viene siguiendo sus huellas.
 Hasta el gañan vigoroso
 Desampara la pradera,
 Y á los vientos que batallan
 Puede contrastar apenas.
 Timido el zagal conduce
 Al aprisco sus ovejas,
 Que en su balidos parecen
 Á quien pesares lamenta.
 Pues ea, dulce Dalmiro,
 Cierra la cabaña, cierra;
 Y al estallar sordo el trueno,
 Vanos temores desecha.

Tiemble azorado el magnate
 Allá en las torres excelsas
 Del alcázar, que soberbio
 Amenaza á las estrellas.
 El fuego del Cielo airado
 Siempre benigno respeta
 Del humilde campesino
 La casería modesta.
 Asi el embate del cierzo
 Burla débil cañavera,
 Mientras gigantesco roble
 Cae atronando la selva.
 Cuando del céfiro en alas
 Mayo gentil aparezca,
 Con sus mágicos pinceles
 Matizando la ribera,
 Volveremos á los bailes
 Del egido y la floresta,
 Con la alegría animados,
 Que ofrece la primavera.
 Hoy que velado entre nubes
 El yerto diciembre reina,
 En el hogar olvidemos
 De la estacion la crudeza.
 Miel de Moncayo esquisita,
 Tierno queso y fruta seca
 Prolongarán de la tarde
 El júbilo y complacencia.
 El cántaro tan guardado
 Saldrá á coronar la fiesta
 Con el vino de las parras,
 Que la majada sombrean.
 Verás cual vienen medrosos

Los pastores de la vega,
De la tempestad huyendo,
Que á rugir sañuda empieza.
Al oirse las castañas
Saltar del fuego violentas,
Todos gritarán riendo
De la agradable sorpresa.
En vano hinchados, furiosos,
Los torrentes de la sierra
Se lanzarán á las ramblas,
Rebramando entre las peñas.
En vano por la espesura
De la vecina arboleda
Arrollará el torbellino
Las hojas amarillentas.
En vano de hielo y nieve
Cien y cien moles inmensas
Desprenderánse impetuosas
De las altas cordilleras.
En vano en fin el incendio,
Que el rayo en el bosque prenda,
Redoblará los horrores
De la terrífica escena.
La blanda paz y la dicha
Nos cobijarán risueñas
En este dulce retiro,
Albergue de la inocencia.
Al fragor con que sombría
Retiemble naturaleza,
Responderemos brindando
Por la amistad halagüeña.
Así, libre nuestro pecho
De sobresaltos y penas,

Burlaremos venturosos,
Crudo invierno, tu inclemencia.



A las ruínas de Numancia.

ROMANCE VIII.

(Soria: mayo de 1855).

No enjugues, no, caro amigo,
Las lágrimas encendidas,
Con que el ardiente amor patrio
Embellece tus mejillas.
¿Qué digno español no baña
Con su lloro esta colina,
En que descolló la frente
De Numancia esclarecida?
Este suelo venerable
Conserva fiel las cenizas
De mil héroes, que ofrecieron
En holocausto su vida.
Este sitio solitario
Á los patriotas inspira
Amor á la independencía,
Horror á la tiranía.
Este lugar de recuerdos
Los corazones sublima,
Infundiendo el heroísmo,
Que á los hombres diviniza.

Aquí el renombre enmudece,
 Aquí la gloria se eclipsa
 De cuantos pueblos guerreros
 El sol brillante ilumina.
 En estos incultos llanos,
 Do tristes los ojos miran
 Tanto cúmulo de piedras
 Por el tiempo carcomidas,
 Fué la ciudad, que de grado
 Sepultóse entre rüinas,
 La cerviz á extraño yugo
 Por no doblegar sumisa.
 ¿Dónde está del pueblo libre
 Aquella constancia invicta?
 Dónde los brazos de hierro,
 Espanto de Roma un dia?
 Aquí donde bulliciosas
 Las aves canoras trinan,
 Alternando del colono
 Con las canciones sencillas;
 Monte y valle horrorizaron
 La confusa vocería
 Y desesperados ayes
 De las lides homicidas.
 En esas áridas rocas,
 Que la llanura dominan,
 Ofreciendo entre malezas
 Á los reptiles guarida;
 Trincheras y parapetos
 Otro tiempo se veían,
 Espesos bosques formando
 De amenazadoras picas.
 Mas ni aceros, ni broqueles,

Ni arrojada bizzaría
 Salvar la ciudad pudieron
 Hado cruel, de tus iras,
 Borráronla de la tierra
 Falanges liberticidas,
 Á fin de ocultar de Roma
 El vencimiento y mancilla
 La patria de los valientes
 Quedó en polvo convertida,
 Que al tronar las tempestades,
 Los torbellinos agitan.
 Por este campo desierto
 Vaga atónita la vista,
 De sus augustos escombros
 Sin encontrar ni reliquia.
 Aquí el ancho anfiteatro
 Se finge la fantasía,
 Allí los inclitos muros,
 Allá las aras divinas.
 Esas cóncavas cañadas
 Donde muge la novilla,
 Los belisonos acentos
 De libertad repetían.
 Este lugar devastado,
 Que nuestros pies ahora pisan,
 Acaso fué de Megara
 La respetable manida.
 Quizá por esa ladera
 Los Numantinos salían
 Á humillar el fiero orgullo
 De las haces enemigas:
 De las haces que vencieron
 A tantos pueblos altivas,

Y aqui vieron con oprobio
 Sus palmas todas marchitas.
 Los riscos ennegrecidos
 Por el fuego todavía,
 Del romano la venganza
 A voz en grito publican.
 El Duero, que este collado
 Besa con sus puras linfas,
 Del vencido el honor canta,
 Del vencedor la ignominia.
 Esa antorcha de los cielos
 Eternamente atestigua
 El esfuerzo numantino,
 De Escipion la cobardía.
 ¡Y á pesar de gloria tanta,
 Ni una lápida sencilla (1)
 El recinto memorable
 Do fué la ciudad indica!
 Así yacen olvidados
 En tumba desconocida
 Los guerreros, que sublime
 Osian feliz preconiza.
 Mas consuélate, Numancia:
 ¿Por ventura necesitas
 De pomposas inscripciones,
 Que tus altos lauros digan?
 Los buenos de siglo en siglo
 Tu renombre immortalizan,
 Cuando tu constancia heróica
 Entusiasmados imitan.

(1) Después de escrito este romance, se ha comenzado á levantar un monumento en el sitio donde existió Numancia. Loor á los autores de tan patriótico proyecto.

Descansad, manes ilustres,
 Que allá en la noche sombría
 Vagais por esta llanura,
 Quejas lanzando sentidas;
 Pues en letras de oro viven
 Vuestras hazañas escritas
 En las páginas de gloria,
 Que á los bravos eternizan.



A Don Antonio Magáz,

DEDICÁNDOLE UNOS VERSOS PASTORILES.

ROMANCE IX.

(Portugalete y abril de 1837.)

No vuelvas, Magáz, los ojos
 Para mirar cuál humean
 De esa incendiada Sagunto
 Las no extinguidas pavesas.
 Pueblo infelice y heroico,
 Que en el sepulcro contempla
 Cien y cien hijos amados,
 Sin que salvarlos ya pueda.
 ¡Cuántas guirnaldas de luto
 La melancolia aumentan,
 Que inspira el fúnebre cuadro
 De la desolada vega!
 Los cerros, que la circundan,

Las quintas, que la hermocean,
 Cual padrones de la muerte
 Horror y estragos recuerdan;
 Al par que el ánimo asustan
 Las corrientes turbulentas
 Del Nervion, que al mar se lanza
 Teñido con sangre ibera,
 Su orilla triste dejando,
 Volemos á aquella selva,
 En donde no se descubre
 Estampa de humana huella.
 Lejos del fatal estruendo,
 Con que el atambor atruena,
 Allí el silencio domina,
 La grata paz allí reina.
 Salve, soledad amable,
 Donde la fuente parlera
 Y los árboles movidos
 Del blando céfiro sueñan.
 Á ti se acoge mi Musa,
 Que gime de horror y tiembla,
 Al ver á los españoles
 En fratricida pelea.
 Todo, amigo, aquí nos brinda:
 Sombra ofrece la arboleda,
 Las flores olor fragante,
 Mullido asiento la yerba.
 Olvida pues un momento
 Las dolorosas escenas,
 Que de la misera patria
 Rasgan las entrañas tiernas;
 Y con bondad indulgente
 Oye mi rústica avena,

Que á celebrar va sencilla
 La pastoril inocencia.
 Tiempo feliz ya pasado!
 Estas mismas cantilenas
 Sonaron del Guadalope
 En las mágicas florestas.
 Entonces ; ay! en mi frente
 Brillaba la primavera,
 Y al español venturoso
 La paz reia halagüena.
 Ufano mas que un monarca
 Con su cetro y su diadema,
 Mi cabaña y caramillo
 Mi tesoro y gloria eran.
 Mas luego, cual inflamado
 Estalla furioso el Etna,
 Las enconadas pasiones
 Disparáronse violentas.
 Ruge la feroz discordia,
 Y sacudiendo su tea,
 Cual mies por el sol tostada
 Arden ciudades y aldeas.
 Hasta las chozas humildes
 El fatal incendio llega,
 Sin que de escudo les sirvan
 El retiro y la pobreza.
 De tan ensañado golfo
 En la terrible tormenta,
 ¿Quién el batel de su dicha
 No vió estrellarse en la arena?
 A Dios deliciosos prados,
 A Dios, fuentes y riberas,
 Do creció pura y lozana

La flor de mi adolescencia.
 Á Dios, albergue querido,
 Á Dios, morada risueña,
 De cuyo seno lanzóme
 La crueldad de mi estrella.
 Desde entonces ¡ay! errante
 Por los campos de la guerra,
 Dia y noche, cara patria,
 Tu suerte deploré adversa.
 Mas un instante al olvido
 Memorias dando funestas,
 Tal vez la magia del canto
 Adormecerá mis penas.

* * * * *

El Otoño.

ROMANCE X.

(TRADUCCION DE FRUGONI.)

Bien venido sea octubre;
 Bien venido, Laura mia,
 Pues el fruto de los campos
 A recoger nos convida.
 Viva el pomífero otoño
 Con sus uvas esquisitas,
 Viva el inventor del vino,
 Y el amor por siempre viva.
 Toma un cuchillo y un cesto

Y ven conmigo á las viñas,
 Donde el afan agradable
 Comenzó de las vendimias,
 Las vides de sus racimos
 Despojemos á porfia,
 Entre ruidosa algazara
 Que suene por la campiña,
 Mira, mira al aldeano
 Teñir la fresca mejilla
 De su amada, y alejarse
 Con dulce y burlona risa,
 Corre el comprimido mosto,
 Alegrando con su vista
 Al grupo de viñadores,
 Que embelesados lo miran.
 Sin Baco el amor se extingue :
 Donde la hermosura brilla,
 Mas entusiasmo en las almas
 El Padre del vino inspira.
 Inflamada con su fuego
 La zagala mas esquivada,
 Tierna sonríe á su amante,
 Y los desdenes olvida.
 ¿Quién cuando bebe no goza?
 El vino es una delicia.
 Baco los dolores calma,
 Baco las penas disipa.
 Sus, sus; de pámpano verde
 Nuestro cabello se ciña,
 Y alzando el vaso, brindemos
 Con vítores de alegría.
 Sus, sus; á Baco sigamos,
 Que es el Padre de la dicha.

Y nuestra amorosa llama
 Crecerá, Laura querida,
 Viva el pomífero otoño
 Con sus uvas esquisitas,
 Viva el inventor del vino,
 Y el amor por siempre viva.



El Cautivo.

ROMANCE XI.

En las mazmorras de Tunez
 Dos lustros hace cumplidos,
 Que suspira entre cadenas
 Un desdichado cautivo,
 En su ya perdida patria
 Tiene el pensamiento fijo,
 En su adorada consorte
 Y en sus hijuelos queridos.
 Mar de amargura es su pecho,
 Sus ojos perennes rios,
 Y sus labios manantiales
 De lastimeros gemidos.
 Mas ni los ecos dolientes
 Responder suelen benignos
 En aquella angosta cárcel,
 Triste sepulcro de vivos,
 Subterráneo tenebroso,
 Del caos lúgubre asilo,

Que nunca del sol recibe
 El vivificante brillo.
 En vano muestra risueño
 Sus galas mayo florido,
 El agosto sus espigas
 Y el octubre sus racimos,
 En vano del coro alado
 Hechizan los blandos trinos,
 Y del aura lisonjera
 Alegra el plácido silbo.
 Naturaleza no anima
 Tan pavoroso recinto,
 Lóbrego como la noche,
 Mudo cual túmulo umbrío.
 Aquel silencio de muerte
 Solo interrumpen los gritos
 Del aherrojado cristiano,
 Ó de cerrojos el ruido.
 Al desgraciado los días
 Le parecen luengos siglos,
 Imaginando, que el tiempo
 Detuvo su raudó giro.
 Mil veces maldice airado
 El momento aborrecido,
 En el que lloró trocada
 Su libertad por los grillos.
 Cual traidor se lanza el tigre
 Al bravo leon dormido,
 Cuando el monarca del bosque
 No puede oponer sus brios;
 Á nao desarbolada
 Por el mar embravecido
 Inhumano y vil corsario

Acometió de improviso.
 En vano cien españoles
 Pelearon atrevidos
 Contra la chusmá africana
 Del mas velero navio.
 Maltratados por la suerte,
 Abrumiados de enemigos,
 Al hierro de los esclavos
 Doblaron el cuello altivo.
 Volviendo proa hácia Tunez,
 Los bravos fueron vendidos,
 Menos el ilustre gefe,
 El intrépido Ramiro.
 En la mas profunda sima
 El pirata vengativo
 Sepultóle en recompensa
 De su encumbrado heroismo.
 Desde tan infausta hora
 El dolor con su cuchillo
 Aquel corazon sensible
 Rasgando está de continuo.
 Tan solo de cuando en cuando
 Recibe un débil alivio,
 Cuando ver á la esperanza
 Se figura embebecido,
 Mostrándole allá á lo lejos
 Entre celagés sombríos
 Bañado en afable risa
 El semblanté compasivo.
 Grata deidad del consuelo
 Al mortal mas affligido
 ¿Quién sino tú dar pudiera
 Agradable lenitivo?

Tú, que sin cesar le inspiras ;
 Trocará el cielo propicio
 En libertad sus prisiones,
 Su penar en regocijo.
 ¿ Y en medio de la tormenta,
 Do fluctúa mi barquillo,
 No he de esperar yo que un dia
 Me ria el Iris divino ?

❖

A una Señora.

ROMANCE XII.

Aunque el rigor de la suerte
 Por separarnos porfia,
 Hoy no dejaré tu nombre
 De recordar, dulce amiga.
 Mi estimacion y respeto,
 De que eres, Laura, tan digna,
 Ni con el tiempo se mudan,
 Ni con la ausencia se entibian.
 Antes la hermosa lumbrera,
 Que en medio del cielo brilla,
 Cesará de iluminarnos
 Con sus destellos de vida ;
 Que yo olvide ni un momento
 Las virtudes peregrinas,
 Que tu corazon adornan
 En amigable armonía.

Ojalá nos muestre luego
 De frutos la paz benigna
 Colmado el seno y la diestra
 De sazónadas espigas.
 Entonces ¡oh! de mi patria
 Terminarán las desdichas,
 Y yo volveré á mis lares
 Y á tu amable compañía.
 Hoy al asomar el alba
 Anuncióme con su risa
 De tu fausto cumpleaños
 La venturosa venida.
 Gozosa naturaleza
 Con su luz pura y divina
 Manifestó en gratos himnos
 Su entusiasmo y alegría.
 Tan solamente mi alma
 Quedó en el dolor sumida,
 Del Guadalope lejano
 Al contemplarte en la orilla:
 Mientras mi voz insensibles
 Oyen las altas colinas,
 Que el ronco mar de Cantabria
 Combate con saña impía.
 Á pesar de sus furores
 Y de la lid fratricida,
 En esta playa desierta
 Resuena mi blanda lira;
 En loor de la matrona,
 Que es de mi patria delicia,
 Madre tierna, esposa amante,
 Modelo de amistad fina.
 Mi cariñoso recuerdo

Recibe, mi buena amiga,
 En los sencillos cantares,
 Que por mí te felicitan,
 Vive años mil venturosa
 Con tu esposo y esas hijas,
 Que renuevan los encantos
 De tu juventud florida.
 Nada tu esperanza frustre,
 Ni enturbie tu gloria y dicha,
 Llegando á verte ensalzada
 En ancianidad tranquila,
 Por graciosos nietezuelos
 Que, con pueriles caricias
 Tu seno en grupò abrazando,
 Te besen en la megilla.

A una fuente de Alcañiz.

ROMANCE XIII.

(Fies nobilium tu quoque fontium.)

HORAT.

Loor, loor á tus aguas,
 Pura y cristalina fuente,
 Gloria de la patria mia,
 Y vida de estos vergeles.
 De júbilo y complacencia
 Mi corazon salta al verte

Muy mas que las arenillas,
 Que en tu fondo se remueven.
 Desde que mi oído no halagas
 Con tu murmullo perenne,
 Diez veces giró la tierra
 En torno al astro luciente.
 Permíteme que en tu margen
 Embebecido contemple
 Las bellas transformaciones,
 Que estas llanuras te deben:
 Por tí de verdor se visten:
 Por tí la rosa florece,
 Y de oro y grana sus hojas
 Pomposo el clavel estiende.
 Tú eres madre de ese arroyo:
 Tú, benéfica, mantienes
 Las lozanas arboledas
 Por cuyas calles se pierde.
 Bajo su toldo sombrío
 El segador se guarece
 De las llamas con que ahora
 Sirio la atmósfera enciende.
 Por tí de espigas ornada
 Está allí mostrando Ceres
 Con el índice al colonio
 Las ya sazonadas mieses:
 Y gozoso verá luego,
 Que el rico otoño aparece,
 De frutos y verdes hojas
 Ceñidas las rubias sienes.
 Esos árboles entonces
 ¡Cuán liberales le ofrecen
 Las pomas, en que compiten

La escarlata con la nieve!
 Oh sitios, felices sitios,
 Teãtro de mis niñeces,
 ¡Cuánto halagüeno recuerdo
 Hoy ofreceis á mi mente!
 En estos álamos blancos
 El nido cogi mil veces
 Del pintado gilguerillo
 Y del ruisenõr doliente.
 En ese limpio remanso,
 Que apenas las ondas mueve,
 Con el engañoso cebo
 Solia prender los peces.
 En las vecinas praderas,
 Veloz como el viento leve,
 Tras jugueton cabritillo
 Corria y triscaba alegre.
 En aquel herboso llano,
 Ó en ese risco eminente,
 Las incautas avecillas
 Aprisionaba con redes.
 Oh fresno, tu grata sombra
 Me cubria, cuando Euturpe
 Puso el blando caramillo
 En mi labio balbuciente.
 Oh alegrías inefables!
 Oh deliciosos placeres!
 Con mis cãndidos abriles
 Volasteis ya para siempre;
 De mis lágrimas y ruegos
 Movida por fin la suerte,
 Al regazo de mi patria
 Hoy bondadosa me vuelve.

Amena y fértil ribera,
 De paz y ventura albergue,
 Después de suspiros tantos
 Ya torno feliz á verte.
 Ya torno á oír el murmullo
 De esta sonora corriente,
 Que del ánimo afligido
 Los pesares adormece.
 ¡Cuán copiosa, oh fuente, manas!
 Por bocas diez veces siete,
 Á pesar del seco estío,
 Líquidos cristales viertes.
 Tú eres la gala y delicia
 De ese prado floreciente,
 Donde bellas y galanes
 Solaz á sus penas tienen.
 ¡Cuántas veces has oído
 Á mil amadores fieles
 Jurarse en éxtasis grato
 Tierno amor hasta la muerte!
 Sigue en tu plácido curso,
 En tanto sus ondas vuelquen
 Los sesgos rios de España
 En el mar del Occidente.



A la señorita Doña Josefa Massanés.

ROMANCE XIV.

(Medina de Pomar, 1838.)

Virgen bella, que acompañas
 Á los ángeles del Cielo,
 Cuando ferviente celebras
 La gloria del Ser eterno,
 Recibe de oscuro bardo
 Un afectuoso recuerdo,
 En el lenguaje del alma,
 Tan sencillo como ingenuo.
 En las orillas del Nela,
 Felices ¡ay! otro tiempo,
 Que no fueron como ahora
 Campo de guerra sangriento,
 Sonó tu mágico nombre,
 Aplaudido por los ecos,
 Tan dulce como en las penas
 La blanda voz del consuelo.
 Aquel venturoso anuncio,
 Aquel rumor halagüeño
 Volvió la calma perdida
 Á mi desolado pecho.
 Así tras negra tormenta
 Respira el pensil ameno,
 Cuando cariñosa el aura
 Le acaricia con sus besos.
 Así arrullado se duerme
 En el regazo materno

Cándido niño, que asusta
El estallido del trueno.
De gratitud y entusiasmo
Inflamado por el fuego,
Quise entonar una trova,
Dando tu prez á los vientos.
Mas ¡ay! las doradas cuerdas
No bien pulsaron mis dedos,
Cuando bélico retumba
Del cañon el bronco estruendo.
Lanzó la misera patria
Un quejido lastimero,
Que ahogado fué del combate
Por los clamores horrendos.
El arpa al grito de muerte
Flébil rodó por el suelo,
Tornando á sellar mis labios
De las tumbas el silencio.
No de otra suerte sañudo
Brama el huracan violento,
Las queridas ilusiones
Turbando del dulce sueño:
Ó sus torrentes de llamas
Al disparar Mongibelo,
Ayes de agonía siguen
Al júbilo de Himeneo.
Oh tú, que de Dios el nombre
Modulas en tu salterio,
No cesen, virgen, tus himnos,
No cesen, virgen, tus ruegos.
Ógalos ¡ay! bondadoso
El ángel de paz risueño,
Y con protectoras alas

Á Hesperia cobije luego.
 Ógalos ¡ ay! bondadoso ;
 Y de la dicha en el seno
 Tus lauros, hija del canto ,
 Remontaré hasta los cielos.
 Entre tanto bondadosa
 Da cordial acogimiento
 Á la franca , á la entrañable
 Espresion de mis deseos :
 Pues amable complacencia
 Es propia del bello sexo ,
 Y mas cuando lo realzan
 La discrecion y el talento.
 Cuéntame, virtuosa jóven ,
 Entre tus amigos tiernos ,
 Y pospondré á tanta gloria
 Mil poéticos trofeos.
 Que entre tus admiradores
 Ya felice yo me cuento ,
 Desde que fué por la Fama
 Preconizado tu ingenio.



**Entrada de los aragoneses y catalanes
en Atenas.**

ROMANCE XV.

Entró feliz en Atenas
 La falange celebrada,
 Que luce en sus estandartes

Las aragonesas barras,
Todavía sus proezas,
Que ha visto la madre patria,
Regocijan al cristiano
Y á los árabes espantan:
Todavía su denuedo
Sirve de robusta basa
De Sicilia al trono augusto,
Á despecho de la Francia:
Cuando tras nuevos blasones
Vuelan á region lejana,
Viendo en el suelo nativo,
Que la Paz tiende sus alas.
No bien de Mesina el faro
Pierden de vista, y la playa
Pisando opuesta, los broncees
Rompen sonoros la salva,
Cuando al amago tan solo
De sus vencedoras armas,
El terror y abatimiento
Aquí y allí se propagan.
Retumba el clarin de guerra,
Y cien huestes otomanas;
Y toda la Grecia junta
Al español amenazan.
Mas cual de hinchados torrentes
Resisten la furia brava
Tras diluvial aguacero
Los riscos de la montaña,
De los batallones turcos
Y griegos las oleadas
Estréllanse repelidas
Por la española pujanza.

Dilo, famoso Meandro,
Que en el fondo de tus aguas
Pavorido sepultaste
Mil sangrientas cimitarras.
Dilo, cavernoso Tauro,
Cuyas piníferas faldas
Tus defensores muriendo
Matizaron de escarlata.
Diganlo en fin los vergeles
Y amenos campos de Tracia,
Que de Aquiles á los hijos
Vieron volver las espaldas;
Donde del divino Orfeo
Sonó la cítara blanda,
Con su armonía encantando
Arboledas y cascadas.
Y tú, Galípoli amiga,
Tú presenciaste la hazaña,
Admiracion de valientes,
Digna de sublimes almas,
La que en siglos posteriores
El gran Cortés imitára,
Desafiando las iras
De las hordas mejicanas.
Tú á los campeones viste
Echar á fondo la armada,
Solo de victoria ó muerte
Quedándoles la esperanza.
De entonces, sin mas apoyo
Que su acero y su constancia,
Ni mas muros que sus pechos,
Sostuvieron la campaña.
En vano, en vano pretende

Ajar sus ilustres palmas
El nieto de Constantino
Con sus tropas no domadas.
En vano los Masagétas,
De guerreros noble raza,
Se esfuerzan por oponerles
Sus cortadoras espadas.
Y en vano Espinola activo
Con la genovesa escuadra
El camino de la gloria
Por obstruirles se afana.
Sigue venciendo el Ibero,
Sin que ni diques ni vallas
El raudo progreso enfrenen
De su triunfadora planta.
En tormentoso equinocio
Así la mar desbordada,
Muelles y arrecifes huella,
Campos y pueblos allana.
De mil enemigas huestes
Las banderas arrolladas,
Los baluartes asaltados
Y escaladas sus murallas;
Los españoles ceñidos
De florecientes guirnaldas,
En la memorable Atenas
Hacen su triunfal entrada.
En vez de atronar horrible
El ronco grito de alarma,
Los himnos de la victoria
Suenan en calles y plazas.
El grato rumor despierta
Á mil sombras venerandas,

Que los clarines un dia
 Fatigaron de la Fama.
 De sus respetables tumbas
 La sien gloriosa levantan,
 Y saludan á los bravos,
 Admirando sus hazañas.
 Venturosos vencedores,
 Á cuyo valor consagran
 Los manes de otros guerreros
 Noble feudo de alabanza.
 Venturosos vencedores,
 Que tras cien y cien batallas,
 De sus frondosos laureles
 Hoy á la sombra descansan.



Al capitan Don José María Barona.

ROMANCE XVI.

(Bilbao: setiembre de 1839.)

Oh tú, querido Barona,
 Que en celestial embeleso
 De tu Narcisa contemplas
 Los deslumbrantes luceros,
 Permite que en este dia,
 Digno de eterno recuerdo,
 Turbe la amistad tus gratos
 Y amorosos pensamientos.

Sabes la tristeza y luto,
 En que yacía este pueblo
 Por la sangre, que aun humea,
 De sus hijos predilectos:
 Mas apenas en Vergara
 Cordial abrazo se dieron
 Los que entre sí combatían
 Con tal encarnizamiento,
 La rival de Zaragoza
 Perdió de júbilo el seso,
 Por la española hidalguía
 La guerra extinguida viendo.
 Las plazas, las calles todas
 Eran continuo hervidero
 De niños y de mujeres,
 De jóvenes y de viejos.
 «La paz», exclamaban todos;
 «La paz», repetía el eco,
 Y á la paz sonaban vivas,
 De labio en labio corriendo.
 Las bellas en los balcones
 Agitaban los pañuelos,
 Mientras los hombres al aire
 Arrojan los sombreros.
 Las campanas publicaban
 Con solemne clamoreo
 Las apetecidas nuevas
 Del fausto acontecimiento.
 Con salvas acompañaban
 Cien y cien bronces á un tiempo,
 Y el Océano sonoro
 Aplaudía en ronco acento.
 Los fuegos artificiales,

Las lumbradas y conciertos
 Alejaron por la noche
 De nuestros ojos el sueño.
 Apenas por Occidente
 Asomó el Héspero bello,
 Reúnense los amigos
 En casa de Don Prudencio.
 Y era de ver aquel cuadro
 Tan animado y risueño,
 Digno de que lo copiára
 De Goya el pincel määestro.
 En la mesa aparecian
 Mil diferentes objetos,
 Ponchera, vasos, limones,
 Botellas, azucar, huevos.
 Aquí se reía el uno,
 El otro estaba en silencio,
 Al paso que un sacamuelas
 Movia bulla por ciento.
 Allí venia Teodora
 Con un calderillo nuevo,
 Con un cuharon Jacinta,
 Rosa y Cecilia con fuego.
 Allá vieras á Don Bruno,
 Con grande jarro chinesco,
 De aguador infatigable
 Las veces ágil haciendo.
 Pero quien mas trabajaba
 Era el grave Don Silverio,
 Del sonoro molinillo
 Activando el movimiento.
 Por fin la espuma del ponche
 Sube cual vapor lijero,

Con aromosa fragancia
 Perfumando el aposento.
 Ya llenan el vaso á todos,
 Y todos nos disponemos
 A despacharlo de un golpe,
 Y pedir mas por supuesto.
 Solo mostraron las damas
 Comedido encogimiento,
 Manifestando en sus ojos,
 Como que quiero y no quiero.
 Mas despues que melindrosas
 Con su vaso concluyeron,
 La que menos otro y otro
 Recibia á pocos ruegos.
 Fiate, amigo Barona,
 Fiate del bello sexo,
 Y tendrás gato por liebre,
 Por no seguir mis consejos.
 Pero tornando á la historia,
 Acaso nunca se vieron
 Tantos vitores y brindis,
 Tantas muestras de contento.
 Las bombas unas á otras
 Sucedian con estruendo:
 ¡Á quién la paz no inspirara
 En tan felices momentos!
 Teodora con desenfado
 Dió la primera el ejemplo,
 Demostrando su civismo
 Y las galas de su ingenio.
 Cecilia, Jacinta y Rosa
 Tambien á su vez lucieron
 Con una dulce sonrisa,

Que vale mas que mil versos.
 Amigo, finó la fiesta,
 Mas no el entusiasmo nuestro,
 Que durará inextinguible,
 Mientras nos dure el aliento.
 Razon porque la asamblea
 Dispuso en formal decreto,
 Que á todo individuo ausente
 Se comunique el suceso.
 Yo como su secretario,
 El mandato obedeciendo,
 Con mi deber he cumplido
 En estos fáciles metros.
 Y añado de *proprio motu*,
 Que con mi romance espero
 Llenar la hucha, si logro,
 Que me lo vean los ciegos.



A Don Estanislao de Kosca Vayo.

ROMANCE XVII.

Tout nous appelle aux champs.

GRESSER.

¿Cómo yaces todavía
 En ocio muelle dormido,
 Cuando el sol naciente dora
 De tus ventanas los vidrios?

Despierta del grave sueño,
Despierta, mi dulce amigo,
Pues tan hermosa mañana
Aprovechar es preciso.
El caliente lecho place
Allá en los meses de frío,
Cuando los muros batiendo
Ruge el aquilon maligno.
Cuando cayendo la lluvia
En monótono rüido,
Convida al reposo, y hace
Su grato placer mas vivo.
Hasta las aves entonces
Enmudecen en su abrigo,
Agrada al pastor la choza
Y al ganado los apriscos.
Todos temen del invierno
El aterrador bramido,
Que la nieve de los montes
Agita en mil remolinos.
Hoy que los céfiros bullen,
Y el mar se mece tranquilo,
Y en fin, la naturaleza
Toda es vida y regocijo,
Allá en el campo admiremos
El tan suspirado arribo
Del abril, que á visitarnos
Viene de rosas ceñido.
El murmullo de las fuentes,
El sonar del manso rio,
Los parleros ruiñeñores,
Del aura el mágico silbo,
La vega fértil, que alegra

Con su animado bullicio ,
 Dilatarán nuestro pecho
 En la amargura sumido.
 Vamos á la verde selva,
 Donde su templo sencillo
 De fresco ramage y flores
 Tiene la Paz construido.
 Al ofrecer en sus aras
 Bella guirnalda de olivo ,
 El dolor y los pesáres
 Veremos desvanecidos.
 Ya que en la ciudad abruman
 Los cuidados y el fastidio ,
 Con planta veloz huyamos
 De su tedioso recinto.
 Volemos antes que en alas
 De junio venga el estío ,
 Á la campiña robando
 Todo su adorno florido.
 En dia tan bonancible
 Gocemos de sus hechizos ,
 Porque es el tiempo inconstante
 Mas que deseos de niño.
 Si hoy primavera á los prados
 Orna con mil atractivos ,
 Mañana tal vez sus galas
 Cruel ajará el granizo :
 Pues la campestre hermosura
 Es cual rostro femenino ,
 Á quien un soplo de viento
 Marchita su frágil brillo.
 Allí su blanda zampoña
 Dándonos Gesner divino ,

Orlada por la inocencia
 De fresco pámpano y mirto,
 Prorumpirá nuestro labio,
 De entusiasmo embebecido,
 En jubilosos acentos,
 En hechiceros idilios.
 ¡Qué embeleso! ¡qué delicia!
 Cuando del canto movidos
 Lo repita el hondo valle,
 Lo repita el alto risco!
 Al imán de la armonía,
 Candorosos campesinos
 Acudirán desalados
 De aldeas y caseríos.
 Y muchachas y mancebos
 Formando rueda festivos,
 Regocijarán los bailes
 El bosque de los alisos.
 Entonces será la fiesta,
 La risa y placer cumplido....
 ¿Y por qué tanta demora?
 Vamos al campo, Batilo.



En la muerte del capitán Barona.**ROMANCE XVIII.**

E' qui dove ti spogli il mortal manto,
Di gloria impresse alte vestigia lasci.

TASSO.

Deten el paso , viajero ,
Y en esta rústica alfombra
Con que la pradera brinda ,
Asiento á mi lado toma.
No te aflijan esas tumbas ,
Donde los muertos reposan ,
Felices desde que en ellas
De la paz tranquilos gozan :
Ni menos esos cipreses ,
Que sombríos las entoldan ,
Por ver la melancolía
Muda posando en sus copas :
Que al pié floreciéntes nacen
El arrayan y la rosa ,
De nuestras risas y llantos
Mezclados imágen propia.
Descansa , amigo ; y piadoso
Mi abatimiento conforta ,
Con mano blanda enjugando
Las lágrimas que me ahogan.
Escucha amable mi ruego :
Así llegues en buen hora
A tus pacíficos lares
Y á los brazos de tu esposa.
Siéntate , y bajo este sauce

Verás la fúnebre pompa
 Del capitán sin mancilla,
 Del malogrado Barona.
 Ya en fatídico tañido
 Lúgubres campanas doblan,
 Y los himnos del sepulcro
 Los sacerdotes entonan.
 Oye el destemplado parche ;
 Oye la trompeta broncea,
 Y los amargos gemidos,
 Con que los bravos le lloran.
 Ya sale ¡oh dolor! de Ares,
 Pueblo de aciaga memoria,
 El triste acompañamiento,
 Que á la huesa lo trasporta.
 Cien y cien verdes laureles
 Su amarilla frente adornan,
 Merecida recompensa
 De su bazarria heróica.
 Ayer entró en ese pueblo
 Con falange triunfadora,
 Por el camino difícil
 Del honor y la victoria.
 Mas hoy por la puerta misma
 El negro ataud asoma,
 Que de su frío cadáver
 Lleva la carga preciosa.
 Faltó á Isabel un guerrero
 En sus invencibles tropas,
 Mientras perdió una esperanza
 La libertad española.
 Amistad inconsolable
 Su nombre á gritos invoca,

Y hasta enlutada parece
 La naturaleza toda.
 El sol, que al nacer brillaba
 En relumbrante carroza,
 Ora velado entre nieblas
 Hacia el cenit se remonta.
 Allá sobre la montaña,
 Que estas riberas corona,
 El fin del héroe publican
 Tristes Genios con sus trompas.
 Eco flébil, solitaria
 Vagando de roca en roca,
 Responde en un ¡ay! agudo,
 Y pavorida lo nombra.
 Mas ya el pueblo consternado
 Al cementerio se agolpa,
 Por ver al soldado ilustre,
 Que el entusiasmo pregona.
 Ya llega, pálido, yerto
 Como la marchita viola,
 Que con mortífero soplo
 El ábrego descolora.
 Sus ojos oscurecidos
 De la muerte con las sombras,
 Petrificadas sus manos,
 Muda su afluyente boca.
 Sobre su pecho el acero,
 Que en la lid aterradora
 Flameára tantas veces
 Por la patria y por la gloria.
 ¡ Con qué sentida amargura
 Los veteranos sollozan,
 Cuando sus restos mortales

En el sepulcro colocan!
 Ya dá la señal infausta
 La pólvora atronadora,
 De que lo volvió á su gremio
 La tierra, madre piadosa.
 El vale postrero todos
 Le dan con mortal congoja,
 Bañando en llanto la sangre
 De sus heridas honrosas.
 Para perpétuo recuerdo
 De las edades remotas,
 Sencilla lápida erigen
 Sobre su modesta hoyo.
 Á Dios, adorado amigo,
 Á Dios, inmortal Barona,
 Nadie perturbe profano
 Tus cenizas respetuosas.
 Y tú, sensible viajero,
 Que ofreces á su memoria
 Las lágrimas de ternura,
 Que de tus pupilas brotan,
 Deja el campo de la muerte,
 Y á tu patria feliz torna,
 Do tu compasion los cielos
 Premien con mano bondosa.

(Ares: abril de 1840.)

**Al Excmo. Sr. D. Joaquín Martínez
de Medinilla.**

ROMANCE XIX.

Es preciso, musa mía,
Sacudir hoy la pèreza,
Que aletargada te tiene,
Cñal si en la tumba durmieras.
Desde que vives aislada
Entre pinos y entrè sierras,
Ni te mueves, ni respiras,
Ni se rebulle tu lengua.
Hembra y no hablar! Maravilla
Es tan grande y estupenda,
Que á pesar de que la veo,
Casi estoy por no creerla.
Si tu silencio prosigue,
Voy á tenerte por muerta,
Y á disponer, que algun cura
Te cante el *requiem eternam*.
No lo sentirá él por cierto;
Pues todos ellos esperan
Asistir á funerales,
Para ver una peseta.
A lo menos aquel dia
Los pobres comen y cenan
A la salud del difunto,
Que acompañan á la huesa.
Con que, amiga, ya lo sabes:
Si de vida no das muestras,
Vendrá á hacerte tal obsequio

Todo el clero de esta iglesia.
 Pero dejemos á un lado ,
 Dejemos cosas tan serias ,
 Que no es razon nos ocupen
 En dia de tanta fiesta.
 ¿No conoces en mi cara ,
 De risa y júbilo llena ,
 Que el amigo Medinilla
 Su cumpleaños celebra ?
 Ea pues, mientras yo apuro
 De Málaga una botella ,
 Á su salud y ventura
 Brindando en prosa plebeya ,
 Tú, como alumna de Apolo ,
 Toma el arpa ó la vihuela ,
 Y con grata voz entona
 Armoniosa cantilena.
 De aquellas, que tanto placen,
 Tan sencillas como tiernas ,
 Que del corazon son hijas ,
 Que hasta el corazon penetran.
 Nada de afectadas frases ;
 Nada de palabras huecas ,
 Que por querer decir mucho ,
 Nada dicen, nada prueban.
 La estimacion entrañable
 En un language se expresa ,
 Natural, modesto, llano ,
 Como el estilo de aldea.
 Sus, sus: en fáciles versos ,
 Puros como la inocencia ,
 Y alegres como los niños ,
 Cuando bulliciosos juegan ,

Felicita á Medinilla,
 Á quien ya el Cielo dispensa
 Disfrutar del natalicio
 Con su Joaquinita bella.
 Da pues, mi querida Musa,
 Tu cordial enhorabuena
 Á los esposos amables,
 Que te distinguen y aprecian.
 Diles, que sus dichas todas
 Te son dulces y halagüeñas,
 Como al triste los consuelos,
 Como la gloria al poeta.
 Diles, que tantas venturas
 Tu gratitud les desea,
 Cuantas aromoras flores
 Produce el Turia en su vega.
 Diles, que nunca de nuevo
 Los martirice la ausencia,
 Ni los afanes y cuitas,
 Que á los mortales aquejan.
 Diles, que vivan mas años,
 Que el roble de la dehesa,
 Anciano de la comarca,
 Gigante de la arboleda.
 Diles, que á sus caros hijos
 Á su lado crecer vean,
 Cual los bástagos lozanos
 Que á la palma en torno cercan.
 Diles por fin.... callo empero:
 Que ya tu labio comienza
 A çantar como acostumbra
 Alborozando las selvas.



A la Señora Doña Eugenia Pons.

ROMANCE XX.

(Tolosa: abril de 1842.)

No esperes, noble señora,
 Gloria de mi patria insigne,
 Realce yo en ti las prendas,
 Que mas á tu sexo engrien.
 Por el amor inflamados,
 Enhorabuena otros cisnes
 Canten el dulce atractivo
 De las gracias femeniles.
 Yo celebraré este día
 Otro objeto mas plausible,
 Á pesar de tu modestia,
 Que tal vez me contrarie.
 Perdona, querida amiga,
 El que mi labio publique
 Tu favor á la indigencia,
 Tu proteccion al humilde.
 Beneficencia loable,
 Que á tanto y tanto infelice
 Del desapiadado yugo
 De la miseria redime.
 En la ciudad coronada,
 Cuyos muros y jardines
 Del magestuoso Garona
 Baña el caudal apacible,
 Con las tiernas emociones
 De la gratitud lo dicen

Los náufragos , que arrojaron
 Nuestras tormentas civiles.
 Dichosa tú! Sin cuidarte
 De políticos matices ,
 En cada español proscrito
 Un hermano solo viste.
 En vano á los desgraciados
 En vano el silencio exiges ;
 Que aquello que el pecho siente
 La boca fácil repite.
 Aquí un padre de familias ,
 Allí una modesta virgen ,
 Y mas allá un huerfanito
 Feudo entrañable te rinden.
 Gózate al ver la ternura
 Con que todos te bendicen ,
 Como á cariñosa madre ,
 De quien la vida reciben.
 Homenaje bienhadado !
 Glorioso , envidiable timbre ,
 Que ni los siglos destruyen ,
 Ni en el sepulcro se extingue.
 No : que la virtud triunfante
 Sobre las rüinas vive ,
 En que la muerte y el tiempo
 Su huella de hierro imprimen.
 Dilátase tu existencia
 Luengos años bonancible ,
 Para ser , como hasta ahora ,
 El consuelo de los tristes.
 De tantos ¡ay! sin ventura ,
 A quien su estrella persigue ,
 Sin tener mas que tu mano ,

Que sus penas dulcifique.
 Su amor y agradecimiento
 En estos versos admite,
 Que mi amistad cariñosa
 En su nombre te dirige.
 Dichoso yo, si mi ejemplo
 Escita á que te dedique
 Digno loor un poeta,
 Que las edades admiren.
 Un poeta, que en sus himnos
 Tus bondades eternice,
 Inspirado por el Ángel,
 Que siempre á tu lado asiste.



Al retrato de Pedro Ruiz de Moros.

INSERCIÓN.

Ved al inclito alumno de Sofía,
 Varon sublime, de candor modelo;
 Al nacer le arrulló la poesía,
 Al morir sonrió bondoso el Cielo:
 El Sárмата heredó su tumba fria,
 Su amante corazon mi patrio suelo:
 Del Guadalupe y Vistula fué gloria,
 Y la virtud venera su memoria (1).

(1) Entre los hombres doctos que ha producido Alcañiz (*fecunda ingeniorum mater*, como la llama un elegante escritor del último siglo), Ruiz de Moros es sin duda de quien mas debe glo-

riarse, por haber sido uno de los mas insignes jurisconsultos y literatos del siglo XVI. Estudió humanidades en su misma patria bajo la direccion de su paisano Domingo Olite, preceptor de un mérito no vulgar. Pasó despues á Lérida, donde comenzó el estudio de la jurisprudencia, el que continuó en la universidad de Padua, teniendo por maestro, entre otros, al célebre Andrés Alciato. De aquí se trasladó á Bolonia, para proseguir sus estudios. Además de la jurisprudencia se dedicó á la lengua griega y varia erudicion, con tan feliz suceso, que Don Antonio Agustin no dudó hacerlo superior en esta parte al famoso Bonamico. Divulgada por todo el orbe literario la celebridad de su nombre, el arzobispo de Cracovia Pedro Gamrato le ofreció la cátedra de jurisprudencia de aquella capital: destino que admitió agradecido Ruiz de Moros, desempeñándolo con universal aplauso por espacio de nueve años. El emperador Ferdinando I quiso honrarle con el mismo cargo en la universidad de Viena; pero el rey de Polonia Sigismundo I, yerno del emperador, no se pudo resolver á privarse de este sabio jurisconsulto, que tanto contribuia á la instruccion de los polacos. Entre los discipulos insignes, que honraron á Ruiz de Moros, no deben pasarse en silencio Estanislaw Cracovio, obispo de Uladislaw, y Juan Peremberio, arzobispo de Gnesne. En premio de haber desempeñado con tanto acierto los importantes negocios de estado, que se le confiaron, fué nombrado arcipreste de Vilna, canónigo de la catedral de Samogicia, protonotario apostólico, conde palatino, y por fin consejero del supremo de Lituania. Honrábanle con su amistad los mas insignes literatos polacos y otras personas de alto rango. Imprimió en Cracovia algunos poemas latinos, que le dieron un lugar distinguido entre los poetas de aquel siglo, tan fecundo en esclarecidos ingenios. Pero la obra, que mas lo acreditó, fué la publicada en la misma ciudad, con el nombre de *Decisiones lituánicas*, que se reimprimió despues en Francfort y en Venecia. Tambien trabajó las Constituciones de la iglesia de Samogicia. Don Antonio Agustin compuso en su elogio una brillante oda latina, que se omite por la brevedad.



Defensa de Bilbao.

RASGO ÉPICO.

Ruine sí, ma servitù non mai.

PASTORINI.

1.

Pueblo, pueblo inmortal, gloria de Marte,
 Tú, cuya diestra audaz, como robusta,
 Alzó de libertad el estandarte,
 Que escudo fué de la Inocencia augusta;
 Capital de Cantabria, baluarte
 Inaccesible á tiranía injusta:
 Del patriotismo con la ardiente llama
 Mi corazon apasionado inflama.

2.

Campo de destruccion, sublime pira,
 Que remembranzas ínclitas ofreces,
 Si al jóven bardo, á quien tu prez inspira,
 Con fêrvido entusiasmo favoreces,
 Tu renombre en los ecos de mi lira
 Volará laurêado, cual mereces,
 Desde el Archanda fértil, que el mar baña,
 Hasta el confin, antípoda de España.

3.

Brillaba ya el momento en que las horas,
 Precediendo del sol á los bridones,
 A completar venian veinte auroras,
 Desde que cien intrépidas legiones,
 Con máquinas de guerra atronadoras,
 Y de Carlos alzando los pendones,
 Cercaron á la *Reina de las villas*,
 Que del Nerbion impera en las orillas.

4.

La que fué, por su bella arquitectura,
 De perfeccion artistica modelo,
 Imágenes deformes de negrura
 Solo presenta en su incendiado suelo.
 Con lágrimas Iberia de amargura
 Mil plegarias dirige al alto Cielo,
 En sangre de sus hijos viendo tinto
 Del noble pueblo el infeliz recinto.

5.

El Genio de la bárbara venganza,
 Respirando rencor y saña impía,
 Sus feroces instintos de matanza
 A guisa ceba de infernal arpía.
 Gemidos de dolor en vano lanza
 El misero mortal en su agonía ;
 Que al implacable mónstruo no enternece
 La triste muchedumbre que fenece.

6.

En la risueña y mágica llanura,
 Verjel de las cantábricas regiones,
 Que ostentó de la activa agricultura
 La mies dorada, los opímos dones,
 Infundiendo en el ánimo pavura
 Blanquean militares pabellones,
 Que guardan de Discordia el férreo trono,
 Do se inflaman los rayos de su encono.

7.

Las quintas, delicioso apartamiento,
 Pintoresca morada, encantadora,
 En que el amor un día y el contento
 Con la paz habitaron bienhechora;
 Acometidas con furor violento,
 Al grito de la lid asoladora,
 Su apacible silencio profanado,
 Son el asilo de feroz soldado.

8.

La ribera de flores y verdura,
 Ya trasformada en aridez ingrata,
 El triste cuadro y fúnebre pintura
 De cementerio lúgubre retrata.
 Las bellas alamedas de frescura,
 Que con su sombra convidaron grata,
 Voraz incendio súbito devora,
 Ó la segur arrasa destructora.

9.

De sangre entre regueros humeante
 Cadáveres se ven amarillentos,
 Pasto ofreciendo fácil y abundante
 De rapiña á los pájaros hambrientos.
 Ya bandada carnívora y rapante
 De la region se lanza de los vientos,
 Y del hombre se ceba en los despojos,
 A quien la Muerte ayer cerró los ojos.

10.

Despiertan aves de fatal agüero
 A Zumalacarrégui, que acaudilla
 El realista ejército guerrero,
 Sitiador obstinado de la villa.
 Y apenas el crepúsculo primero
 Dudoso y tibio en el Oriente brilla,
 El adalid á sus falanges llama,
 Y con voces enérgicas exclama:

11.

«¿Hasta cuando, soldados, esos muros,
 «Que del Cristino improvisó la diestra,
 «De tierra contruidos, mal seguros,
 «En pié subsistirán con mengua nuestra?
 «¿Preferiremos vegetar oscuros,
 «A demandar en pública palestra
 «Satisfacción solemne del ultrage,
 «Con que al rey se le niega vasallage?

12.

« Vosotros, que al indómito enemigo
 « Supisteis arrollar en tantas lides
 « Á pecho descubierto, sin abrigo,
 « Contra su artillería y sus ardides,
 « Olvidareis, que el orbe es ya testigo,
 « Hijos de los Pelayos y los Cides,
 « Que el indefenso pueblo bilbaíno
 « De la victoria nos cortó el camino.

13.

« Ya veinte veces la gentil aurora
 « Nos vió invadirle por la cumbre y llano;
 « ¿Y de la gloria al árbol hasta agora
 « Arrancó ni una rama nuestra mano?
 « Su obstinacion, que tanto nos desdora,
 « Contrastad con arrojo sobrehumano,
 « Si deseais, cual realistas fieles,
 « El mas digno lograr de los laureles.

14.

« Plantad en sus almenas los pendones,
 « Que osasteis desplegar como valientes,
 « Y gozosos vereis á las naciones,
 « Con nosotros tal vez indiferentes,
 « Al mejor saludar de los Borbones,
 « Entre vivas de júbilo fervientes:
 « ¡Por qué no lució ya tan fausto día,
 « Cual Iris de ventura y alegría!

15.

«Sus, sus; ¿qué os deteneis? Á la pelea,
 «Pues ya amor patrio en vuestros pechos arde:
 «Hoy vuestro gefe con orgullo os vea
 «De intrepidez cual siempre hacer alarde.
 «Sus, sus; que el luminar de Citerea,
 «Cuando alegre las sombras de la tarde
 «Con la argentina luz de sus albores,
 «De ese pueblo os contemple ya señores.»

16.

Dice el caudillo, y súbito retumba
 De clarines belisona armonía,
 Cual vendaval estrepitoso zumba
 Por las concavidades de la umbria.
 Estruendo funeral, que abre la tumba
 En este de dolor sangriento día
 A tantos hijos de la madre España,
 Que se destrozan con terrible saña.

17.

Al discorde rumor del campamento,
 Que tremola de Carlos la bandera,
 La plaza respondió con ronco acento
 De sonora música guerrera.
 Ecos aciagos, que dilata el viento
 A los cerros, al bosque, á la ribera,
 Cual fatídicos tristes precursores
 De muerte y luto y horfandad y horrores.

18.

Á la voz grata del civismo ardiente,
 Que el sueño de los párpados destierra,
 Forma en columna la briosa gente,
 Que la villa en sus ámbitos encierra.
 El Conde Mirasol cabalga al frente,
 Asemajado al Nùmen de la guerra,
 Que blandiendo terrífico su acero,
 Allá en la noche contemplaba Homero.

19.

Cual caballero ufano, que se apresta
 Á lucir su destreza y gallardía
 De torneo magnífico en la fiesta,
 Palenque del amor y la alegría,
 La falange á morir siempre dispuesta,
 Así muestra su calma y sangre fría;
 Y engreido el caudillo, que la rige,
 Estas nobles palabras le dirige:

20.

«El defensor leal de la Inocencia,
 «Bástago del augusto Recaredo,
 «¿Necesitó jamás, que la elocuencia
 «Le infundiese magnánimo denuedo?
 «¿Al nombre de Isabel, de independencía,
 «Otras palabras añadir yo puedo,
 «Cuando acrecisteis ya con ellas solas
 «El brillo de las armas españolas?

« Hueste contraria por la corva orilla
 « Ya del Nervion amenazando viene
 « Arrebatár el cetro de Castilla,
 « Y ahogar la libertad, que lo sostiene.
 « Mas la constante y denodada villa,
 « De patriotismo manantial perenne,
 « Cual fiel imitadora de Numancia,
 « Abatirá su orgullo y su arrogancia.

« Si, noble capital, ante los pechos,
 « Que custodian leales tu recinto,
 « Debelados caerán, rotos, deshechos;
 « Los que osan proclamar á Carlos Quinto;
 « Y los fueros antiguos, los derechos,
 « Que perdió el español en sangre tinto,
 « Renaciendo con verde lozania,
 « Será la Iberia lo que fué algun dia.

« Entonces la nacion, de tu victoria
 « Cogiendo leda el abundoso fruto,
 « En las páginas bellas de su historia
 « Te dará agradecida por tributo
 « Alto recuerdo de sublime gloria,
 « Que á los tiranos cubrirá de luto:
 « A la lid, pueblo invicto; corre, vuela
 « De libertad al nombre y de Isabela.

¿Visteis exhalacion, que en noche oscura
 Súbito cruza por la azul esfera,
 Sulco esplendente de su lumbre pura
 Dejando tras su rápida carrera?
 Ó bien en la pinifera espesura
 ¿Visteis brillando gigantesca hoguera,
 Que propagada al valle y la colina,
 Horizonte vastísimo ilumina?

Así al hablar el animoso conde,
 El patriotismo eléctrico se inflama,
 Y entusiasta el soldado corresponde
 A las palabras, que vertió de llama.
 El fuego, que en el ánimo se esconde,
 Por los ojos y boca se derrama,
 Y «Libertad y Reina» de consuno
 Exclaman todos, cual si fueran uno.

El cañon, el cañon con su estampido,
 A todo generoso sentimiento
 Dejando el corazon endurecido,
 Del sitiador anuncia el movimiento.
 El ejército abanza reunido;
 Retiembla de la villa el pavimento;
 Y el pueblo, sin temor ni sobresalto,
 Las amenazas oye del asalto.

Semejante al copudo añoso pino,
 Que lozano y erguido persevera,
 Á pesar del furioso torbellino,
 Que maléfico arrasa la pradera;
 Con noble continente el Bilbaíno,
 Imperturbable aguarda en la trinchera
 Al enemigo, á quien, la escala en mano,
 Tan animoso vé, como cercano.

Retumban á la vez mil proyectiles,
 Estallando en la plaza atronadores,
 Que desprecian las almas varoniles
 De aquellos indomables moradores.
 Á la granada y bomba los fusiles
 De los desapiadados invasores
 Acompañan con fuego sostenido,
 Jamás por el descanso interrumpido.

Se desploman aquí modestos lares,
 Que habitó la virtud y la inocencia;
 Arden allí los templos, los altares
 Do culto recibió la Omnipotencia;
 Allá los capiteles y sillares
 Cayeron del alcázar con violencia;
 Y las plazas y calles bilbaínas
 Son un monton de escombros y ruínas.

30.

El defensor entusiasmado entona
 De patriótico ardor himno guerrero ;
 Himno, que halaga á la marcial Belona ,
 Y es la gloria y delicias del Ibero.
 En el Circo, Larrinaga y Mallona (1)
 Dispara al escucharlo el artillero ;
 Y el fuego de sus hórridos cañones
 Destroza los contrarios batallones.

31.

Otra y otra columna los reemplaza ,
 Que sostiene el obús de Miravilla ,
 Y sus briosos impetus rechaza
 Escuadron de la Reina de Castilla.
 Vuelven con furia á combatir la plaza ,
 Viendo caer sobre la triste villa
 Un turbion de metralla y bombas ciento ,
 Que sacrifican víctimas sin cuento.

32.

Á la ruda esplosion de oculta mina ,
 Escollo en que el valor tal vez se estrella ,
 Parece ya á su fin estar vecina
 La poblacion del Cántabro mas bella.

(1) Los bilbaínos tenían sus baterías en el Circo de Begoña, Larrinaga, Solocoeche y Mallona, y los carlistas en los púntos de Miravilla, camino-real de Munguía y Begoña.

En medio á tal horror y tanta ruina,
 El defensor imperturbable huella
 La tierra, que comienza á hundirse á trechos,
 Sin que desmayen los heróicos pechos.

Como el granizo, que disipa en breve
 Del misero colono la esperanza,
 Ó cual ventisca de copiosa nieve,
 Que densa nube sobre el campo lanza,
 El plomo destructor silbando llueve;
 Mientras, cual sierpe cautelosa, abanza
 Adversaria legion, que torva acecha
 En el endeble muro abierta brecha.

La luz robando al apacible día
 El humo, que funesto se levanta,
 La pavorosa oscuridad umbria
 Niega á los ojos dirigir la planta.
 Entre las sombras, con guadaña impia,
 Aterrador espectro se adelanta,
 Y el acero con rostro alza tranquilo,
 De vidas cien y cien cortando el hilo.

Delante de la villa, los montones
 De lividos cadáveres, el paso
 Obstruyen á las cántabras legiones,
 Extremecidas del cruel fracaso.

Entre desesperadas convulsiones,
 Sopro vital conservan aun escaso
 Infortunados mil, que en tanto duelo
 No reciben alivio, ni consuelo.

36.

Al defensor no menos horroriza (1)
 La sangre malograda y generosa,
 Que las aras, los túmulos matiza,
 Y humea por las calles y rebose.
 Guerra de maldición! Bárbara liza,
 Que la naturaleza ve llorosa;
 Pues, á los tigres escediendo hircanos,
 Se destruyen hermanos con hermanos.

37.

Muere Pereira y otros campeones (2)
 Sin exhalar un ¡ay! su yerta boca;
 Y á la par de ellos el sensible Mones,

(1) Entre los muchos que fueron heridos, merecen especial mención el coronel D. Baudilio Mallol, comandante del regimiento de Almansa; el teniente coronel de artillería D. Manuel Gutierrez Bustillo; el capitán graduado D. Francisco Tejada; los tenientes de voluntarios de Valencia D. Ramon Soler, D. Antonio Carballez y D. Juan Bautista Pascual; los subtenientes del mismo cuerpo D. Manuel Maria Peñaranda, D. José Maria Casati, y el capitán de nacionales D. Pedro Jane.

(2) El coronel D. Miguel Cheli, segundo jefe del Circo, recibió un balazo en el brazo izquierdo, del que murió poco después. D. Tomás Mones, capitán de artillería, pereció en la batería de Solococche, y en la del Circo D. José Pereira, capitán graduado del Príncipe. También murieron D. Gregorio Gonzalez, teniente de voluntarios de Valencia, y D. Agustín Dominguez, subteniente del mismo cuerpo.

Cuando ya del sepulcro el borde toca,
 Entre filiales tiernas efusiones
 El dulce nombre de la Patria invoca:
 Candor, talento y juventud florida
 Al confin le acompañan de la vida.

38.

Ved á Patrike, de la legion britana (1)
 Gallardo paladin, que su existencia
 Noble ofreció, de la nacion hispana
 Por sostener la hidalga independenciam.
 No bien la Parca le asestó inhumana
 El formidable golpe en su inclemencia,
 Hacia Albiön desfallecido mira,
 Y, á su esposa al nombrar, gime y espira.

39.

De sonrosada tez, negro cabello,
 Albo como la nieve y el armiño,
 Muy mas que el hijo de Citeres bello,
 Contemplad, si podeis, misero niño.
 Al abrazarse al amoroso cuello
 De la adorada madre en su cariño,
 Sucumbe repitiendo: madre, madre!
 De bala impía, que lanzó su padre.

(1) El capitán inglés James Patrike pertenecía al vapor *Reina Gobernadora*. Al día siguiente á su fallecimiento se le hicieron con la mayor pompa y solemnidad los honores fúnebres, asistiéndolo las autoridades civiles y militares. El alcalde D. Juan Ramon Arana colocó una corona cívica de laureles sobre el ataud, que encerraba tan preciosos despojos. Memoria histórica de don Soltero de Goicoechea, publicada en Bilbao.

40.

Del justo con la paz débil anciano
 En triste soledad su fin espera,
 Al Árbitro rogando soberano
 Por el hijo, que sigue otra bandera.
 Hijo infeliz! Con sosegada mano
 Aplica el botafuego en la tronera,
 Y al autor de sus dias crudo hiere,
 Y el viejo en su dolor perdona y muere.

41.

Ciegos del humo y polvo, que domina,
 Y mas por el ardor de la batalla,
 Con la saña embestirse mas ferina
 Dos jóvenes mirad cabe la valla.
 Del corazon les habla voz divina;
 La lid empero su lenguaje acalla,
 Y espiran á la vez. ¡ Cruel fortuna!
 Juntos la madre los meció en la cuna.

42.

Crece el clamor marcial y el ronco estruendo,
 La desesperacion la rabia aumenta,
 Y lares y basilicas ardiendo,
 Con esplosion derrúmbanse violenta.
 El suelo tiembla al ímpetu tremendo
 De comprimida mina, que rebienta,
 Y agrandando las llamas su dominio,
 La confusion propagan y esterminio.

43.

Sobre las destrozadas aspilleras
 Inmóvil como estatua el bilbaino,
 A las legiones, que arremeten fieras,
 Su corazon opone diamantino.
 En sus manos, tan firmes cual certeras,
 Flamean con estrépito continuo
 Los rayos de la muerte, á cuyo estrago
 De sangre ¡ay! española corre un lago.

44.

Desfallece el valor, falta el aliento
 Del sitiador tenaz, que desespera
 A la villa vencer con su ardimiento,
 Gloria, que en su ilusion fácil creyera.
 A la vista cruel del escarmiento,
 Hasta el caudillo por la vez primera
 Desconcertado queda, irresoluto,
 Viendo perdido de su afan el fruto.

45.

Su rostro melancólico y sombrío,
 Su silencio fatídico, su calma,
 En vez del fuego y entusiasmo y brio,
 Que supo desplegar su grande alma,
 Revelan ya, que el desengaño frio
 Acaba de agostar la noble palma,
 Con que esperaba laurear su frente,
 Al pueblo domeñando mas valiente.

46.

Señala ruboroso con el dedo
 Los blancos y seguros pabellones,
 De que con tal bravura y tal denuedo
 Salieron á la aurora las legiones.
 Helados al presente por el miedo,
 Con sorpresa al sentir sus corazones,
 El ejército mudo se retira,
 Y la villa magnánima respira.

47.

Escogida falange valerosa (1),
 Que al ilustre Araoz constante sigue,
 Temiendo en su impaciencia impetüosa,
 Que otra columna al adversario hostigue;
 Los fugitivos pertinaz acosa,
 Y con arrojo tanto los persigue,
 Que á encerrarse los fuerza, mal su grado,
 En el próximo campo atrincherado.

48.

El astro de la luz, que tierra y cielo
 Con sus puros destellos hermosa,
 Por no mirar el agitado suelo
 En que el pendon de la discordia ondea,

(1) Los sitiados hicieron dos salidas por la puerta de San Agustín. Las trincaduras Infanta y Veloz protegieron la marcha, teniendo que abrirse paso por una ría estrecha, y cuyas orillas se hallaban erizadas de carlistas. El coronel D. Miguel Araoz mandaba la fuerza que salió de la plaza.

Con densas nubes, con tupido velo
 Su disco brillantísimo sombrea,
 Y corre á iluminar otro hemisferio,
 De la paz y virtud amable imperio.

49.

Llega la noche, y con su negro manto
 Súbito cobijando el ancho mundo,
 Á los clamores de dolor y espanto,
 Al estruendo de guerra tremebundo,
 Cual si influyese celestial encanto,
 El sosiego sucede mas profundo:
 Tranquilas horas de solemne calma,
 En que de tanto afan descansa el alma.

50.

Tranquilas horas de ventura y gloria,
 De vítores, aplausos y loores,
 En que ornados con lauros de victoria
 Los alegres invictos defensores,
 Himnos escuchan de inmortal memoria,
 Con que cien melodiosos trovadores,
 Respondiendo á la voz de damas bellas,
 Elevan el triünfo á las estrellas.

51.

Ruedan las copas de espumoso vino,
 Se repiten los brindis á porfia,
 «Libertad, Isabel», el bilbaíno
 Exclama en el ardor de su alegría.

Á su entusiasmo inspirador, divino,
 Ni el frío mármol resistir podría:
 «Libertad, Isabel», repite el viento,
 «Libertad, Isabel», el firmamento.

52.

El apacible néctar de las vides
 Les brinda con dulcísimo reposo,
 Anhelado solaz, tras fieras lides,
 Tras tanto padecer, goce sabroso.
 Así el membrudo y vigoroso Alcides,
 De su amada en el seno delicioso
 Las fuerzas recobrando colosales,
 Dió cima á sus trabajos inmortales.

53.

El Genio, que preside al blando sueño,
 Reparador de afanes y cuidados,
 Su bálsamo derrama de beleño
 En los ojos de gefes y soldados.
 Desarrugado de la frente el ceño,
 Todos, todos descansan arrullados
 Por la paz y el silencio. Solo vela
 En torreón antiguo el centinela.

54.

El memorable pueblo adormecido
 Del sosiego en el mágico regazo,
 Encubriendo en las sombras del olvido
 Su bélico furor por breve plazo,

Se parece á león, cuyo rugido
 Al numida feroz desarma el brazo,
 Y generoso y tierno se abandona
 Al dulce halago de su fiel leóna.

55.

De la playa no lejos ya desierta,
 Do el mar enfrena su imponente ira,
 La hueste de Don Carlos, muda, yerta,
 Ni se rebulle apenas, ni respira.
 Solamente la voz lanza de alerta
 Explorador, que vigilante mira
 Á la vislumbre de la opaca Febe,
 No bien el aura los arbustos mueve.

56.

La nocturna quietud blanda y serena
 Interrumpen tal vez lentos gemidos,
 Que, postrados, exhalan por la arena
 En misero abandono los heridos.
 Desventurados! en tamaña pena,
 Los ojos levantar ya oscurecidos
 En vano intentan, demandando al Cielo
 La paz de los sepulcros por consuelo.

57.

Su fugaz esperanza viendo muerta
 Meditabundo el sitiador caudillo,
 De regio pabellon yace á la puerta,
 Sobre la piel de montaraz novillo.

Cuando en su mente empero se despierta
 De cien victorias el pasado brillo,
 Que auguraba á Don Carlos la diadema,
 Lágrima ardiente su mejilla quema.

58.

En el cruel y roedor tormento,
 Que le muerde cual aspid y le aterra,
 Solo ansía ocultar su vencimiento
 En la fragosidad de agreste sierra.
 Maldiciendo mil veces el momento,
 En que á la villa declaró la guerra,
 De la alborada, á sus deseos tarda
 Los puros rayos impaciente aguarda.

59.

Sucumbiendo al cansancio y la fatiga,
 De sus párpados graves el desvelo
 Morfeo aleja con su mano amiga,
 Derramando en su pecho almo consuelo.
 Consuelo, que aunque breve, al fin mitiga
 El amargor ingrato de su duelo;
 Pues el feliz y el hombre sin ventura
 Iguales son mientras el sueño dura.

60.

No bien duerme tranquilo, se presenta
 A su vivaz y ardiente fantasía
 Imágen melancólica y sangrienta
 De severa mirada y faz sombría.

En su frente aparece amarillenta
 Retratado el dolor y la osadía ;
 Y su voz desatando amenazante,
 Así dice con tétrico semblante :

61.

« ¡Será, será que sin rubor desista
 « De noble empeño, que arrojado emprende
 « Caudillo del ejército carlista,
 « De quien el triunfo de su Rey depende !
 « Antes que renunciar á esa conquista
 « Fogoso ardor en el soldado enciende,
 « Pues ya dicen sus hechos peregrinos,
 « Que merece lidiar con bilbainos.

62.

« Torna veloz á la marcial refriega
 « Con nueva fuerza y entusiasmo nuevo,
 « No bien maticen del Nerbion la vega
 « Las blandas luces del riente Febo.
 « Su vigoroso temple así despliega
 « Aquel valiente, á quien mirar yo debo
 « Cual compañero fiel de mis campañas,
 « Como ilustre rival de mis hazañas !

63.

« Sojugar á la gente bilbaina,
 « Cumplir del Rey la voluntad espresa,
 « Libertar del error á quien se obstina,
 « Mudo al orbe dejar con la sorpresa,

«Las aras defender y ley divina,
 «Digna es de tu valor tan grande empresa;
 «Empresa de alto prez! ¡Por qué á mi anhelo
 «Por ella combatir denegó el Cielo!

64.

«Dichoso tú.... La fulminante espada
 «Tu noble diestra desenvaine al punto,
 «Y atónita la villa y asombrada
 «Sienta el golpe y amago, todo junto.
 «Caiga á tus pies vencida y humillada
 «La rival orgullosa de Sagunto;
 «Ó, si el severo Cielo así lo quiere,
 «Cual monárquico fiel pelea y muere.»

65.

«—Si moriré: Gritó con voz de trueno:
 «Moriré como tú, héroe carlista,
 «Que á vencer y á morir cual muere el bueno,
 «Con tu ejemplo enseñaste al realista.»
 Ya por el éter plácido y sereno
 Desparecido habia ante su vista
 De Don Santos Ladron la austera sombra,
 Á quien el gefe con respeto nombra.

66.

Entre salvas y músicas marciales,
 Que á los ciervos convierten en leones,
 Dirige sin demora voces tales
 Á sus acobardados escuadrones:

«Guerreros generosos y leales,
 «Aunque sensible á hidalgos corazones,
 «Pues que esa villa pertinaz lo quiso,
 «Arrasarla y triunfar es ya preciso.

67.

«Si resistiros obstinada pudo,
 «Sin llorar hasta el día su derrota,
 «Del Cielo protector contra el escudo,
 «Hoy su acero vereis como se embota.
 «Embested con el impetu sañudo,
 «Con que los cedros huracan azota,
 «Y el pueblo que atesora glorias tantas,
 «Se postrará en silencio á vuestras plantas.

68.

«Hacia la zona diáfana de Oriente—
 «Veis ancha faja, limpia y luminosa,
 «Bella como el albor del Sol naciente,
 «Matizada de azul y gualda y rosa?
 «Allí imprimió su huella refulgente
 «Vision consoladora, prodigiosa,
 «Que me alentó á lidiar. ¡Quién este día
 «Por sus aras y rey morir no ansia!

69.

«Pequeña Babilonia, vil ramera,
 «Impia capital, en cuyo seno
 «Libertinage, irreligion impera,
 «El vaso de la cólera está lleno.

«Teme de Dios la mano justiciera,
 «Que, al descargar, agostará cual heno
 «La deneznable flor de tu altiveza,
 «Y polvo hará tu aurífera cabeza.»

70.

Así el fuego extinguido reanima
 De la gente marcial, que le acompaña,
 Al dorar Febo la encumbrada cima,
 El hondo valle, el prado y la cabaña.
 La belicosa hueste se aproxima,
 Protegida por áspera montaña,
 Y tras vivas á Carlos infinitos,
 «Ó vencer ó morir,» prorumpe á gritos.

71.

Enfrenando sus impetus primeros
 Prudente el General, hácia la villa
 Con albo lino envia mensajeros
 Envainada la fúlgida cuchilla.
 «La oliva de la paz,» elaman arteros
 En voz solemne, que al valiente humilla;
 «El fúnebre ciprés,» fiero contesta
 El bilbaino, y á lidiar se apresta.

72.

La atroz discordia, que en placer se baña,
 Los exaltados ánimos encona,
 Y acrecentando la implacable saña
 El clarín, que furor solo pregona,

Los hijos ¡ay! de la infeliz España
 A su rencor frenético abandona :
 Cual arde horrible de volcan el horno,
 Arde el combate de la villa en torno.

73.

Los morteros estallan infernales,
 Por el aire los fuegos centellean,
 Se estremecen los montes eternos,
 Y palacios y torres bambolean.
 Con energía y con pujanza iguales
 Ambas haces beligeras pelean,
 Y de opiniones diferencia sola
 Hace á rios correr sangre española.

74.

Al derredor de la que fué muralla,
 Ved los manes vagar de cien guerreros,
 Que en el campo murieron de batalla,
 Por sostener los nacionales fueros :
 Con tristes ayes, que la lid no acalla,
 Excitan á sus fieles compañeros
 A defender la libertad querida,
 Hasta el postrer aliento de su vida.

75.

La poblacion, la tierra, el mar, el cielo,
 Todo rápidamente desaparece,
 Pues la alma luz que sonreia al suelo
 Con el humo y el polvo se oscurece.

Orfandad y viudez, y luto y duelo,
 Aquel horrible caos ennegrece;
 Teãtro impío de rencor fraterno,
 Aterradora imágen del averno.

76.

Entre el rumor con que espantoso atruena
 El siniestro belisono alarido,
 Del bravo Mirasol la voz resuena,
 Inflamando á la lid enardecido;
 Semejante al fragor con que en la arena
 El piélago se estrella embravecido,
 Ó como el silbo de huracan que zumba,
 Cuando gigantes álamos derrumba.

77.

En alas del fogoso patriotismo,
 A los peligros inminentes vuela,
 Y vigor y constancia y heroismo
 Su corazon magnánimo revela.
 ¿Quién le podrá seguir? A un tiempo mismo
 A los heridos míseros consuela,
 Y arroja osado con su diestra fuerte
 Al cruel sitiador rayos de muerte.

78.

Cual cometas de roja cabellera,
 Que en los espacios brillan del vacío,
 En cuyo negro fondo reverbera
 Pálido sulco de fulgor sombrío;

Los proyectiles cruzan por la esfera ;
 Armas con que en su ciego desvarío
 El carlista sin treguas amenaza
 Al sereno habitante de la plaza.

79.

El pueblo con sonrisa desdeñosa
 La incesante explosion ledo acompaña,
 Proclamando á la Niña candorosa,
 Ángel de paz, delicias de la España.
 De la afligida España, que orgullosa
 Al contemplar fidelidad tamaña,
 Convierte su dolor en regocijos,
 Cual digna madre de tan dignos hijos.

80.

« Isabel , Isabel , » amor exclama ,
 « Isabel » dice la esperanza bella ,
 Y su nombre los ánimos inflama ,
 Como súbita eléctrica centella.
 De su apacible y ardorosa llama
 Conserva el corazon profunda huella :
 Mágico acento , singular , sublime ,
 Que el sello del honor do quiera imprime.

81.

Del soldado acrecienta la bravura ,
 Su dulce influjo la puericia siente ,
 Su prestigio la tímida hermosura ,
 Y sus impulsos la vejez doliente.

¿Quién oyendo « Isabel » no se apresura
 Á dar de intrepidez prueba elocuente?
 Ancianos, niños, vírgenes, matronas,
 Á los héroes imitan y amazonas.

¿A dónde el paso encaminais ligero,
 Empuñando con manos de azucena
 El pesado fusil, el crudo acero,
 Cuando Marte al Furor desencadena?
 Dejad el campo de batalla fiero,
 Espantadora, repugnante escena,
 Donde no deben, entre azares tantos,
 Vuestras gracias lucir, vuestros encantos.

Mas no escuchan la voz de la prudencia
 Las bellas y entusiastas heroínas;
 Ni del miedo podria la influencia
 Acobardar á damas bilbainas.
 Por conservar la noble independencia
 De su Patria, que yace entre ruínas,
 Se muestran en la lid tan animosas,
 Como en sus dulces lares cariñosas.

Ruge granada horrisona, impaciente
 De reventar con explosion aciaga;
 Mas la mira á sus pies niño inocente,
 Y á la Muerte retando que le amaga,

Con el arrojo digno de un valiente
 El fulminante proyectil apaga (1):
 Vuela de tierna madre á las caricias,
 Y á recibir de su valor albricias.

85.

¡Gloria y loor! intrépidos ancianos (2),
 Que el juicio realzáis y la cordura
 Con briosos esfuerzos sobrehumanos
 De teson indomable y de bravura.
 Cuando los nobles jóvenes hispanos
 Llenar ansien en la edad futura
 De la Patria los férvidos deseos,
 Envidiarán tal vez esos trofeos.

86.

Como por sus gigantes dimensiones
 Se alza del Betis en la verde orilla
 Sobre cien elevados torreones
 La colosal Giralda de Sevilla;
 Descuella entre fogosos campeones
 Veterano, que audaz los acaudilla:

(1) « Los bilbainos habían perdido enteramente el miedo á las bombas y granadas. Francisco Ania, de edad de nueve años, hijo del nacional D. Pedro, tuvo el heroico arrojo de abalanzarse sobre una granada, que cayó en la calle Somera, consiguiendo apagar la espoleta despues de mil esfuerzos. » Reseña histórica del sitio de Bilbao, publicada por el ayuntamiento de la villa.

(2) Alude á la compañía de ancianos, que trabajó infatigablemente, haciendo servicios importantísimos, y rivalizando con los jóvenes mas decididos de la villa.

Hoyo, que con alientos juveniles (1),
Lidia como en la flor de sus abriles.

87.

De Francisco en el templo sacrosanto
Furia infernal con altivez campea,
Y complacida en el ageno llanto,
Sacude sin piedad su infanda tea.
La mansion pavorosa del espanto,
Do gime la maldad, menos huméa,
Pues estallan á un tiempo mil granadas,
Por la discordia bárbara inflamadas.

88.

Menospreciando empero explosion tanta,
En aquel negro báratro de horrores
Penetra Riego con osada planta (2),
Cual por fresco vergel de sombra y flores.
Tras él imperturbable se adelanta
Noble turba de heróicos defensores,
Y al extinguir serenos el incendio,
Huye el Genio del mal con vilipendio.

(1) El brigadier D. Fausto del Hoyo, coronel de Almansa, no obstante su abanzada edad y quebrantada salud, sirvió con el mayor teson la bateria de Larrinaga durante los veinte dias de sitio.

(2) Habiendo caido tres bombas en la iglesia de San Francisco, inflamaron un cajon de granadas de mano haciendo reventar muchas de ellas. Mas D. José Riego, comandante de Gerona, y su oficialidad esparciéndolas, apagaron el incendio, impidiendo con tan peligrosa maniobra, que se comunicase el fuego al almacén de la pólvora, que estaba en el mismo templo.

Venid, bellezas del famoso rio ;
 Vosotras , cuyo pecho no intimida
 Espectáculo tétrico , sombrío ,
 De batalla sangrienta y homicida.
 Ved con orgullo la pujanza y brio
 Con que , cual muro de diamante , unida
 La milicia pelea ciudadana ,
 Que rige digno el comandante Arana.

Nada , nada contrasta su firmeza ,
 Cuando en bastion ya vacilante fijos ,
 Cual si hollasen romana fortaleza ,
 De la villa sin par los nobles hijos ,
 Afrontan los arranques de fiereza
 Y ataques combinados y prolijos ,
 Con que osadas pretenden arrollarlos
 Las pertinaces huestes de Don Carlos.

Desesperado de luchar en vano
 El gefe de los tercios sitiadores ,
 Para intentar empuje sobrehumano ,
 Llama fuerzas en número mayores.
 Desde el Nerbion hasta el confin lejano
 La trompa retumbando y atambores ,
 Las nuevas haces al momento llegan ,
 Y entre los parapetos se congregan.

«Al asalto, al asalto,» en voz tremenda
 El general desapiadado grita,
 Finar queriendo la marcial contienda,
 Que su impaciente corazon irrita:
 Y cual bridon, que corre á suelta rienda,
 Contra la poblacion se precipita
 El ejército cántabro-navarro,
 Fiel y obediente á su adalid bizarro.

Cual desbordado arrollador torrente,
 Que en los fértiles montes de Rioja
 A pintoresca y mágica pendiente
 De sus frondosos árboles despoja;
 Armada de furor la adusta gente
 Y acero y fuego, súbito se arroja,
 Amenazando á la infelice villa,
 Á vasto cementerio reducilla.

De Volantín el abanzado fuerte
 Destruye fácil al primer amago,
 Pues precede á su pié la torva Muerte,
 Y sigue la orfandad y el rudo estrago.
 Con la reciente sangre que se vierte,
 Sus límites ensancha el rojo lago,
 Que hasta el Nerbion profundo se desliza,
 Y al marino extranjero atemoriza.

Cabe las cercas al fijar la planta,
 Su anhelado triünfo ya seguro
 El invasor alucinado canta
 Con gritos de alborozo prematuro.
 El bilbaino, á quien su voz no espanta,
 Sobre despedazado y débil muro,
 Con audacia impertérrita y serena
 Las apiñadas filas desordena.

De Zumalacarrégui despechado
 Consiguen rehacerse al ronco acento,
 Recobrando el valor ya amortiguado,
 Cual hoguera, á quien falta nutrimento.
 Una vez y otra en escuadron cerrado
 Se disparan con ímpetu violento ;
 Una vez y otra fulminante mecha
 Contiene su furor ante la brecha.

A general terrífica descarga,
 Siguen aquí y allí del moribundo
 Los tristes ayes y la queja amarga
 De la agonía, del dolor profundo.
 Quizá su vida y padecer se alarga,
 Y lanza imprecaciones iracundo
 Contra las intestinas disensiones
 Que atizan rencorosas las pasiones.

98.

Otra vez el ejército, otras ciento,
 Abanza impetuoso á la muralla,
 Compacto y escudado en su ardimiento,
 Cual en robusta impenetrable malla.
 Otra vez el ejército, otras ciento,
 Diezmado por mortífera metralla,
 Retrocede temblando y se dispersa,
 A la falange maldiciendo adversa.

99.

El famélico lobo cuando embiste
 Redil guardado por valientes canes,
 Raza leal, que impávida resiste
 A su fiera pujanza y sus afanes;
 Del mismo modo á su pesar desiste
 De arremetidas nuevas y desmanes,
 Y se aleja por fin de rabia ciego,
 Por su boca lanzando espuma y fuego.

100.

Si carronada rimbombando atrüena
 Allá del norte los revueltos mares,
 De la deforme y colosal ballena
 Destrozar consiguiendo los ijares;
 El cetáceo feroz de espanto llena
 Al mismo pescador en sus hogares,
 Y hasta el abismo con la sangre rojód
 Huyen los peces del temible enojo.

101.

Tal aparece el cántabro caudillo,
 Cuando á pesar de sus esfuerzos mira,
 De indignacion, de cólera amarillo,
 Que veces mil su hueste se retira.
 Falto ya de poder para impedillo,
 Un grito lanza de furor, de ira,
 Y cual de panteon siniestro lampo,
 Fulgura el fuego en el carlista campo.

102.

La tierra conmovida se extremece:
 Con gemidos de horror suspira el viento;
 La atmósfera cargada se ennegrece;
 El Océano ruge turbulento;
 Naturaleza toda palidece,
 Al ver tal destruccion y asolamiento,
 Y en el fragor parece tremebundo,
 Que se desquicia de su base el mundo.

103.

Bajo la férrea mano de la suerte,
 Mas cruel por momentos y mas dura,
 Siempre constante el bilbaino y fuerte,
 Conserva inalterable su bravura.
 «¿Quién no preferirá gloriosa muerte
 «A vida de cobardes vil y oscura?»
 Les habla Mirasol, y el pueblo entero
 «Morir, morir,» á gritos dice fiero.

104.

No empero morirás, pueblo sublime,
 Que tu fé y patriotismo superiores
 Ahuyentarán la hueste, que te oprime
 De la guerra civil con los horrores.
 Tú enseñarás al que abatido gime,
 Víctima de tiránicos furores,
 Que aunque el Genio del mal sus rayos vibre,
 Quien lidia con teson, logra ser libre.

105.

Como al oír el postrimer sollozo
 De su presa infeliz cruel pantera,
 Con señales de bárbaro alborozo,
 Se encarniza muy mas la impía fiera;
 La mortandad se aumenta y el destrozo
 Del cerúleo Nerbion en la ribera,
 Cuando la lucha, que ambicion provoca,
 Al suspirado término ya toca.

106.

Llegó á su fin: á ronca gritería
 A confuso belisono alarido,
 Sigue el silencio de la tumba fria,
 Donde reinan la muerte y el olvido.
 Enmudece la horrible artillería;
 Cesa del parche el fúnebre rüido,
 Que en pos de tempestad rié la calma,
 Y tras pena y dolor respira el alma.

107.

De su vida atajada la carrera,
 Pálido yace, ensangrentado, mudo,
 El caudillo vascon, que pretendiera
 La villa ilustre dominar ceñudo.
 Con su mano al herir siempre certera
 La parca, dobligar tan solo pudo
 El férreo brazo, el corazón de acero
 Del indomable intrépido guerrero.

108.

Si Mirasol, de la victoria incierto,
 Mostró en la lid su temple sobrehumano,
 Firme como la roca del desierto,
 Al reluchar el Simoun insano;
 Á Zumalacarrégui viendo yerto,
 Llora como en la muerte de un hermano;
 Que el noble corazón suspira y siente,
 Cuando rival sucumbe tan valiente.

109.

Mientras de admiracion digno tributo
 Le ofrece el vencedor, cual grato aroma,
 Al súbito rumor de muerte y luto,
 El trono del carlista se desploma.
 Así á la voz enérgica de Bruto
 Vió en otros tiempos asombrada Roma,
 La púrpura y diadema y regio solio
 Por las gradas rodar del Capitolio.

110.

Al tremendo fragor de sus ruínas,
 Blando responde mágico sonido,
 Que recorre los valles y colinas,
 Y al corazón halaga y al oído.
 Él murmura en las fuentes cristalinas,
 Suena con el torrente embravecido,
 Y de la soledad los antros huecos
 Ven despertar con él sus mudos ecos.

111.

« El cetro se salvó de la Inocencia,
 « Triunfó la libertad del pueblo ibero,
 « Loor á la inflexible resistencia
 « De la villa, que asombra al orbe entero!
 « Ofreced, ofreced á competencia
 « Verdes palmas y lauro duradero
 « Á los héroes invictos, cuyos nombres
 « Eternos vivirán entre los hombres.»

112.

Así clamar al patriotismo veo
 Por los diversos límites de España,
 Desde Gades al caño Pirineo,
 Desde el Guadalaviar á Lusitania.
 Porque ¡ay! el Cielo niega á mi deseo
 Loar con pléctro digno tanta hazaña,
 Tantas virtudes y civismo tanto,
 En inmortal y sonoro canto.

113.

Almo coro de sílfidas divinas,
 Amables compañeras de victoria,
 Que vieron las proezas bilbainas,
 Merecedoras de eternal memoria;
 Queriendo con sus manos purpurinas
 Realzar á los hijos de la gloria,
 Fresca guirnalda de laurel y flores
 Ciñen á los ufanos vencedores.

114.

Himno entusiasmador dulce resuena,
 La polvareda, el humo desaparece,
 El éter anublado se serena,
 y Febo radiante resplandece.
 Mas bella que el amor, de pompa llena,
 La libertad en triunfo comparece,
 Sonriendo á los pueblos españoles
 Sobre nube de nacar y arreboles.

115.

El bilbaino, al contemplarla goza,
 Y en jubilosos vitores exclama;
 Mientras la madre Patria se alborozaba
 Escuchando la trompa de la Fama,
 Que rival de la noble Zaragoza
 Á la villa magnánima proclama:
 Honor debido, justa recompensa
 De tan heroica y singular defensa.

Elegía.

(TRADUCCION DE OVIDIO.)

Oh noche! triste noche en que de Roma
 Sali para el destierro, y mis amores
 Para siempre dejé. ¡Cuántas escenas
 Me ofreces de dolor! Al recordarte,
 Son mis ojos de lágrimas dos fuentes.
 Ya sonreía la fatal aurora,
 En que el último vale dar debía
 Por mandato del César á mi Patria.
 La razon perturbada, en tan terrible
 Inesperada situacion, mi viaje
 Cuál disponer podia de antemano?
 Ni los criados elegido habia
 Para consuelo en la penosa marcha,
 Ni el preciso equipage. ¿Mas qué mucho,
 Si atónito me hallaba cual viajero,
 De rayo herido súbito, que duda,
 Si su vida cortó la dura Parca?
 No bien la fuerza del dolor agudo
 Disipó de mi pecho la tormenta,
 El uso á mis sentidos devolviendo,
 Doy el postrer á Dios á los amigos,
 Á los pocos amigos, que de tantos
 Cual creia tener me acompañaban.
 Mi tierna esposa abrázame, y se mezcla
 Su lloro con el mio: dos arroyos
 Parecen sus mejillas inocentes.

Mi dulce hija á la sazón estaba
 En la remota Libia, mi destierro
 Ignorando feliz. Ayes y gritos
 Por los ángulos todos retumbaban
 De mi funesta habitacion, imagen
 De funeral solemne. Los varones,
 Las mujeres y niños de consuno
 Lamentan mi desgracia. Parecía
 La casa hundirse de continuo llanto,
 La escena horrible presentando al vivo
 Del incendio de Troya, si es que cabe
 Comparacion tan alta. Ya en silencio
 Los hombres descansaban y las fieras,
 Y en su carroza de ébano Dictina
 Se acercaba al cenit; cuando advirtiendo,
 Que su lumbre bañaba el Capitolio,
 En vano confinante con mi estancia;
 Alzo los ojos míos al augusto
 Santuario, y exclamo entre suspiros:
 «Á Dios, á Dios, deidades soberanas,
 «Que allí morais: á Dios, á Dios por siempre
 «De la piadosa Roma sacros templos;
 «Aunque vuestro favor demando tarde,
 «Libradme del encono de los hombres
 «En mi ausencia fatal. Decid á Augusto,
 «Que fué de inadvertencia el error mio,
 «No efecto de malicia; y él lo sepa,
 «Cual lo sabeis vosotros: que infelice
 «Ya no seré, templados sus enojos.»
 A esta plegaria mia, ¡cuántas, cuántas
 Interrumpidas de sollozos tristes
 Añade mi consorté! Su cabello
 Esparcido, postrada ante los lares,

El extinguido hogar besa temblando,
 Y contra los Penates, que su auxilio
 Nos negaron, en mil imprecaciones
 Desatentada la infeliz prorumpe.
 La noche vuela rápida: el instante
 Se acerca de partir: ya las dos osas
 Al mar se aproximaban. Qué partido
 Tomar en aquel trance? De la patria
 El tierno amor me detenía; empero
 Marchar era forzoso. Entre gemidos,
 Si alguno aceleraba la partida,
 Decíale: ¿Por qué tanta impaciencia?
 Considera el lugar de donde salgo,
 Y adonde me dirijo. Veces varias
 Finjí, que el César prefijado había
 El momento fatídico. Tres veces
 Pisé ya los umbrales de mi casa,
 Tres veces volví atrás. A mi deseo
 Obedientes mis plantas, resistían
 Emprender la jornada. Sucedióme,
 Tras el postrer á Dios, hablar mil cosas,
 Y cual si ya partiese, abracé á todos
 Por despedida. Repetidas veces
 Di las órdenes mismas, aturdido
 De mi tierno cariño al ver las prendas.
 Al fin exclamo en doloroso acento:
 «¡Y por qué me apresuro! Voy á Escitia,
 «Dejando la metrópoli del orbe;
 «Justa es la detencion. En vida pierdo
 «Mi esposa fiel, que vive todavía,
 «Los objetos mas caros de mi alma
 «Y el paterno solar. Amigos míos,
 «Que cual otro Teséo amé constante;

« Con todo el fuego de mi ardiente pecho,
 « Mientras que pueda, en mis amantes brazos
 « Estrecharos anhelo. Por ventura
 « Ya no podré de hoy mas. Quiero esta hora
 « Aprovechar. » Mi labio balbuciente
 No puede proseguir. Los mas queridos
 Abrazo con delirio. Mientras hablo
 Y sin duelo lloramos, resplandece
 De amor la estrella en el sereno cielo
 Para mí tan infausta. Me separo
 Con dolor tan intenso, eual si todos
 Los miembros de mi cuerpo me arrancasen
 Y con ellos el alma. Menor fuera
 De Priamo el pesar, cuando á los Griegos
 Vió en Ilión, sedientos de venganzas.
 Entonces fué el gemir todos los míos,
 El alzar los clamores hasta el cielo,
 Y el hacer mil estremos, que les dicta
 El sentimiento. Mi infeliz esposa
 Consternada y pendiente de mi cuello,
 Entre copiosas lágrimas exclama:
 « ¿Quién podrá separarte de mis brazos?
 Juntos, juntos iremos á la Escitia.
 Yo te quiero seguir. Como consorte
 De un desterrado gemiré en destierro.
 Vamos; ya estoy dispuesta. Voy contigo
 Hasta el último limite del mundo.
 De poco peso serviré en la nave.
 A tí el César arrójate de Roma,
 A mi el amor, haciendo en mí sus veces. »
 Igual resolucion manifestára
 Ya de antemano. Para bien de entrambos
 Dificilmente resolvió quedarse.

Como el que es á la tumba conducido
 En vida, salgo al fin, la barba larga,
 Desaliñado, y los cabellos sueltos.
 Despues de mi partida, con la pena
 Se desmayó mi esposa. Recobrando
 La luz perdida sus hermosos ojos,
 Levantóse del suelo, sus cabellos
 Manchados con el polvo. Inconsolable,
 Sus lares ya desiertos bañó entonces
 Con repetidos lloros, pronunciando
 Mi nombre á gritos. ¡Ay! menos gimiera
 Difunto al verme, ó á su dulce hija.
 Suicidarse quiso, y de este modo
 Sus penas terminar. Mas se detuvo
 Por no acrecer la desventura mia.
 Vive, mitad preciosa, vive y templa
 Con tu existencia mi cruel destierro.

*
 Madrigal.

(TRADUCCION DEL ZAPPI.)

Preguntó con dulce ruego
 Galatea á su pastor :
 « Bien mio, ¿ por qué al Amor
 « Acostumbran pintar ciego? »
 Y le respondió el zagal :
 « Porque sus gratos luceros
 « Resplandecen hechiceros
 « En tu cara celestial. »

A Nuestra Señora del Pilar.

HIMNO.

Alzad en este día,
 Oh candidas doncellas,
 Alzad á las estrellas
 Las voces sin cesar:
 Invocando á la augusta
 Reina del paraíso,
 Que á Zaragoza quiso
 Benigna visitar.
 Y vosotros, oh niños,
 De inocencia modelo,
 Con religioso celo
 Acompañad tambien:
 Tributando al sonido
 De mágica armonía,
 Á la Virgen María
 Debido parabien.
 Con ternura entrañable
 Y respetuosa planta,
 De la Columna santa
 Venid, venid al pié.
 Ella es de nuestra gloria
 Perenne monumento,
 Sosten y fundamento
 De la española fé.

Mil ángeles en torno

Allí radiantes vuelan,

Y el ánimo consuelan

Con cánticos de amor.

Oid, oid atentos

Las dulces arpas de oro,

Con que dá el almo coro

Á su Reina loor.

Suban vuestras plegarias,

Cual aromosa nube

De incienso grato sube,

Unidas mil à mil.

Y vereis cuál dispensa

Maria mas favores,

Que la pradera flores

Derrama por abril.

Orad, y enternecida

De la súplica vuestra,

Desarmará la diestra

Del Padre vengador:

Y la guerra, que á España

Devasta fratricida,

Vereis desvanecida

Cual maligno vapor.

Traducción del epitafio latino en elogio de Juan Sobrarias, poeta laureado del siglo XVI.

Si de Aganipe se lamenta el coro,
Y el idioma latino yace triste,
Perdida su elegancia y su decoro,
¡Qué mucho, si Sobrarias ya no existe!
Sus cenizas encubre aquesta losa;
Mas el alma en el Cielo ya reposa (1).

(1) Juan Sobrarias, natural de Alcañiz, se dedicó á la medicina en el colegio de San Clemente de Bolonia, cuya facultad ejerció despues en su patria. En 1504 fué armado caballero por el rey de Aragon, Fernando el Católico. Enseñó humanidades en Zaragoza á instancias de los magistrados y ciudadanos principales de esta capital. Aquí hizo dos correctas ediciones de Virgilio, ilustrándolas con algunas notas, para el uso de sus discipulos. En 1515 remitió al ayuntamiento de su patria un tomo de sus poesias, pidiendo algun auxilio para poder publicar otras obras. Accedió á la súplica aquella ilustrada corporacion, depositando en el archivo del ayuntamiento el ejemplar, que le remitió el agradecido autor. El amor patrio hizo á Sobrarias volver á Alcañiz, donde se encargó del magisterio de latinidad, en cuyo ejercicio murió en 1530. Entre las apreciables obras latinas que publicó, merecen particular mencion el Poema en loor de Fernando V; la oracion *de laudibus Alcagnitii*; el Poema de Adriano VI en que celebra la entrada de este pontifice en Zaragoza; los Comentarios á Sedulio, y el libro de Poesias sueltas. Tuvo intima amistad y correspondencia con Lucio Marineo Siculo, Lebrija y otros literatos. Hacen honrosa mencion de este escritor el famoso Gaspar Esciopio, Agustin Netucci, D. Nicolás Antonio, Lucio Marineo, y Pellicer, en sus notas á Don Quijote. Sobre su sepulcro se puso el siguiente epitafio, compuesto por una hija suya, que en defecto del padre solia regentar la cátedra de latinidad:

Carmina quod lugent, quod musæ flebile cantant,
Quodque caret cultu lingua latina suo;
Nec mirum: cessit superis Soprarius oris;
Hoc saxum corpus, spiritus astra tenent.



Al Excmo. Sr. Duque de Frías.

SONETO.

Por fin es tiempo remonteis el vuelo
 Dejando, dulces trovas, la ribera,
 Donde os dictó la musa placentera
 De mis pesares eficaz consuelo.

Al noble Prócer, de bondad modelo,
 Que entre sus bardos la nación venera,
 Dad el abrazo de amistad sincera,
 Ya que á mis votos lo deniega el Cielo.

Si al saludar al ínclito Mecenas,
 Os dispensa benévolo, indulgente,
 El espléndido lauro de la gloria,

De gratitud y de entusiasmo llenas,
 Ornad, ornad con él su docta frente,
 Harto mas digna de inmortal memoria.

—*—
 Es la España la honra,
 Al pie abatida del sepulcro oscuro,
 Que vive sin consuelo
 Por el fallecimiento prematuro

En la muerte de la Reina Amalia.

ODA I.

Llora conmigo, llora,
 Infausta mensajera de pesares;
 Tú, que lira sonora
 Desdeñas y festines y cantares,
 Amiga del gemido,
 De lágrimas sin fin no interrumpido.

Al fatal monumento
 Ven, musa del dolor, donde se encierra
 La que fué el ornamento
 Y el amor y delicias de la tierra;
 La Reina bondadosa,
 Que del olvido en la mansion reposa.

¿Ves augusta matrona,
 Que en vez del regio esplendoroso manto,
 Del cetro y la corona,
 Arreos viste de viudez y llanto,
 Y al exhalar su pena,
 De asombro y luto el universo llena?

Es la España de duelo,
 Al pié abatida del sepulcro oscuro,
 Que vive sin consuelo
 Por el fallecimiento prematuro

De Princesa querida,
En sus verdes abrilés fenecida.

La España sin ventura,
Que al contemplar postrada la inocencia
En lecho de amargura,
Victima de mortífera dolencia,
La amenazante mano
Detener de la muerte quiso en vano.

Levanta el crudo acero,
De horror acompañado y de ruina,
Y con rostro severo
El rudo golpe sin piedad fulmina;
Y vé la Hesperia triste,
Que su madre y su reina ya no existe.

Cual se eclipsa la aurora
Al estrechar en fraternal abrazo
Al sol que la enamora,
Nueva luz adquiriendo en su regazo,
Amalia espira en calma,
Y al seno del Señor vuela su alma.

¡Qué cuadro de tristeza
Su tûmulo ostentoso nos ofrece!
La beldad, la grandeza,
Todo súbito en él desaparece:
Amor allí suspira,
Por tierra el arco y penetrante vira.

Su filial desconsuelo
Ofrece en holocausto el pueblo amante:

Desde el bético suelo
 Hasta el cántabro golfo rebramante,
 Hechos fuentes los ojos,
 Todos honran de Amalia los despojos.

Las españolas musas,
 Que veces mil templaron su arpa de oro,
 Abatidas, confusas
 Yacen bañadas en doliente lloro;
 Convertido su acento
 En plañideras voces de lamento.

En mortal agonía
 Las artes vagan revolando en torno;
 Y la docta Sofia,
 Del frondoso laurel el sacro adorno
 De su frente depuesto,
 Guirnalda ciñe de ciprés funesto.

Y tú, Amalia inocente,
 Que á tus plantas contemplas las estrellas,
 Presta oído indulgente
 Á nuestras melancólicas querellas,
 Por la España al Eterno
 Rogando siempre con amor materno.

Y religiosa un día,
 De tus dotes en premio singulares,
 Quizá la Patria mia
 Erigirá magníficos altares,
 Do en vez de negro luto,
 Adoracion recibas por tributo.



A Francisco Montes.**ODA II.**

(Zaragoza : octubre de 1852.)

Bellas del Ebro, disponed amables
 Con vuestras manos de azucena y rosa
 Verde guirnalda de silvestre olivo,
 Para ceñir la frente, que gloriosa
 Entre los lidiadores sobresale,
 Cual entre cerros el Moncayo altivo.
 Honor debido al celebrado Montes,
 Á quien mas envanece y alborozo
 Ver su nombre con júbilo aplaudido
 Por la voz de la invicta Zaragoza,
 Que su primer triünfo conseguido,
 Allá cuando la aurora
 Amaneció risueña,
 De sus eternos lauros precursora.

En vasto anfiteatro, que vecina
 Ofreciendo á los ojos del viajero
 Tanta noble rüina,
 Recuerda lastimero
 Memorias de Platéa y Salamina,
 Festivo se congrega
 El pueblo aragonés. De la hermosura
 Toda la flor allí muestra su brillo,
 Como radiante sol, cuando despliega

En mañana de abril su lumbre pura.
 ¡Qué riqueza de trages! Mas ya llega
 El atleta valiente,
 Entre cordiales vivas y saludos
 Del inmenso gentío,
 Que aguardaba impaciente.
 El sexo bello su presencia admira;
 Todas á un tiempo en él fijan los ojos;
 Amor dispara su afilada vira,
 Y vencedor consigue mil despojos.

El agudo clarín súbito suena,
 Y la fiera acosada
 Desde el toril dispárase á la arena.
 Sus ojos encendidos,
 Que centellean, cual candente hierro;
 Sus horribles mugidos
 Y traidores amagos,
 De sangre precursores y de estragos,
 En el temido y anhelado instante
 Retratan la ansiedad y la zozobra
 De todo espectador en el semblante.
 Solo el mancebo impávido, tranquilo,
 Del fiero toro plántase delante,
 Como si el bruto fuera
 Corderillo inocente,
 Que pace sosegado en la ribera.

Cual enorme peñasco,
 Que entre rios de lava y sordos truenos
 El Vesubio furioso
 Arroja de sus senos;
 Cuando al rugir sus cóncavas entrañas,

Hierven en remolino fervoroso
 Mil y mil combustibles,
 Conmoviendo las próximas montañas;
 Horrisono fragor, en que las puertas
 Parténope contempla con espanto
 De la terrible eternidad abiertas:

Tal se lanza iracundo
 El jarameno toro
 Al gladiador ibero sin segundo.
 ¡ Con qué noble decoro,
 Con qué serenidad, tan solamente
 El pié moviendo, cauteloso evita
 El peligro inminente!
 El bruto queda á su pesar burlado;
 Mas viendo la osadía
 Con que el audaz mancebo
 Sus rabiosos furores desafía,
 Acomete de nuevo,
 Advirtiéndole le aguarda cara á cara;
 Y el vencedor del circo lo capea
 Con destreza tan rara,
 Que le obliga por fin, mal de su grado,
 A tenderse en el suelo fatigado.

Al ver bañado el coso
 De rojo humor copioso,
 Que sus abiertas venas van vertiendo;
 Desesperado brama,
 Ciego de rabia y en rencor ardiendo
 El animal bravio de Jarama.
 Agitando la cola retrocede,
 Ensartar esperando á su contrario

Del impetu á merced extraordinario.
 No de otra suerte el cazador sujeta
 Hacia sí la saeta,
 Con mas rápido vuelo,
 Y formidable golpe,
 Para dar en el blanco de su anhelo.

El hazañoso Montes, que lo advierte,
 Sereno empuña la fulminea espada
 En su diestra de hierro asemejada
 A la fatal guadaña de la muerte.
 Levanta el brazo en ademán terrible,
 Al tiempo que la fiera se abalanza,
 Y en su cerviz hundiendo el crudo acero,
 A los pies del torero
 El bruto montaraz la vida lanza.

Altilocuente Genio,
 Padre del entusiasmo y los loores,
 Tú, que inspiraste á Píndaro el divino,
 Al celebrar los claros vencedores
 De la olimpica lid; á ti el destino
 Solamente benéfico dispensa
 Espresar la ruidosa gritería,
 Los vivos repetidos
 Y tantos arrebatos de alegría,
 Con que el pueblo inmortal zaragozano
 Hoy aclama sincero
 Al andaluz ufano,
 «Príncipe y adalid del circo ibero.»

¿Pero qué mucho, si Jerez, Valencia
 Y Málaga y Sevilla,

Y la regia Madrid á competencia
 Con la fecunda rama,
 Que tierna Palas ama,
 Decoraron su sien? Insigne Montes,
 Prosigue con tan digno lucimiento
 En ese arte difícil; y la Fama
 Publique sin cesar desde este día;
 Con sonoro clarín tanta victoria,
 Ya que la musa mía
 No te puede ofrecer himnos de gloria.

La Esperanza.

ODA III.

Por entoldado valle
 Que al sol la luz impide
 Con la negra espesura
 De pinos, que le ciñen;
 Cuando naturaleza
 En el seno apacible
 Del silencio tranquila
 Comienza ya á dormirse;
 No bien el astro hermoso
 De la tarde sonríe,
 Y cual rey del espacio
 En los cielos preside;
 A la hora en que grave
 La campana repite

Su clamor de plegaria,
 Parecido al que gime;
 Mitigar mis quebrantos
 Despues que en vano quise,
 Con plañideras voces
 Así lloroso dije:
 « ¡Cuán fatal existencia
 « Arrastra el infelice,
 « Que por desgracia abriga
 « Un corazon sensible!
 « De la cuna al sepulcro
 « Atormentado vive,
 « Sin que alivios humanos
 « Su amargura suavicen.
 « Mis lágrimas la noche
 « Sin compasion recibe,
 « Mis lágrimas la aurora
 « Ve con risa impasible.
 « ¿Decretó acaso el Cielo
 « Que mi dolor termine
 « Allá cuando mis ojos
 « Para siempre se eclipsen?
 « —No: que el Dios de clemencia,
 « Cual tierno padre asiste
 « Al que invoca su nombre
 « Con súplicas humildes.
 « Respira, desgraciado,
 « Y tu lloro reprime,
 « Que á sombría tormenta
 « La dulce calma sigue.
 « Bajo el escudo mio
 « Serás muy mas felice,
 « Sin que jamás los hombres

«De mi amparo te priven.»
 Sagrado mensajero
 De la region sublime,
 El ángel de esperanza,
 Así bondoso dice.
 A su divino aspecto,
 Y al brillo que despide,
 El raudal de mis penas
 De repente se extingue.
 Y desde aquel momento,
 Si pesares me afligen,
 De consuelo inefable
 La esperanza me sirve.



A la Paz.

ODA IV.

Nobis, Pax alma, veni.

TIBUL.

Vuelve, risueña Diosa (1);
 Vuelve, fecunda Paz, hija del Cielo:
 Hartos estragos ¡ay! y luctüosa
 Desolacion sufriera nuestro suelo:
 Vuelve, y á tu venida
 Mi dulce Patria exánime
 Respirará otra vez auras de vida.

(1) Escrita en tiempo de la guerra civil.

Radiante de hermosura
 Sobre nube aparece arrebolada,
 Mostrándonos tu sien cándida y pura,
 De espigas y de olivo decorada;
 Como en el rubio Oriente
 El alba asoma fúlgida,
 De rosas llena su apacible frente.
 Sigante la alegría
 Y los placeres en triunfal boato;
 Cual mil y mil cupidos á porfía
 En torno vuelan de la blanda Erato,
 Mientras por selva amena
 Del Permeso laurífero,
 « Amor, amor » su cítara resuena.

¿Asáz no gimió España
 Bajo el carro sangriento de la guerra,
 Que derribó el palacio y la cabaña,
 Y los templos y alcázares por tierra;
 Cuando á su arrojo plugo
 Del fiero corso déspota
 Alíva rehuir el servil yugo?

Hoy, cara Patria mía,
 Que reírte debiera la ventura,
 Pues ya la abominable tiranía
 Se hundió por siempre en la mansion oscura;
 ¿Quién osa dar aliento
 De nuevo al clarín bélico,
 Anunciando furor y asolamiento?

Helas ¡ ay!... Cien legiones,

Que se juraron sempiterno encono,
 Defienden so diversos pabellones
 Diversas leyes y diverso trono:
 Miralas, madre España,
 Si es que puedes de lástima,
 Cuál se destrozan con violenta saña.

Nuestros campos amenos,
 De verdor matizados y de flores,
 En días ofrecieron mas serenos
 Asilo á Citerea y los amores:
 Hoy del impío Marte
 Como teatro bárbaro,
 Al viento dan el hórrido estandarte.

¡Qué valle, qué colina
 De la guerra civil no vió el estrago!
 Do quiera destruccion, muerte y ruina:
 Es de sangre filial Iberia un lago.
 Su vasto suelo humea;
 Que Discordia maléfica
 Agita sin cesar horrible tea.

Aquí de Cenicero,
 Y de Bilbao allá, y de Gandesa
 Ved el monton de escómbros lastimero,
 Ved la pálida y fúnebre pavesa;
 Sin que el alto heroismo
 De esos pueblos perínclitos,
 Aplaque al despiadado despotismo.

Ilustres Campo-Alanges,
 Ó Iribarren, Gurreas y Leones,

Que al frente de beligeras falanges
 Volásteis de la Gloria á las regiones;
 Con muerte prematura
 Dejais la Patria huérfana
 Sumergida en torrentes de amargura.

¿Qué río enrojecido

No estremeció con su furor los puentes?
 ¿Oís? ¿oís el pavoroso ruido
 De las armas que llevan las corrientes?
 Las águilas rapaces
 En las lívidas víctimas
 Sus garras clavan sin piedad voraces.

Bien así como el Janto,
 Mudado ya su curso por las ruinas;
 De la triste Ilión, vió con espanto
 Sus ondas enturbiarse cristalinas,
 Arrastrando cimeras,
 Mutilados cadáveres,
 Picas despedazadas y banderas.

Cantabria, noble cuna
 De nuestra libertad, terror del moro,
 Que en tí jamás alzó la media-luna,
 ¿Quién tu prez eclipsó con tal desdoro?
 De esclavitud el grito
 Por tus cañadas cóncavas
 Retumba pregonando tu delito.

Execracion eterna

Al asesino, que el cruel acero,
 Anhelando verter sangre fraterna,

En sus furores agitó el primero.
 No á su natal riyera
 De Hesperia el sol benéfico ;
 Le abortó allá en la Libia una pantera.

Oh! raye, raye el dia ;
 Luzca por fin la suspirada hora ,
 En que vea la dulce Patria mia
 De union sincéra la feliz aurora ,
 Cual brilla la esperanza ,
 Que los pesares pálidos
 Del negro corazon mágica lanza.

¡Cuándo, Paz, á tu abrigo
 Vivirá el infeliz linage humano!
 Visitanos benévola, y contigo
 Vendrá el amor, de la virtud hermano.
 Mira inocente coro
 De donceles y vírgenes,
 Cuál te lo ruega con ferviente lloro.

Ven, ven, amable Diosa',
 Tus alas ¡ay! batiendo, rauda vuelá,
 Y afirmando tu mano poderosa
 El conmovido solio de Isabela,
 De España los blasones
 Serán como otras épocas,
 La envidia y el terror de las naciones.



A la memoria de Fray Luis de Leon.

ODA V.

Permite, sombra ilustre,
 Que respetuoso invoque
 Mi balbuciente labio
 Tu venerable nombre.
 Mil veces del estío
 En las tranquilas noches,
 Cuando brilla la luna
 Con tibios resplandores,
 Saludé reverente
 Los viejos torreones,
 Que tu natal anuncian
 Con misteriosas voces.
 Cual radioso deseuela
 Entre lumbres menores
 El astro vespertino,
 Delicias de Dióne:
 Cual gallarda Almiranta
 De magestuosa mole,
 Que sola entre mil naves
 Reta los aquilones:
 Como gigante encina,
 Que llaman los pastores
 La gala de las selvas,
 La reina de los bosques:
 Ó cual su altiva frente,
 Coronada de robles,
 Muestra Sierra-nevada

Sobre vecinos montes ;
Así en el siglo de oro,
Que á Roma España opone ,
Feliz sobresaliste
Entre sus doctos hombres.
Tu esclarecida fama
Resuena desde entonces
Del Oriente al Oeaso ,
Del Mediodía al Norte.
El ódio y la ignorancia ,
Con injustas prisiones ,
Tu angélica inocencia
Persiguieron atroces.
¿ Cuándo lucirá el día ,
En que gratas perdonen
A la virtud y ciencia
Las bastardas pasiones !
Las cristalinas ondas
Del apacible Tormes
Tus penas lamentaron
Con mil roncós clamores.
¿ Qué benéfico Númen
Inspiró tus canciones ,
Envidia de extranjeros ,
Orgullo de españoles ?
En duraderos himnos ,
Mas que el mármol y el bronce ,
¿ Quién será el digno vate ,
Que diga tus loores ?
Dame la sacra lira ,
Que tu féretro esconde ,
Y podré venturoso
Celebrar tus blasones.

Si dulce y complaciente
 Mis tiernos votos oyes,
 Mi voz y tu alta gloria
 Retumbarán acordes.
 Ya que el Cielo me niega,
 Que tu sepulcro adorne
 Con debida guirnalda
 De vividoras flores,
 Condigno cenotafio
 Consagrar quiero, donde
 Tu cuna remecieron
 Minerva y los amores.
 Tributo de alabanza,
 Que tanto corresponde
 Al inmortal poeta,
 Admiracion del orbe.



A la Cruz.

ODA VI.

Questo è l'eccelso e fortunato Legno,
 Ministro à noi della celeste aita.

METASTASIO.

Sacro y augusto pino,
 Que produgiste de salud el fruto,
 ¿Quién de loor contino

Te negará el tributo?
 Diga tu prez el suelo,
 Respondiendo á los cánticos del Cielo.

En tí de pies y manos
 Viendo clavado al Hijo del Eterno,
 Los míseros humanos
 Contrastan del infierno
 Los dolosos combates,
 Pues tú su furia y su poder abates.

Con el licor sagrado,
 Que en raudales copiosos te enrojece,
 De Adán purificado
 La culpa desaparece:
 Que sangre es de templanza,
 No, Abél, como la tuya de venganza.

Oh Cruz, astro luciente,
 Su rostro en tí contempla ya risueño
 El Padre Omnipotente,
 Desarrugado el ceño,
 Que estremeció algún día
 La mansion de la luz y la sombría.

Regocijate ahora
 Con la enseña, Israel ya redimido,
 Que te dió protectora
 El reino antes perdido.
 Sus eternas puertas
 El Leon de Judá te dejó abiertas.

Desde la inhiesta cima

Vedla de los alzados torreones ,
 Cuán grata reanima
 Los tristes corazones ,
 Cual Iris de bonanza ,
 Destellos derramando de esperanza .

Hoy triunfa ya señora
 En la Jerusalem esclarecida
 La raza pecadora
 Un tiempo aborrecida ,
 Cuando en Ejipto esclava
 Las férreas cadenas arrastraba .

Oh blason del cristiano,
 Escudo impenetrable y armadura ;
 Contra ti asesta en vano
 Su furor y bravura
 El adversario fiero
 De la cándida Esposa del Cordero .

De Cristo á los atletas
 ¿ Quién alentaba á desigual batalla ?
 ¿ Quién contra las saetas
 Serviales de malla ,
 Y el fuego mas activo
 Calmaba cual süave lenitivo ?

A mil vírgenes puras ,
 De belleza y virtud noble dechado ,
 Del amor las dulzuras
 Al despreciar de grado ,
 Ella presta heroismo
 Contra la carne , el mundo y el abismo .

Y en grato vergel muda,
 De pintoresca amenidad cubierto,
 La aspereza desnuda
 Del fragoso desierto,
 Que humilde solitario,
 Convierte de piedad en santuario.

En su constante giro
 Cuando fluctúen entre si chocando
 Los orbes de zafiro,
 La creacion quedando
 Con fragor sepultada
 En el piélago inmenso de la nada;

La Cruz resplandeciente
 Mas que el sol mismo brillará en la esfera,
 Y á su luz la serpiente,
 Que al hombre pervirtiera,
 Con la hueste precita
 Caerá del fuego en la region maldita.

Los celestiales coros
 Conducirán en triunfo el Leño santo,
 Celebrando sonoros
 En jubiloso canto
 De Jesus la victoria,
 Por siglos mil de inmarcesible gloria.

Signo de eterna vida,
 Palmera de Sion consoladora,
 No niegues acogida
 A quien asilo implora
 Bajo tu sacra rama,

Que del fuego infernal templa la llama.

Defiende, árbol divino,
 Defiende con tu sombra bienhechora
 Al triste peregrino,
 Que lloroso te adora;
 Dando eficaz consuelo
 Al desterrado misero del Cielo.



La noche de Luchana.

ODA VII.

Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

CERVANTES.

Alza por fin, regocijada Iberia,
 Tus ojos con nobleza al alto Cielo,
 Tras los dias de llanto y de miseria,
 En que humillada y triste
 Clavados en el suelo
 Sin cesar los tuviste,
 Por no mirar el cerco bilbaíno,
 Iman de tu esperanza y tu recelo.
 De la villa inmortal contempla en torno,
 Á impulso de las auras lisonjeras,
 Orladas tremolando
 De libertad y gloria las banderas,
 Atónita admirando

El sublime heroísmo ,
 Con que hollaron las huestes nacionales
 La frente del osado despotismo.

Del sombrío diciembre compañeros ,
 Reluchaban los vientos bramadores ,
 Cuando la negra noche comparece ,
 Y con su torba lobreguez aumenta
 Del pavorido mundo los horrores.
 Retumba el trueno , ruge la tormenta ,
 Arrecia el huracan , su furia crece ;
 El gigante nogal , con sordo estruendo
 Desde la sierra altísima cayendo ,
 Como liviana arista desaparece.
 La nieve en agitados remolinos
 De asolador granizo al par descende ,
 Y el rayo destructor brilla y enciende
 Poblado bosque de frondosos pinos.
 El cantábrico golfo desbordado ,
 Por la playa estendiendo su braveza ,
 En hórrido rimbombe prolongado ,
 Los quejidos imita de tristeza ,
 Que exhalará al morir naturaleza.

Asi el Númen del mal su impía saña
 Desplega enfurecido ,
 Para negar socorros y consuelo
 Al pueblo esclarecido ,
 Nueva Sagunto del hispano suelo.
 En vano empero doblegar intenta
 Brazos de hierro , pechos de diamante ,
 Que el valor mueve , que la Patria alienta.
 Jamás débil sucumbe el varon fuerte

Ni al filo de la espada amenazante,
 Ni á la rábia del éter fulminante,
 Ni á la erguida guadaña de la muerte.
 Despedazado el orbe aunque se hundiera,
 Impávido el valiente
 Su inalterable frente
 Al golpe de las ruinas opusiera.
 Tal se mostró Espartero
 Del Nervion asombrado en las orillas,
 Cuando á la noble *reina de las villas*
 Libertó audaz de su enemigo fiero.

«Hijos de la victoria,
 «Volemos á salvar la madre Patria
 «En alas del amor y de la gloria.
 «Contemplad, si el dolor os lo permite,
 «Ese pueblo infeliz. Allí respiran
 «Vuestros dulces hermanos
 «El mortífero ambiente del sepulcro,
 «Víctimas de los bárbaros tiranos.
 «Á las armas, amigos, á las armas:
 «Seguid, seguid la huella de Espartero,
 «Que dará ejemplo de morir matando
 «Al frente de vosotros el primero.»

En tales voces, que entusiasmo inspiran,
 El caudillo exclamando generoso,
 Á la lid cual relámpago se lanza;
 Y el ejército abanza,
 Del bronce al estampido estrepitoso.
 Las cajas, los clarines
 Rompen do quier sin treguas, ni reposo.
 Del Archanda la mágica ladera,

Las cumbres, la llanada,
 Los campos, las vertientes, la ribera,
 Todo es furor y lucha encarnizada.
 Á los golpes mortíferos, impíos,
 Que sin cesar fulminan los aceros,
 La sangre ¡ ay! española brota á rios,
 Y sucumben á un tiempo cien guerreros.

Augusta jóven, bástago dichoso
 Del venerando Rey, que adora España,
 ¡ Oh! ¡ quién me diera en perdurable canto
 Celebrar tanta hazaña,
 Tantos esfuerzos y heroismo tanto,
 Que en aquel rudo trance ennoblecieron
 Á mil de tus leales! Con su manto
 De tinieblas y horror la noche umbría
 El sobrehumano prez, que merecieron,
 Envidiosa encubria.
 Mas los Genios aligeros, que entonces
 Dispensaron el lauro de victoria,
 Lo grabarán en duraderos bronces,
 Lo escribirán en la inmortal historia.

¡ Oh memorable puente de Luchana,
 Padron de alto renombre sin segundo,
 Que con orgullo de la Hesperia ufana
 Mudo de admiracion contempla el mundo!
 Al tutelar abrigo,
 Que tu invencible obstáculo ofrecia,
 De dulce libertad el enemigo
 Altivo presumia
 Contrastar con indómito denuedo
 El asalto impetuoso de los libres,

Infundiendo en sus filas torpe miedo.
 Viendo empero que abanzan
 A veloz paso con serena frente;
 El secuaz de la horrible tiranía
 Con vacilante mano
 La mina inflama, y el robusto puente
 Por los aires voló: recurso vano:
 Los defensores de Isabel se arrojan
 Al Nervion turbulento en frágil pino,
 Menospreciando su furor sañudo.
 El fuego, el hierro agudo,
 La Pareja inexorable los espera;
 Y oponiendo sus pechos por escudo,
 Cantando atracan en la hostil ribera.

El hijo de Cantabria,
 Sintiendo su valor amortiguado
 Por el frio glacial del desaliento,
 Es vigorosamente debelado
 Al terrífico acento
 De « libertad ó muerte » con que lidia
 El nacional soldado,
 Semejante á leon de la Numidia.
 El Hasta culminante de Banderas,
 Singular baluarte,
 Defendido con riscos y troneras
 Por la naturaleza y por el arte;
 Cual dique aparecia,
 Donde, como la mar en leve arena
 Sus iracundos impetus enfrena,
 Estrellarse debia
 Del hombre temerario la osadía.
 Mas ¿quién, decidme, contener pudiera

Á valientes, que inflama ardor de gloria,
 Despues que su guirnalda lisonjera
 Á mostrarles comienza la victoria?
 Asaltan con intrépida bravura,
 Y tras reñida y pertinaz pelea,
 Del formidable fuerte allá en la altura
 El estandarte de Isabel ondea.

¿Qué resta, nobilísimos guerreros,
 Á vuestro anhelo ya? Tended la vista:
 ¿No los veis? Como tímidos corderos
 Huyen, si el rayo con fragor se inflama;
 Así el bando carlista
 Por las breñas vencido se derrama
 En dispersion completa. Ved cuál vuelven
 Los ojos con dolor de cuando en cuando
 Hacia los torreones bilbainos,
 Que su dulce esperanza ya no escitan;
 Y vuestras armas próximas mirando,
 La fuga entre suspiros precipitan.

Hijos del Genio, bardos inmortales,
 De Leon y de Herrera sucesores;
 En nobles cantos, dignos de la gloria,
 Pregonad los loores,
 Celebrando atrevidos la victoria
 De las bravas falanges, que en Luchana
 Consiguieron felices
 Con su ardor y constancia sobrehumana
 La patria libetar.... ¡Oh! luzca el dia
 En que el puro y ardiente patriotismo
 Erija entusiasmado
 Grandioso monumento al heroismo.

Prez eterno al cincel privilegiado
 Que en brillantes relieves duraderos
 Conserve tanto nombre esclarecido
 Con áureas palmas y laurel ceñido,
 Para asombro de siglos venideros.



A mi Musa.

ODA VIII.

Por templar los ardores
 Del inflamado agosto;
 Cuando al cenit llegaba
 El sol magestüoso;
 Acogime á la sombra
 De entrelazados pobos,
 Que á la márgen crecían
 De cristalino arroyo.
 Mansion grata, risueña,
 Consagrada al reposo,
 Que paisages amenos
 Ofrecíame en torno.
 Asilo, templo sacro
 Del Númen, que yo invoco;
 Del Númen, que los himnos
 Inspira melodiosos.
 Osando allí mi diestra
 Pulsar las cuerdas de oro,
 Con que llenó el de Mantua
 A los siglos de asombro,

Quise cantar las glorias
 De los héroes famosos,
 Que mi cautiva Patria
 Libertaron del moro.
 Mas cuando ya el silencio
 Con mis acentos rompo,
 Al oído me dice
 El enojado Apolo:
 «Deja, zagal osado,
 «El instrumento heroico,
 «Á quien gusten escenas
 «De guerra, luto y lloro.
 «Al pastor, que los valles
 «Habita deliciosos,
 «El dulce caramillo
 «Corresponde tan solo.
 «Canta de la pradera
 «El floreciente adorno;
 «Las vides abrazadas
 «De los amantes olmos;
 «Las rústicas contiendas,
 «Ó las dichas y enojos,
 «Que deben las cabañas
 «Al amor caprichoso.»
 ¿Y querrás, musa mia,
 Elevar mas el tono,
 Sin fuerzas, que tu vuelo
 Sostengan generoso?
 No imites; ay! incauta
 Al desdichado mozo,
 De quien infausto nombre
 Tomó el icario golfo.



A un Santuario.

ODA IX.

Ermita solitaria,
 Morada, cuyo mágico sosiego
 Convida á la plegaria;
 Oyó el Señor mi ruego,
 Y á su cara Betel dichoso llego.

El monte y selva umbría
 Alejan de tu seno misterioso
 La ruda gritería
 Del mundo bullicioso,
 Que turba del espíritu el reposo.

Retraimiento agosto,
 Las auras de virtud en paz serena
 Aquí respira el justo;
 Mientras el malo pena,
 Del crimen arrastrando la cadena.

Esas fúnebres calles,
 Que el sepulcral ciprés corona erguido,
 La quietud de los valles
 Y del buho el gemido,
 Embebecen el ánimo afligido.

Por la vasta llanura
 Ya vienen los sencillos labradores,

Á rendir con fé pura
Ofrendas y loores
Al Señor, que bendice sus labores.

Mil veces bienhadada
La gente de estos campos moradora,
Que, del mundo olvidada,
Á Dios ferviente adora,
Y hasta el nombre fatal del vicio ignora.

La divina Clemencia
El tributo recibe, que en el ara
Ofrece su inocencia;
Cual un tiempo aceptára
Las víctimas, que Abel le consagrara.

Dulce, envidiable vida
La que el mortal oscuro en este suelo
Ve pasar escondida,
Sin afan, sin recelo,
Útil á sus hermanos, grata al Cielo.

Mas ya del santuario
Respetuosa el umbral huella mi planta:
Devoto solitario,
Aquí sin cesar canta
Las maravillas de la diestra santa.

¡Qué trasunto del Cielo!
El nombre del Señor perenne suena:
Jehová en rauda vuelo,
Jehová el bosque llena,
El soto y monte y la cañada amena.

La religion, que ostenta
 Aqui su amor y magestad sublime,
 Con sus gracias alienta
 Al pecador, que gime,
 Y el signo de perdon tierna le imprime.

Todo piedad respira
 En tan afortunado apartamiento:
 Todo, todo me inspira
 Feliz recogimiento,
 Elevando al Señor mi pensamiento.

¿Por qué, sagrado asilo,
 Me separa de tí la cruda suerte?
 Dichoso el que tranquilo
 En tal retiro acierte
 Ignorado morar hasta la muerte.



Despedida al Colegio de Belley.

ODA X.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

Asilo respetable,
 Que de temer á Dios y amar al hombre
 Me enseñaste la ciencia:
 Virtuosa manida,
 Do conservé la flor de mi inocencia,

Recibe mi llorosa despedida.

¡Oh! ¡qué pronto te dejo!

Del rigor impelida de la suerte

Hoy mi barca ligera

Bogará en mar estraña,

Donde, lejos de puerto y de ribera,

Sufrirá sin timon su cruda saña.

Amables preceptores,

Cuyo amor paternal mis tiernas plantas

Dirigir por la via

De las virtudes quiso;

Modelos de sin par sabiduría,

Y deciros á Dios es ya preciso!

Vuestra sonrisa afable

Ya nunca aprobará mis gratos juegos

De inocente atractivo:

Si el pesar me atormenta,

¿Dónde hallar vuestro suave lenitivo,

Que al oprimido corazon alienta?

En mi pecho grabada

Vuestra imágen está. Si me desvió

De vuestras instrucciones,

Feliz yo, si ella hablando,

Templa el furor de indómitas pasiones,

Vuestra voz á mi mente recordando!

Ella mi freno sea,

Y me inspire las lágrimas que vierte

Arrepentida el alma;

Y á su fecundo riego
 Recobraré feliz la dulce calma,
 Que turban las pasiones con su fuego.

Y tú, amistad, recibe
 Mi tierna gratitud. ¡Cuántos placeres
 He gozado en tus brazos!
 ¿Por qué el cruel Cupido
 En tu lugar me espera con sus lazos,
 Origen del dolor y del gemido?

Sus venenosas flechas
 Quién pudiera evitar! Si mi plegaria
 Oye el artero niño,
 Amaré apasionado
 Solamente una vez; y mi cariño
 Aplaudir, oh virtud, podrás de grado.

Con tu seguro norte,
 Al borrascoso mar del falso mundo
 En naufragios contino
 Mi juventud se lanza:
 Tú mi guía serás en el camino,
 Hasta hallar en la tumba la esperanza.

Así en mi hora postrera
 Bendeciré con labio moribundo
 Los maestros queridos,
 Que hicieron mi ventura,
 Exhalando en mis últimos gemidos
 Sus caros nombres con filial ternura.



En el día de mi cumpleaños.

ODA XI.

Tan breves son las horas
 De nuestra corta vida,
 Que hácia la huesa vuelan
 Desde la cuna misma.
 Menos veloz noviembre,
 Con su aliento marchita
 De los amenos prados
 La verde lozanía.
 Nuestra fugaz aurora
 No bien fúlgida brilla,
 Cuando su albor naciente
 La noche eterna eclipsa.
 Ayer cándido niño,
 Yo ledo sonreía
 De cariñosa madre
 Á las tiernas caricias:
 Mas hoy lloro ya lejos
 De aquella edad tranquila,
 Que espiró para siempre
 Con sus juegos y risas.
 Amante desdeñado
 Así flébil suspira,
 Cuando recuerda triste
 Sus ya pasadas dichas.
 Cuatro lustros huyeron
 Cual sombra fugitiva,
 Cual rápida saeta,

Del arco despedida.
 El tiempo me arrebató
 Hacia la tumba fría,
 Sin que votos, ni ruegos,
 Detenerle consigan.
 Mi primavera en vano
 Seguridad me inspira,
 Cuando también fenece
 La juventud florida.
 El ángel del sepulcro
 Tal vez hoy con su vira,
 Detendrá despiadado
 El curso de mis días.
 Mas ¡ay! amigos míos,
 ¿Pretendeis que me aflija,
 Por no ser este suelo
 Nuestra eterna manida?
 Ó quereis, que entregado
 Al ruido de la orgía,
 La crápula y molicie
 Solo cante mi lira?
 «Vengan vino y placeres,
 «Puesto que todavía
 «La sangre por las venas
 «Circula enardecida.»
 Los hijos de Epicuro
 Así beodos gritan;
 No empero el que á venturas
 Inefables aspira.
 Quien del hombre y del bruto
 El alma no distingue,
 Para la tierra goce,
 Para la tierra viva.

Elevada mi mente
 Por ideas mas dignas,
 Miro al Cielo, y saludo
 Mi Patria de delicias.
 Salve, mansion de gloria,
 Salve, mansion divina,
 Donde reina el contento
 Y paz no interrumpida.
 ¿Cuándo, rotos los lazos,
 Que á vil polvo me ligan,
 Cantar en tí el hosána
 Podrá la lengua mia?
 Al ver que mi destierro
 Á su fin se aproxima,
 Mi corazon de gozo
 Presuroso palpita.
 El misero proscrito
 ¿No alegrarse podria,
 Cuando feliz se acerca
 Á su natal orilla?



A Numancia.

ODA XII.

Libres, s' ils sont vainqueurs; et libres s' ils perissent.

DELAVIGNE.

Lejos, lejos de mí la triste lira,
 Que el plañidero son de los dolores

Flébil solo suspira
 De la luna á los tibios resplandores.
 En los dias de horror, que sus furorés
 La discordia en mi Patria desplegaba,
 Ardiendo en ira y en rencor insano,
 Cual corre á veces la funesta laba,
 Hombres, lares y mieses destruyendo
 De la infeliz Trinacia por el llano;
 Entonces ¡ay! las enlutadas cuerdas
 Asaz temblando recorrió mi mano.

Merced á tu magnánima constancia,
 Noble pueblo español, nunca domado
 Ya en suave resonancia
 Los aligeros vientos,
 Al trovador es dado
 Romper con sus armónicos acentos,
 Y «Patria y libertad» entusiasmado
 Clamar al mundo en voz altisonante,
 Sin temer que sus céclicos loores
 Del calabozo atajen los horrores,
 Ni la mordaza ó el dogal le espante.

Merced á tu magnánima constancia,
 Feliz puedo este dia
 Preconizar el nombre de Numancia;
 Ese nombre sublime,
 De que la detestable tiranía
 Pálida tiembla y sin aliento gime.
 ¿Á qué opresor violento
 La numantina historia,
 Presente sin cesar á su memoria,
 No fué un aspid sangriento?

¿No sirvió de escarmiento
 Al déspota del Sena,
 Que la ibera nacion, madre de bravos,
 Amarrar pretendia á la cadena,
 Que arrastran los estúpidos esclavos?

Ved el coloso, que á su atroz coyunda
 El occidente domeñar consigue:
 Despues que en sangre y destruccion lo inunda,
 Vuelve los ojos á la Patria ilustre
 De Megara, Retógenes y Aluro (1),
 Y en su embriaguez de gloria,
 Considerando el triunfo ya seguro,
 Huella el suelo español; cuando su oido
 Viene á herir de repente
 El nombre de Numancia esclarecido.
 Al escucharlo, es fama,
 Que el árbitro de cien y cien naciones
 Exclamó á su pesar estremecido:
 «Los hijos de los fieros campeones,
 «Que espanto fueron del romano imperio,
 «Audaces ¡ay! rasgando mis pendones,
 «La Europa librarán del cautiverio.»

Asi el incauto cazador, que pisa
 Confin de monte umbroso,
 Donde halagado de la blanda brisa
 Yace el rey de las selvas adormido,
 Gozando las delicias del reposo;
 Si de su pié al rüido,
 El animal temible se desvela,

(1) Héroes numantinos, cuyos nombres ha conservado la historia.

Al agudo y terrifico rugido ,
 Que por los ecos repetido vuela
 De caverna en caverna retumbando ,
 La sangre al triste en su estupor se hiela.

Cumplido su fatal presentimiento
 Vió el orgulloso vencedor de Jena ;
 Pues «Numancia, Numancia,» en ronco acento
 Allá sonando en la region serena ,
 El hispano leon despertó airado
 Y á la águila imperial acometiendo ,
 Cual rayo de la nube disparado ,
 Á pesar del vigor y ardiente brio ,
 Que mostró envanecida
 Con tanto y tanto prez y poderío ;
 El ave coronada cayó herida ,
 Dilatando su aliento fatigoso
 Hasta lanzar de Waterloo en los campos
 El postrimer suspiro de su vida.

Tanto pudo el recuerdo
 Del memorable pueblo numantino :
 Del pueblo, que vivir y morir libre
 Supo á despecho del fatal destino.
 No importa que le agobien
 Cuantas funestas plagas , cuantos males
 Con la copa acibáran de amargura
 La existencia infeliz de los mortales.
 En vano se conjura
 Con el rigor del hado ,
 Su poder desplegando prepotente ,
 El caudillo de Roma despiadado.
 Perece y triunfa la ciudad valiente ,

Humillando á la suerte y á los hombres,
Que esperaban doblar su noble frente.

Ni un ciudadano solo
El carro de Escipion sigue cautivo ;
Y en vez de la guirnalda vividora ,
Á que aspiraba el adalid altivo ,
« Maldicion , maldicion , » á toda hora
Su oido martiriza
Una voz de sepulcro aterradora.
De Numancia las víctimas en tanto ,
A su vista vagando ensangrentadas ,
Se gozan en su espanto
Al gritarle irritadas :
« Libertad , libertad : » mientras las furias ,
En su pecho cebándose crueles ,
Sus horribles congojas acrecientan
Con infernal sonrisa al enseñarle
De los héroes los cívicos laureles.

Desde entonces , Numancia , allá en el seno
De tus augustas ruinas ,
« Libertad , libertad , » cual bronco trueno ,
Que ensordece los valles y colinas ,
Dia y noche retumba.
En vano el tiempo ; en vano ,
Para acallar sus ecos , las cenizas
De tanta y tanta venerable tumba
Ha pretendido helar con fria mano.
Antes inmóvil quedará la tierra
Y oscurecido el astro , que á torrentes
Su luz al orbe sin cesar derrama ,
Que del fuego inmortal que allí se encierra

Puedan los siglos extinguir la llama.
 Llama, que nutren Genios tutelares
 Con benéfico aliento,
 Para inflamar los pechos de los libres,
 Que vienen de la Patria en los altares
 Sus vidas á ofrecer con ardimiento.

Desde allí los Aristas y Pelayos,
 Y Ramiros y Cides,
 Honor de Hespéria, de Belona rayos,
 Volaron á vencer en fieras lides:
 Y al estruendo de cánticos marciales,
 Que inspiraron, indómita Numancia,
 Tus mil y mil trofeos inmortales;
 La ciudad oriental, que baña el Dauro,
 La sultana dichosa, que mecían
 De consuno el placer y la fortuna,
 Mira sus altos muros desplomarse,
 Y entre escombros yacer la media-luna:
 Mientras el español, que entusiasmado
 Su conquista magnánimo acomete,
 En musulmana sangre ve lavado
 El infando baldon del Guadalete.

Y tú, reina sublime de Cantábria,
 Baluarte del valor, ciudad de gloria,
 Que fecunda el Nervion; ¿quién tu heroísmo,
 Quién sostuvo incesante,
 Al combatirte audaz el despotismo?
 Tu amor, tu amor constante
 Á la sagrada libertad, que ardia
 Mas y mas en tus hijos; cuando fiera
 La voz del patriotismo noche y día,

«Numancia» en los combates repitiera.
 Yo lo vi, yo lo vi; cuando á los gritos
 «Numancia y libertad,» tu bizarría
 Y pujantes esfuerzos redoblabas;
 En tanto los contrarios escuadrones,
 Cuya enseña de muerte conculcabas,
 Huían de tus bravos campeones.

Loor al pueblo grande y generoso:
 Viva siglos y siglos su memoria,
 Estímulo de hazañas prodigioso,
 Y anuncio lisonjero de victoria.
 Loor á la ciudad esclarecida,
 Que en triünfo sublime,
 De la servil argolla aborrecida
 Venturosa redime
 El cuello nobilísimo. Su ejemplo
 Sigue, sigue; oh España! Patria mia,
 Pues de la gloria ansías en el templo
 Lograr el prez, que mereciste un día:
 Si tu naciente libertad, la suerte
 Porfia por ahogar, antes la muerte
 Que humillada sufrir la tiranía.



Al sepulcro de un amigo.

ODA XIII.

Objet de mes regrets, ami fidèle et tendre,
J'aime à porter mes pleurs en tribut à ta cendre.

SAINT LAMBERT.—SAISONS.

A pesar del espanto
Con que asombras, mansion de luto y muerte,
Ya de nuevo mis ojos á ofrecerte
Vuelven su acerbo llanto ;
Cual suelen cada día ,
Cuando acrece tu horror la noche umbría.

Para templar mi pena ,
Ni una estrella siquiera de consuelo
En las oscuras bóvedas del Cielo
Muestra su luz serena :
Cada objeto parece
Espectro aterrador, que me estremece.

En la torre lejana ,
Que cual fantasma se alza en el desierto ,
De muda calma y lóbreguez cubierto ,
Solitaria campana
Con eco misterioso ,
Al silencio convida y al reposo.

; Ay! descanse en buen hora
De la benigna paz en el abrigo
El dichoso mortal, que de un amigo
La pérdida no llora ;

Y mientras duerme el mundo,
Solo yo vele en mi dolor profundo.

Cementerio sagrado,
Asilo del dolor, donde se encierra
En el regazo de la madre tierra
Mi Delio malogrado:
Benévolo recibe
Al fiel Argiro, que muriendo vive.

Sepulcrales mansiones,
Donde encuentran pacífica manida,
Mas venturosa y grata que la vida,
Tantas generaciones;
Oyendo mis plegarias,
Mostradme sus cenizas funerarias.

Mas aquí se descubre,
Bajo triste lloron, su sepultura:
De la virtud, de la inocencia pura
Esta lápida cubre
El mas raro modelo,
Que á un siglo criminal concedió el Cielo.

La existencia del hombre
Aurora es apacible, que amanece,
Y en las sombras de ocaso desaparece,
Sin dejar mas que el nombre:
Delio, tu abril risueño
Se dispó como ilusion del sueño.

Tu heroismo naciente,
Que tanto ¡ay! á la Patria prometia,

Cual pasagera flor, que brilla un día,
 Sucumbió de repente:
 ¿Por qué, por qué no pudo
 La Patria defenderte con su escudo?

Sin cesar mi memoria
 Recordará llorando desengaños,
 Tus florecientes juveniles años,
 Tus anuncios de gloria,
 Pasados en un punto,
 Del súbito relámpago trasunto.

Y solo, dulce amigo,
 Calmará la amargura de mi suerte,
 Cuando el ángel bondoso de la muerte
 Me reuna contigo:
 Sensible á cuanto peno,
 Ábreme, tumba, por piedad tu seno.



La Resolucion.

ODA XIV.

Rompe, animosa alma mia,
 Rompe las duras cadenas
 Que tu alvedrío aprisionan,
 Degradando tu nobleza.
 Las cadenas, que confunden
 Con el polvo de la tierra

Al esclavo que impasible
 Mira el signo de su afrenta.
 Rómpelas con el apoyo
 De la Omnipotente diestra,
 Tus generosos esfuerzos
 Siempre á secundar dispuesta.
 Libre de su pesadumbre,
 Con rápidas alas vuela
 Por la region encumbrada,
 Donde la virtud impera.
 A la audaz águila imita,
 Que las nubes en pos deja,
 Hasta que al trono radiante
 Del sol inflamado llega.
 Como el despreciable réptil
 ¿ Vas por el cieno rastrera,
 Hija inmortal del Eterno,
 Que en el almo Cielo reina?
 Los ángeles tus hermanos,
 Postrados en su presencia,
 En cánticos de armonía
 Su gloria y poder celebran.
 Oye las doradas arpas
 Que de continuo resuenan,
 Enfrenando el movimiento
 De las celestes esferas.
 Dulce rumor, que interrumpe
 La paz amable y serena,
 Que de tu Patria sonrie
 En las mansiones escelsas.
 No mas, no mas olvidando
 Tu augusta naturaleza,
 Como el ser precedero,

Alma mía, te envilezcas.
¿De Babilonia los rios
Te adormecen y embelesan,
Con los falaces encantos
De sus orillas funestas?
Proscripta en duro destierro,
Del pecado justa pena,
A Jerusalem los ojos
Ya es tiempo, infeliz, que vuelvas.
Ya es tiempo, infeliz, recuerdes
Aquellas santas riberas,
Que con sus aguas de vida
El Jordan divino riega.
El fin de tu cautiverio
Mira de esperanza llena
En la sagrada montaña,
Que allí sublime descuella.
En su veneranda cumbre
Al Dios de bondad contempla;
Al Dios de bondad, tu amparo,
Tu salud, tu grata herencia.
A su seno de amor vuelve;
A su seno, que te espera
Con ternura afectuosa,
Con paternal impaciencia.
No fies del falso mundo
En seductoras promesas,
Hojas livianas, que agita
El huracan por la selva.
No te alucinen incauta
Fascinadoras grandezas,
Meteóros deslumbrantes,
Que lucen en la apariencia.

Dios es inmutable solo,
Cual las columnas eternas,
Que la Sion escogida
Embellecen y sustentan.
Dios de vivifica lumbre
Es la inestinguible hoguera,
Ante quien el sol fallece
Y se apagan las estrellas.
¡Y el Hacedor por sus obras,
Y la luz por las tinieblas,
Y el error por la verdad,
Los hombres dementes dejan!
No sigas mas, alma mia,
Las estraviadas huellas,
Que á precipicios conducen,
Y de la ventura alejan.
Entra con ánimo osado,
Entra en la difícil senda,
Que á la virtud penitente
De Dios la bondad reserva.
Acude sumisa y dócil
Del Buen Pastor á las quejas,
A las amorosas voces
Con que te llama y te ruega.
Mirale del santo aprisco
Bondadoso abrir la puerta,
Alargándote sus brazos,
Cual á descarriada oveja.
Mirale su ardiente celo
Redoblar en tu defensa,
Cuando el lobo devorarte
Amenaza ya de cerca.
Su solícito cayado

Te busca y sigue do quiera,
 Mientras la grey escogida
 Sola en los ejidos queda.
 Y rebelde y obstinada
 De su amor á tales pruebas,
 ;Será de bronce tu pecho,
 Y tus oídos de piedra!
 No, Dios bueno; ya mi alma
 En tierno lloro deshecha,
 Con vuestro divino fuego
 Se líquida como cera.
 De vuestro amor santo herida
 Por la penetrante flecha,
 A vos desalada corre,
 Como á la fuente la cierva.
 A Dios, del mundo engañoso
 Ilusiones halagüeñas,
 Sueños de horror, de que el hombre
 Solo en la tumba despierta.
 Hoy de Jacob me refugio
 A las venturosas tiendas,
 Cual paloma á su guarida
 Al rebramar la tormenta.
 Allí tan solo deseo
 Esperar mi hora postrera
 En el llanto y la plegaria,
 Á imitación del Profeta.



A Laurencio.

ODA XV.

Deja, caro Laurencio,
 Deja de Mantua el mundanal rüido,
 Y canta en el silencio
 Del verjel escondido,
 A la sombra del plátano tendido.

El régio Manzanares
 Con impaciencia indócil hoy espera
 Escuchar los cantares
 De tu voz hechicera,
 Que alegraron un tiempo su ribera.

Alli natura ofrece
 A tu númen sus galas y primores:
 El arrayan florece,
 Y juegan los amores,
 Y trinan sin cesar los ruisseños.

La espumosa cascada
 Y el aliento del céfiro liviano
 Seguirán tu tonada;
 Mientras el eco vano
 Allá la anuncie en el confin lejano.

Al espejo luciente
 De tu clara y brillante fantasía

Se agolpará la fuente,
 El prado y selva umbría,
 Con la rústica pompa que abril cria.

Y si á la humilde avena
 Del Profeta los himnos antepones,
 En la region serena
 Retumbando tus sonos,
 Suspenderás las célicas mansiones.

Sí: de nuevo en tus cantos
 La religion desplegará la alteza
 De sus misterios santos,
 Que á sublime grandeza
 Elevan de los hombres la bajeza.

A la augusta matrona
 Verás dichoso descender del Cielo,
 Con dorada corona
 Y refulgente velo,
 Con su luz inmortal bañando el suelo.

Afable y complaciente,
 De tierno amor y gratitud movida,
 Adornará tu frente
 Con las flores de vida,
 Que esmaltan la Sion esclarecida.

Feliz quien de continuo
 Tu sagrado laud oír pudiera!
 A su acento divino
 El dolor se modera,
 Y rie la esperanza lisonjera.

Mas calla, musa mia;
 Pues de Laurencio mágica resuena
 La plácida armonía,
 Que los vientos enfrena,
 Y mi pecho de júbilo enagena.



A mis amigos.

ODA XVI.

¿No veis, amigos míos,
 Blanquear el Moncayo,
 Coloso, que domina
 Estos inmensos llanos?
 El Ebro yace mudo
 Desde que el curso rauda
 De sus corrientes ondas
 Los hielos enfrenaron.
 Con la nieve aparecen
 Confundidos los campos,
 Y cual sauces llorosos,
 Los pinos agobiados.
 Muy luego al horizonte
 Cubrirá con su manto
 La niebla, que se alza
 Por el confin lejano.
 Pálido resplandece
 El sol amortiguado,
 Cual antorcha sombría

De panteon opaco.
 Parece esa llanura
 De la tristeza el cuadro,
 Y estatuas insensibles
 Nosotros al mirarlo.
 Ea pues, á la choza
 Vamos, amigos, vamos,
 Antes que con el frio
 Nos acometa un pasmo.
 Sobre mullidas pieles,
 Cabe el fuego sentados,
 Nos volverá la vida
 El nectar jerezano.
 Y al son de lira blanda,
 Que pulsará Leandro,
 Nacerá el regocijo,
 Morirán los cuidados,
 La senectud, que viene
 Con incansable paso,
 Bien pronto despiadada
 Conseguirá asaltarnos.
 Entonces ¡ay! entonces
 A los juegos y cantos,
 Suceden los gemidos
 Y desvelos amargos.
 Sus, sus: en tanto brillan
 Nuestros floridos años,
 Bebamos y cantemos,
 Brindemos y riamos.



A Silvio.

ODA XVII.

¡Pudieras, musa mia,
 Del vate á los deseos desdeñosa
 Mostrarte en este día!
 Ven, apacible Diosa,
 Y acompaña mis himnos melodiosa.

Prodiga tus favores,
 Mi gloria completando y mi contento,
 Cuando ya los albos
 Desplega el firmamento,
 Que rieron de Silvio al nacimiento.

¿Oyes, amigo caro,
 Cuán amorosa su cantar me inspira?
 Á su sombra y amparo
 Resonará mi lira,
 Que solo afectos de amistad respira.

Hoy por la vez primera
 Viste brillar la llama radiante
 De la eterna lumbrera,
 Que, cual bello diamante,
 La bóveda hermosa rutilante.

Y no bien su luz pura
 Doró tu cuna por amor mecida,
 Le debí á mi ventura,

Que tu amistad querida
Fuera el grato embeleso de mi vida.

¡Amistad! sacro nombre ;
Don el mas singular que debe al Cielo ,
El corazon del hombre :
¿A qué lloro , á qué duelo
El bálsamo rehusa del consuelo !

Feliz por ti mi alma ,
Desvanecida agitadora pena ,
Duerme en tan dulce calma ;
Como la mar serena ,
Cuando la arrulla céfiro en la arena.

¡Qué mucho , tierno amigo ,
Si en pos de ruda y prolongada ausencia ,
Me halaga ya contigo
La grata complacencia ,
Que robóme tiránica violencia !

¡Ay! si arrancarme pudo
Suerte cruel de tus amantes brazos ,
Protegió con su escudo
Fiel amistad los lazos ,
Que el tiempo destructor no hará pedazos.

Vuelve , natal felice ,
Con la risueña paz apetecida ;
Y el sol te solemnice
Con sus rayos de vida ,
Renovando mil años tu venida.



En la muerte de Abenamár.

ODA XVIII.

Callad, vientos del bosque bramadores,
 Vuestras alas plegando;
 Silencio y compasion á mis dolores
 Solicito demando:
 Reposad adormidos un momento,
 Y calmará quizá mi sentimiento.

Hasta el feliz retiro inaccesible
 Al mundanal estruendo,
 Donde busqué la calma bonancible,
 De la ciudad huyendo,
 Penetrais, despiadados aquilones,
 Mis penas aumentando y aflicciones.

En su infortunio respetad al hombre,
 Que en solitario abrigo
 Tiembla escuchando el apacible nombre
 Del malogrado amigo;
 Delicia mia, cuando plugo al Cielo,
 Hoy causa de mi luto y desconsuelo.

Mas es en vano la plegaria mia
 De nuevo repetiros;
 Por el estéril valle, por la umbria
 Retumba entre suspiros,
 Que prolongan los ecos del desierto:
 «Abenamár, Abenamár ha muerto.»

«Abenamár, Abenamár,» murmura
 El Henares gimiendo,
 Con sonante bramido en la llanura
 Sus aguas estendiendo:
 Mientras las ondas del doliente río
 Enturbia sin cesar el llanto mío.

De Minerva el discípulo querido,
 La envidia de los vates,
 El que pintar en bello colorido
 Sabia los combates
 Que enrojecen el círculo madrileño,
 Donde el bruto sucumbe jarameño:

El trovador, que del sublime Herrera
 Allá en la sepultura
 Desenterró la cítara guerrera,
 Y con mano segura
 En sus cuerdas auríferas, divinas,
 Al vencedor cantó de Filipinas;

Despareció cual fugitiva sombra;
 Sin marcar ni sus huellas,
 Y remontado al éter, hoy de alfombra
 Le sirven las estrellas:
 Solo quedan sus lauros y su gloria
 De la posteridad para memoria.

Á quien el sueño eterno ya cobija,
 ¿Por qué mi voz invoca?
 La muda paz, de los sepuleros hija,
 Sella su fría boca:
 Su fría boca, do travieso un día

El artero Cupido sonreía.

Cayeron de su sien las flores, que amó
La gentil Citeréa,
Y de negro ciprés funesta rama
Su féretro sombréa:
Á la rosa de amor encantadora
La siempreviva reemplazó inodora.

Su esposa, inmóvil de dolor y espanto,
Con el rostro cubierto,
Secos los manantiales de su llanto,
Ante el cadáver yerto,
No derrama ya lágrimas, ni gime
De abatimiento en su actitud sublime.

Cual de Adonis los fieles compañeros,
En su tumba querida
Besaban, revolando plañideros,
La sangre denegrída,
Que vertió en su furor silvestre fiera,
Sin cuidarse de Venus hechicera:

De sus hijos el bando pequeñuelo,
Sin saber todavía
La terrible orfandad, el triste duelo,
Do yacen este día,
Ya miran azorados á la madre,
Ó ya contemplan al perdido padre.

Tan solamente de llorar deshecho
El cariñoso Eduardo,
Por arrojar del traspasado pecho

El mortífero dardo,
Alza las palmas y ferviente ruega,
Ya que el mundo cruel solaz le niega.

La súplica filial ¿cuándo no mueve?
Cruza veloz la esfera
Blanca paloma, que afrentó á la nieve,
Cual si el Cielo quisiera
Manifestar al jóven sin ventura,
Que los votos oyó de su ternura.

Mira en torno; y anciano venerable
De grave continente,
Nevada cabellera, faz amable,
Tranquila y noble frente,
A su lado el doncel llegar advierte,
Corre, le abraza, y dice de esta suerte:

«Suban de Dios hasta el sagrado trono
«Afectuosos loores,
«Cuando su amor del misero abandono
«Suaviza los horrores...
«Segundo padre, á costa de mi vida
«Tu cabeza defienda encanecida.»

Como las zonas del remoto polo,
Que allá en la noche eterna
La ausencia luenga convirtió de Apolo
En lóbrega caverna,
Al sonreir la luz en lontananza
Animacion recobran y esperanza;

Así vé la familia desolada

Al bondadoso tío
 Derramar en su herida ensangrentada,
 Cual celeste rocío,
 Que vivifica el aterido suelo,
 El bálsamo divino del consuelo.

Respetable varon, amparo, escudo
 De prole desvalida,
 Temple contigo su rencor sañudo
 La Parca enternecida,
 Y los dias te dé, que con violencia
 Cortó de Abenamár á la existencia.



A mis hijos.

ODA XIX.

(TRADUCCION DE MADAMA DESHOULIERES).

Por estos verdes prados,
 Que el Sena fecundiza,
 Buscad quien os defienda,
 Mis ovejas queridas.
 Buscad quien dia y noche
 Se afane y se desviva
 Cual yo, cuando la suerte
 Mirábame propicia.
 Hoy su rigor empero
 Mis votos contraria,

Y á los rapaces lobos
 Os entrega en sus iras.
 ¡ Vosotras ser la presa
 De sus garras temidas ;
 Vosotras, de este valle
 La gloria y alegría !
 Mil veces retozando
 Por la fértil campiña ,
 Tú fuiste, grey hermosa ,
 Mi ventura y delicia.
 ¡ Qué dolor ! de mi empeño
 Es fuerza que desista :
 Sin perro, sin cayado ,
 Guardarte yo podría ?
 Desapiadado el Cielo
 Me niega ya tal dicha ,
 Por mas que le importuno
 Con las súplicas mías.
 Desdeñando mi lloro ,
 Insensible á mi cuita ,
 De tu custodia al frente
 No quiere que yo siga.
 Sin mi amparo y desvelos ,
 Mil y mil gratos dias ,
 Mi cándido rebaño ,
 Bonancibles te rian.
 ¡ Ah ! defiéndate el Númer
 Que los bosques habita ,
 Ya que sola esta gracia
 Mi pecho le suplica.
 Si : rebaño precioso ,
 Que con tanta fatiga
 A los mejores pastos

Conduge complacida ;
 Yo pongo por testigos
 Estas selvas floridas ,
 Que si Pan indulgente
 Su favor te prodiga ,
 Llevándote amoroso
 Á frescas praderias ,
 Que con viciosa grama
 Á los ganados brindan ,
 Conservaré fielmente
 Su proteccion amiga
 Grabada en la memoria ,
 Mientras dure mi vida .
 Tambien sus alabanzas
 Celebraré festiva ,
 Haciendo que resuenen
 En cien y cien letrillas ,
 Desde mi patrio suelo ,
 Que Febo vivifica ,
 Cuando con mil torrentes
 De lumbre lo ilumina ,
 Hasta el helado polo ,
 En cuyas ondas frias ,
 Cansado de su curso
 Los fuegos amortigua .

**Al Excmo. Sr. D. Joaquín Martínez
de Medinilla.**

ODA XX.

Salve, dulce retiro,
Donde el silencio sin cesar domina;
En tí solo respiro
Bajo el amparo de la Paz divina:
Feliz apartamiento,
Que los cuidados graves
Del alma trocar sabes
En inefable celestial contento.

Impenetrable muro
De la fatal discordia á los rugidos;
Ya que albergue seguro
Estos montes ofrecen escondidos,
Al murmullo sonoro
De esa parlera fuente,
Que brota en la pendiente,
Mi diestra pulsará las cuerdas de oro.

Ven, adorada lira,
Consuelo de sensibles trovadores,
Y en tanto que suspira
El céfiro jugando entre las flores,
Con tu voz melodiosa
Acompaña la mía,
Que el natalicio día
De Medinilla canta y de su esposa.

Del Ebro los vergeles
 Repitieron mi plácida cadencia,
 Cuando ledo anunciéles
 El fin cercano de su larga ausencia;
 Y en el dulce regazo
 Del amor hoy unidos,
 Se dan embebecidos
 El halagüeño conyugal abrazo.

Quiera el benigno Cielo
 Mis votos esta vez oír clemente,
 Cual con sincero anhelo
 Se lo demanda mi amistad ferviente.
 Mi amistad tierna y fina,
 Que desea entrañable
 Salud, dicha inefable,
 Al caro Medinilla y su Joaquina.

Dichosos corazones,
 Que supiste flechar, vendado Niño,
 Con süaves arpones,
 Para modelo de cordial cariño;
 Un mismo nombre dando
 A los dos misterioso,
 Que el consorcio amoroso
 Estrecha mas y mas en lazo blando.

Como pomposas flores,
 Que primavera en el pensil derrama,
 Los cercan sus amores,
 Querido fruto de la honesta llama;
 Reuniendo del padre
 Las prendas varoniles,

Á los verdes abriles,
 Á las gracias y encantos de la madre.

En remontado vuelo
 Parte, dulce cancion, desde esta vega
 Al apacible suelo,
 Que Manzanares cristalino riega;
 Y á los tiernos esposos
 Dirás en grato acento:
 «Disfrutad años ciento
 «De vuestro natalicio venturosos.»



La Cuaresma Improvisada.

(TRADUCCION DE GRÉSSET.)

Bajo un Cielo sombrío, no muy lejos
 De la ribera armórica, aparece
 En medio de las ondas procelosas,
 Una isla cubierta
 De lagunas fangosas,
 Poblada una mitad, la otra desierta.
 Separados del mundo
 Los tristes habitantes
 De aquel horrible suelo,
 Conocen solamente las oleadas,
 Ni conocidos son mas que del Cielo.
 Á tan mezquina orilla,
 Noticias de otras partes

Llegan por maravilla ;
 Sabiendo los isleños por informes ,
 En verdad bien inciertos ;
 Lo que pasa en el resto de la tierra ;
 Dónde hay paz , dónde guerra ,
 Quiénes los vivos son , quiénes los muertos .

Un crítico severo
 Sin duda pensará que yo exageró ;
 Y tal vez se propase ,
 De sus razones todas

Á sentarme por base ,
 Que una historia tan rara ,
 Solo tiene cabida ,
 Aplicada al país , donde pasára
 El fabuloso Robinson la vida .
 Deponed las sospechas indulgente ;
 Incrédulo censor : el hecho es cierto ;
 Basta que el vate con candor lo cuente ,
 Para que vos tranquilo
 De escrúpulos quedeis : yo solamente
 Pongo , al narrar mi anécdota , el estilo

De aquella residencia el viejo cura ;
 Si bien era un pastor muy ajustado
 (Preciso es confesar la verdad pura)
 Á su tiempo se habia descuidado
 De traer del vecino continente
 Almanaque y epacta , ú añalejo ,
 Para poder rezar debidamente ,
 Y gobernar la isla y su concejo ;
 Y aunque advirtió el olvido cierto dia ,
 Su sagaz prevision llegó tardia .

Porque ¿cómo embarcarse,
 Cuando ya el crudo invierno dominaba,
 Y entre negras tormentas
 Rugía la mar brava?
 Esperar blando viento,
 Que la calma volviera
 Al turbado elemento,
 Bien escusado fuera,
 Hasta el feliz momento
 Que riese la dulce primavera.

De un temporal cruel y extraordinario
 Durante los tres meses,
 ¿Qué hacer sin calendario?
 ¿Cómo guardar las fiestas
 El párroco y sus dignos feligreses?
 En situacion tan crítica y terrible,
 Al mas hábil y pio sacerdote
 Su iglesia dirigir fuera imposible,
 Y con santo denuedo
 Los vientos afrontára enfurecidos,
 Importándole un bledo
 Del mar amenazante los bramidos.
 Mas tan loable celo y tal bravura,
 No se avenian bien con la prudencia
 De aquel bendito cura,
 Que amaba demasiado su existencia.

Además era un hombre acostumbrado
 Á ejercer por rutina
 De su alto ministerio las funciones.
 Sin trabajo oficiaba,
 Y con desembarazo despachaba

Sus salmos y lecciones.
 Formó, pues, prontamente su proyecto;
 Y en el próximo día
 Al Señor consagrado,
 Tres veces le escuchó su grey cristiana,
 Mientras él desde el púlpito sagrado
 Anunciaba la fiesta de los reyes
 Para antes de concluirse la semana.

Este primer apuro, por sencillo
 Dificultad ninguna le ofrecia;
 Mas donde él descubria
 Mil y mil imposibles,
 Era en saber las fiestas,
 Que llamamos movibles.
 En semejante caso, ¿qué remedio?
 Como él era muy poco escrupuloso,
 Recurrió al fácil medio
 De dejarlas en blanco,
 Cual fiestas ignoradas,
 Hasta el mes de las flores,
 Que, mejor informado,
 Serian en la isla celebradas.
 En Dios y en su conciencia
 Creyó tal opinion la mas probable;
 Opinion que siguieron
 El ama y el vicario á competencia;
 Celebrándola mucho
 El dómine Mateo,
 El hombre de la isla mas machucho.

Pasó entretanto enero,
 Y mas rápido aun en su carrera

Siguió en pos el febrero :
 Volando el marzo vino ,
 Y el aquilon reinaba de continuo.
 De la estacion empero ,
 Que sonrie florida ,
 Con cristiana paciencia
 Esperando la próxima venida ;
 De la anual abstinencia
 Ignorancia invencible prestando
 El buen siervo de Cristo ,
 Cada dia grayaba su conciencia
 Con un capon de su corral provisto .

Ya un largo mes hacia ,
 Que con gesto sombrío y penitente
 La Cuaresma al cristiano
 Austeridad y rezos prescribia .
 La isla solamente ,
 Sin acordarse nunca del ayuno ,
 Osaba cada dia
 Comer de carne sin respeto alguno .
 Y si no eran los platos esquisitos ,
 Al menos cada isleño ,
 Misto de ciudadano y lugareño ,
 Su mesita de pino
 Solia proveer con sus legumbres ,
 Empedradas con trozos de tocino .
 En suma ; todos ellos ,
 Por equivocacion , ya se supone ,
 Cada noche cenaban
 Con santa complacencia ;
 En tanto que nosotros
 Guardábamos por ellos abstinencia .

Por fin calmado el viento,
 Se mostró el mar un día
 Muy menos turbulento.
 Viendo ya la bonanza nuestro cura,
 En cumplimiento fiel de su promesa
 Á visitar el mundo se apresura.
 Pero, cual hombre cuerdo,
 Antes la andorga consolar procura
 Con cuatro magras de sabroso cerdo.
 Hecho digno en verdad de ser notado,
 Pues de cuaresma la semana quinta
 Había comenzado.
 Del esquife al saltar vé con sorpresa,
 Que ya el día de gloria y regocijo
 Venía á toda priesa.
 «Bendito sea Dios, y respiremos,»
 Calándose el sombrero, entonces dijo,
 «Porque perdido no hemos
 «Un viaje tan incómodo y prolijo.
 «Gracias por siempre demos
 «Al Padre y manantial de toda lumbre;
 «Pues tiempo es todavía
 «De celebrar en la parroquia mia
 «La Pascua del Señor, según costumbre.»

Dice, y con desenfado
 Torna á bordo al momento,
 De almanaques y gafas muy cargado.
 El cristalino líquido elemento,
 Por su buena fortuna
 Lo vuelve á casa sin desgracia alguna.
 En el día siguiente
 (Dominga de Ramos)

La ya abanzada fecha de cuaresma
 Notificó á su grey con celo ardiente.
 « Pero nada, oh hermanos, se ha perdido, »
 El orador añade en voz gangosa;
 « Yo tengo ya tomado mi partido,
 « Y alcanzar la cuaresma es fácil cosa.

« Antes de nuestro ayuno, lo primero
 « Advertid, que los usos venerandos
 « Para observar de un modo mas austero,
 « El inmediato martes
 « Será jueves lardero,
 « Y el miércoles el dia de ceniza:
 « Tres dias seguirán de penitencia:
 « ¿ Ois? guardadme todos
 « Rigurosa abstinencia.
 « Cual hijos de la iglesia, al otro dia
 « Humildes respondiendo á la voz suya,
 « Con filial confianza y armonia
 « Devotos cantaremos « Aleluya. »



A D. Juan Guillén Buzarán.

EPÍSTOLA I.

Feliz amigo, que inspirado cantas
 La beldad y las gracias de Teresa,
 Los floridos laureles de tu ingenio
 Consagrando á sus pies en digna ofrenda.
 Son tus himnos de amor tan apacibles,

Como las arpas, que en Sion alternan,
 Celebrando en concierto melodioso
 De la santa virtud la recompensa.
 Agitado mi espíritu mil veces,
 Cual navecilla en tempestad violenta,
 Con la blanda armonía de tus versos
 Á recobrar tornó paz lisongera.
 Dócil, caro Guillén, al ruego mío,
 Tu divino laud mágico vuelva
 Á disipar la que de nuevo sufre
 Mi pobre corazón ruda tormenta.
 Relámpago fugaz son nuestras dichas;
 Ayer la suerte me halagó risueña,
 Y á su férrea coyunda encadenado
 Hoy me arrebató con furor adversa.
 Solo fio á las mudas soledades
 La historia lamentable de mis penas,
 Lejos de tí, que con bondosa mano
 Mis lágrimas tal vez secar pudieras.
 ; Si vieras á tu amigo por el bosque,
 Triste, abatido, con la planta incierta,
 Cuando la luna pálida en el Ebro
 Sus rayos melancólicos refleja!
 Aquella dulce calma, aquellas sombras,
 Aquel horror sagrado, que allí reina,
 Adulan mi dolor, mientras las auras
 Repiten mis gemidos lastimeras.
 Otras veces me voy meditabundo
 Al cementerio humilde de la aldea,
 Y al pié de aquellos túmulos modestos
 Mi cuerpo inmóvil como estatua queda.
 Allí contemplo las cenizas frías,
 Que ya descansan en silencio yertas,

Ó bien perturbo su eternal reposo,
 Al viento dando mis sentidas quejas,
 ¡Cuántas veces, Guillén, cabe el sepulcro,
 Que al jóven Delio misterioso encierra,
 Me halló la noche tétrico y lloroso,
 Me halló la aurora en soledad funesta!
 Delio, bondoso Delio, perseguido
 Por el rigor de tu contraria estrella,
 Solo descanso al espirar lograste
 En el regazo de la madre tierra.
 Tus virtudes publica el epitafio,
 Grabado toscamente en una piedra:
 «Delio reposa aquí: su adorno fueron
 «La sensibilidad y la inocencia.»
 Al descubrir mis inflamados ojos
 Vacía y solitaria alguna huesa,
 La suerte envidió del mortal felice,
 Que pronto de quietud gozará en ella.
 En frente de mis lares aparece
 De cipreses plantada una arboleda,
 Mansion infortunada, donde moran
 El negro luto y pálida tristeza.
 Las fatídicas hijas de la noche
 De contino suspiran agoreras
 Por estas calles, con horror sombrías,
 Que el vivífico sol jamás penetra.
 Tan apartado y lúgubre retiro,
 Que los tristes cual yo solo frecuentan,
 Es mi grato paseo, porque inspira
 Á dar al sentimiento libre rienda.
 Él me ofrece recuerdos de Abelardo,
 Cuando alejado de Heloisa tierna,
 En sitio semejante suavizaba

El acerbo martirio de la ausencia.
 Mas luego me distraen los sollozos,
 Que ahogar un infeliz en vano intenta,
 Sollozos ¡ ay! que su dolor publican,
 Á pesar del silencio de su lengua.
 Del desdichado Young en la lectura
 Á la sombra de un sauce se embelesa,
 Y la viva emocion, sobre el volúmen
 Hace caer su lánguida cabeza.
 Sitio fatal y horrible para el hombre,
 Que dichosa correr vé su existencia,
 Empero delicioso á los que arrastran
 Del cruel infortunio la cadena.
 De los llorones la abatida frente,
 La apagada color de las violetas,
 Y el querrelloso curso del arroyo,
 Son todo mi embeleso y complacencia.
 Pues tan dulces objetos, que benigna
 Me ofrece por do quier naturaleza,
 De mi rudo afanar enternecidos,
 Amiga compasion me manifiestan.
 En tanto que el recinto pavoroso
 Yo solo busco de la umbria selva,
 Respira tú, Guillén, en los vergeles
 El aura del placer mas halagüena.
 Prosigue allí cantando venturoso,
 Al dulce son de tus doradas cuerdas,
 El entrañable amor de tu adorada,
 Y el precioso conjunto de sus prendas.
 Asi será mi vida menos triste
 Con tus dichas y glorias verdaderas,
 Y mostrarás á tu infeliz amigo
 El cariño cordial con que él te aprecia.



A los Arcades de Roma.

EPÍSTOLA II.

REMITIENDO EL CANTO SAGRADO AL PILAR.

Desde el confin de Carpetania antiguo,
 Que denodado matizó Albar Fañez
 Con sangre esclarecida de sus venas
 Por estender la fé de Recaredo ;
 Desde el pueblo preclaro , que acogida
 Ofreció grata á la matrona excelsa ,
 Madre y modelo del tercer Fernando ;
 A tí , noble academia , que de Arcadia
 El inmortal renombre perpetúas ,
 Salud el bardo , que en el bello idioma
 Osó cantar del inclito Cervantes
 La sagrada columna de María ,
 Salud envía respetuoso. El Cielo
 De mis ruegos y lágrimas movido ,
 ¡ Dírame las corrientes del Henares ,
 Dejar por las del Tiber cristalinas ,
 En que sus obeliscos y palacios
 Contempla retratados con orgullo
 La ciudad de los Césares ! Dichoso
 Dichoso yo mil veces , si los rios
 Salvar pudiera y montes y llanuras ,
 Que me separan sin piedad , oh Roma ,
 De tus maternos brazos. Las rüinas ,
 Las vetustas rüinas do descansa
 De Pedro la basilica famosa ,

¿Por qué no puede, unido con el polvo,
 Mi labio venerar? Si aquellos muros,
 Por la lima del tiempo carcomidos,
 Pudiera al resplandor de opaca luna
 Contemplar arrobado: si el alcázar,
 Digna mansion del sucesor de Cristo,
 Bañada por el sol de Italia hermoso
 Atónitos mis ojos admiráran:
 Si las hondas y negras catacumbas,
 Humilde cuna del divino culto,
 Que á los opuestos limites del orbe
 Hoy protector estiende su influencia,
 Recorriera mi planta precedida
 De antorcha sepuleral: tal vez entonces
 Inflamára á mi mente el sacro fuego,
 Que allí del Cielo inextinguible arde,
 Entre cenizas pálidas oculto,
 De tantas puras víctimas, que dieron
 Al tirano cuchillo la garganta
 Y el espíritu á Dios. Tal vez entonces
 Cantar pudiera en verso numeroso
 La religion augusta, que en el seno
 Del almo Verbo descendió á la tierra,
 Para servir de bálsamo á la herida,
 Que á su estirpe legó desventurada
 El pecador Adán. Tal vez entonces
 Del trovador la sombra, que halagüeñas
 Arrullaron las auras de Sorrento,
 Á gritos evocada por mis labios,
 Al besar en silencio reverentes
 El polvo de su tumba misteriosa;
 Infundiria aliento al pecho mio
 Y energía á mi voz. ¡Con qué entusiasmo

En el liceo de la Arcadia al viento
 Daria embebecido los torrentes
 De armonía dulcisona, inspirado
 Por el cantor del adalid invicto,
 Que con su diestra el inclito sepulcro
 Libertó de Jesus! Mas tanta gloria,
 Negada á mis afanes para siempre,
 Deploro con dolor. El plectro mio
 Jamás podrá elevarse á la grandeza
 De la Epopeya religiosa. Nunca
 Mi rudo acento en la remota playa
 Retumbará sonoro, donde el nombre
 Vaga del Tassó entre parleros ecos,
 Que dia y noche flébiles lamentan
 Su amor infortunado, los peñascos
 Ablandando durísimos. Empero
 Si postrarme no puedo ante las aras,
 Que enrojeció con su preciosa muerte
 El sucesor primero, que á su iglesia
 Dejára el Hombre Dios; si la voz mia
 Nunca ¡oh dolor! del sacro Vaticano
 Resonará con cánticos acordes
 En las grandiosas bóvedas; propicio
 El Dios, que reina en la mansion celeste,
 Guió mis pasos á la fértil márgen
 Del patrio Ebro. La ciudad insigne
 Gozoso ví, que la imperial grandeza
 Olvidó y alto nombre, que de Augusto
 Recibió envanecida, en el instante
 Que á María escogerla para trono
 Plugo de su clemencia. El templo santo
 En que su imágen celestial venera
 La española piedad, no bien recibe

Mi fatigada temblorosa planta ;
 El pavimento adoro conmovido,
 Empapados en lágrimas mis ojos
 De ternura filial. La viva llama
 De la divina fé, sublime fuente
 Del entusiasmo férvido, me agita,
 Y la lira novel, solo avezada
 Del prado ameno á celebrar las flores,
 La paz de las cabañas, ó la dicha
 Que goza la virtud aún en la tierra
 De luto y maldicion, osado tomo
 En la trémula diestra. Apenas dócil
 A mis deseos, respondió en loores
 De la casta doncella, que amorosa
 Al Hijo del Eterno en su regazo
 Estrechó maternal ; alza la frente,
 De verde olivo coronada y juncos,
 El magestuoso rio, que en su vega
 Estampar mereció la huella pura,
 Que la cerviz indómита y altiva
 Humilló de Satan. Las cordilleras,
 En cuyas cimas descansar parecen
 Las azuladas bóvedas, de gozo
 Saltan cual cervatillos. Animada
 Naturaleza de vigor naciente,
 Como en los tiempos de su edad florida,
 Toda es júbilo y gloria. El astro bello,
 Cual principe real, que la diadema
 Acaba de ceñir, ostenta al mundo
 Su magestad y pompa realzadas
 Con los rayos espléndidos, que sombra
 Son de los pies divinos de María.
 Los aligeros coros, que perennes

Su amado tabernáculo custodian,
 En apacibles vítores responden
 A mi trémula voz. El celebrado
 Pueblo, que guarda en su feliz recinto
 El tesoro divino, que á la Hesperia
 Donó el Cielo benigno, es viva copia
 De la santa ciudad resplandeciente,
 Que contempló en vision el desterrado,
 Allá de Patmos en la corva playa.
 Sobre las altas cúpulas, que adorna
 De redencion el símbolo, cruzando
 Aparecen las sombras venerandas
 De intrépidos atletas, que en Augusta
 Al tirano vencieron, implacable
 Adversario del hombre. Cielo y tierra
 Se alborozan al plácido recuerdo
 Del memorable dia, que las aguas
 Reflejaron del Ebro cristalino
 La esplendorosa nube, en que la Virgen
 Sonrió cariñosa al santo Apóstol
 De la ibera nacion. Grata, inefable
 Merced, que en letras indelebles guarda,
 Del tierno amor grabadas por la mano,
 La Patria mia. Bondadosa muestra
 De maternal amor, á España solo
 Reservada, entre cuantas el sol dora
 Católicas regiones. A ella debe,
 Cual á fecundo manantial de vida,
 Sus blasones de gloria y su ventura,
 Que envidia el universo. Desde entonces,
 Escudada y segura con el manto
 De su celeste Protectora, nunca
 Imploró en vano su adorable nombre;

Su benéfico nombre, que desarma
 El brazo omnipotente, ya dispuesto
 Los rayos de sus iras encendidos
 Á disparar sañudo contra el mundo,
 Endurecido en la maldad.... Oh! luzca,
 Luzca en oriente de arboles lleno,
 La que desean con ardor los dignos
 Hijos de Iberia, deliciosa aurora;
 En que la musa de Sion divina,
 De los alados coros compañera,
 En arpa de oro, gloria del Eterno,
 Tantas bondades y cariño tanto
 Celébre de Maria! El aire rompan
 Sus melodiosos cánticos, no oidos
 En este de dolor aciago suelo;
 Miserable destierro, donde el hombre
 Lejos del Cielo peregrino llora,
 Sin alivio en su afan. Oh tú, dichoso,
 Privilegiado ser, á quien el genio
 De la armonía en vagarosas alas
 Arrebate sublime; tú, que en himnos
 Ensalzarás acorde el Pilar sacro,
 Do la Reina descansa de los Cielos;
 Benigno acepta el que te ofrece humilde
 Feudo de admiracion anticipado
 Mi ardiente corazon, de tu aureóla
 Gozoso con el brillo. Las doradas,
 Las apacibles cuerdas, que tu diestra
 Pulse atrevida, suspendiendo al mundo,
 Merecerán tan solo con los cantos
 Alternar de la Arcadia sonoros;
 Y al oírte la patria de Argensola
 Con afable sonrisa, y de tus lauros

Su frente maternal embellecida,
Publicará feliz á las naciones
El renombre inmortal de su poeta.



**A Don Francisco Gonzalez de Santa
Cruz.**

EPÍSTOLA III.

La muse aime à planer sur les champs du carnage.

LAMARTINE.

(Campamento de Castellote: marzo de 1840.)

Mientras tú, dulce amigo, entre las tumbas,
Do yacen de Numancia las cenizas,
Las sombras de Retógenes y Aluro
Al son evocas de robusta lira;
Mudo de admiracion, de asombro lleno,
Yo contemplo las huestes aguerridas,
Que el pendon de Isabel aquí levantan
Con su noble constancia y bizzarria.
Aunque los campos de Vergara vieron
Rayar la aurora de la Paz divina,
Al abrazarse con ardor los bravos,
Que entre si despiadados combatian;
El volcan de la guerra mas que nunca
Rebrama en esta misera provincia,
Por el fatal devastador torrente

De su funesta lava destruida;
 Pues despechada la feroz discordia,
 Viéndose ya cercana á su agonía,
 Con hálito mortífero y violento
 Frenética de saña el fuego atiza.
 En llana frase, agena de cultura,
 Que el puro afecto, Santa Cruz, inspira,
 Oye cuál sucumbió la fortaleza,
 Que pertinaz bravura defendía.
 Apenas los guerreros invencibles,
 Que Espartero el intrépido acaudilla,
 De la fuerte Segura las almenas
 Ven, saludan, asaltan y conquistan,
 Cuando nuevos laureles anhelando,
 Sitiar á Castellote determinan;
 Castellote el temible, guarnecido
 Por la flor del ejército carlista.
 Escuadronados ya, rompen la marcha
 Entre marciales músicas y vivas,
 Y al estruendo belisono, fogosos
 Los corceles galopan y relinchan.
 Descubren al momento alborozados
 Los batidores la contraria villa,
 Entre estériles cumbres situada,
 Que por do quier la cercan y dominan.
 Cubre el siniestro lado un baluarte,
 Que á la segur del tiempo desafía,
 Blason en otro siglo del templario,
 Hoy padron de discordias intestinas.
 Entre cipreses á la diestra, se alza
 Recordando el calvario una capilla,
 Ayer del Dios de paz ara sublime,
 Mas al presente del furor guardada.

Se eleva al frente valladar sentado
 Sobre ríscosa y árida colina,
 Con amagos de muerte por mil bocas
 Contra el osado, que asaltarle ansia.
 De tan fuertes defensas al abrigo
 Por la natura y arte reunidas,
 Retar á las falanges de Espartero
 La hueste de Cabrera no vacila.
 Apenas á las puertas exteriores
 La brillante vanguardia se aproxima,
 Allá en el torreón mas encumbrado
 Enlutada bandera el viento agita.
 De la Victoria el hijo predilecto
 Precede con gallarda comitiva,
 Su alazán aguijando, cuyo paso
 Van siguiendo ferradas baterías.
 Por pendiente asperísima las ruedas,
 Lentas al descender, broncas rechinan,
 Y al son discorde entona el artillero
 De amor y gloria cántiga sencilla.
 Acampan las legiones nacionales
 En cañada olivífera y sombría,
 De arroyo delicioso fecundada,
 Que ledo por su cauce se desliza.
 Arroyo ¡ ay Dios! que murmurando ronco,
 Verá luego sus aguas cristalinas
 Con española sangre matizadas,
 Con cadáveres tibios obstruidas.
 En silencio fatal, no bien coronan
 Cien pabellones de armas las orillas,
 Sus adormidos ecos el soldado
 Despierta con ruidosa vocería.
 Ya blanquean las tiendas: ya aparecen

Mil chozas con ramage entretegidas ;
 Resguardo baladí contra la furia,
 Conque el recio aquilon airado silba.
 Al macilento sol del crudo marzo
 Sucede triste, opaca, denegrida
 La reina de las sombras, que perenne
 Hielo y escarcha sin piedad envía.
 El vasto campamento, iluminado
 Con mil hogueras, que radiosás brillan,
 Del firmamento en estrellada noche,
 Á lo lejos parece imágen viva.
 Aunque la llama empero resplandece
 Con secos leños sin cesar nutrida,
 ¿Qué fuego al aire libre la inclemencia
 De la estacion cruel mitigaría?
 El infeliz explorador fenece,
 Y el postrimer suspiro de su vida
 Es tu nombre, Isabel, y resignado
 Por tu amor su existencia sacrifica.
 Del invernal furor triste la Patria
 Víctimas mas y mas lamentaria,
 Sin los pronto alivios y consuelos
 Que benéfica mano les prodiga.
 El viento esparce las endebles chozas,
 Desquiciando tambien la marquesina,
 Do en la diestra apoyando la cabeza,
 El plan de ataque el adalid medita.
 Los collados al fin de Castellote
 El alba dora con su luz benigna,
 Y cien y cien marciales instrumentos
 Al par saludan su triunfal venida.
 Arrójase á las armas el soldado,
 Mientras la estrepitosa artillería

El proyectil primero con estruendo
 Al edificio gótico fulmina.
 Del bizarro caudillo á leve seña,
 Abanzan obedientes las guerrillas,
 Y entre fuego vivísimo esforzadas
 El rebellin ocupan y la ermita.
 Arrojo tanto los carlistas viendo,
 Al seguro castillo se retiran,
 Sustituyendo al fúnebre estandarte
 La enseña respetable de Castilla.
 Truena horrible el cañon. Los artilleros
 En denuedo y acierto rivalizan,
 Y abriendo brecha en el contrario muro,
 Victoréa el ejército á porfia.
 Con sentimiento de la madre España,
 Al pié del torreón yace caída
 Entre escombros y polvo la bandera,
 De nuestras glorias inmortal divisa.
 Por alzarla con mano respetuosa,
 Al peligro mayor se precipita
 Brioso cazador de la falange,
 Que *Inmemorial del Rey* se denomina (1).
 Activos ingenieros entretanto
 Hornillos abren en muralla antigua,
 Despreciando serenos la metralla
 Que sobre ellos horrisona graniza.
 Sus trabajos empero y su firmeza

(1) Un disparo de nuestra artillería derribó la bandera del fuerte, la cual fué recogida y presentada al General en Gefe por D. Blas Gago, caballero de la orden de San Fernando, y soldado de la compañía de cazadores del 2.º batallón del Rey, infantería 1.º de línea. Espartero al recibirla dió al soldado media onza de oro.

Á la sitiada gente no intimidada,
 Que sucumbir contempla sin payura
 Cien y cien compañeros entre ruinas.
 El fogoso Espartero ya impaciente,
 Al verla resistir tres y mas dias
 Con la inflexible sin igual constancia
 Que al hijo de Aragon caracteriza ;
 Doblegar su cerviz por fin intenta
 Con la amenaza de volar la mina ,
 Mientras los *Guias* y *Princesa* corren
 Al fiero asalto con la frente erguida.
 Esclarecidos mártires, que airada
 Hirió la muerte con guadaña impía,
 Recibid la corona inmarcesible,
 Que os ofrece la Patria agradecida,
 Ante vuestro heroismo sobrehumano,
 Del contrario cejó la valentía,
 Cual de león indómito á las plantas
 El fiero tigre á su pesar se humilla.
 Sobre el despedazado baluarte,
 Ligero tremolando, se divisa
 Cándido lino, que á la nieve iguala,
 Emblema grato de la paz amiga.
 Los vencedores, de su honor celosos,
 La guarnicion respetan ya rendida;
 Que siempre tras el hórrido combate,
 El valor al valor hidalgo admira.
 La Fama con su trompa los celebra
 De convecinos montés en la cima,
 Y á su voz respondiendo el entusiasmo,
 Sus nombres por el orbe preconiza.
 En tanto Celtiberia, roto el yugo
 Que su garganta cárdena oprimia,

De sus libertadores generosos
El noble prez con gratitud sublima.



A Leandro.

EPÍSTOLA IV.

Quando en los campos fértiles del Turia
Anhelaban mis brazos por momentos
Estrecharte ardorosos ; cuando alegre
Creí gozar los mágicos encantos
De tu amistad bondosa , muy mas dulces
Tras luengo plazo de cruel ausencia ,
Me es forzoso partir. Á Dios , Leandro ,
Á Dios , amigo y padre , á quien mi pecho
Desde el primer latido que sintiera
De su florido abril en los verdores ,
Amó sincero y respetó constante
Con ternura filial. Inesperado,
Fatal momento , que anubló sombrío
Mis apacibles dias de ventura ;
Como las sombras de la noche eterna ,
Que del rudo Lapon cubren el suelo ,
Los brillantes colores de la aurora
Extinguen boreal. Ah! desde entonces
La risueña ilusion , consuelo grato
De mis dorados sueños , despiadada
Rehusa presidir mis lentas horas
De vigilia y martirio. La divina ,

La inefable esperanza, don del Cielo,
 Que en este valle de afliccion y muerte
 Jamás en su dolor llora perdida
 El mas infortunado de los hombres ;
 Yace muda en el fondo de mi frio
 Despedazado corazon. No: nunca
 Á sus heridas, que perenne sangre
 Vierten copiosa, aplicará tu mano
 El bálsamo de vida, con que el hijo
 De Samaria, la salud y fuerzas
 Restituyó benéfico al postrado
 Exánime viajero. Ya tu apoyo
 No ha de prestar heroica fortaleza
 Á la inocencia vacilante y debil,
 Cual en tiempo feliz, en que sediento
 Á tu seno de amor corrí buscando
 El bienhechor y celestial rocío,
 Que el fuego ardiente y la febril violencia
 De las pasiones calma. Bajo el cielo
 De la bella Edetania despejado,
 Ya no abrirás á tu querido alumno
 De la naturaleza el grande libro,
 Para enseñarle á conocer el nombre
 Del Supremo Hacedor. Ya por tu boca
 Adoctrinado en los ráudaes puros
 De la santa moral, que al hombre enseña
 La verdadera ciencia de la dicha,
 No beberá las saludables aguas
 Mi labio juvenil. Las dulces tardes
 En que te oia dócil y embebido
 Del veloz tiempo sin sentir las alas
 En la sima cayeron insondable
 De la sombría eternidad, y nunca

Volverán á reirme. Todavía
 Me extremece ¡oh dolor! con su recuerdo
 La despedida aciaga, en que abatido
 Á la ciudad famosa, cuyo nombre
 Acompañan del Cid el nombre y gloria,
 Entre sollozos mil di el postrimero
 Amarguisimo á Dios. En el recinto
 De sus antiguos venerables muros,
 Impaciente aguardaba tu felice
 Próximo arribo, al decretar, Leandro
 La voluntad del Cielo rigurosa
 Mi súbita partida. Así la tierna,
 Cándida tortolilla, que el suave
 Arrullo de su amado oye dichosa,
 Al inflamar sus pechos primavera
 Corre veloz á la floresta verde,
 Donde las rosas y auras y arroyuelos
 Convidan al amor, y con sus himnos
 « Amor, amor, » en torno todo suenan.
 Mas en vez de los besos y caricias,
 Que en su esperanza y su delirio goza,
 Su próxima ventura ve atajada
 Por cazador oculto, que sus ayes
 Oyendo inexorable, la condena
 Á dura esclavitud. Esos vergeles,
 Eterno asiento del abril florido,
 Á mis ojos, de pena amortiguados
 Sus encantos ostentan y delicias
 Por la postrera vez. Al rudo impulso
 De la suerte cruel, que me arrebató,
 Las plantas nuevo, y sin hallar descanso
 Á las fatigas, ni al afan consuelo,
 En las fragosidades de Pirene

Puedo tan solo reposar. Sus cuadros
 De tintas melancólicas, sombrías,
 Gratos tal vez al ánimo afligido,
 Ofrece aquí naturaleza agreste;
 Infecunda á crear los halagüenos,
 De movimiento y vida paisages,
 Con que el rio feliz, que de Valencia
 Besa los muros en silencio humilde,
 Á mi vivaz risueña fantasía
 Brindaba liberal. Por este oscuro,
 De aspereza y horror confin ibero,
 Caro Leandro, tu agradable nombre
 Resbala de mi boca entre suspiros,
 Que en la esfera se pierden. Yertos prados,
 Nevadas cumbres, áridas llanuras,
 Donde preside con adusto ceño
 El invierno maléfico, cual reina
 Entre tumbas el Genio de la muerte,
 Oyen solo impasibles los quejidos
 Que exhala mi dolor. El sol encubre
 Entre nubes, que arrojan apiñadas
 Nieve copiosa, azote del ganado,
 Su brillante esplendor. Los altos pinos,
 Gala de las vertientes y hermosa
 Ya en derredor no extienden su frondosa
 Cabellera gentil. El yermo prado
 Lloro marchito su verdor, ajada
 Su fresca lozanía. Al delicioso
 Balira de aguas puras, que el vetusto
 Regio solar, esclarecida cuna
 De los Condes de Urgel, bañar solía
 En murmullo apacible cuando mayo
 Sonreía á sus vegas, hoy enfrenan

El fugáz curso plateados grillos,
 Que opresora labró la despiadada
 Rigurosa estacion. De frio mudas,
 Á la inclemencia yacen y temblando
 Las aves, que hechizaron la arboleda
 Con cánticos de amor. En los oteros,
 De hielo coronados, ya no saltan
 Los tiernos recentales, que encerrados
 En el redil suspiran macilentos
 Por la grama del valle. Los pastores
 Sobre el hogar, que de tostada encina
 Con troncos y ramage arde provisto,
 Se apiñan, al zumbar allá en los puertos
 Horrisona ventisca, que furioso
 Agita ronco el aquilon. Sin huella
 Que á mi dudoso pié sirva de guia;
 Á la muerte y la vida indiferente,
 Yo solo errante voy desde la selva
 Al alto monte, y desde el monte al soto,
 Embebida mi mente en los recuerdos
 De dichas, que volaron. La tristeza
 En mi pecho se ceba, como sierpe
 Que muerde encarnizada hasta que espira
 Su víctima infeliz. A cada instante,
 De mi postrer suspiro el trance véo
 Amagarme de cerca. La alegría
 Candorosa, inocente del sencillo
 Habitador, que en la campiña mora,
 Acrece mi agonía. La luz bella
 Aborrecen mis ojos, insensibles
 Á sus dulces encantos, que radiosos
 Dan vida al mundo y variedad. Del bosque
 Por la sombrosa y lóbrega espesura,

En buscar me complazco solamente
 Imágenes de luto. El tierno lloro,
 Bálsamo dulce en las amargas penas,
 No ya de mis pupilas fácil brota,
 Agotadas en mí del sentimiento
 Las fuentes saludables. En los libros,
 Amigos fieles, que soláz al hombre
 Dan tan süave, desgraciado al verle,
 Ya no encuentro el recreo, las delicias,
 Que prestarme benéficos un tiempo
 Solian á tu lado. Las amables
 Hijas del canto, celestiales musas,
 Que mi ruego jamás han desoido,
 Me abandonaron para siempre. Tantas
 Las desventuras son, caro Leandro,
 Que á la vez emponzoñan la existencia
 De tu amigo infeliz. Tus paternas
 Consejos, que mi norte en las borrascas
 Y en mis quebrantos lenitivo han sido,
 Tan solo de consuelo alguna gota
 Derramar pueden, que eficaz suavice
 De tan rudos pesares el acibar.

—♦—

Epigrama.

« Esa continuada tos, »
 Dijo el médico á un doliente,
 « No me alarma, vive Dios: »
 « — Ni á mi, respondió el paciente, »
 « Si el enfermo fuerais vos. »

—♦—

La Amistad.

ÉGLOGA.

POETA. ARGIRO. PALEMON.

• La sólida ventura
 • Solo mora en las almas inocentes,
 • Que une amistad con su sagrado lazo.

MELENDEZ.

POETA.

Hay un valle del Ebro en las orillas,
 Famoso por su rústica belleza,
 Donde ostenta sus raras maravillas;
 Con mano liberal naturaleza;
 Grata mansion que céfiro embalsama,
 Cuando sus flores el abril derrama.

Afortunado y envidiable asilo,
 En que suele tal vez el ciudadano
 La ventura y la paz hallar tranquilo,
 Que en medio del bullicio busca en vano;
 Pues acallan las mudas soledades
 Las pasiones, que agitan las ciudades.

De las tórtolas viudas el arrullo,
 El variado matiz de aquella vega,
 De los mansos arroyos el murmullo,
 El sesgo rio, que los campos riega,
 Y el silencio del bosque y la espesura,
 ¡Qué contraste presentan, qué pintura!

Entre pinos y cuadros de esmeralda
 Las pajizas cabañas se descubren,
 Cual de colina en la frondosa falda,
 Cual en llanada que los robles cubren,
 Y cual se escuda con peñón grotesco,
 Completando el paisaje pintoresco.

Amable soledad, feliz retiro,
 Que escuchaste la célica armonía,
 En que embebidos Palemon y Argiro
 Se juraron eterna simpatía:
 Argiro y Palemon, bella pareja,
 Que á dos hermanos en amar semeja.

En la flor de sus años juveniles,
 Su nombre por el Ebro se dilata
 Al rumor de los cantos pastoriles,
 Con que celebran su existencia grata,
 Ó la dulce amistad, blando consuelo,
 Que en premio á su candor dióles el Cielo.

Asi que vigilante hace la salva
 El coro alado en la cereana umbría,
 Cuando su luz consoladora el alba
 Por el oriente arrebolado envía;
 Mano á mano los dos hácia los prados
 Conducen de consuno sus ganados.

Ya tejen primorosos canastillos,
 Casando con acierto los colores;
 Ya cojen odoríferos tomillos,
 Ó escuchan á los dulces ruisiñores;
 Y al abrasar el sol, mullida alfombra

Les dá la grama , y la arboleda sombra.

Coronada tal vez de bruma y nieve,
Admiran del Moncayo la alta cumbre,
Ó en clara noche , que ilumina Febe,
Contemplan á su pálida vislumbre
La bóveda estrellada de los Cielos ,
Retratada en los limpios arroyuelos.

Del año sonreía la mañana,
Á manos llenas derramando flores,
Precediendo á la turba , que galana
Revolaba de aligeros amores ;
Y los dos pastorcillos alternando,
Así cantaron con acento blando :

ARGIRO.

Aman la fresca yerba los corderos
Y la abeja libar los romerales ;
Aman por la llanada y los oteros
Retozones triscar los recentales ;
Ama el feliz Anfriso los luceros
Contemplar de su Clori celestiales :
Yo empero consagré todo mi afecto
Al amigo entre todos predilecto.

PALEMON.

Dulce es en las tinieblas claro lampo ;
Que descubre al zagal su caserío ;
Dulce al colono enriquecido campo
De doradas espigas en estío ;

Dulce á Filis ladrido de Melampo,
 Á quien sigue Damon con el cabrio:
 Mas á mi corazon es muy grato
 Del fiel Argiro el apacible trato.

ARGIRO.

Triste en la soledad es noche oscura,
 En que niegan su lumbre las estrellas;
 Triste del aquilon ráfaga impura,
 Que tala del vergel las flores bellas;
 Triste á jóven pastor en la llanura
 Pisar de lobo las recientes huellas;
 Y para mí mas triste sin mi amigo
 Cruzar cañadas, cuando el ható sigo.

PALEMON.

Llora labriego al ver la lozania
 Ajada de sus árboles frutales;
 Llora amante zagal, si escarcha fria
 Los capullos quemó de los rosales;
 Llora jóven serrana por la umbria
 Al rugir los furiosos vendabales;
 Y Palemon inconsolable llora,
 Cuando en la aldea sin Argiro mora.

ARGIRO.

Por mas que bulla la festiva danza
 En el cerrado soto de lentiscos;
 Por mas que resonando la alabanza
 De la campestre vida en los apriscos;

Los cantares de gozo y bienandanza
 Consigan alegrar los duros riscos ;
 Si al caro Palemon no ven mis ojos ,
 Siento en vez de placer, tedio y enojos.

PALEMON.

De rosas y de mirto apenas mayo,
 La rubia sien orlada, se aproxima,
 De su primer aurora al bello rayo,
 Que los áridos campos reanima ;
 Se despoja de hielos el Moncayo,
 Y viste de verdor su yerta cima :
 El gozo de mi pecho así amanece,
 Cuando Argiro á mi vista comparece.

ARGIRO.

Las márgenes del Ebro cristalino
 Ven volar apacible mi existencia,
 Desde que al espirar el buen Alcino
 En la edad me legó de la inocencia
 El rabel melodioso ; don divino
 Que del Cielo bendijo la elemencia ;
 Mas mi rabel yo romperé de grado
 Antes que separarme de tu lado.

PALEMON.

Como queda sin madre el corzo tierno,
 Palemon con tu ausencia quedaria,
 Pues la fiel amistad en lazo eterno
 A tu vida feliz unió la mia.

Ojalá en premio del amor fraterno ,
 Feneciendo los dos un mismo día ,
 Nos cobije á la vez sencilla piedra ,
 De flores coronados y de hiedra .

POETA.

Así con dulce avena los zagaes
 Celebraron su dicha en la dehesa ,
 Y del Ebro sonoro á los raudales
 Conducian la grey á toda priesa ;
 Que ya de su fulgor haciendo alarde ,
 Resplandecia el astro de la tarde .

El Crítico y el Poeta.

EPIGRAMA.

(IMITACION DE UN DISTICO LATINO.)

De flores vive el Poeta ,
 Como abeja por abril ,
 Que en aromoso pensil
 Entre el jazmin y violeta ;
 Disfruta delicias mil .

Su placer en otra cosa
 El Crítico solo halla ;
 Y es, cual mosea fastidiosa ,
 Que suele chupar golosa
 Lo que se sabe y se calla .

Al nacimiento del Señor.

POESÍAS SACRAS.

DEDICADAS AL EXCMO. SR. DUQUE DE MEDINACELI.

• Vistióse el Hijo Eterno mortal velo;
 • La pequeña Belen le vió nacido. •

QUEVEDO.

CÁNTICO.Voz 1.^a

¡Qué luz sobrehumana
 Comienza á nacer
 Dorando tus montes,
 Humilde Belen!

Voz 2.^a

De nuestro hemisferio
 Por la redondez,
 Su manto la noche
 Tiende á su placer.

Voz 1.^a

Mas allí un sol nuevo
 Radiante se vé,
 Que ostenta sus rayos
 Y fúlgido tren.

Voz 2.^a

Mil ángeles bellos
 Revuelan do quier,
 Y nubes de gloria
 Les son escabel.

Voz 1.^a

Sus doradas plumas
 La esfera al romper,
 Agitadas mueven,
 Sonoro tropel.

Voz 2.^a

Y cantan mil himnos,
 Que el supremo bien
 De la paz anuncian
 Á la humana grey.

Voz 1.^a

Cumplió sus promesas
 El Dios de Israel.

Voz 2.^a

Floreció la humilde
 Raiz de Jesé.

Voz 1.^a

Judá venturosa,
Adora á tu rey.

Voz 3.^a

Yacia entre cadenas/aherrojado,
Horrible rebramando de despecho,
El sanguinario Genio de la guerra,
En mil piezas desecho
El carro funeral, donde sentado
De confin á confin turbó la tierra;
En tanto que la Paz su dulce imperio
Del ocaso estendia hasta la aurora,
Mas rápida que el sol un hemisferio
Con su luz ilumina encantadora;
Cuando reluce el dia del consuelo,
Y el Hijo del Eterno, iris divino,
Aparece en el suelo,
Dando segura muestra
De que la armada diestra
De Jehová irritado, ya indulgente
Depuso el rayo ardiente,
Raza de Adan, un tiempo aborrecida,
Celebra ufana tu felice suerte;
Por fin hoy nace, para darte vida,
El vencedor glorioso de la muerte.
Oyó los votos de su pueblo amado
Compasivo el Señor. Cuarenta siglos
Gimió Israel por el primer pecado
En áspero destierro;

Lejos del suspirado paraíso,
 Do primavera perennal florece.
 Mas el Adán segundo,
 El gran Libertador ya comparece,
 Por cuyo triunfo quedarán abiertas
 Las eternas puertas,
 Que cerraron inmóviles su entrada.
 Allí el linage humano,
 De su vil servidumbre redimido,
 Contemplará las grandes maravillas,
 Que sabia ostenta del Señor la mano.
 El que hoy encubren cándidos eendales,
 Como sol de justicia refulgente
 Al desplegar sus rayos celestiales,
 Dejará para siempre confundido
 Al tirano inclemente,
 Con todas las escuadras desleales,
 Su despótico cetro ya rompido,
 Que oprime agora ponderoso al mundo.
 Ya el seno mas profundo
 Abierto está del pavoroso averno,
 Do sepultado el mónstruo
 Gemirá en alarido sempiterno
 Al férreo crugir de cien cadenas.
 Estirpe de Jacob, el aura pura
 Respira de salud y de ventura,
 Pues ya finaron tus amargas penas.

Voz 4.^a

Feliz hora en que el Verbo
 Por su amor infinito,
 Segun estaba escrito

Aparece en Belen.

En pasmo reverente
Lo adora mudo el suelo,
Y á los hombres el Cielo
Tributa el parabien.

CORO.

Solo tú, Jesus benigno,
Mereciste ser el digno
De adquirir el heredage
Para el humano linage,
De la patria celestial.

Dejando el sublime asiento
Del fúlgido firmamento,
Hoy la tierra es tu morada,
Do tu alteza se anonada,
Tomando cuerpo mortal.

Al alma santa.

Alma, que del dulce esposo
Buscas la sagrada huella,
¿Por qué tus ojos embarga
El sueño de la pereza?
La aurora de tu ventura
Amaneciò tan risueña,
Como la luz, que los campos
De Eden argentó primera.
Ese funesto beleño
De tus párpados aleja,
Si dichosa ver colmadas
Tus esperanzas deseas.
De la tímida paloma,

Símbolo de la inocencia,
Las alas toma veloces,
Y á Belen rápida vuela.
Allí con abiertos brazos
Tu esposo divino espera,
Y con suspiros te llama,
Y con lágrimas te ruega.
Ni el frío, ni el desamparo,
Ni el duro lecho le aquejan,
Como tu ingrato desvío,
Como tu helada tibieza.
La desnudez, los rigores
Del rudo invierno tolera,
Porque tú puedas un día
Vestirte de gloria eterna.
Los vagidos, que despide,
Su humanidad manifiestan,
Mientras mil y mil portentos
Publican su omnipotencia.
Hermon de verdor se cubre,
Su curso el Jordan enfrena,
Los astros su brillo acrecen,
Salta de placer la tierra.
Los ángeles revolando
En torno al infante cercan,
Y su mansedumbre cantan,
Y su magestad celebran.
Los pastorcillos alegres
Abandonan sus ovejas,
Por admirar sus encantos
Y adorarle á competencia.
Todo es paz, júbilo todo,
Todo placer, todo fiesta;

En un remedo del cielo
 Se transformó aquella aldea.
 ¿Qué te detiene, alma santa?
 A imitación del Profeta,
 Despójate del calzado
 De tus pasiones terrenas.
 Herida como la esposa
 Por el amor, corre, llega
 Al portal abandonado,
 Que al Rey de la paz alberga.
 Y con abrasada boca,
 En sus plantas de azucena
 Imprime el ósculo tierno,
 Que tanto Jesús anhela.

Jesús al alma.

ODA.

Ven, dulce esposa,
 Ven al pesebre,
 Que á mi grandeza
 Sirve de albergue.
 Ya el amor mio
 Sufrir no puede,
 Que la tibieza
 Tu pecho hiele.
 Ven, como el ciervo
 Corre á la fuente,
 Cuando la flecha
 Cruda le hiere.
 Y no con rayos
 Rasgando el éter,
 Magestüoso

Hallarme esperes :
Ni estremeciendo
La tierra feble
Con mi carroza ,
Que el viento impele ;
Cual de pavura
Me vió otras veces
Sobrecogido
Sina eminente ,
Cuando á mi pueblo
Dictaba leyes ,
Ó ardia en saña
Contra el rebelde.
Mi poderío
Omnipotente ,
Que de los cielos
Los altos ejes ,
Cual leve arista
Firme sostiene ,
Hoy con tu carne
Se unió por siempre.
Bajé á la tierra ,
Para que vuelas
A la sublime
Sion celeste.
Humilde niño ,
Te espero alegre ,
Porque sin miedo
Á mi te llegues.
Pues , alma santa ,
¿ Qué te detiene ?
De amor tu esposo
Por tí se muere.

Afectos del alma.**HIMNO.**

Mi bien, mi dulce esposo,
 ¿Y por el suelo yaces,
 Al anunciar las paces
 Con Dios y el pecador?
 Confusa y humillada
 En el polvo mi frente,
 Te adoro reverente,
 Divino Salvador.

¡Por qué, por qué no puedo
 Ofrecer noche y día,
 La santa melodía
 Del puro Serafin!
 ¡Oh! si prestas oídos
 A mi ferviente ruego,
 Inflamada en tu fuego
 Te alabaré sin fin.

¿No sirve el firmamento
 De escabel á tus huellas,
 Y das á las estrellas
 Perenne resplandor?

¿No cubres tú de gloria
 Los ángeles del Cielo,
 Y matizas el suelo
 De flores y verdor?

¿Pues cómo yo te veo
 Envuelto en carne humana,

Imágen soberana
Del Padre celestial?

Pasmada al contemplarte
Se postre la natura,
Y rinda oblacion pura
El coro angelical.

Bendito el amor tierno
Que en tu pecho se abriga,
Y ardoroso te obliga
Á tanta humillacion.
¿Cómo, increado Verbo,
Cómo en lo sucesivo,
Alzarse podrá altivo
Del hombre el corazon?

Mi buen Jesus, tu nombre
Dulce, augusto, divino,
Retumbe de continuo
Cual nombre de salud.

«Jesus» el Cielo suene,
«Jesus» la tierra clame,
Y el infierno proclame
Su celeste virtud.

Venturosa caida
Del padre primitivo,
Hoy causa de tu arribo
Al valle del dolor.

Díonos Adan la muerte;
Mas á ti, Adan segundo,
Te plugo ser del mundo
Feliz reparador.

Oda.

Con ardoroso anhelo
 Busque el ciego mortal la plata y oro,
 Mientras yo me desvelo
 Por ti, Jesus, mi celestial tesoro.

Ni la misma pobreza
 Puede encubrir de miseras mantillas
 Tu soberana alteza,
 Pues como el sol entre celages brillas.

Oh dulce Jesus mio,
 Un albergue te acoge desechado,
 Donde al rigor del frio,
 Como débil mortal tiembblas helado.

¿Por qué, esposo benigno,
 No te puede ofrecer mi triste pecho
 Asilo muy mas digno,
 Que tan cruel desabrigado lecho?

Escucha en desagravio
 De ese abandono la plegaria mia,
 Y exclamará mi labio:
 «Poseo el sumo bien que apetecia.»

Sí: desde este momento
 A Dios el brillo seductor del mundo,
 Como á la niebla el viento
 Lo disipe el olvido mas profundo.

De tu amor inefable,
 Prisionera feliz tu dulce esposa,
 ¡ Oh dicha incomparable!
 A tus divinos pies vive y reposa.

Como el cedro gallardo
 Del solitario Libano en la altura,
 Mira al rastrero cardo
 Ocultarse humillado en la espesura ;

Ó cual muestra el Carmelo
 Entre colinas la gentil cabeza ;
 Así, gloria del Cielo,
 Sobresale entre todas tu belleza.

¿ A quién, á quién no hechiza
 La risa de tus labios celestiales,
 Cuando ella patentiza
 El perdon á los míseros mortales?

¡ Qué süave es el fuego
 De tu entrañable amor ! Ries ó lloras,
 Si á contemplarte llego,
 Siempre, divino esposo, me enamoras.

Salvador de mi vida,
 ¡ Cuándo, cuándo feliz podré yo verte
 En la patria querida,
 Sin el fatal peligro de perderte!

La cárcel tenebrosa
 Ábrase de mi cuerpo en este día,
 Y por siempre tu esposa
 Vivirá en tu adorable compañía.



Sentimiento sincero de una viuda.

CUENTO.

Una viuda inconsolable
 Bañaba con tierno lloro,
 El cadáver aun caliente
 De su malogrado esposo.
 De los pies á la cabeza
 Envuelta en negros adornos,
 La pálida faz caída,
 Y el cabello por los hombros,
 Á la Imagen recordaba,
 Que al pié del sagrado tronco
 Su soledad y amargura
 Deplora en triste abandono.
 Ya alzaba al Cielo las palmas
 En ademán religioso,
 Pareciendo demandarle
 Su ya perdido tesoro.
 Ó ya á la muerte invocaba,
 Pidiéndole con mil votos,
 Que completase el estrago,
 Saciando en ella su encono.
 Ya tal vez, cual muda estátua,
 Fijos en tierra los ojos,
 Quedaba en alto silencio,
 Cual embargada de asombro.
 Por fin, tras la calma aquella,
 Que duraba instantes cortos,
 Ahogábase la cuitada
 Con tanto y tanto sollozo.
 No dió la reina Artemisa

Gemidos tan dolorosos ,
 Cuando perdió para siempre
 Á su adorado Mausolo.
 Ni la que vió á su poeta
 Partir desterrado al Ponto ,
 Asi penó cuando el triste
 Dijo á Dios al Capitolio.
 Ni la misma Cleopátra
 Hizo extremos tan furiosos ,
 Al espirar en sus brazos
 El infeliz Marco Antonio.
 Mas al sonar á la puerta
 El monótono responso
 Del respetable cabildo ,
 Que venia al mortüorio ,
 Mientras las graves campanas
 Con su clamoreo ronco
 Ya llamaban al difunto
 A la mansion del reposo ;
 Entonces.... ¡ Desventurada !
 Entonces fueron los lloros ,
 El mesarse los cabellos ,
 El desfigurarse el rostro.
 Entonces fué el entregarse
 Á su dolor sin rebozo ,
 El correr desatentada ,
 El morirse entre soponcios.
 « Á Dios, repetia á gritos ,
 « Á Dios, querido Teodoro ,
 « Á Dios, mitad de mi alma ,
 « Mi amor , mi vida, mi todo.
 « ¿ Cómo te vas y me dejas ,
 « Habiendo sido nosotros

«Hasta el presente, dos cuerpos
 «Con un corazon tan solo?
 «¿Quién, en mi viudez amarga,
 «Será de mi casa el gozo,
 «La alegría en mis tristezas,
 «El iris de mis enojos?
 «¡Ah! Teodoro, ¡ah! dueño mio,
 «Yo me quedo sin tu apoyo,
 «Cual corderillo sin madre,
 «Como tierna vid sin olmo.
 «Yo quedo sola en el mundo!...
 «Mas ¿qué digo? Pronto, pronto
 «Nos cobijará el sepulcro
 «Reunidos y dichosos.»

Tan entrañables lamentos
 Escuchaba, muy absorto
 De admiracion y de pena,
 Cierta compasivo mozo.
 Polluelo pintiparado,
 Por lo cándido y bisoño,
 Para erguirse al primer vuelo
 Con las infulas de novio.
 Sabía bien que la dama
 No contaba treinta agostos,
 Que era rica, y del difunto
 No le quedaban pimpollos.
 Se acerca pues mesurado,
 Y le dice de este modo:
 «Señora, el dolor es justo
 «En trance tan lastimoso.
 «Pérdida fué irreparable
 «La del señor Don Teodoro
 «Por sus virtudes, que ensalza

«El pueblo con mil encomios.
 «Siendo el noble caballero
 «Vuestro dignísimo esposo,
 «Que derrameis no me admira
 «De lágrimas dos arroyos.
 «Mas considerad, señora,
 «Que es un tributo forzoso,
 «Por el mismo Dios impuesto,
 «Y lo deben pagar todos.
 «El fatal golpe está dado,
 «Y es preciso evitar otro
 «Con la prudencia cristiana,
 «Que recomiendan los doctos.
 «Desechad, buena señora,
 «Un pensamiento horroroso,
 «Que en mi juicio, es manifiesta
 «Asechanza del demonio.
 «Ademas, vuestros pesares
 «Amainarán poco á poco,
 «Cual tras deshecha tormenta
 «Lucen los rayos de Apolo.
 «Vuestros floridos abriles,
 «Vuestro mérito precioso,
 «Hallarán ciento, que enjuguen
 «El llanto de vuestros ojos.
 «Yo no merezco, señora...
 «Mas no es este dia propio
 «Para indicar pretensiones
 «De un segundo matrimonio.»
 Y respondió la viudita:
 «Razon teneis, Don Liborio;
 «Volved sin falta mañana,
 «Y se arreglará el negocio.»



A Dello.

LA DESPEDIDA.

(Vitoria: diciembre de 1857).

Por fin ¡ay! decretó la Providencia
 Tu partida fatal, amigo caro,
 Y llega ya el momento doloroso
 De separarte de mis tiernos brazos.
 Ni mis palmas al Cielo levantadas,
 Ni mis ojos en lágrimas bañados,
 Ni mis humildes y continos votos
 Detuvieron su curso al tiempo raudo.
 Ya asoma triste, pálido, sombrío
 Mi pena con su luto, acompañando
 El sol, que en su cenit ha de alumbrarte
 Allá en las vegas del confin lejano.
 Dichoso tú, dichoso tú mil veces,
 Que dejas estos sitios malhadados,
 Palestra de pasiones enconadas,
 De la guerra civil fiero teätro.
 En estos valles, do sonó algun día
 Del rui señor el apacible canto,
 Retumba hoy del cañon el eco bronco,
 Desolacion y ruinas anunciando.
 Como en oscura y tempestuosa noche
 El deslumbrante resplandor del rayo
 Ilumina la bóveda celeste
 Desde el oriente al contrapuesto ocaso,
 Cundió la llama de la atroz discordia
 En el misero suelo vascongado,

Despareciendo al pavoroso brillo
 El amor y la paz, vertiendo llanto.
 Para atajar el destructor incendio,
 Rios de sangre ibera derramados
 Fueron, cual débil gota de rocío
 Contra volcan, que hierve rebramando.
 Contempla las montañas convecinas,
 El bosque umbrío, los incultos llanos,
 Todos, todos ¡oh Dios! de humanos huesos
 Á la vista aparecen blanqueados.
 Mira las aguas, que el pais fecundan:
 El Vidasoa, el Deva, el Abendaño,
 Todos enrojecidos nuestras lides
 Al mar publican con murmullo infando.
 ¿Cuál será la colina que no ofrezca
 Recuerdos melancólicos y aciagos?
 Todas son monumentos de la muerte,
 Pues todas fueron de batalla campo.
 Con lastimeros ayes, moribunda
 La madre Patria se querella en vano:
 De la venganza empero los rugidos
 No permiten oír su lloro amargo.
 Huye, querido amigo, sin demora
 De la tierra, que mira el Cielo airado,
 Ya que no te condena á ser en ella
 Víctima, cual á mí, de pesar tanto.
 Vuela á gozar de tu inefable dicha
 En las amenas márgenes del Dauro,
 Donde te espera tu amoroso padre
 Con los amigos de tus tiernos años.
 La divina virtud allí conserva
 Indeleble en los ánimos grabado
 El fraternal amor, que es quien tan solo

Distingue al racional del leopardo.
 ¡Venturoso pais! Allí se abrazan
 El tierno padre con el hijo amado,
 El amigo leal con el amigo,
 El hermano cordial con el hermano.
 ¡Venturoso pais!... No así este suelo.
 Maldicion, maldicion al temerario,
 Que de la desunion proclamó el grito,
 Adormidas pasiones despertando.
 Desde entonces las cántabras provincias
 Han sido de fiereza anfiteatro,
 Donde en funesta lid los españoles
 Destrózanse cual tigres sanguinarios.
 De tan horrible escena, Delio mio,
 Te separas feliz. ¡Por qué á tu lado
 No puedo vivir yo, donde se estrechan
 La paz y la justicia en fuerte lazo?
 Ricos en la dorada mediania,
 Muy mas que el opulento cortesano,
 Voláran apacibles nuestras horas,
 Cual arroyuelo que serpea manso.
 Entonces liberal naturaleza
 Te ofrecería sus preciosos cuadros,
 Que trasladar y embellecer á un tiempo
 Con tu pincel sabrias delicado.
 ¡Ilusiones fantásticas, que forma
 De la tierna amistad el entusiasmo,
 Y cual ensueño leve y lisonjero,
 Se disipan de amante desgraciado!
 Tú partes, dulce amigo: con tu ausencia
 Déjame sin consuelo, solitario,
 Sin una mano que benigna enjague
 Mis tristes ojos, de llorar cansados.

Solo tú, Delio mio, que conoces
 De la amistad los mágicos encantos,
 Solo tú entender puedes cuanto calla,
 Al perderte, el silencio de mi labio.
 Á Dios, amigo, á Dios; las ruedas suenan,
 Y á desprenderte vas de mi regazo;
 Feliz yo, si los cielos de aquí lejos
 Te vuelven pronto á mi ternura salvo.

—*—

Clemencia Isaura.

TRADUCCION DE FLORIAN

DEDICADA

á la jóven y distinguida poetisa Doña Dolores Cabrera y Heredia.

Allá en Tolosa vivia
 Clemencia Isaura la bella;
 Lautrec penaba por ella,
 Y al jóven correspondia
 La apasionada doncella.
 Mas sus padres inflexibles
 Reprobaban este amor:
 Siempre tamaño rigor
 Sufren las almas sensibles,
 Nacidas para el dolor.
 Alfonso, padre cruel,
 Daba á Clemencia otro esposo;
 Y humilde á los pies de aquel
 Con acento doloroso

Decia la amante fiel :

« Tu cólera inmerecida

« Verá pronto fenecida

« Mi existencia de afliccion :

« Oh padre , tuya es mi vida ,

« De Lautrec mi corazon . »

El viejo , á quien la venganza

Mueve mas que la ternura ,

Á la jóven sin ventura ,

Cargada de hierros , lanza

En una cárcel oscura .

Lautrec , que excita su saña ,

Fijo al pié del torreón ,

Con sus lágrimas lo baña ;

Cual rui señor , que acompaña

Á su amada en la prision .

Oyendo en noche sombría

Del tierno amante la voz ,

La prisionera corria

Hácia las rejas veloz ,

Y sollozando decia :

« Calma , amor mio , tus penas ,

« Que acrecen estas almenas ,

« Y nunca dudes de mí :

« ¿ Qué me importan las cadenas ,

« Si las arrastro por tí ?

« Sea en tan oscuro abismo

« La esperanza nuestro norte :

« Vé de Felipe á la corte ,

« Quizá al saber tu heroismo ,

« Nos patrocine y conorte .

« Este ramo de tristeza

« Recibe por despedida :

« Él es la sola fineza,
 « Que en su abandono y pobreza
 « Puede ofrecer tu querida.

« La viola me dió el color ;
 « La humilde mosqueta es
 « Mi mas apreciada flor ;
 « Y en la caléndula ves
 « Retratado mi dolor.

« Con mis besos y mi lloro
 « Empapadas estas flores,
 « Que son mi solo tesoro,
 « Recuerden al bien, que adoro,
 « Nuestros fatales amores. »

Mas ¡ ay ! Alfonso aparece,
 Cuando la doncella ofrece
 El ramillete al amante ;
 Y con paso vacilante
 El jóven desaparece.

Esperando tornar luego,
 De París toma el camino,
 Exhalando de continuo
 En sus gemidos de fuego
 De Isaura el nombre divino.

Bien pronto el rumor de guerra,
 Sonando de sierra en sierra,
 Sus oidos viene á herir ;
 Pues ya empezó á combatir
 El campeon de Inglaterra.

Lautrec á la lid gloriosa
 Desalado retrocede,
 Cuando vé, que de Tolosa
 La hueste mas valerosa
 Ante el enemigo cede.

Un caballero resiste,
 Que á perecer va al instante:
 El padre de Isaura triste,
 En cuyo auxilio el amante
 Al fiero contrario embiste.

Escuda y salva al anciano
 Lautrec con su cuerpo mismo;
 Mas lo hiere cruda mano,
 Cuando al vencedor britano
 Rechazaba su heroismo.

La herida ¡oh Dios! es mortal,
 Y en el campo del honor
 Su aliento exhala vital,
 Al viejo, autor de su mal,
 Diciendo así con dolor:

«Cruel padre de Clemencia,
 «Tu constante resistencia
 «La bendicion me negó:
 «Mira, cual me vengo yo...
 «Muero, y salvo tu existencia.

«Pues ves que infeliz espiro,
 «Oye mi súplica al menos,
 «Y á Isaura, por quien deliro,
 «Vuelve sus dias serenos,
 «Lleva mi postrer suspiro.

«Con sangre de mis heridas
 «Dale esas flores teñidas,
 «Que fueron ¡ay! mi embeleso:
 «Mas deja que húmedecidas
 «Sean con mi último beso.»

Diciendo así falleció.
 Tras pasado de amargura
 El ramo Alfonso tomó,

Y á participar marchó
 Á su hija tal desventura.

Poco despues la cuitada
 Del dolor atormentada,
 Viendo su funesta suerte,
 El testamento de muerte
 Escribió con mano helada:

Mandando recompensar
 Cada año con las tres flores
 Á los dignos trovadores,
 Que supieran lamentar
 Tan desgraciados amores.

Porque de oro el premio fuera,
 Legó bienes de fortuna;
 Y sin omision alguna
 Cumple su manda postrera
 Tolosa, que fué su cuna.



La lectura de las cartas.

CUENTO.

Á un alcalde de montera, —
 Que no sabia leer,
 Cartas entregó en la calle
 Un escolar de Jerez.
 Las abrió al punto muy serio,
 Y comenzó al parecer
 Á enterarse del escrito
 Con la mayor avidez.
 El portador entretanto

Separábase cortés
 Diez pasos; lo suficiente
 Para acercarse á un tonel.
 Y apenas con un azumbre
 Hubo calmado la sed,
 Se fué acercando al alcalde,
 Respetuoso ya se vé.
 Á pesar de sus estudios,
 Tuvo la gran candidez
 De indicarle que leía
 Cabeza abajo el papel.
 No desconcertó al lector,
 Que dijo con altivez:
 «En verdad, que no tenia
 «Por tan ignorante á usted.
 «Vaya un reparo importuno:
 «Sepa el señor Bachiller,
 «Y cuide no acreditarse
 «De majadero otra vez,
 «Que lectores como yo
 «Vemos las letras muy bien,
 «Hora se hallen al derecho,
 «Hora se hallen al revés.»
 Contestóle el estudiante:
 — «Perdóneme su merced;
 «Como yo siempre he leído
 «Desde mi tierna niñez....
 — «Basta, interrumpió el alcalde,
 «Calmada un tanto su hiel:
 «Basta de palabrería,
 «Que sois hablador á fé:
 «Y callais lo mas urgente;
 «Pues no me habeis dicho quien

«Os entregó estos escritos ,
 «Que me interesan pardiez. »
 El mancebo respondióle
 Riendo á mas no poder :
 —«Tiró el diablo de la manta ,
 «Y se descubrió el pastel.
 «Señor lector consumado ,
 «Mirad la firma , esta es ;
 «Y dadme vuestro permiso ,
 «Pues voy de nuevo á beber. »

—*—

La golondrina.

(TRADUCCION DE GROSSE.)

CANCION.

Avecilla solitaria ,
 Que en el corredor te meces ,
 Esa fúnebre plegaria
 Repitiendo tantas veces ;
 En tu lengua peregrina ,
 ¿Qué me dices , golondrina ?
 En doloroso retiro ,
 Por tu esposo abandonada ,
 ¿Lloras cuando yo suspiro ,
 Huérfana desconsolada ?
 En tu lengua peregrina
 Laméntate , golondrina.

Con hado menos aciago,
 Tú al menos alzas el vuelo,
 Recorres el monte y lago,
 Fiando al aire tu duelo,
 Y en tu lengua peregrina
 Dices tu afan, golondrina.
 ¡Oh! si yo.... mas no es posible,
 Pues vivo en cárcel oscura,
 Que el sol no halaga apacible,
 Ni del aura la frescura,
 Y apenas mi voz mezquina
 Á ti llega, oh golondrina.

El setiembre se aproxima,
 Y á dejarme te dispones;
 Tú podrás en otro clima
 Saludar nuevas regiones.
 En tu lengua peregrina,
 Venturosa golondrina.

Yo empero todos los dias,
 Sin que interrumpen mi llanto
 La nieve y escarchas frias,
 Escuchar creeré aquel canto,
 Con que en lengua peregrina
 Me acompañas, golondrina.

Al ver en la primavera
 Una Cruz en este suelo
 Acércate pláñidera
 Con respetuoso vuelo,
 Y en tu lengua peregrina
 Dame un á Dios, golondrina.

El sastre galante.

o EPIGRAMA 1.º

Cosía el maestro Ruiz
 En la casa de Don Bruno;
 Y la moza Beatriz,
 Al servir el desayuno,
 Preguntaba al aprendiz:
 «¿Qué os acomoda, mancebo,
 «Chocolate, leche ó huevo?»
 — «De unas manos tan preciosas,
 «Contestó, nada repruebo;
 «Podeis darme.... las tres cosas.»

EPIGRAMA 2.º

Pedraza, famoso reo,
 Iba al cadalso con grillos;
 Y los curiosos chiquillos
 Tanto corrían, que creo
 No era muy fácil seguillos.
 Lleno de bondad Pedraza
 Dijo á la turba modesta:
 «Niños, tened mas cachaza;
 «Que hasta llegar yo á la plaza,
 «No comenzará la fiesta.»

EPIGRAMA 3.º

Daban á cierto casado
 El parabien mas cumplido,
 Y él exclamó sorprendido :
 « ¡ Habré por dicha enviudado ! »

**Matrimonio igual.**

EPIGRAMA 4.º

¡ Vaya un raro matrimonio !
 Hoy casó el soldado Antonio
 Con la gibosa Camila ;
 Y los dos en patrimonio
 Llevan lo mismo.... mochila.



EPIGRAMA 5.º

Doña Tecla de Albarado
 Pedia á Dios de contino,
 Que volviera á buen camino
 Á su esposo estraviado.
 Á poco murió el marido,
 Y ella exclamó con fervor ;
 « Bendito sea el Señor,
 « Que me dá mas que le pido. »



Un caso de conciencia.

EPIGRAMA 6.º

Un obispo singular,
 Dijo al cura marrullero
 De pobrísimo lugar:
 «¿Se podría bautizar
 «Con el caldo del puchero?»
 Y el cura le respondía:
 «Con caldo de la olla mía
 «No encuentro dificultad,
 «Con el de su Señoría,
 «Jesus, qué temeridad!»

A Blas.

EPIGRAMA 7.º

Versos haciendo y mas versos
 Prosigue, Blas, con ardor,
 Aunque severo censor
 Los llame quizá perversos.
 Que al fin has de merecer
 De trovador el renombre;
 ¿Y sabes cuándo, buen hombre?
 Cuando vuelvas á nacer.

A una vieja, que ocultaba su edad.**EPIGRAMA 8.º**

Treinta años de su edad vaya que está
 Empeñada en quitarse Doña Rita :
 Pero por Dios que nadie la creerá,
 Si su cara de momia no se quita.

De los versos de Blas.**EPIGRAMA 9.º**

Una cestilla de brevas
 Por sus odas á Blas dieron :
 Si el premio no fué gran cosa,
 Menos valian sus versos.

De un Predicador.**EPIGRAMA 10.**

De la oracion en el huerto
 Hoy predicó el doctor Bruno,
 Y se perdió tantas veces,
 Que sangre sudó el concurso.

Riña y reconciliación.

EPIGRAMA 11.

Dos aguadores atroces
 Vi saludarse á porrazos,
 Y entre el tumulto y las voces
 Hacer los burros á coces
 Los cántaros mil pedazos.
 Al fin exclamó el mas viejo :
 « Por agua tal desatino ! »
 Y en el bodegon vecino
 Sentados en un pellejo,
 Firmaron la paz con vino.



EPIGRAMA 12.

De su mujer en la muerte
 Consolaban á un marido
 Muy sensible y abatido ;
 Y él decía de esta suerte,
 De importunos aburrido :
 « ¡ Cómo es posible tener
 « Consuelo en mi pena negra !
 « No lloro por mi mujer ;
 « Lloro, pese á Lucifer,
 « Porque está viva mi suegra. »



De la vida militar.

EPIGRAMA 13.

Viendo en cierto eremitorio
 Un cuadro del purgatorio,
 Se decian admirados
 Dos padres del oratorio:
 «¿Por qué no habrá en él soldados?»
 — «La causa es bien conocida,»
 Contestóles en seguida
 El corneta Baltasar;
 «Porque el pobre militar
 «Sufre el purgatorio en vida.»

**Del lauro de los Poetas.**

EPIGRAMA 14.

Es desgracia bien fatal,
 Que á sus alumnos Apolo
 Despues de la muerte solo
 Dispense el lauro inmortal.
 —Y antes del postrero dia
 Nunca le concede?—No.
 —Pues señor, no quiero yo
 Que adorne la frente mia.



Inapetencia de Anton.

EPIGRAMA 15.

Sentóse á comer Anton,
 Y devoró en un momento,
 Sardinass frescas? un ciento,
 Seis morcillas y un capon.
 Le sirven medio cabrito,
 Un cochinillo y un pavo,
 Y exclama Anton: — «Bravo, bravo!
 Se despierta mi apetito.»


El mudo.

EPIGRAMA 16.

A un marqués el otro dia
 Con voz limpia y grito agudo
 Mendigo escolar decia:
 «Limosna á los pies de Usia
 «Espera este pobre mudo.»
 Con sorpresa al estudiante
 Hubo el marqués de mirar,
 Pues le repitió el tunante:
 «¡Mudo!... Mas en este instante
 «La gazuza me hace hablar.»



A García.

EPIGRAMA 17.

Comprando está cada día
 García libros muy bellos,
 Y todos se sirven de ellos,
 Menos el mismo García.

EPIGRAMA 18.

Blas poetizó á una vieja,
 Mas fea que Satanás:
 La Dulcinea y los versos
 Han sido tal para cual.

EPIGRAMA 19.

So las manos inhumanas
 De cierto sayón barbero,
 Lágrimas un caballero
 Vertía como avellanas.

—«Quizá os lastime, Don Justo,»
 Decíale el rapador;
 Y contestó el buen señor,
 «Hombre, no: lloro de gusto.»

Traducción
del primer libro de la Poética latina
de Marcos Gerónimo Vida.

Hijas del canto, dadme que descubra
 Vuestras ocultas fuentes y misterios,
 Para formar desde su cuna al vate,
 Que en el verde Helicon fije su asiento.
 Al vate, que celebre los loores
 De los que habitan el Olimpo escelso,
 Ó á bravos capitanes encomiando,
 Grato lauro de honor ciña cual ellos.
 ¿Mas qué jóven, amante de la gloria,
 Osará, superior al vulgo necio,
 Á tan riscosa inaccesible cumbre
 Conmigo remontarse en rauda vuelo?
 ¿Quién, amables donceles, de vosotros
 Oir ansía el celestial acento
 Del coro virginal, á quien preside
 El rubio Númen de gentil cabello?
 Tú el primero te ofreces, oh Francisco,
 Delfin eselarecido, á quien su cetro
 La Francia fiará, cuando tu mano
 Pueda robusta sostener su peso.
 No desdeñes los números acordes,
 Que te dispensan eficaz consuelo,
 Cuando arrancado de tu cara patria,
 Cuando privado de tus fieles deudos,
 Con Henrique tu hermano allá en la márgen
 Del Manzanares gimes prisionero,
 Desde que con la fortuna su enemiga
 Lidió tu augusto padre cuerpo á cuerpo.

Mas enjuga tu llanto , hermoso niño ;
 Que pronto volverás al patrio suelo ,
 Riéndote benévola tu estrella ,
 Y terminado tan fatal destierro.
 Con gritos de placer y alegres vivas
 Verás entonces festejarte el pueblo ,
 Y los votos cumplir , que las matronas
 Por tu retorno humildes ofrecieron.
 Mientras aguardas tan dichoso dia ,
 Ven conmigo á los bosques del Permeso ,
 En donde , acompañado de las musas ,
 Conseguirás calmar tu desconsuelo.

Si objeto de la antigua poesia
 La religion y las deidades fueron ,
 Sus limites bien pronto se ensancharon ,
 Toda especie de asuntos admitiendo.
 Siempre fué de los metros el mas noble ,
 El que suelen llamar *heróico verso* ,
 Por celebrar con fuego y osadía
 La gloria de caudillos y guerreros.
 Lo enseñó en sus fatidicas respuestas ,
 Segun nuestros mayores lo creyeron ,
 Virgen sacerdotisa , dulce alumna (1)
 Del Dios erinado , que venera Delfos.

El modo de tratar cualquier Poema
 Estudia , oh escritor , en mis preceptos ,
 Y tus fuerzas midiendo , nunca empieces
 Composicion impropia de tu ingenio.
 La santa religion y nobles lauros
 De alta victoria , principal objeto

(1) Femonoes , que , segun Pausanias , fué la primer sacerdotisa del templo de Delfos , respondia en verso exámetro á los que consultaban el oráculo.—BATTEUX.

De mi enseñanza son , no menos útil ,
 Si espectáculos dar quieres al pueblo ;
 Ó bien suspiras con incauto jóven ,
 Á quien inflama el amoroso fuego ,
 Ó tal vez de Teócrito renuevas
 Las rústicas contiendas y lamentos.
 Para tu canto elige siempre temas ,
 Que fáciles te sean y halagüenos ,
 De antemano debiendo interesarte ,
 Y de tu aprobacion llevar el sello.
 Nunca admitas poéticos encargos ,
 Á no obligarte con mandato espreso
 Poderoso Mecenas ; si hay alguno ,
 Que ame la poesía en estos tiempos.
 Quanto por propia inspiracion nosotros
 Resolvemos cantar , es hacedero ;
 Mientras asuntos de eleccion agena
 Llenar no es dado á superior esfuerzo.
 Sé cauto en emprender obra difícil ,
 Aunque te inflame súbito deseo ,
 Ó entusiasmo ferviente , por mas grato
 Que te fuera tal vez darle comienzo.
 Su estension y detalles uno á uno
 Meditando á tus solas en silencio ,
 El mas maduro y detenido exámen
 Preceda hasta calmar tu ardor primero.
 Si por fin á la empresa te decides ,
 Antes que realices tu proyecto ,
 Procura atesorar caudal copioso
 De voces y escogidos pensamientos.
 Tan acertada prevision un dia
 Tus afanes hará mas llevaderos ,
 Y verás por tí mismo , que los vates

Deben mil cosas preparar con tiempo.
 Ideas nos ocurren distraidos,
 Que recordar en vano pretendemos,
 Pues al punto olvidadas, á la mente
 No las hace tornar el poder nuestro.
 Ni me disgusta aquel, que de un poema
 Cuando zanjar pretende los cimientos,
 De los antiguos clásicos autores
 Repasa día y noche los modelos:
 Solicito escritor, infatigable,
 Que fijo en su laudable pensamiento,
 Busca do quier auxilios, y realza
 El brillo y la riqueza de sus versos.
 Tambien útil será trazar en prosa
 Del poema ideado algun diseño,
 Con tanta exactitud, que al escribirlo,
 Pueda la pluma adelantar sin riesgo.
 Convida la ocasion á izar las velas,
 Y blando ríe el próspero momento
 De prescribir las reglas: mas la infancia
 Del futuro cantor es lo primero.
 Si no recibe educacion perfecta,
 Sin cultivar las musas con empeño
 Desde su tierna edad, nunca adornada
 Verá su frente de laurel eterno.
 No bien á desatar tímido empiece
 Su balbuciente lengua el rapazuelo,
 Que beba en raudal puro, y se aficione
 Á la ciencia de Pindaro y Orfeo,
 El mentor á enseñarle destinado
 El habla y los primeros rudimentos,
 Á su pronunciacion clara reuna
 De locucion correcta ser modelo.

El candoroso alumno así instruido
 No podrá incauto contraer defectos,
 Que después de raíz jamás podrían
 Desarraigar del arte los esfuerzos.
 Siempre me disgustaron los pedantes,
 Que el renombre de sabios pretendiendo,
 Emboban á los niños y á la plebe
 Con oscuras palabras sin concierto:
 Insensatos, que solo una sonrisa
 De compasión merecen y desprecio,
 Por ostentar que á la puericia enseñan
 Lo que en su estupidez nunca aprendieron.
 Al imbécil, que deja los cristales
 Del fugitivo y límpido arroyuelo,
 Por las hediondas aguas de un pantano,
 Se asemeja tal piara de maestros.
 En vez de adóctrinar á vate jóven,
 Yo los condenaría á dar preceptos
 Al morador de Escitia, ó á la gente
 Mas inculta y feroz del universo.

Ya por fin de la sacra poesía
 Penetre mi discípulo en el templo,
 Bañándose en las ondas de Castalia,
 Que de poeta infunden el ingenio.
 Al que del Mincio las amables musas
 En sus amenas márgenes mecieron,
 Cual á deidad venere, deseando
 Imitar algún día sus ejemplos.
 Admire su invención y su artificio,
 Llorando enternecido el fin adverso
 De la que en flor el Nùmen de la guerra
 Lozana juventud cortó severo.
 Con el rapaz Ascanio simpatice;

Y le inflamen vivisimos deseos
 Por indagar del misero Palante,
 Ó bien de Lauso el trágico suceso.
 Bañará con sus lágrimas el nombre
 De Eurialo arrancado al dulce seno
 De su madre infeliz; doncel gallardo,
 Que mueve á compasion frio y sangriento.

Los poetas latinos cuando estudie,
 Deberá manejar tambien los griegos;
 Sus floridos abrils consagrando
 Á entrambas lenguas con brioso aliento.
 Unas veces compare nuestro Eneas
 Con Aquiles fogoso, ó con el cuerdo
 Ulises vagabundo; imparcial otras
 Hará de los dos vates el cotejo.
 Mas préstame atencion, amable niño:
 Será preciso leas con recelo
 Escritos cien y cien, que Grecia y Roma
 Á los siglos futuros transmitieron.
 No para tí será tan ardua empresa
 Las obras comprender de los helenos,
 Entre quienes qual príncipe domina
 El cantor de Illión, el grande Homero.
 Mira á los otros, de imitarle ansiosos,
 Volar en alas de su ardiente fuego,
 Buscando en sus raudales de armonia
 Sublime inspiracion, hija del Genio.
 Venturosos mil veces los autores,
 Que en tan felices dias merecieron
 Existir y brillar: descuellan tanto
 Cuanto se acercan mas á tales tiempos.
 Oprobio á los poetas posteriores;
 Que de ignorancia abandonaron ciegos

Los mil vestigios, que dejó el de Esmirna
 En el camino de la gloria impresos.
 Cayó tan bello idioma en el abismo
 Del olvido fatal; y hasta sin cetro
 Los argólicos reyes lamentaron
 La pérdida funesta de su imperio.
 Consume al ciudadano la indigencia
 En clima extraño, de la Patria lejos,
 Y en tanto oprime el vencedor sus lares,
 Y deplora la Grecia el vilipendio.

Entre rústicos faunos comenzaron
 Nuestros mayores á cantar sus versos,
 Que de artificio faltos y cadencia
 De monte en monte repetía el eco.
 Á la griega poética guirnalda
 Intrépido aspirar osando Enio,
 Hizo despues en el inculto Lacio
 Retumbar de su trompa los acentos.
 Nuestros poetas estudiando entonces
 Los que naturaleza tiene envueltos
 En misteriosa oscuridad arcanos,
 Todo, todo en su afan lo embellecieron.
 De su rudeza informe ya purgada,
 Por tales grados remontó su vuelo
 La dulce poesia, hasta que al mundo
 Brilló del canto el hijo predilecto.
 Gloria sin fin al inmortal Virgilio,
 Que en la dichosa Italia apareciendo,
 Disipó las tinieblas de ignorancia,
 Cual sol radiante nubarrones densos.
 Él corrigió con vigorosa mano
 Del gusto deprabado los defectos,
 Y la delicadeza y elegancia

Supo crear con su feliz ingenio.
 Sus loores cantad, latinas Musas,
 Flores á manos llenas esparciendo
 Sobre la tumba sacra del poeta,
 Que los lauros eclipsa de los Griegos.
 Cantor sublime, sin rival, divino!
 La misma Grecia, que á los pies de Homero
 Lo adora cual á un Dios; al Mantüano
 Con asombro contempla y con respeto.

Dorado siglo, en que el ausonio idioma,
 De su esplendor llegando al apogéo,
 Ni ha lucido otra vez, ni repetirse
 Por desgracia verán los venideros.
 Despues de gloria tanta los Romanos,
 Degenerados ya de sus abuelos,
 Dejaron, que la noble poesía
 Su robustez perdiera y lucimiento.
 Un ingenio feliz desprecia el arte (1):
 Otro, el brillo aparente y el estruendo
 De las voces reune en su poema (2),
 Marcial y retumbante con esceso.
 De vana melodia enamorados (3)
 Buscan palabras de sentido incierto
 Otro y otro escritor. Por fin Apolo
 Abandonó de Italia el caro suelo.
 La invade en pos el bárbaro Lombardo,
 Y esclavizando al Tiber indefenso,
 Su lengua de oro olvidan los vencidos
 Del cruel opresor por el dialecto.
 La armonía del canto enmudecida,

(1) Ovidio.

(2) Lucano.

(3) Estacio y otros.

Solo negocios de interés plebeyo
 Los ánimos ocupan , dominados
 Por el afan de atesorar dinero.

Así yacía Italia , cuando vuelven
 Las musas otra vez como á su centro
 Por favor de los Médicis , que á Europa
 Consuelan de sus lides y sus duelos.
 De la asolada Grecia los desastres
 Á la augusta familia enternecieron ,
 Y temiendo fináran con su nombre
 Las altas glorias de los cultos Griegos ;
 Á mil doctos varones en Toscana
 Dispensan proteccion y acogimiento ,
 Para instruir los jóvenes alumnos
 De la alma paz en el amable seno.
 Tambien á las ciudades subyugadas
 Enviaron cien sabios , que á gran precio
 Adquirieran escritos y pinturas ,
 Que condenaba el vencedor al fuego.
 Y en intestina lid contra la patria
 Á príncipes llamamos extranjeros !
 Tal fué un dia la suerte de los vates ,
 Tal de la Poesía es el compendio.

Á Maron venerando como á un númen ,
 Por tu guia lo elige y tu maestro ,
 Y añadirás los vates de aquel siglo ,
 Si no llenáre él solo tus deseos.
 Sé muy cauto en leer otros autores ;
 Que tal curiosidad en un mancebo
 Pudiera ser fatal : formado el gusto ,
 Ya podrás estudiarlos con acierto.

Hora escuchadme , padres de familia ,
 Que buscáis un mentor : os aconsejo ,

Elíjais entre mil un literato,
 De inteligencia y de maduro seso,
 El entrañable afán debe animarle,
 Y la solicitud y amor paterno,
 Y así podrá celoso las funciones
 Ejercer de su noble ministerio.
 No atreviéndose el niño por sí mismo
 En sus fuerzas fiar; de auxilio ageno
 Al pié del alto Pindo necesita,
 Timido al ensayar su primer vuelo.
 Sin una mano amiga, que lo guie,
 Mil distracciones y pueriles juegos
 Lo apartarian de las dulces musas,
 Olvidando quizá su trato ameno.
 Así un apoyo al arbolillo débil
 Arrima previsór el jardinero,
 Y creciendo lozano y vigoroso,
 Desprecia las borrascas y los vientos.
 El preceptor procurará captarse
 De su jóven discípulo el afecto;
 Pues aborrece siempre los estudios
 El niño, que aborrece á sus maestros.
 Así al amable alumno de las musas,
 De sus dulces halagos inesperto,
 Ni disgustar podrá la poesía,
 Ni abandonarle el necesario aliento.
 El director de la inocencia debe
 Con templanza enseñar. Yo nunca apruebo
 El uso del azote, vil castigo,
 Propio tan solo del rebelde siervo.
 Evitad los insultos y amenazas,
 Que obligan á alejarse en rauda vuelo
 Á las doctas Pimpleas afligidas,

Por no oír de su alumno los lamentos.
 Así muere del niño el entusiasmo,
 Resiste comenzar ensayos nuevos,
 Y con la crueldad endurecido,
 Detesta el yugo, que le oprime fiero.
 Conoci un pedagogo, que sañudo
 Castigaba levisimos defectos,
 Sin que nunca los golpes y gemidos
 Dejáran de sonar en su colegio.
 Un día en que el berdugo de la infancia
 Mas desplegab su rencor violento
 Contra la turba tímida de niños,
 Atónitos y helados por el miedo;
 Por desgracia un rapaz, que entre los otros
 Sobresalia por su rostro bello,
 Habia sus lecciones olvidado,
 Embebido en pueriles pasatiempos.
 No bien advierte el preceptor bilioso
 Del jóven descuidado el menosprecio,
 Le reprende iracundo y le amenaza
 Con voz desapacible y torvo gesto.
 El rudo azote en su furor empuña,
 Y se lanza cruel contra el mancebo,
 Que cayó ante sus pies horrorizado,
 Extinguida la luz de sus luceros.
 Poco despues cuando segó la Parca
 Tan delicada flor: su fin funesto
 Las bellas del Eridano lloraron,
 Y por los montes cóncavos los ecos.
 No deben olvidar cuantos enseñan
 Del indignado Alcides el ejemplo;
 Discípulo feróz, que con la lira
 Dió muerte á Lino, su mentor severo.

De aplicacion empero cual dechados,
 Obedeced vosotros los preceptos
 Del que os instruye, jóvenes amables,
 La voluntad de grado sometiendo!

Si aspiras al honor con tus lecciones
 De formar un poeta, lo primero
 El amor de la gloria al niño inspira
 Con palabras de padre y aun con ruegos.
 Inflamado una vez por dicha tuya
 Su virgen corazon con este fuego,
 Verás como se avivan las centellas,
 Sin que tú les añadas nutrimento.
 Con cuánto afan se entregará al estudio!
 Le servirá el trabajo de recreo,
 Y al encontrar obstáculo difícil,
 Él sabrá redoblar su noble esfuerzo.
 El estímulo acrece las virtudes:
 Será pues acertado pensamiento,
 Que tu alumno combata: que rivales
 Debe hallar en sus dignos compañeros.
 Dorada aljaba, ó corredor caballo,
 De la lid ofrecido en justo premio,
 Aumentará su ardor, en sien agena
 Por no ver ostentarse el lauro bello.
 Á tan dulces estudios avezado,
 Serán todo su prez y su embeleso,
 Y de gloria al amor nunca insensible
 Se mostrará su generoso pecho.
 Ved los hijos, que padres despiadados
 Separan de poético liceo,
 Por dedicarlos á prosáicas artes,
 En su necia opinion, de mas provecho.
 Las fuentes bullidoras los alegran

Y de Tempe los valles pintorescos,
 Oportuna ocasion no bien se ofrece
 De poder contemplar tales objetos.
 Arde su fantasia acalorada ;
 Nada puede en el mundo contenerlos,
 Ni sería capaz violencia alguna
 De extinguir su pasion hácia los versos.
 Cuando vé las yeguas pacer libres
 Corcel fogoso, á quien sujeta el freno,
 En recobrar su libertad perdida
 Se empeña con indómito ardimiento.
 En vano, en vano vigoroso intenta
 Reprimir su impaciencia el caballero
 Con bocado cruel: el noble bruto
 Acrecienta su brio y sus esfuerzos.
 Aunque por fin desiste mal su grado,
 Sus ojos todavía vuelve inquietos
 Mil y mil veces á la grata selva,
 Con relinchos el monte ensordeciendo.
 Así la soledad del campo ansian
 Los que arrancados de las musas fueron,
 Para lograr en el fatal bullicio
 De espléndido palacio un triste empleo.
 Mas venturosos fueran habitando
 En Tivoli ó en Túsculo entre hielos,
 Espuestos á los ásperos rigores,
 De la honrosa pobreza compañeros.
 Aspiran otros con tenaz ahinco
 Al delfico laurel, de vates premio,
 Sin ver que siembran en estéril playa,
 Ó al mar se entregan, contrariando al viento.
 Al hábil preceptor será muy fácil
 En sus alumnos distinguir el genio ;

Pues quien poeta nace, desde niño
 Manifiesta del númen los destellos.
 Por sí mismo afanoso versifica,
 Al rival desafia con denuedo,
 Solícito consulta, y enloquece
 Cuando logra poético trofeo.
 Mas si le vencen, el dolor le aflige,
 Huye de sus amigos y sus deudos,
 Aborrecè la luz y ruboroso
 Las miradas evita del mäestro.
 En suma, hasta que logra vindicarse,
 El llanto corre de sus ojos bellos;
 Honroso llanto, que derrama solo
 Alumno de las musas predilecto.
 Pero nada esperéis del que á la gloria
 Mostrando un corazon como de hielo,
 Del preceptor es sordo á las palabras,
 Olvidando lecciones y consejos.
 Si en vergonzosa inercia está sumido,
 Y yacen sus espíritus groseros
 En la torpe inaccion; ¿la recompensa
 Recogerás con él de tus desvelos?
 El poeta precoz me desagrada,
 Por ser cual frutas, que sazona el tiempo
 Con anticipacion; jamás ofrecen
 Á sano paladar grato recreo.
 Al reir el otoño, ya del árbol
 Las encuentra caidas por el suelo,
 Y al verlas amarillas y sin jugo,
 Las pisan desdeñosos los viajeros.
 Cuando el niño se encuentre fatigado,
 Por via de solaz y esparcimiento
 Permitanle observar en la campiña

Las costumbres del rústico labriego,
 De cazador á guisa infatigable,
 Á los corzos persiga por los cerros,
 Ó lazos arme en oportuno sitio,
 Para prender á los incautos ciervos,
 Que no por eso dejará aquel día
 Volar inútil sin algun recuerdo
 Ofrecido á las musas, y robando
 Al ruido y al placer dulces momentos.
 En grata soledad, con tiernos himnos
 Celebrará en el bosque mas espeso
 Con la efusion de un alma candorosa
 Aquella augusta paz, aquel silencio.
 Así quedando un año sin cultivo,
 Reanima á la tierra vigor nuevo,
 Y mas feraz corona los afanes
 Del labrador al año venidero.
 Ya que naturaleza caprichosa
 No á todos adornó de igual talento,
 Deben abandonar la poesía
 Los que para poetas no nacieron.
 ¿Qué importa, que sus ánimos inflame
 Vehemente pasión por hacer versos,
 Si el alto Númen, que preside al canto,
 Con esquivo desden oye sus ruegos?
 Quizá podrán mas bien honrar el foro,
 La oprimida inocencia defendiendo;
 Ó de la natural filosofía
 Las causas indagar y los secretos.
 Bien que la educacion con el cultivo
 Dicta leyes á veces al ingenio,
 Y á la naturaleza, que se opone,
 Suelen vencer del arte los esfuerzos.

Evitará el mentor, que Amor domine
 Del incauto discípulo en el pecho,
 Hasta que pueda contrastar sus flechas,
 Ó de su yugo soportar el peso.
 Cuando en las venas de inesperto jóven
 Arde tan grato cuan fatal veneno,
 De su llama voraz á la violencia,
 Olvida los estudios y el Pernesio.
 Á sus ojos ofrece fascinados
 La fiel imágen de su dulce dueño
 Cupido sin cesar; ni le es posible
 Fijar la fantasía en otro objeto.
 En vano acuden sus amantes padres
 Del divino Esculapio á los remedios,
 La dolencia ignorando. Lentamente
 Mina sus dias amoroso incendio.
 Acendrado su gusto con los años,
 Y consagrado todo al Dios de Delos,
 No se contentará de los poetas
 Con adquirir cabal conocimiento.
 Estudiará afanoso los prosistas,
 Y aquí y allí noticias adquiriendo,
 Cual abeja será, que de mil flores
 Activa forma su panal hibleo.
 Con pié seguro el anchuroso campo
 De la noble oratoria recorriendo,
 Aprenderá el decir de Marco Tullio,
 Y de los oradores mas perfectos.
 Llor á Ciceron, que de elocuencia
 Raudales puros sin cesar vertiendo,
 Es la gloria de Italia, y sobresalè
 Como entre todos el romano imperio.
 Mengua fuera en un vate ignominiosa

Ignorar las costumbres de los pueblos,
 La posición de sitios memorables,
 De capitales y famosos puertos.
 Si verlos por sí mismo no pudiere,
 Será preciso los conozca al menos
 Por cartas geográficas y planos,
 Que dejaron curiosos mil viajeros.
 No faltaron poetas animosos,
 Que en los campos de guerra combatieron,
 Para pintar con vivo colorido
 Aquellos cuadros de la lid sangrientos.
 Mas término tan breve á nuestros días
 La voluntad permite de los Cielos,
 Que estudiar solamente nos es dado
 Tantas artes y ciencias en compendio.
 El navegante así, que la mar cruza,
 Las ganancias buscando del comercio,
 Solo á playas arriba, que algún lucro
 Ofrezcan á sus férvidos deseos.
 Vagando sin cesar, nunca pudiera
 Sus hijos estrechar contra su pecho,
 Ni saludar de su querida patria
 Los dulces campos, que nacer le vieron.
 Cuantas veces el sol dore la tierra,
 Cuantas la noche enlute el hemisferio,
 Á los puros cristales de Hipocrene
 Tu labio aplica, de saber sediento.
 Que sea tu pasión mas decidida
 Y la ilusión dorada de tus sueños
 La sacra poesía, á que ofreciste
 Tan asíduas tareas y desvelos.
 Omíto el explicarte minucioso
 Los pies y la medida de los metros,

Porque tal enseñanza nunca exige
 Especial atencion de los mäestros.
 En cualquier preceptista fácilmente
 Hallarás los precisos rudimentos
 De dividir las partes mas menudas,
 De conocer las silabas y tiempos.
 Ya mi alumno somete las palabras
 Á la armonía, de entusiasmo lleno,
 Y en voz baja repite los ensayos,
 Que imitando á otros vates ha compuesto.
 ¡Que cien ojos no tenga y cien oídos
 Irresoluto duda, teme el riesgo,
 Y á la naturaleza consultando,
 Vaga sin direccion su pensamiento.
 Ya busca las mejores espresiones,
 Ya mil especies hierven en su pecho,
 Acrece su inquietud y se atormenta,
 Muda de parecer, queda suspenso.
 Su corazon agitan nuevas dudas,
 Lo mas vulgar ignora y manifiesto,
 Ya á la mente recurre, ya al oído,
 Ó bien procura hacer algun recuerdo.
 Así aprovecha lo que oyó algun día,
 Ó con muestras visibles de contento
 El caudal utiliza literario,
 Que previsor atesoró otro tiempo.
 Si bondadosa la voluble suerte
 Ofrécele oportunos pensamientos,
 Que tímido á esperar no se atrevia,
 Ya de estos echa mano, ya de aquellos.
 Los desenvuelve su constancia suma,
 Sin que apagar consigan su ardimiento,
 Ni aun las ideas, que espresar no puede

Tras vigoroso y obstinado esfuerzo.

(1) Contra el escollo, que se opone al paso,

Luchar procura con heróico aliento,

Ya investigando diferentes vias,

Ó buscando tal vez algun rodeo.

Mas la fortuna próspera, un arranque

De energia quizá, ó bien el Cielo

Descúbrenle camino, y se remonta

De Helicon á las cumbres altanero.

Mas ¡ay! cuando el asunto contraría

Una vez y otra á su ferviente anhelo,

Si el redoblar su afan tampoco basta,

Ved cual ceja con hondo abatimiento.

No de otra suerte el rápido torrente,

Hinchado con copiosos aguaceros,

Cuando desde la sierra se derrumba

Al fértil valle con fragoso estruendo,

Bramador y terrífico amenaza,

Enfrenando la marcha del viajero,

Que algun paso accesible busca en vano,

Hasta que á desistir le obliga el miedo.

El peligro evitando, que le amaga,

Retrocede por fin, no sin despecho,

Y toma otro camino, ó bien espera,

Que el agua su furor calme violento.

Incapaz de cantar el principiante

De la misera Troya el rudo cerco,

Haga sonar en apacibles tonos

La caña pastoril por los oteros.

Tambien podrá ensayarse celebrando

Del *mosquito* infeliz el trance adverso (1),

(1) Poema, que Virgilio compuso en su juventud, y que no ha llegado hasta nosotros.

Ó del *raton* la tremebunda guerra,
 Do el húmedo escuadron quedó deshecho (1).
 Será por fin de su naciente musa
 Proporcionado y fácil argumento,
 Encomiar la destreza con que Aragne
 Suele teger su delicado velo.

Paternal indulgencia en un principio
 Á todos los mentores aconsejo,
 Ya que al novel poeta es necesario
 Disimulen benignos mil defectos.
 Con la madura edad y los estudios
 Adquirido mejor discernimiento,
 Podrá por sí reconocer sus faltas,
 Y avergonzarse de ellas en secreto.
 Si un rígido censor le manifiesta
 De su composicion todos los yerros,
 Extinguirá su númen para siempre,
 Y á su imaginacion cortará el vuelo.
 Si á mi de grado se presenta un jóven
 De bellas esperanzas, esponiendo
 Poéticos ensayos á censura,
 Le admitiré bondoso y halagüeño.
 Con fingido entusiasmo hasta las nubes
 Ensaltaré sus rápidos progresos,
 Para mas á la ciencia estimularle,
 Para inspirarle generoso aliento.
 Al verlo arder en el amor de gloria,
 Con docta lima puliré los metros,
 Que, faltos de armonía y de cadencia,
 Él no supo rayar como imperfectos.
 Seré por fin cual médico prudente,
 Cuando alivia solícito al enfermo;

(1) Alude á la *Batrachomyomachia*, poema atribuido á Homero.

Y al niño anunciaré radiantes lauros,
 Que puros lucirán en su cabello.
 Poema de importancia nunca emprendas
 (Por tu renombre mismo te lo ruego),
 Sin estar libre de negocios graves,
 Y de cuidados y tristeza ageno.
 Si quieres recibir inspiraciones,
 Deja de la ciudad el ronco estruendo,
 Y la naturaleza allá en los campos
 Te brindará con su feliz sosiego.
 Allí dichosos los poetas gozan
 En su mediocre suerte del contento,
 Sin conocer la sordida avaricia,
 Vana esperanza, ó criminal deseo.
 Aquella soledad, que aprecian pocos,
 Es el seguro y venturoso puerto,
 Donde reinan la calma y la alegría,
 Nunca turbadas de huracanes fieros.
 ¿Y quién osa, decidme, á los poetas,
 Ministros de los dioses, con dieterios
 Ó con las armas ofender? sin duda
 Los que entre hienas libicas nacieron.
 Hay algunos ingratos, que á su lira
 Despues de merecer honrosos puestos,
 La poesía olvidan, desdeñando
 Á sus fieles y antiguos compañeros.
 Los que afligís á los divinos vates,
 Temed la justa cólera del Cielo,
 Que su infantil y candorosa vida
 Escudó poderoso en todo tiempo.
 Ellos el oro y bienes de fortuna,
 El signo del poder, los áureos cetros,
 En fin cuanto deslumbra á los mortales,

Miran con filosófico desprecio,
 Cual dechados honrosos de inocencia,
 No los turban relámpagos, ni truenos,
 Cuando sus rayos iracundo Jove
 Á los montes fulmina mas escelsos.
 Las torres del orgullo se estremecen,
 Y del mudo terror seguros ellos,
 Que infunde la maldad, alzan sus manos
 Con filial confianza al firmamento.
 Es un celeste don la poesía:
 Huid, profanos, de su augusto templo,
 Que el saber á vosotros es negado
 Tan altos y recónditos misterios.

Desde el Olimpo á las hermanas nueve
 Condujo hasta la tierra Prometéo,
 Cuando escaladas las etéreas cumbres,
 Robó en favor del hombre el sacro fuego.
 Nutrido allí con ambrosía y nectar,
 Á sus pies contemplando los luceros,
 Lo arrullaban los orbes luminosos (1)
 Y el almo coro en celestial concierto.
 Cantad al bienhechor de los humanos,
 Que el ritmo dió cual eficaz remedio,
 Para atajar la estúpida ignorancia,
 Madre de los desórdenes funestos.
 Si osó incitar á posteriores robos,
 Yace al presente el infeliz gimiendo
 Aherrojado en el Cáucaso, aunque goza
 De su grande legado el universo.
 Asustados los hombres del castigo,

(1) Los Pitagóricos y otros filósofos antiguos opinaban, que las esferas celestes producian en sus movimientos un sonido armonioso.—BATEUX.

Las musas á invocar no se atrevieron
 Hasta siglos despues, en que por grados
 Quedó borrada la impresion del miedo.

Tan solo de los dioses inmortales
 Hablaban los oráculos en verso,
 Al anunciar fatídicos los hados,
 En misteriosa oscuridad envueltos.
 De Júpiter Amon la augusta boca
 Enseñó á las Deidades con su ejemplo
 En las aras de Dódona y la Libia,
 Donde humeaba el aromoso incienso.
 Siguen su huella la severa Temis
 De Fócida en la gruta, Apolo en Delfos,
 Y el mismo Semidios del rudo Lacio
 Respondia en poético dialecto.
 El sacerdote antiguo de Solimos,
 Y las Sibilas en furor ardiendo,
 De la Divinidad el santo nombre
 Repetian en métricos acentos.
 Á Faunos y poetas imitando,
 Desde entonces los hombres no temieron
 Tras los festines celebrar con himnos
 La gloria de los inclitos guerreros.

Genio de la sublime poesia,
 Nuncio feliz del bondadoso Cielo,
 Todos te reconocen, cuando inflamas
 De los poetas el sensible pecho.
 Á merced de tus alas, al Olimpo
 Se elevan sus espíritus de fuego,
 Y faltando á los hombres tu influencia,
 Se anublan la belleza y el contento.
 La turba de vivientes te consagra
 De adoracion su respetuoso feudo,

Los mudos peces, las bravias fieras,
 Y las aves de armónicos gorgeos.
 Las rocas insensibles embebeces,
 Y encantados arrastras los desiertos,
 Hechizando con mágico atractivo
 Á las pálidas larvas del averno.
 Por la primera vez su adusta saña
 Aplacaron las Furias y el Cerbero,
 Cuando movias con tu docta mano
 La sacra lira del divino Orfeo.
 Por tí los vates á la régia mesa
 Nos sentamos de Júpiter supremo,
 Del distinguido honor participando,
 Que es propio de los Númenes eternos.
 Tú alivias los afanes de la vida,
 Y en la amargura sirves de consuelo,
 Y del Olimpo las delicias eres,
 Y el descanso y placer del universo.
 Salve, gloria del Cielo y de la tierra!
 Ya que te placen los humanos ruegos,
 El tributo recibe de alabanza,
 Que al par de mis discípulos te ofrezco.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEÁSE.
47	19	deligente.	diligente
153	3	Cnal.	Cual
176	23	Euturpe.	Euterpe
186	22	cuharon.	cucharon
id.	31	movimento.	movimiento
198	15	aromoras.	aromasas
201	15	inscripcion.	inscripcion
224	24	sojugar.	sojuzgar
299	11 y 12	DICE... Y el error por la verdad Los hombres dementes dejan!	LEÁSE. Y por el error inundo La verdad los hombres dejan!

Los muros, peñas, las hermas de las,
 Y las aves de arroyos y riberas,
 Los ríos, las montañas, las montañas,
 Y encantados y encantados,
 Medios y medios,
 A un tiempo y a un tiempo,
 Por el camino del mundo y del mundo,
 Aquellos los Pinos y el Cerbero,
 Cuando un día en la noche oscura,
 La cruz del cielo del cielo,
 Por el cielo y la tierra,
 Dos señores de la tierra y del mundo,
 Los señores de la tierra y del mundo,
 Que en el mundo y en el mundo,
 Tuvieron por señores de la tierra,
 Y en el mundo y en el mundo,
 Y del mundo los señores de la tierra,
 Y el mundo y el mundo de la tierra,
 Sobre el mundo y el mundo de la tierra,
 Sobre el mundo y el mundo de la tierra,
 En el mundo y en el mundo de la tierra,
 Que la paz de los señores de la tierra.

María

ERRATAS

14	10	10	10
15	11	11	11
16	12	12	12
17	13	13	13
18	14	14	14
19	15	15	15
20	16	16	16
21	17	17	17
22	18	18	18
23	19	19	19
24	20	20	20
25	21	21	21
26	22	22	22
27	23	23	23
28	24	24	24
29	25	25	25
30	26	26	26
31	27	27	27
32	28	28	28
33	29	29	29
34	30	30	30
35	31	31	31
36	32	32	32
37	33	33	33
38	34	34	34
39	35	35	35
40	36	36	36
41	37	37	37
42	38	38	38
43	39	39	39
44	40	40	40
45	41	41	41
46	42	42	42
47	43	43	43
48	44	44	44
49	45	45	45
50	46	46	46
51	47	47	47
52	48	48	48
53	49	49	49
54	50	50	50
55	51	51	51
56	52	52	52
57	53	53	53
58	54	54	54
59	55	55	55
60	56	56	56
61	57	57	57
62	58	58	58
63	59	59	59
64	60	60	60
65	61	61	61
66	62	62	62
67	63	63	63
68	64	64	64
69	65	65	65
70	66	66	66
71	67	67	67
72	68	68	68
73	69	69	69
74	70	70	70
75	71	71	71
76	72	72	72
77	73	73	73
78	74	74	74
79	75	75	75
80	76	76	76
81	77	77	77
82	78	78	78
83	79	79	79
84	80	80	80
85	81	81	81
86	82	82	82
87	83	83	83
88	84	84	84
89	85	85	85
90	86	86	86
91	87	87	87
92	88	88	88
93	89	89	89
94	90	90	90
95	91	91	91
96	92	92	92
97	93	93	93
98	94	94	94
99	95	95	95
100	96	96	96

Índice

Al Excmo S.º Duque de Valencia	9
A varios asuntos, sonetos	9
La Liza de Caracas	29
A la Virgen al pie de la cruz	58
Al sepulcro de un niño	62
Safo - Elegía	63
Canto al Pilar	73
El amor fugitivo	107
Arsenio a Fabio	112
A la consagracion de unas banderas	119
Dios de una niña	132
Romances varios	133
A Farif - mono	id.
Naím. to a una niña	150
Despedida de Bradit	152
A Humania	160
El cautivo	169
A una Dama	178
A la muerte del Capitan Varona	192
La caridad de una Señora	199
Defensa de Bilbao	203

Despedida de ovidio - Elegia -	243
A la Virgen del Pilar -	248
A la muerte de la Reina Amalia -	252
Al celebre Mentes -	255
La Esperanza -	259
A la Paz - oda -	261
A F. Lin & Leon -	266
A la cruz -	268
La noche de Luchana -	272
A un santuario -	280
Despedida del colegio -	282
En el día de mi cumpleaños -	285
A Numancia - oda -	287
Al sepulcro de un amigo -	294
La Revolución -	296
A Sanzeus -	301
A los días de Silvio -	303
A la muerte de Abenamicán -	307
Días de unos señores -	314
Lucrecia improvisada -	316
A Buzarian - Epistola -	322
A los Arcades de Roma - id -	326
Al S. ^o Santa Cruz - id -	332
A Leandro - id -	338

Al, amistad - Egloga - - - - -	344
Al nacimiento a Jesus - - - - -	350
Sentimiento de una viuda - - - - -	362
La despedida - Delio - - - - -	366
clemencia Ysaia - - - - -	369
Lectura de las cartas - - - - -	373
La golondrina - - - - -	375
Epigramas - - - - -	377
Poética latina de S. Vida - - - - -	385.

(Traducida por el Autor.)

344 - - - - -
 370 - - - - -
 362 - - - - -
 366 - - - - -
 369 - - - - -
 373 - - - - -
 377 - - - - -
 381 - - - - -
 (Lectura per et alios)







SERRANO

POESIAS



SS

860-1

SER

poe